

Espartaco, la rebelión de los esclavos



Gallo, Max

Produced by calibre 0.6.37

OceanofPDF.com

Espartaco, la rebelión de los esclavos

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

**Espartaco, la rebelión de
los esclavos
Max Gallo**

OceanofPDF.com

*Para Arthur Koestler, por su Espartaco.
Como homenaje y recuerdo.*

«Espartaco, un tracio de origen meda, tenía mucho valor y fuerza, pero su inteligencia y dulzura, sobre todo, lo elevaban por encima de su condición y lo hacían más griego de lo que ya era por nacimiento.»

Plutarco, Vidas paralelas, Craso, VIII, 3

Prólogo

Una noche del invierno del año 71 antes de Cristo
En el extremo de Italia, en esa punta de tierra que un brazo de mar
separa de Sicilia, ha caído una noche invernal.

Llueve. Nieva.

Aquí y allá arden grandes fogatas cuyas llamas azuladas inclina el
viento.

Unos hombres caminan, armados. Otros permanecen en cuclillas,
espalda contra espalda, y extienden sus manos por encima de las brasas.

Se oyen de cuando en cuando golpes sordos, voces aisladas, el áspero
sonido de las trompetas.

Sobre una estrecha planicie dominada y protegida por un acantilado, dos
truncos se consumen, uno encima de otro.

Cerca de esa fogata, un hombre, de pie, cruzado de brazos, dice:

—¡Yo, Espartaco, príncipe de los esclavos, voy a presentar batalla a las
diez legiones romanas del procónsul Licinio Craso!

Lleva una capa de color púrpura ceñida al cuello por una cadena de oro.
Le cubre parte de los hombros y el torso embutido en un chaleco de cuero.
Le cae hasta las pantorrillas, cruzadas por correas de cuero atadas por
encima de las rodillas que retienen unas sandalias de suela ancha. Las
piernas están al desnudo, fuertes, como gruesas ramas sarmentosas. De su
cinturón claveteado pende una espada corta.

Da un paso y se acerca aún más al fuego.

—Escúchame, Posidionos, y tú también, Jaír... -empieza.

Se ha inclinado hacia ambos hombres, que, sentados ante las llamas, la
cabeza erguida, miran fijamente la silueta de Espartaco.

Se ve inmensa: un bloque que nada parece poder derribar.

—¡Volverás a vencer, Espartaco! — murmura una voz surgida de una
cavidad del acantilado.

Una mujer medio oculta dentro de una piel de cordero, con su largo
cabello rubio cayéndole sobre los hombros, se aproxima al hogar, se yergue

de repente, levantando los brazos por encima de la cabeza, arrojando su piel, dejando ver su cuerpo esbelto bajo una túnica de lino.

–He consultado a Dionisos. Te protege. Me escucha. He bailado para él. Es hijo de Zeus, no lo olvides.

Brinca, se arrodilla, estrecha los muslos de Espartaco.

Él pone su mano sobre la cabeza de la joven, le acaricia el pelo.

–Apolonia -dice-, Dionisos ya no habla por tu boca, como antaño. Las palabras que pronuncias sólo proceden de tu garganta y de tu vientre.

Se vuelve hacia la noche sacudida por el viento.

–¿Oís lo que yo...? – murmura.

Desde tierra adentro de esta península llamada Brucio se oye un sordo redoble de tambores, trompetazos, chirridos, voces.

–Ahí está Licinio Craso con sus legiones -prosigue Espartaco-. Ha mandado levantar una empalizada, cavar un foso. Nos encierra, nos acorrala. Así se caza a las fieras y se apresa a los grandes atunes. Luego se los masacra y la tierra o el mar enrojecen. Eso es lo que nos tiene preparado Licinio Craso. La gloria de vencernos es su único deseo. Ya posee todas las riquezas. Tiene la mayor fortuna de Roma, y el Senado le ha entregado todos los poderes. Pero le falta haber llevado a las legiones a la victoria. Somos su presa. Con nuestra sangre teñirá su capa y, así vestido de púrpura, triunfará en Roma.

Mira a Posidionos, luego a Jaír y añade con voz sorda:

–Lo sabéis, así actúan los romanos. Ningún pueblo, ni el númida, ni el griego, ni el judío, ni el tracio debe seguir siendo libre. Somos esclavos. Hemos desafiado a Roma. No puede dejarnos vivir. ¿Qué contestas a eso, Apolonia?

Ella aparta los brazos, permanece de rodillas ante Espartaco.

–Recuerda, Apolonia -prosigue-. Era no lejos del mercado de esclavos de Roma, en aquella sala sombría del barrio de Velabre donde nos tenían aparcados, trabados. Al día siguiente debíamos desplazarnos a Capua, al *ludus* de los gladiadores. Eramos una veintena de hombres observándonos, destinados a luchar en la misma arena, unos contra otros, o frente a fieras. Ninguno de ellos podía conocer su destino. Cada cual temía la suerte que imaginaba para otro. ¿Me degollará este galo? ¿Mataré a este númida, o el dueño del *ludus*, el lanista, me soltará sus tigres, sus osos, sus leones, o varios gladiadores, ese germano y ese dacio? Aquella noche tuve un sueño.

Vi una serpiente enroscada en mi rostro, su boca pegada a la mía, su lengua ahorquillada rozando mis labios. Me desperté y te conté esa visión. Me escuchaste con los ojos desencajados. Por entonces estabas poseída por el espíritu de Dionisos. Te pusiste a temblar, a balancearte hacia delante y hacia atrás, a bailar. Me dijiste, y tu voz era tan poderosa que no dudé de la verdad de tu profecía: «Espartaco, esa serpiente que te ciñe y abraza es la señal de un poder grande y terrible. ¡Te hechizará, Espartaco! Hará de ti un príncipe. Los hombres encadenados de todas las razas se unirán a ti para recobrar su libertad. Estarás a la cabeza de un ejército. Vencerás a las legiones. Te apoderarás de los estandartes de los cuestores y de los cónsules, de las fasces de los lictores. Tomarás ciudades. ¡Harás temblar a Roma!».

Espartaco se interrumpe, da unos pasos y, regresando hacia Apolonia, prosigue:

–Dionisos no te mintió. ¡Roma, sí, Roma ha temblado ante mí, el guerrero tracio, ante mí, el desertor de su ejército, ante mí, el esclavo, Espartaco el gladiador, convertido en príncipe de los esclavos!

Levanta los brazos y su capa se desliza, dejando al descubierto sus hombros macizos.

–Doy las gracias al hijo de Zeus, Dionisos, y a todos los dioses por haberme concedido este gozo y esta gloria.

Pone sus manos sobre la cabeza de Apolonia.

–También me dijiste, Apolonia, que ese destino de príncipe me conduciría a un final infausto. Jamás he olvidado, ni siquiera ahora con las victorias a mis espaldas, esas últimas palabras de tu profecía. Sabía que llegaría el momento. Aquí lo tienes, Apolonia, será esta noche o mañana; dentro de poco nos encontraremos con él. Y nos doblegará, agacharemos la nuca bajo su puño...

Apolonia gime. Se encorva, oculta la cabeza bajo la piel de cordero, luego retrocede, tropezando a cada paso, y la noche la va engullendo.

Entonces Espartaco se sienta al otro lado de la fogata, frente a Posidionos y Jaír.

Me llamo Gayo Fusco Salinator.

He sido legado del procónsul Licinio Craso, el hombre más rico y poderoso de Roma.

El Senado le otorgó los máximos poderes para que aniquilara al ejército de Espartaco, un antiguo gladiador tracio que había reunido en torno a él a decenas de miles de esclavos sublevados y de menesterosos de la plebe. Desde hacía casi dos años, asolaba toda Italia con sus bandas, desde el Po hasta la península de Brucio.

Aplastaba, humillaba, mataba a los pretores, a los cónsules y sus soldados que se enfrentaban a él. Parecía invencible, las cohortes se desbandaban y Roma temblaba. Ésta acabó poniendo su destino en manos de Craso, que me eligió para ser uno de sus legados.

Nuestro ejército, compuesto por diez legiones, se puso en marcha.

Cabalgaba permanentemente cerca de Craso y admiraba su furiosa energía, su voluntad de vencer, a la vez que descubría su salvaje brutalidad.

Pero estábamos cazando a fieras más que a hombres.

Al cabo de unas semanas de persecuciones y de combates, conseguimos obligar a Espartaco a refugiarse en esa península de Brucio que conforma la extremidad de Italia. Ahí era donde Craso había elegido exterminar a sus hordas. Quiso impedir su huida levantando una empalizada alta como dos hombres y cavando un foso de más de cinco pasos de ancho y tres pasos de profundidad.

Dicho obstáculo, ese muro que iba de costa a costa, del mar Jónico al mar Tirreno, debía ser infranqueable.

Así pues, las olas y nuestras legiones cercaban a Espartaco y sus fieras.

Una noche de invierno, mientras recorría la empalizada con dos centuriones, bajo la lluvia y la nieve, fuimos atacados por una decena de esclavos que nos estaban acechando tras haber matado sin duda a los centinelas. Ambos centuriones fueron degollados por unos hombres que se abalanzaron sobre ellos como tigres. No pudieron gritar ni defenderse.

A mí me hirieron, ataron y arrastraron hasta el campamento de los esclavos. Pensé que mis insignias de legado me habían salvado la vida y que me reservaban para una de esas ejecuciones públicas cuya crueldad aprecian los hombres, sean quienes sean.

Perdí el conocimiento.

Me despertó el calor de una fogata.

Estaba tumbado sobre la tierra, al pie de un acantilado, cerca de las llamas que consumían dos gruesos troncos.

Una mujer bailaba alrededor del hogar, el pelo rubio cayéndole sobre los hombros, el cuerpo oculto bajo una piel de cordero. De repente se detenía, cogía con ambas manos las asas de una pequeña ánfora y bebía echando la cabeza hacia atrás. El vino caía de las comisuras de sus labios sobre su pecho.

Había tres hombres sentados no lejos de la fogata. Uno de ellos se levantó y avanzó hacia mí. Llevaba una capa de color púrpura atada al cuello por una cadena de oro. Era de gran estatura. Su prestancia, su orgullosa expresión, la intensidad de su mirada y hasta las despectivas arrugas alrededor de su boca revelaban al jefe.

Desenvainó una espada corta de centurión. Acercó la punta de la hoja a mi garganta, me rozó la piel y sentí la quemazón del tajo, la sangre que brotaba.

—Mira a Espartaco antes de morir -me dijo. Luego, repentinamente, envainó la espada y se sentó a mi lado.

—Eres joven para ser legado -prosiguió-. ¿Quién eres?

No quería contestar a ese bárbaro, a ese esclavo.

Yo era magistrado de la República Romana. Daba y no recibía órdenes. Era ciudadano. Espartaco no era más que un animal parlante.

Yo había seguido con las legiones su rastro sangriento. Los cuerpos de ciudadanos degollados, mutilados, de mujeres destripadas, las villas reducidas a cenizas, los árboles frutales abatidos, las viñas y las cosechas saqueadas jalonaban su camino desde los montes Abruzzos hasta Campania, desde Lucania hasta Bruttium.

Pero el cerco se había cerrado sobre él. íbamos a traspasarlo con nuestros venablos como a un jabalí acorralado en su madriguera.

Y sin embargo, quizá para desafiarlo, para que midiera su indignidad de fiera y la grandeza de Roma, de esta República que se había atrevido a desafiar, cuyas leyes había rechazado, acabé diciéndole que era Gayo Lusco Salinator, de la familia de los Pedanius, aristócratas de España, ciudadanos de Roma, para la que habíamos luchado generación tras generación, accediendo a los cargos más elevados de la República.

Espartaco me miró con desprecio mientras una mueca le deformaba la boca.

–Ya no eres nada -dijo inclinándose hacia mí-. Estás atado por los tobillos y las muñecas. Eres como un esclavo o un gladiador a punto de ser degollado por haber disgustado a sus amos. Esta noche, aquí mismo...

Cogió un puñado de tierra y la dejó caer lentamente entre sus dedos.

–Tú, tus antepasados, tu vida valen menos que esto: un poco de arena y de grava.

Se volvió hacia los dos hombres sentados al otro lado de la fogata.

La joven seguía bailando, rozándolos, levantando su piel de cordero, dejando ver su túnica de lino pegada a su cuerpo delgado y musculoso.

–Craso va a vencer -prosiguió Espartaco-. Mañana o dentro de pocos días. Así lo han decidido los dioses que propiciaron el poder de Roma. Y voy a morir. Los dioses han sido generosos conmigo. Ahora reclaman mi vida, se la debo.

Se levantó y empezó a deambular alrededor del fuego, hundiendo por momentos sus dedos en su larga melena negra, apretándose la cabeza con las manos. Luego se detuvo, puso una mano sobre el hombro de uno de los hombres, y la otra sobre el del segundo.

–Craso quiere que nuestra sangre oculte lo que hemos hecho. Quiere que sólo se recuerde nuestro castigo, los suplicios que nos va a infligir. Nuestras victorias deben olvidarse, para su grandeza y la de Roma. Que nadie sepa quién fue Espartaco. Tú, Posidionos...

Se dirigía al mayor de los dos hombres, el calvo de cara redonda cuyo cuerpo me imaginaba orondo bajo su largo manto.

–Me has leído las historias de los griegos, cómo vencieron a los imperios. Has surcado el mar, enseñado en Rodas, vivido en Delos y en Roma. Gracias a ti, los griegos no han muerto. En cuanto a ti, Jaír...

El otro hombre era delgado, de mejillas hundidas y mirada encendida; unas mechass rizadas cubrían su frente huesuda.

–... vienes de Judea. La historia de tu pueblo está compilada en un libro, según me has dicho. Y por eso todos conocen a tu Dios, el valor y la fe de tus antepasados.

Espartaco se acercó a mí, me tocó con la punta del pie y luego se acuclilló.

–Aquel que es recordado no muere -dijo.

De repente, me agarró por el cuello y empezó a apretar. Era como un collar de hierro.

–Si quieres vivir, legado... -siguió diciendo.

Abrí la boca para intentar respirar. Sus pulgares me aplastaron la garganta y tuve la impresión de que mis ojos iban a estallar, a salirse de sus cuencas.

El collar de dedos se fue aflojando.

–Te perdono la vida, legado, si prometes a Zeus, a Dionisos, a todos los dioses que honras con sacrificios y oraciones, que protegerás a Posidionos el griego, a Jaír el judío y a Apolonia, que procede de Tracia, como yo. Te contarán la historia de Espartaco y la darás a conocer cuando te parezca oportuno. Puede que esperes, si eres prudente -¡y lo eres, legado, lo huelo!-, a que Craso haya muerto. Pero, si te niegas...

Sentí sus uñas clavarse en mi carne.

–Elige, o mis manos te asfixiarán. ¡Mis pulgares son duros como el metal, y capaces de arrancarte la cabeza del cuerpo, legado! Pero si prometes, te irás esta noche con ellos. Serán tuyos. Te identificarás ante los centinelas romanos. Dirás que te han salvado la vida, ayudado a huir. Eres legado. Te creerán. Se respetará tu decisión de perdonarles la vida. Serán tus esclavos. Los escucharás. Posidionos y Jaír han sido maestros del saber de las letras. Los libros son su pan. En cuanto a Apolonia, habla con los dioses. Yo sólo soy un guerrero tracio, pero mi linaje vale tanto como el tuyo: mis antepasados fueron hombres libres, reyes de sus tribus. Fueron romanos como tú quienes los esclavizaron y me convirtieron en gladiador abocado a la muerte. Pero los dioses generosos me concedieron la gloria y la alegría de volver a ser un hombre libre al frente de un ejército de hombres también nuevamente libres. ¡Quiero que todo esto se sepa!

Me apretó el cuello, con su frente apoyada en la mía.

–¿Te arranco la cabeza, legado? Elegí salvar la vida.

Acepté la propuesta de Espartaco y, tras regresar al campamento romano, mandé trasladar a Apolonia, a Posidionos y a Jaír a mi villa de Capua.

Luego volví a ocupar mi puesto junto a Craso.

Libramos varias batallas en la península de Brucio. Y vencimos.

Vi morir a Espartaco y anduve con la espada empuñada entre los cadáveres de sus partidarios.

Oí a Craso dar la orden de levantar seis mil cruces a lo largo de la vía Appia, entre Capua y Roma, para ajusticiar a los esclavos que no fueron

degollados tras el combate.

Los gritos y estertores de los hombres y mujeres crucificados no han cesado de atormentarme.

Luego regresé a Capua.

Mi villa se encuentra no muy lejos de esa escuela de gladiadores, de ese *ludus* donde se inició la guerra de Espartaco.

Lo que de ella y de él escribo al final de mi vida, cuando hace lustros que murió Craso y la República anda desgarrada entre fieles y enemigos de Cayo Julio César, me lo han contado el griego Posidionos, el judío Jaír y la tracia Apolonia, sacerdotisa de Dionisos y adivina.

Primera parte

Ella y él, Apolonia y Espartaco, eran de Tracia, el país de los hombres libres.

Era el día de su casamiento.

Se hallaban de pie el uno junto al otro en una sala redonda en cuyo centro había una pila de bronce sobre un trípode y una estatua de Dionisos de mármol veteado de rojo y negro.

Un fuego ardía dentro de la pila y las llamas alumbraban la corona de oro que ceñía la cabeza de Dionisos. De cuando en cuando se acercaban unas jóvenes de túnica blanca para esparcir esencias sobre el fuego, y las llamas brotaban, haciendo visible en medio de la penumbra el largo collar de flores que bajaba por el pecho del dios hasta la verga erecta de la que colgaban dos racimos de uvas gordas.

Se aproximó Cox, el oráculo de aquel templo de Dionisos.

Era un anciano. Su demacrado rostro quedaba medio oculto por su barba y su larga melena.

Agarró las manos de Apolonia y de Espartaco y las juntó, apretándolas con sus huesudos dedos; luego dijo:

—¡Sed libres como estas llamas sagradas que arden por Dionisos! Ha venido a Tracia, ha encendido este fuego de libertad para que ningún hombre, ninguna mujer de este país acepte el sometimiento, la servidumbre. ¡Sed fieles a la voluntad de Dionisos! ¡Que jamás una cadena os espose las muñecas! Tú, Apolonia, eres hija de Apolo, tu cabello tiene el color del sol. Tú, Espartaco, tienes la fuerza de los torrentes de tus montañas, eres hijo de rey.

Se alejó. Una de las jóvenes le tendió una pequeña ánfora de plata. La levantó, bebió, y luego la tendió a Espartaco y a Apolonia, quienes a su vez la llevaron a sus labios. Entonces las jóvenes los rodearon y unos flautistas empezaron a desgranar sus trinos, a los que el viento de aquella temporada primaveral daba alas.

La fiesta de los cuerpos se prolongó, con la embriaguez de la danza y del vino, mucho más allá del crepúsculo.

Unos jóvenes guerreros colgaron sus antorchas de las columnas del templo. Alumbraban el suelo de tierra, los matorrales, el pinar, y sus luces se reflejaban más abajo sobre la cada vez más negra extensión del mar.

Cox se sentó sobre los escalones del templo, cruzado de brazos, siguiendo con la mirada los corros de jóvenes que desaparecían en el oquedal.

Los flautistas se llevaron a Apolonia, las jóvenes de blanca túnica a Espartaco. Se oían las risas y los cantos, se adivinaban los cuerpos entrelazados.

En medio de la noche, Apolonia regresó sola y se sentó junto a Cox.

El oráculo posó su mano sobre la rodilla de Apolonia y le recordó que le puso ese nombre nada más ver su pelo rubio, parecido al de los bárbaros venidos del norte.

Ella recordaba aquel primer encuentro.

Había huido del pueblo y caminado hasta el templo de Dionisos. El oráculo la acogió y la condujo ante la estatua del dios. Le tendió la pequeña ánfora de plata y la invitó a beber.

Entonces el calor invadió el cuerpo de Apolonia y tuvo la impresión de que la alzaban antes de lanzarla a un abismo.

Cuando volvió en sí, estaba tumbada desnuda en la sala redonda alumbrada por el fuego sagrado que ardía en la pila de bronce.

Cox estaba arrodillado a su lado y frotaba sus pechos y sus muslos con ramillas de las que colgaban piñas.

Apolonia se estremeció, experimentó placer al sentir contra su piel esas escamas rugosas como raíces de árbol, de las que Cox le dijo que tenían poderes exclusivos de dioses.

Se incorporó levemente apoyándose en sus codos y se dio cuenta de que sus muslos estaban manchados de sangre.

—Dionisos ha entrado en ti -le murmuró Cox-. Ahora eres su sacerdotisa.

Día tras día, y cada noche, le enseñó todos los juegos corporales que producen placer.

La instruyó para que supiera honrar a Dionisos, conocer los deseos y predicciones del dios.

Ella veneró su poderío y, poco a poco, supo por una señal del cielo, un movimiento de ramas, el crepitar del fuego, adivinar el porvenir y leer el destino de aquellos que entraban en el templo para consultar al oráculo.

—Ahora eres adivina -le dijo Cox-. Déjate llevar por la voluntad de Dionisos. Escúchalo: ¡habla en ti!

Un día, unos guerreros del pueblo meda que venían del este de Tracia, de la región del Strymon, y se dirigían hacia la costa se detuvieron en el terraplén.

Apolonia se acercó con las demás sacerdotisas de Dionisos. Pero se negó a intervenir en las danzas y los juegos.

Como ella, uno de los guerreros se mantenía apartado. Era el más alto de todos. Su cabellera negra le cubría la frente y las mejillas. Tenía el tronco arqueado, sus músculos, que semejaban gruesas nervaduras, sobresalían en sus espaldas, su torso, sus brazos y piernas.

A Apolonia le apeteció acariciar aquel cuerpo y fue hacia él con un ánfora llena de aceite; empezó vertiendo lentamente aceite sobre la nuca, el cuello, los muslos del hombre, y luego frotó sus músculos que se endurecían bajo la palma de sus manos.

Agarró su verga erecta, tan tensa como la de Dionisos.

Pensó que el dios se había introducido en ese joven guerrero, al que estuvo besando apasionadamente durante toda la noche.

Al alba, él se durmió y Apolonia se quedó a su lado, sentada sobre sus talones, los brazos tendidos, las manos posadas, con los dedos abiertos, sobre el pecho del hombre, duro como la piedra.

Quiso que cada detalle de ese rostro de rasgos puros, esculpido como el de la estatua de Dionisos, se le quedara grabado.

Cuando el sol cubrió su cuerpo con una luz rubia, el hombre abrió los ojos.

Frunció el ceño, deslumbrado, y ella observó entonces cómo una arruga profunda le partía la frente en dos como una herida.

Apolonia tuvo ganas de gritar, como si hubiera adivinado que, algún día, una cuchilla partiría en dos ese rostro.

Dijo:

–Yo, Apolonia, soy tuya como soy de Dionisos.

Él se incorporó y la agarró por las muñecas.

–Mi nombre es Espartaco. Pertenezco al pueblo meda. Soy un guerrero de Tracia, hijo del rey de mi tribu. Te llevaré conmigo todo el tiempo que dispongan los dioses.

La atrajo hacia él, obligándola a pegar su cuerpo al suyo.

–Mientras me corra la sangre -añadió-, hasta que...

Ella le selló la boca con sus labios para impedirle pronunciar el nombre del soberano de los muertos.

Al día siguiente, Cox, el oráculo de Dionisos, los unió.

Espartaco y Apolonia vivieron libres como lobos.

Caminaban juntos y, a cada paso, sus hombros y sus caderas se rozaban.

Una jauría compuesta por una decena de guerreros y tres jóvenes sacerdotisas de Dionisos los seguían.

Cuando Espartaco se detenía, alzando el brazo, los guerreros se le acercaban. Les enseñaba a lo lejos, sobre las alturas que dominan la costa del Ponto Euxino o la del mar Egeo, las empalizadas y los vigías de un campamento romano.

Las legiones habían desembarcado en Tracia varias temporadas atrás, pero no se habían adentrado en los valles, y habían plantado sus tiendas, cavado fosos y trazado las calles del campamento a unos cientos de pasos de la orilla. Pero patrullas compuestas por varios hombres y un centurión se aventura-

ban lejos del campamento, y llegaban hasta los montes Haemos e Istranca.

Apolonia era la primera, antes de que se les viera u oyera, en percatarse de su presencia.

Agarraba la muñeca de Espartaco para que no desenvainara la espada. Lo obligaba a ocultarse entre la maleza, a agazaparse tras los matorrales, a dejar pasar a esa pequeña tropa cuyos escudos, venablos, espadas, armaduras brillaban.

Su seguridad, su paso lento y regular, su armamento, los cascos y a veces los caballos fascinaban a Espartaco y a los guerreros. Seguían el

caminar de los romanos al amparo de la maleza.

Cuando caía la noche, observaban cómo el centurión elegía con cuidado el lugar donde acampar, organizando su defensa, encendiendo grandes fogatas en torno a las cuales velaban los centinelas.

–Temen a los lobos de Tracia -musitaba Apolonia.

Nadie, añadía, ni Darío el persa, ni Felipe el macedonio, ni los atenienses ni los bárbaros, había podido vencer o domesticar al pueblo de Dionisos.

Tampoco lo conseguirían los romanos.

Apolonia se alejaba, se adentraba en el bosque, y Espartaco la seguía a regañadientes.

Ella había descubierto una cueva en un acantilado, lejos del campamento romano. Amontonaba ramas secas y las llamas no tardaban en surgir en el centro de aquella cavidad.

Asaban un par de cabritos comprados a unos pastores. Apolonia descolgaba de su cuello un frasco para que todos se humedecieran los labios con ese líquido ardiente que ella fabricaba majando hierbas que luego introducía y dejaba macerar en agua hirviente.

Tras aquello, los guerreros ofrecían el vino de sus ánforas. Uno de ellos sacaba su flauta y las jóvenes sacerdotisas de Dionisos empezaban a bailar. Sus cuerpos se desnudaban mientras se estiraban y cimbreaban antes de tumbarse y mezclarse unos con otros.

Al igual que la primera noche, Espartaco y Apolonia se mantenían aparte, en el umbral de la cueva, y miraban fijamente las fogatas romanas que iluminaban, más allá del bosque, el horizonte.

–Ellos tienen la fuerza de los cazadores -murmuraba Espartaco-. Nosotros tenemos el instinto de los lobos. Pero, al final, los cazadores matan a los lobos y los despellejan para hacerse ropa con sus pieles y su pelaje.

Espartaco estaba sentado con las piernas cruzadas, la manos sobre las rodillas, la espalda recta, mirando a su alrededor.

–No quiero correr la suerte de un lobo -añadió.

–¿Entonces quieres convertirte en cazador? Agachó la cabeza, hundiendo la barbilla en el pecho.

Apolonia puso su mano sobre la nuca de Espartaco.

–Nunca serás romano -le dijo-. Seguirás siendo un lobo de Tracia. Los romanos te atarán de pies y manos. ¡Serás su esclavo!

–Me convertiré en soldado de sus legiones. Llevaré su armadura. Seré más valiente y fuerte que cualquiera de ellos. Reconocerán en mí al hijo de rey, al guerrero.

–Te tratarán como a una fiera. Y valdrás menos que un caballo.

Espartaco sacudió la cabeza para que Apolonia retirara su mano.

–Seré uno de ellos -repitió levantándose.

Llegó el invierno. Hubo que disputar los cabritos a los lobos. Las jaurías famélicas se aproximaban tanto a la fogata donde se asaba la carne, que Apolonia creía ver sus ojos grises a pesar de las borrascas de nieve.

Invocaba a Dionisos para que expulsara a esas fieras tan salvajes y crueles como los dacios, esos bárbaros procedentes del norte, de allende el gran río, que el gélido viento parecía empujar hacia Tracia.

Un día en que hacía un frío tan riguroso que la nieve y la tierra helada crujían bajo sus pasos y las piedras estallaban con el ruido de un rayo, Apolonia abrió los brazos y pidió a todos que se callaran para oír mejor el choque de las espadas, los gritos de los heridos. Describió todo aquello, que nadie más percibía, y es que Dionisos le había otorgado el poder de predicción, el de oír ruidos lejanos y ver lo que aún no había ocurrido.

Espartaco decía que era como una loba que, aunque nada se mueva, aguza el oído y huele al enemigo.

–¡Los dacios! Van a vencer -murmuró ella con voz cansina.

Sabía que no podría retener a Espartaco y a los guerreros. Ya estaban desenvainando sus espadas y lanzándose en la dirección que Apolonia les señalaba con el brazo extendido.

Corrió tras ellos por la maleza. Rompían o doblaban las ramas con el hombro, y la nieve caía al suelo con un ruido de tejido rasgado. La capa blanca era tan espesa y dura que no se hundían en ella. La brillante superficie crujía bajo sus pasos y se estriaba sin romperse.

Espartaco, rodeado de sus guerreros, surgió entonces en un calvero y vio a unos hombres enfrentados, blandiendo espadas y venablos. Reconoció a los dacios por su larga cabellera negra recogida sobre la nuca y se abalanzó sobre ellos, la espada en alto. Los dacios eran varios centenares, pero ese ataque por detrás los pilló de sorpresa.

En ese instante, a pesar de la nieve que volvía a caer, Espartaco advirtió los emblemas romanos, las águilas, los cascos y las armaduras de los legionarios. Los dacios rodeaban a una centuria romana que formaba, con sus escudos, una especie de caparazón contra el cual se estrellaban lanzas, venablos, chuzos acerados. Pero los bárbaros eran tan numerosos, que la centuria iba a ser arrollada. Los dacios pisaban los cadáveres de sus guerreros, que constituían alrededor de la centuria una suerte de escalón que permitía, una vez arriba, lanzarse sobre los escudos en medio de los legionarios.

Fue entonces cuando Espartaco y su tropa surgieron. Sus gritos eran tan potentes, su ataque tan violento, tan grande su impulso, que los dacios creyeron que los atacaban cientos de hombres.

Empezaron pues a huir hacia el bosque a la vez que Espartaco y los guerreros de Tracia los perseguían, dándoles grandes estocadas en la garganta o en la nuca.

Pronto no quedaron en el calvero, sobre la nieve, más que las manchas negras de los cuerpos y las rojas aureolas de la sangre.

Espartaco oyó el fragor de una trompeta, y luego un martilleo sordo. Se dio la vuelta: los romanos avanzaban en doble línea. Llevaban su escudo rectangular y plano colgado del brazo izquierdo y remataban a los heridos con su venablo o su espada. Un hombre de gran estatura, con el busto embutido en una coraza de reflejos plateados cuyo repujado reproducía los músculos de su torso, caminaba entre ellos. Un penacho remataba el casco de oreja a oreja.

Hizo una señal y los legionarios se detuvieron mientras él seguía dirigiéndose hacia Espartaco.

Se detuvo a pocos pasos, sorprendido al ver a Apolonia y a las tres sacerdotisas de Dionisos acercarse a Espartaco, al que sus guerreros rodeaban.

—Has luchado como un romano —dijo el centurión.

Hablaba griego.

—Los dioses os han enviado, a ti y a los tuyos, en el momento de mayor incertidumbre de la batalla —prosiguió—. Has dado tajos en el cuerpo de esos bárbaros como quien poda un árbol. ¿Quién eres?

—¿Y tú? —preguntó Espartaco.

Seguía con la espada desenvainada. La nieve que caía por ráfagas cubría a los legionarios romanos con un velo espeso y blanco. Pero la cota de mallas, los cascos y las armas perfilaban sombras oscuras.

—Soy el centurión primipilo al mando de la primera cohorte de la Séptima Legión de la República Romana -contestó.

Se volvió hacia sus soldados.

—Esto es todo lo que queda de mi centuria. Los dacios son tan peligrosos como los lobos de las montañas de Tracia, las fieras de África y las serpientes de Macedonia.

Dio un paso más.

—Me llamo Nomio Cástrico.

Se hallaba ahora tan cerca de Espartaco que éste distinguía la ancha cicatriz que cruzaba la mejilla derecha del centurión.

—Sigo sin saber nada de ti -prosiguió Cástrico-. Sólo que, y eso me satisface, has luchado por Roma contra los bárbaros. ¿Pero quién eres?

—Pertenezco al pueblo meda, uno de los que habitan Tracia.

Golpeó con el talón la tierra endurecida.

—Es nuestra tierra. Es libre, como los hombres que la poseen.

—Eres orgulloso -observó Cástrico.

—El linaje de los Espartaco ha reinado sobre las tribus de Kerch, al borde del mar.

Nomio Cástrico se mantuvo callado, contemplando a su alrededor esa nieve cubierta de muertos y de sangre. Luego, con gesto lento, empuñó su espada y dio un paso atrás, volviéndose hacia sus hombres inmóviles, que no dejaban de mirarlo, con sus venablos y espadas al hombro derecho, el cuerpo levemente inclinado hacia adelante, como dispuestos para abalanzarse contra esos guerreros tracios cuya actitud resuelta los asombraba, los preocupaba.

Hasta hubo murmullos de impaciencia cuando sintieron que Nomio Cástrico vacilaba, quizá evaluando el tiempo que necesitarían sus hombres para alcanzarlo y las posibilidades que tendría, golpeando el primero, de abatir a ese jefe tracio cuya arrogancia lo había irritado.

De repente, una de las mujeres, la de largos cabellos rubios, esbozó un paso de danza, girando los brazos, y las otras tres jóvenes formaron un corro a su alrededor. Parecían una flor abriéndose, con sus cuerpos echados hacia atrás, los cabellos rozando la nieve.

Nomio Cástrico cruzó los brazos.

—¿Conoces el poder de Roma? — preguntó-. No hay ribera de este mar del que me hablas que no haya sido pisada y conquistada por sus legiones. No hay pueblo que se haya atrevido a alzarse contra ella y que no se haya arrodillado ante sus emblemas, que no haya reconocido la majestad y potencia de sus águilas.

Cástricoladeó la cabeza para enseñar los estandartes de Roma cuyas astas habían clavado en la nieve unos legionarios.

—Roma es generosa con los pueblos que se convierten en aliados suyos - prosiguió Cástrico-. Si quieres permanecer fuerte y altivo, tracio, sé con ella tal como lo has sido hoy; ¡no te salgas nunca de ese camino!

Espartaco alzó de repente su espada y Nomio Cástrico retrocedió, empuñando su arma.

—¿Roma quiere mi espada y el brazo que la sostiene? — dijo Espartaco.

Caminó hacia sus guerreros. El círculo de las sacerdotisas de Dionisos se abrió y Espartaco puso su mano sobre el hombro de Apolonia.

—Esta mujer va conmigo. Si quieres el arma y el brazo, tendrás que quedarte también con todos los que quieran acompañarme.

Cástrico asintió con la cabeza, tendiendo el brazo hacia los emblemas de Roma.

—El tribuno Calvicio Sabinio, que está al mando de la Séptima Legión, será quien conteste a esto. Le contaré cómo has combatido por Roma. Siempre hay un lugar para guerreros intrépidos en el ejército de la República. Cada cual puede servir en él según su valía. Los cretenses son arqueros; los germanos, jinetes; los baleares, honderos. Mírame, guerrero tracio: nací lejos de Roma, en la Galia Cisalpina, y estoy al mando de la primera cohorte de la Séptima Legión. Roma honra el valor de quienes asumen sus leyes.

Espartaco envainó lentamente su espada. Los dioses habían atendido su deseo.

Espartaco no inclinó la nuca ante el tribuno Calvicio Sabinio.

—¿Qué recompensa quieres, tú que has luchado por Roma? — le preguntó éste.

Sentado sobre un estrado colocado en el cruce de las dos vías que dividían el campamento de la Séptima Legión, mantenía alta la barbilla, con una mueca despectiva en la boca. Su voz era cansada y desdeñosa.

Unos legionarios custodiaban el estrado, con las piernas ligeramente abiertas, el puño izquierdo cerrado sobre su pecho, el derecho apretando el asta de su venablo. Un portaestandarte se hallaba al lado del tribuno.

Al pie del estrado, el centurión Nomio Cástrico tenía la mano puesta sobre la guarnición de su espada como si temiese que Espartaco se precipitara sobre el estrado para intentar degollar a Sabinio.

—¿Qué pide? — repitió el tribuno, inclinado hacia Cástrico.

Espartaco se dio la vuelta, recorrió con la mirada esa vía que dividía el campamento de puerta a puerta. Con cada paso que había dado tras haber franqueado el foso y luego el trecho que separaba la empalizada de las tiendas, penetrando así en el campamento, había tenido la impresión de estar metiéndose en una ratonera de la que sólo podría huir con la ayuda de los dioses.

Miró a Apolonia. Parecía serena, sonriente, como si revoloteara sobre la nieve, seguida por las tres sacerdotisas de Dionisos. Él había entendido las preguntas del tribuno y la respuesta de Cástrico. Unos soldados auxiliares de infantería de origen tracio y griego estaban agrupados a unos cientos de pasos del campamento. Espartaco y los suyos podían unirse a ellos. Como era de linaje real, su actitud propiciaría numerosos alistamientos. Ahora bien, el ejército necesitaba infantes para controlar ese país de montañas y bosques, y para repeler las invasiones de los bárbaros.

—Son valientes —precisó Cástrico.

El tribuno se levantó y bajó del estrado, seguido por el portaestandarte. Se acercó a Espartaco, lo miró fijamente sin que éste agachara la vista, luego se plantó ante Apolonia y examinó detalladamente su cuerpo a la vez que echaba, de cuando en cuando, una ojeada hacia Espartaco.

—Te la dejo —acabó soltando—. Huele a cabra.

Sonrió, y se alejó haciendo una señal a Cástrico.

El centurión se volvió hacia Espartaco.

—Ya eres auxiliar del ejército romano —dijo.

Le apretó el brazo por encima del codo.

—Tendrás que aprender. Hasta un ciudadano de la República baja los ojos ante su tribuno. Y tú sólo eres un tracio, Espartaco.

Espartaco liberó su brazo con un movimiento brusco.

Cástrico se apartó vivamente. — ¡Nunca pongas la mano encima a un ciudadano de Roma! — le dijo.

Pero, desde aquel primer día, Espartaco tuvo ganas de agarrar por el pescuezo a esos legionarios romanos que mandaban a los auxiliares.

Aullaban sus órdenes como si se estuvieran dirigiendo a perros.

Desafiaban a los tracios y griegos más débiles para molerlos a golpes, luego obligarlos a arrodillarse, a pedir perdón, a jurar obediencia y fidelidad a Roma.

A quienes se resistían demasiado les cortaban las orejas y la nariz, les cercenaban las manos, les saltaban los ojos para que todos, en Tracia y en Grecia, se enteraran de lo que les esperaba a los rebeldes. Otros, atados por el cuello, con las piernas trabadas, estaban destinados a la esclavitud y los marcaban al rojo vivo en las mejillas y en la frente, como si fueran bestias de carga.

¡Así que esto era Roma!

¡Antes muerto!

Pero, cuando estaba a punto de saltar, Apolonia lo agarraba por la muñeca y lo obligaba a volver a meter la espada en su funda.

—No pelees -le susurraba-. Los dioses, lo sé, te tienen reservado otro destino. Dionisos nos ampara. ¡Déjame actuar!

Se acercaba a los legionarios junto con las tres jóvenes sacerdotisas de Dionisos. Se agarraba al cuello de uno de ellos, se lo llevaba. Pedía que le dieran de beber.

Las jóvenes sacerdotisas empezaban a bailar. Celebraban a Dionisos. Los romanos se olvidaban de Espartaco, que se alejaba y daba lentamente la vuelta al campamento, con los puños apretados, la rabia anudándole la garganta.

Miraba el bosque, las cumbres nevadas, más allá del espacio talado por los soldados alrededor del campamento. ¿Por qué los dioses lo habían ofuscado sugiriéndole que se pusiera al servicio de Roma cuando ésta sólo ofrecía vergüenza y servidumbre? ¡Antes muerto!

Los centinelas lo conminaban a alejarse de los fosos y de las empalizadas. Si se negaba, alertarían a los legionarios romanos y Espartaco conocería la suerte que el centurión Nomio Cástrico reservaba a quienes intentaban huir. Los acusaban de traición, a veces los mutilaban, siempre los convertían en esclavos; algunos de ellos habían sido crucificados ante la puerta del campamento para que todos los vieran y oyeran sus estertores,

sus gritos y el aleteo de las aves rapaces que acudían a picotearles los ojos, el rostro.

Espartaco regresaba a su tienda. Se encontraba con Apolonia acucillada, trazando con una ramilla unos signos sobre la tierra, que luego borraba con la mano, mientras susurraba a Espartaco:

—Soy lisa como esta tierra: Dionisos borra lo que no debe permanecer en mí. El vino dispensa alegría y olvido. ¡Bebe, Espartaco!

Le tendía un ánfora, quizá el regalo de alguno de aquellos legionarios. Espartaco la apartaba de sus labios. Apretaba la nuca de Apolonia, doblegaba su cuerpo. Ella dejaba que la tomara y él tenía la impresión de que lo arrastraba a una danza y a una ebriedad que no podía controlar, y que, en vez de agotarlo, le insuflaba fuerzas, la certidumbre de que los dioses iban a llevarlo de vuelta a los bosques, allá donde fuera libre y nunca más un soldado de Roma, tratado como un esclavo, un perro que debía ladrar y morder cuando sus amos se lo ordenaran. Aspiraba a recuperar la libertad del lobo.

—Hay que regresar a los bosques -murmuró a Apolonia.

Ella se levantó; había vuelto a trazar con la ramita unos arabescos sobre el suelo, los había borrado, nuevamente dibujado otros, meneando la cabeza con un movimiento cada vez más amplio.

Finalmente lo abrazó, estrechándole la verga con las manos, lamiéndole los labios y el cuello.

—Déjate llevar -le dijo.

El sólo supo cerrar los ojos.

Así fue como Apolonia le enseñó cada noche a dominar su cuerpo y su alma. Lo forzaba a abrir los puños que la ira cerraba como conchas. Le frotaba los dedos, deslizando sus propias manos por sus falanges, por la muñeca y los brazos, acariciando los hombros, el cuello y la nuca.

Pero Espartaco estaba rabioso como un perro.

El centurión Nomio Cástrico lo había vuelto a humillar, obligándolo a salir de las filas y a arrodillarse, él, descendiente de un linaje real, el de los medas de Kerch, ante el águila de Roma.

Espartaco había vacilado. Pero Nomio Cástrico se encontraba a escasos pasos, rodeado de su guardia, desafiándolo con la mirada. Y él se inclinó

ante la enseña, clavando sus rodillas en la nieve.

Entonces Cástrico le soltó:

—¡Vuelve a tu fila, tracio! Y jamás olvides que un ciudadano de Roma tiene derecho de vida y muerte sobre los pueblos que ha sometido. Un ciudadano de Roma no lucha contra un esclavo o un bárbaro. Castiga. Degüella. Pero también sabe premiar.

Luego, dándose la vuelta, gritó:

—¡Baja los ojos, Espartaco, o mando que te los vacíen!

—Te va poniendo trampas -le explicó Apolonia.

Había untado el pecho y los muslos de Espartaco con una fina capa de aceite y le acariciaba la piel, primero ligeramente, luego pellizcándole la piel, agarrando el músculo con sus uñas.

—Si te resistes -añadió-, la cuchilla de la trampa se hundirá dentro de ti, tu herida será mayor y más profunda, perderás la sangre. Estarás vencido.

Aprende a tener paciencia, Espartaco. Dionisos te acecha y te observa. Te está poniendo a prueba. Quiere saber si te mereces el interés que siente por ti. Si sabes esperar, te ayudará.

Apolonia ponía sus manos sobre los hombros de Espartaco, que se dejaba llevar, respiraba más lentamente, las manos abiertas hacia el cielo.

—No te abalances sobre el placer, la venganza o el enemigo -añadió ella-. Deja que vengan a ti.

A Espartaco le parecía que toda la sangre que tenía en el cuerpo refluía ahí, en su bajo vientre, sobre el que Apolonia se estaba inclinando con los labios entreabiertos.

Así transcurrió el invierno.

Una noche en que el viento soplabla borrascoso, Apolonia lo despertó.

—Esta noche Dionisos nos envía la última tormenta -dijo-. Es la más fuerte. Nos protegerá.

Se deslizaron fuera de la tienda, hundiéndose en la nieve que colmaba el foso. Los copos eran tan tupidos que amortiguaban los ruidos, borraban en pocos instantes todas las huellas.

Así se fueron acercando a la puerta llamada Decumano.

Acurrucado contra la empalizada, el centinela se había cubierto la cabeza con su capa.

Apolonia avanzó hacia él y, en el momento en que ella parecía ofrecerse, abriendo los brazos, Espartaco derribó al hombre.

—No lo mates -susurró-. Deja que Nomio Cástrico lo castigue.

Espartaco arrojó al centinela al foso.

Cruzaron a la carrera, con la nieve abofeteándoles la cara, el espacio talado que rodeaba los campamentos de la Séptima Legión y de su cuerpo de auxiliares.

Sólo se detuvieron tras haber caminado hasta la noche siguiente por el bosque. Apolonia era quien elegía el camino, deteniéndose por momentos, invocando a Dionisos, alzando los ojos hacia la cima de los árboles para saber de dónde soplaba el viento.

—Hay que ir hacia el mar griego -indicó-. Allá donde un día se apareció Dionisos.

Espartaco la seguía unos pasos atrás, al acecho.

Al final del segundo día, mató un lobo que se había lanzado sobre Apolonia. Descuartizó el animal, pesado y viejo. Su carne, que se comieron cruda, aún tibia, era acre y correosa.

Cuando vio el mar, Apolonia se detuvo, tendió el brazo hacia el horizonte y se arrodilló sobre el suelo antes de tumbarse, con el vientre y la boca pegados a la tierra reseca.

La nieve se había derretido desde hacía tiempo y el cielo estaba azul.

Los sombríos y densos bosques del norte de Tracia que Apolonia y Espartaco habían recorrido día tras día dejaron paso ahora a los pinares.

Espartaco se apoyó en uno de esos árboles.

Al mirar fijamente en la lejanía, quedó primero deslumbrado por la resplandeciente superficie del mar y luego distinguió a sólo unos cientos de pasos, sobre una eminencia, un templo de altas columnas esculpidas que sostenían un techo plano, hecho con bloques de mármol blanco.

Apolonia se incorporó.

—Cibeles, la gran diosa, la gran Madre de todos los dioses, nos espera en su santuario -dijo abriendo los brazos.

De repente, oyeron gritos, el sonido acidulado de las flautas curvas, el seco repique de los tambores, el choque de los címbalos, el sordo rumor del fraseo y de los cantos repetidos. Vieron salir del templo de Cibeles a hombres desnudos acompañados por mujeres apenas tapadas por una leve túnica blanca.

A su alrededor se aglutinaba un pequeño gentío que salmodiaba.

—Es el día de la sangre -murmuró Apolonia encaminándose hacia el templo.

Espartaco la siguió, pero se detuvo cuando ella se mezcló con el gentío.

Los hombres desnudos gritaban. Espartaco los vio levantar sus brazos. Sus puños agarraban cuchillos, cascos de cerámica. Se golpeaban el pecho, los brazos, los muslos y hasta el rostro. Sangraban.

Algunos, agachados, se cortaban una parte del sexo, que esgrimían gesticulando.

El gentío se apartó y el cortejo ensangrentado dio una vuelta alrededor del santuario.

Algunos hombres se arrodillaron, otros se tambaleaban. Todos gritaban el nombre de Cibeles, la gran Madre, por la que vertían su sangre para celebrar sus esponsales con ella.

Espartaco se reunió con Apolonia. Estaba entonando, con los ojos desorbitados, los cantos de las demás mujeres.

Se volvió hacia Espartaco y pareció asustada al notar su expresión de asco, y lo oyó gritar que lacerarse de esa manera era un acto de pura locura.

Sólo se debía verter la propia sangre en los combates, para defender la propia libertad, la tierra, el linaje, pero no en esas danzas durante las cuales los hombres se mutilaban, orgullosos, ebrios de sus heridas y de sus sufrimientos, exhibiendo sus carnes sajas como si fueran trofeos.

Dio un paso adelante, apartando al gentío con un movimiento de hombros, y alzó el puño, amenazador, empujando a Apolonia, que intentaba retenerlo y le repetía:

—¡Es el día de la sangre! Hay que honrar a la gran diosa Cibeles, Madre de los dioses. Exige ese sacrificio. ¡Se alimenta con la sangre de los hombres para parir a los dioses!

Espartaco no pareció oírla. Se dirigía al encuentro de los hombres desnudos cuyo cuerpo no era ya más que una llaga. Se golpeaban unos a otros, agarrándose por los hombros para permanecer de pie, abrazados, acuchillándose la espalda, luego intentando avanzar, flaqueando de piernas, con los muslos enrojecidos. La sangre corría del muñón de su sexo.

Espartaco se colocó delante de ellos, con los brazos abiertos.

—¡No obedecéis a los dioses de la vida, a los dioses protectores, a los dioses generosos -les gritó-, sino a los poderes de las tinieblas y de los

abismos! Sois los esclavos de las fuerzas ocultas. Tratáis a vuestro cuerpo como si fuera el de un animal. Insultáis a los dioses. ¡Liberaos!

Agarró su espada e intentó desarmarlos, pero los hombres desnudos se debatieron y lo apartaron, al tiempo que el gentío aullaba enloquecido.

Algunas mujeres huían, otras se retorcían los brazos, se desplomaban sobre el suelo.

—¡La gran diosa, Madre de los dioses, no quiere esto! — gritó Espartaco-. No seáis esclavos de las divinidades de las tinieblas. Son enemigas de los dioses. Quieren destruir su obra. Devoran a los hombres, abreven su sangre. ¡Sed libres!

Se precipitó dentro del santuario, del que a poco huyeron gritando algunas mujeres con túnica blanca.

Gritaban histéricamente que un hombre había apagado el fuego sagrado, destrozado las ofrendas, volcado las estatuas, profanado el santuario de la gran diosa. La desgracia iba a abatirse sobre los hombres, el cielo iba a oscurecerse, los vientos a soplar tormentosamente, arrancando árboles y techos, llevándose a los niños, y ejércitos invencibles iban a desembarcar para esclavizar a los pueblos de Macedonia y de Tracia.

Aquellas enfurecidas mujeres rodearon a Espartaco, lo agarraron, arañándole los hombros y las mejillas, aferrándose a sus muslos, mordiéndolo mientras se sacudía como una fiera atrapada en una malla y hostigada por los venablos de los cazadores.

Apolonia se precipitó hacia allí, agarrando de los pelos a las mujeres, tirándolas al suelo, pateándolas, al comprobar que Espartaco tenía el rostro ensangrentado y una gran herida -aquella de la que tuvo una visión durante su primer encuentro- en medio de la frente.

Lo arrastró tras ella mientras éste iba tambaleándose, cabizbajo, desplazándose con torpeza. El gentío se dispersó y las pocas mujeres que quedaban se apartaron, insultándolos y luego dándoles la espalda, inclinándose sobre los cuerpos de los hombres desnudos, jadeantes, arrodillados o tumbados alrededor del santuario.

—¡Libres! — repetía Espartaco, al que Apolonia seguía empujando hacia el pinar-. ¡El hombre debe ser libre! ¡Ellos son esclavos!

Ella musitaba, más para sí misma que para él, que someterse a los dioses, honrarlos, darles la propia sangre y hasta la vida no era ser esclavo.

Cibeles era la Madre de los dioses del Olimpo. Al venerarla, al unirse a ella por la sangre, se accedía al reino de los dioses.

Llegaron al lindero del bosque.

Espartaco se dejó caer, intentando apoyarse en un árbol. Objetó que procedía de un linaje que jamás se había sometido, que sólo veneraba a los dioses de alegría, de fuerza y de libertad. Nadie, ni los persas, ni los dacios, ni los romanos había podido jamás esclavizarlos. Ese deseo de ser tan libre como un lobo lo había hecho huir del campamento de los auxiliares. Si se había negado a ser humillado por el centurión Nomio Cástrico o el tribuno Calvicio Sabinio, no era para someterse a dioses aún más exigentes, deseosos por igual de encadenar a los hombres.

—¡Libre o muerto! — enunció Espartaco.

Agarró de repente su espada y levantó la cabeza.

Un hombre se hallaba ante él, con las manos abiertas y los brazos tendidos.

Apolonia se aproximó a su vez, disponiéndose a abalanzarse sobre él.

El hombre parecía endeble bajo su hopalanda de lana gris. El rostro huesudo, las mejillas hundidas. Unos rizos negros le cubrían la frente.

Espartaco pidió con un gesto a Apolonia que no se abalanzase encima de aquel hombre desarmado que se había acucillado frente a él.

—¿Te han herido? — susurró el desconocido.

Apartó los faldones de su hopalanda. Vestía una túnica blanca ceñida a la cintura por un ancho cinturón de cuero del que colgaba un zurrón. Lo abrió, sacó un puñado de hojas secas, se volvió hacia Apolonia, se las tendió y le pidió que las pusiera sobre la herida que hendía la frente de Espartaco.

Ella vaciló, pero Espartaco se inclinó para que pudiese aplicarle las hojas, que restañaron en un momento la sangre, formando sobre la herida una costra rojo oscuro.

El hombre se sentó junto a Espartaco.

—Eres temerario -dijo-. Te plantaste en medio de una manada de hombres enloquecidos, ciegos, en pleno delirio.

Se interrumpió, ladeó la cabeza.

—Conozco a todos los dioses. Mi tierra es Judea. Me llamo Jaír, judío de Jericó. También me llaman Jaír el curandero.

Contempló largamente a Espartaco.

–Te he visto, te he oído. ¿Quieres que el hombre sea libre? Sonrió.

–Los romanos me hicieron esclavo. Luego descubrieron que conocía el arte de curar. Entonces me quitaron las cadenas y me convertí en esclavo doméstico. Curé al tribuno Calvicio Sabinio, que está al mando de la Séptima Legión. Te vi cuando te condujeron a empellones hasta él y no humillaste la cabeza. Pudieron y quizá debieron cortártela. Supe que habías huido y abandoné el campamento pocos días después. Pero no he huido. Los romanos me dejan moverme a mi aire. Necesito libertad para recolectar las hierbas, las cortezas, las plantas, o para recoger el veneno de las serpientes. Siempre he regresado al campamento. ¿Qué significa ser libre en un mundo sometido por entero? Tú la libertad la llevas en tu cuerpo y en tu mente. Está en el Libro. Algún día te hablaré de la enseñanza del Maestro de Justicia. Eres digno de conocerlo...

Se volvió hacia Apolonia y también la miró largamente.

–Tendrás que dejarlo todo -dijo a Espartaco-. Pues sólo es libre aquel que vive en la indigencia, cuya única riqueza es su pensamiento y cuyo único poder es el que ejerce sobre su cuerpo. No para mutilarlo, como los hombres esclavos de las divinidades, sino para purificarlo, para que sea tan ligero que su espíritu se sienta libre como un pájaro, capaz de volar alto hasta rozar el pensamiento de Dios.

Volvió a mirar a Apolonia, y luego añadió inclinándose hacia Espartaco:

–Pero no estás dispuesto a renunciar. Quieres ser libre en este mundo encadenado. Entonces tendrás que combatir. Porque los romanos pretenden someter a todos los hombres. Has podido calibrar el poder de sus legiones. Emana de la fuerza de su deseo. Quieren conquistar el mundo. Convertir Roma en la mayor de todas las ciudades, drenando hacia ella todas las riquezas, el saber, el grano. El que no es ciudadano de Roma es esclavo. Yo lo soy. Tú lo has sido y, si permaneces en este mundo, lo serás. Eres vigoroso, audaz; los romanos te obligarán a combatir contra tus hermanos o contra fieras. Para ellos, un esclavo sólo es un animal dotado de palabra. Ése es tu destino si permaneces en este mundo.

Movió la cabeza.

–A menos que emprendas el largo viaje... Te indicaré el camino de las cuevas de Judea donde escuchamos al Maestro de Justicia hablarnos del Dios único. Nos pondremos en camino. Puede que jamás lleguemos, pues los romanos y los hombres delirantes están por todas partes. Pero a cada

paso te sentirás más liviano, más puro. Te estarás acercando a la verdadera y única libertad. Ya no poseerás nada, y sin embargo te sentirás más fuerte, porque serás dueño de ti mismo, y tu riqueza será infinita.

Se levantó, se alejó, luego cambió de opinión y regresó hacia Espartaco.

—Si rechazas esta opción, sólo conocerás la esclavitud, aunque los romanos no te encadenen. Y aunque los combatas. Al final de este camino no alcanzarás ni la libertad ni la verdad, sino la muerte más cruel, aquella a la que los romanos te condenarán.

Jaír volvió a sentarse frente a Espartaco.

—He vivido en Sicilia con los pastores que no temen a los hombres ni a los lobos. Me contaron el destino que tuvieron los esclavos que se rebelaron contra sus amos. ¿Quieres que te relate esas guerras serviles que causaron más muertos que vivos hay en Roma? ¡Y eso que dicen que son un millón!

Espartaco agachó la cabeza y Jaír el judío, también llamado el curandero, habló.

—Fue como el fuego o como esa plaga que azotó África... -empezó diciendo Jaír el judío.

Pero tras esas escasas palabras, se interrumpió y cerró los ojos. Sólo prosiguió tras un largo silencio:

—Los esclavos que cavaban la tierra, plantaban las semillas y recogían el trigo en propiedades tan vastas que no se conocían sus límites, eran tan numerosos en Sicilia que ningún amo podía contar las cabezas de esos instrumentos parlantes que se reproducían, prolíficos como animales, y cuyos hijos eran puestos a trabajar en cuanto eran capaces de andar.

»Los administradores azotaban, mutilaban, violaban, mataban a quienes les parecía. Nadie recordaba las palabras llenas de sabiduría de Catón el Viejo, que dijo que el "celo en la labor de los instrumentos parlantes, de los esclavos, es mayor cuando se les maneja con modales liberales, concediéndoles a diario un descanso en su trabajo". ¿Pero quién iba a respetar esa razonable medida cuando estaban desembarcando en los puertos de Sicilia miles de esclavos, tracios, partos, sirios, judíos, griegos, conducidos por las legiones como un ganado cautivo?

Jaír puso su mano sobre la rodilla de Espartaco.

—Más adelante, fui uno de esos esclavos. Pero el recuerdo de las grandes batidas, en todos los países que bordeaban el Mediterráneo, seguía vivo, como si hubiese sido ayer cuando los legionarios y los tratantes de esclavos

vendían o compraban a los presos, los amontonaban en el fondo de la bodega como sacos de granos o tarugos insensibles y los embarcaban en navíos que se dirigían a Sicilia. Porque allí se encontraban las grandes propiedades en las que se sembraba y recogía el trigo que Roma, la Roma insaciable, necesitaba para alimentar a sus ciudadanos, enriquecer a sus senadores, a sus tribunos, para pagar a sus legiones.

«Desembarcaban tantos hombres y mujeres, nacían tantos niños, que los amos y sus administradores creían poder actuar como les pareciera, tratar esos cuerpos con mayor dureza que si fuesen los de animales de carga.

«Cuando escaseaban los brazos, se hacía el encargo a los tratantes que, instalados en Delos, habían organizado el mayor mercado de esclavos de todo este sumiso mar en que se había convertido el Mediterráneo...

Jaír echó la cabeza hacia atrás.

–Me vendieron en Delos -susurró-. Cada día, en el mercado de esclavos de esa pequeña isla, se producían más de diez mil ventas. Estábamos apretujados unos contra otros como un enjambre de abejas.

Cruzó los brazos y sonrió.

–Te hablaba del fuego y de la plaga que azotaron África. Así fueron las guerras serviles. Los pastores, que eran niños cuando estallaron, seguían hablando de ellas con espanto, aunque sus ojos brillaran como los del borracho cuando le evocan el vino.

»La revuelta se inició cuando cuatrocientos esclavos, cerca de la ciudad de Enna, se rebelaron porque se sabían condenados a morir, y porque el que ya no teme por su vida ya no puede ser gobernado. Se unieron en torno a un sirio, un hombre gigantesco, según los pastores, quizá tan grande y fuerte como tú, Espartaco. Se llamaba Euno y se proclamó rey.

»En pocos días, se encontró al frente de un ejército de veinte mil hombres, esclavos procedentes de toda la isla, pero también campesinos libres, veteranos del ejército famélicos, pastores, boyeros, mujeres. Pronto fueron doscientos mil. Tomaron ciudades: Enna, Agrigento, Taormina. La revuelta se extendió más rápidamente que el fuego que, en temporada seca y con viento fuerte, engulle los bosques. Y los rebeldes se lanzaron como una plaga sobre campos y pueblos, como esas nubes de langostas que caían sobre las costas de África, devorando las cosechas, las hierbas y sus raíces, las hojas y las ramas de los árboles, y hasta las cortezas amargas y la madera seca. Sí, Espartaco, las guerras serviles de Sicilia, hace de ello una

generación, fueron ese fuego devastador y esa plaga destructora. Cuando un cónsul conseguía apagar un incendio, aplastar a esos insectos, otras llamas surgían, una nueva nube avanzaba.

»Así, cuando Euno y sus seguidores no fueron más que barro sanguinolento, cuerpos tan martirizados que ya no se sabía dónde estaban los miembros, o la cabeza y el tronco, otros se declararon reyes de los esclavos y encabezaron nuevas bandas de rebeldes. Tras Euno vinieron Salvio y Atenión, que, según decían, eran, respectivamente, tracio y griego. Fueron aún más crueles que los ejércitos de esclavos de Euno, porque sabían la suerte que les reservaban las legiones del nuevo cónsul que iba tras ellos.

»El número de cadáveres fue tan grande que de verdad te recordaban esos montones de langostas, ese cúmulo putrefacto que se había formado en las orillas de África, cuando una ventolera lanzó al mar africano la nube de insectos y la ahogó. Y así, de ésta, nació una nueva plaga. Miles de hombres sucumbieron a la corrupción del aire provocada por el amasijo de insectos muertos.

»Lo mismo ocurrió en Sicilia, Espartaco. La tierra, me contaron los pastores, estaba tan empapada de sangre, tan repleta de cadáveres descompuestos, que las hierbas y el trigo se infectaron y quienes se alimentaban de carne o de harina morían. Por ello, los pastores añadieron al número de muertos en las guerras serviles las miles de víctimas de esa corrupción del aire y del sol provocada por los cadáveres de los esclavos.

Jaír el judío calló.

Espartaco primero se mantuvo inmóvil, pero luego se levantó lentamente sin dejar de apoyarse en el tronco de árbol y mirando fijamente hacia delante.

—Conquistaron ciudades -murmuró-. Reinaron sobre las tierras de aquellos que los trataban como simples animales dotados de palabra.

Se volvió hacia Jaír.

—¿Has dicho que la mirada de aquellos pastores brillaba al recordar esas revueltas?

—¡Ebriedad! —contestó Jaír-. Las revueltas fueron desbaratadas. Los esclavos fueron aplastados como saltamontes.

—Antes de ello -observó Espartaco- se vengaron.

Jaír se encogió de hombros.

—Saltamontes, cuerpos que se pudren... Y el mundo sigue siendo lo que era. Siguen vendiendo más de mil hombres a diario en el mercado de Delos. Jamás ha habido tantos esclavos en Sicilia y en los campos de Italia. A los sirios, los tracios, los partos, los númidas y los judíos, las legiones han añadido los galos, los dacios y los germanos.

Espartaco no pareció estar oyendo.

—Los rebeldes murieron libres -susurró.

Espartaco caminaba muy por delante de Apolonia.

A veces, a media jornada, ella echaba a correr para alcanzarlo. Se colgaba de sus hombros, de su cuello, lo abrazaba, pretendía forzarlo a amarla entre las hierbas altas de un calvero. El le trababa los brazos, vacilaba, mirando a su alrededor, intentando traspasar la sombra de ese bosque del norte al que habían regresado porque bastaba con permanecer un rato al acecho para atrapar una presa o herirla con la espada o el venablo.

Apolonia lo arrastraba, lo obligaba a pegarse a ella, anudaba sus piernas alrededor de su cintura. Sus cuerpos basculaban y él la penetraba, arqueando el tronco, la cabeza mirando al cielo, los ojos cerrados.

Pero, las más de las veces, la rechazaba con brusquedad. Ella caía al suelo, y dejaba que Espartaco se alejara, volviera a adelantarse.

Sólo se levantaba cuando veía a Jaír el judío, que los seguía a unos cientos de pasos, y que no se unía a ellos hasta el anochecer, cuando Espartaco había elegido el momento y lugar para acampar, y ya había encendido un fuego, golpeando dos piedras de sílex sobre ramillas y pequeños ramos secos.

Jaír no se acercaba al fuego, se sentaba allí donde la luz de las llamas no había mellado la noche. Cruzaba los brazos, la barbilla pegada al pecho, alimentándose con bayas recogidas a lo largo del camino, y a veces se oía crujir entre sus dientes el caparazón de algún insecto que masticaba lentamente, indiferente al crepitar y al olor de la carne que Apolonia había colocado sobre las ascuas y de la que iba tendiendo trozos a Espartaco, pinchados en una rama fina. Este iba y venía, a menudo se detenía ante Jaír el judío, hasta que por fin se decidía a sentarse frente a él. Jaír tendía la mano hacia el rostro del tracio y rozaba con la punta de sus dedos la cicatriz que, cual arruga profunda, le partía la frente de arriba abajo.

—Es fácil curarse la piel, el cuerpo -murmuró Jaír-. Pero para sanar lo que corroe el pensamiento se necesitan varias temporadas, y a veces ni

siquiera basta una vida entera.

Se inclinó hacia Espartaco.

—Sé que piensas en las revueltas de los esclavos de Sicilia. Sueñas...

Se interrumpió, meneó la cabeza.

—Jamás, en ningún reino, ninguna provincia de la República, y eso que los esclavos ya se habían rebelado en Italia, cerca de Roma, en Ática y hasta en Delos, se había visto semejante revuelta. Te lo he dicho: una plaga, que parecía capaz de apoderarse de toda Sicilia. Luego desembarcaron los cónsules con sus legiones. Y fue una hecatombe de langostas. ¿Por qué quieres que te lo vuelva a contar? Te he visto mover los labios, no paras de darle vueltas durante todo el día mientras caminas. Si conocieras al Maestro de Justicia, te hablaría de nuestro Dios, de lo que enseña a los hombres. Y por fin entenderías cómo hay que vivir.

Jaír el judío puso sus manos sobre los hombros de Espartaco.

—No hay esclavo ni amo. Uno obedece y otro manda, uno padece y el otro cree gozar, pero ambos mueren. Valen lo mismo cuando llega el juicio de Dios. Entonces el que fue amo no recibe mejor trato que el esclavo. Para el que sabe, los hombres son iguales. El amo puede ser esclavo, y el esclavo, amo. No hacen al esclavo la cadena o la marca al rojo, sino lo que piensa.

Apoyó sus palmas sobre los hombros de Espartaco.

—¡Aprende a pensar, Espartaco!

Este se levantó y escrutó los jirones del cielo que se apreciaban entre las ramas de los árboles.

Ya había amanecido.

Dispersó con la punta de su venablo las ascuas de la fogata.

Entonces empezó una nueva jornada de marcha.

A veces, la larga sangradura de una vía abría en el bosque una llaga viva. Los troncos talados se amontonaban sobre sus labios. Espartaco se ocultaba tras ellos y Apolonia se reunía con él. Jaír se mantenía a distancia, en el monte alto.

Un día cruzó una de aquellas vías, precedida por los portaestandartes y los centuriones, una cohorte romana que avanzaba con su paso inexorable.

Más adelante -ya era el final del verano- pasó por otro camino un rebaño escoltado por ladridos. Los perros que corrían a su alrededor se detuvieron a pocos pasos de Espartaco y de Apolonia.

Espartaco saltó sobre el pastor y le puso la hoja de su espada en la garganta, a la vez que le hacía preguntas.

El hombre, atemorizado, dijo con voz cansada que las patrullas romanas estaban recorriendo todo el país, que una nueva legión había establecido su campamento no lejos del santuario de Dionisos. Los soldados saqueaban los pueblos, se apoderaban de los rebaños y de las mujeres. Habían crucificado a Cox, el oráculo que quiso impedirles que penetraran en el templo de Dionisos. Encadenaban a los hombres más jóvenes y los llevaban hasta la costa, donde los embarcaban en galeras.

—Para ellos no somos más que animales -re-funfuñó el pastor.

Espartaco envainó su espada e indicó con una señal al pastor que podía seguir su camino. El hombre vaciló, luego agarró un cabrito entre los corderos y las cabras que se apretujaban a su alrededor y se lo tendió a Espartaco.

—Mejor que te lo lleves tú -le soltó-. Eres tracio. Si eres el que abandonó su ejército y apagó el fuego sagrado en el templo de Cibeles, eres el que los romanos andan buscando. Azotaron a Cox, antes de ajusticiarlo, para que les dijera lo que sabía de ti. Regresa al bosque, los romanos rastrean las vías. Les gusta la luz y temen la oscuridad del oquedal. Allí voy a ocultarme -añadió el pastor silbando a sus perros y caminando hacia los árboles.

Espartaco vio al pastor alejarse mientras los perros acosaban al rebaño, que no se decidía a penetrar en la frondosidad.

Cuando la vía volvió a quedar libre, reemprendió la marcha hacia el norte, colocando el cabrito sobre sus hombros y agarrándolo por las patas, en espera de que llegara la noche para degollarlo.

Entonces Apolonia se precipitó, recogió la sangre en una pequeña ánfora, arrebató el animal aún palpitante de las manos de Espartaco, le abrió el vientre con una larga puñalada, hundió sus manos en las vísceras, las extendió y las desparramó por el suelo, humeantes, unas sobre otras como un nido de serpientes.

Bebió un trago de sangre y luego separó con gestos lentos el corazón y el hígado de las tripas.

Se acuclilló, rozó las vísceras con sus labios y volvió a beber un trago de sangre. Por último, sajó de un golpe seco el corazón y el hígado, tomó

cada parte de esos órganos en sus manos y las acercó hasta sus labios antes de echarlas al fuego. Cuando luego esparció las tripas sobre las llamas, éstas parecieron apagarse, pero volvieron a brotar con mayor viveza.

Entonces Apolonia se acercó a Espartaco.

—La muerte te acecha -le dijo-. La he visto. Vas a su encuentro. Puedes vencerla con ayuda de los dioses.

Se arrodilló ante él.

—Pero ella es hábil y tenaz. ¡Apártate de esta vía, es su camino!

Espartaco no contestó, pero los días siguientes siguió adelante bordeando esa vía, sólo refugiándose en el bosque cuando se oían los tambores y las trompetas de una centuria o una cohorte romanas.

Entonces retrocedía lentamente hasta la maleza, a regañadientes, como si le costara rechazar el reto, resistiéndose a Apolonia, que quería internarse más aún en el bosque.

Se zafaba con un movimiento de todo el torso, la rechazaba, se sentaba sobre un tocón, veía desfilar a unas cuantas decenas de pasos los emblemas de Roma, o bien esos carros cargados de metales que los esclavos extraían del norte de Tracia o sobre los cuales se amontonaban los tejidos de seda que los mercaderes procedentes de Asia vendían en las orillas del Ponto Euxino.

Y cuando la vía había vuelto a despejarse, se apresuraba a regresar a ella como si ese valle de luz lo atrajera irresistiblemente.

Una mañana, cuando las lluvias de otoño empezaban a convertir la vía en torrente de barro, Espartaco oyó el chirrido de un carruaje y, antes de haber podido o querido ocultarse, lo vio surgir ante él. Una decena de esclavos armados con largos palos claveteados escoltaban el vehículo largo y bajo, cubierto y cerrado.

Espartaco se mantuvo un instante inmóvil, no sabiendo si huir o luchar, y luego se arrancó, venablo y espada en alto, gritando como si encabezara una tropa de guerreros.

Los esclavos se imaginaron probablemente que habían caído en una emboscada, que iba a surgir del bosque todo un ejército. Huyeron a la vez que el boyero saltaba del carruaje y abandonaba su yunta.

Espartaco se acercó y levantó las pieles que cubrían el techo y los lados del vehículo. Descubrió, sentado sobre alfombras, a un hombre rechoncho de cara oronda y ojos vivaces, que le tendió de inmediato una bolsa.

Espartaco se la arrebató, la sopesó, la abrió. Metió la mano y sacó unas monedas de bronce, de plata, de oro.

–Cuando viajo -precisó el hombre-, es toda mi fortuna.

Se incorporó y prosiguió:

–Si eres esclavo, esa pequeña fortuna te permitirá comprar tu libertad. Respaldo tu petición ante tu amo. Solicitaré indulgencia si has cometido algún delito. Sé hablar. Enseño. Soy griego. Soy conocido y respetado. Perdóname la vida y no tendrás que lamentar tu clemencia.

El hombre era grueso, pero se apeó con destreza del carruaje como si su peso no afectara para nada a sus movimientos, no restándole vivacidad ni agilidad.

Se acercó a Espartaco y lo miró de hito en hito.

–Pero me he equivocado contigo. Eres un hombre libre, tienes la mirada de un guerrero. O sea, que ese dinero que te he dado, no digo que me lo hayas robado: no me has exigido nada, úsalo para alejarte de los romanos. Te lo dice un griego. Lo sé todo de ellos. He impartido en Rodas filosofía a los jóvenes aristócratas que sueñan con ocupar los más altos cargos de la República. He recorrido todo el Mediterráneo, desde Asia hasta España. Sólo he visto pueblos sometidos, hombres marcados como bestias en la frente o en la mejilla. ¡Escúchame! Los romanos sólo toleran a quienes los sirven. ¿Eres de aquí, de Tracia? Abandona tu país. Los que actúan en nombre de Roma, ya sean tribunos, centuriones o simples ciudadanos de la República, no pararán hasta convertirte en esclavo. Necesitan brazos vigorosos. Te emplearán en sus propiedades, tan vastas que hasta desconocen sus límites. He vivido en Sicilia y en Numidia, en España. He visto a hombres con el espinazo doblado, más azotados que bueyes. Y si te libras de las labores del campo, te enterrarán en una de sus minas para que extraigas plata u oro. Ya no serás sino una rata. Te dejarás el pellejo, los ojos, la vida.

Ladeó la cabeza, calibró el cuerpo de Espartaco. – O también, como eres fuerte, un lanista, un organizador de juegos te comprará y te soltará en medio de la arena. Hasta las ciudades más pequeñas poseen una. Harán que te enfrentes a fieras o a gladiadores germanos o nómadas. Deberás pelear, la muchedumbre te aplaudirá o exigirá tu muerte. Puede que sobrevivas a los primeros combates, pero tu destino estará sellado. Te

degollarán o lacerarán en la arena, y arrastrarán tu cuerpo por el polvo antes de que alimente a leones y tigres.

Con un movimiento de la barbilla señaló la bolsa que Espartaco seguía teniendo entre las manos.

—Con lo que contiene, puedes sobrevivir, ¡pero corre todo lo que puedas! Conozco a mis esclavos. Han debido de dar la alarma al puesto de vigilancia romano, esperando así que no los castiguen por haber huido. Van a venir a socorrerme, porque se sabe que soy amigo del tribuno Calvicio Sabinio. ¿Qué podrás hacer contra una centuria? Te capturarán.

Puso su mano sobre el brazo de Espartaco.

—Haz caso a Posidionos -dijo-. Como griego, soy hombre prudente.

Espartaco liberó su brazo y tiró la bolsa a los pies de Posidionos.

Los legionarios surgieron del bosque.

Apolonia gritó, saltó, pero ya se habían arrojado sobre Espartaco y lo habían derribado.

Entonces ella se arrodilló y empezó a invocar, con los brazos alzados, a Dionisos para que protegiera a Espartaco.

Los legionarios la ignoraron.

Mantenían al tracio tumbado en el suelo, con la cara hundida en la tierra enlodada. Le ataron los brazos a la espalda por los codos. Le trabaron los tobillos y luego se apartaron para que el centurión Nomio Cástrico pudiese acercarse y apoyar su talón sobre la nuca de Espartaco. El centurión se agachó, agarró a manos llenas el pelo del tracio y le levantó la cabeza.

—¡Te avisé!

Cástrico titubeó. Le habría bastado con dar un tirón seco del pelo sin dejar de apoyar su pie sobre la nuca de Espartaco para matarlo.

—No lo mates -dijo Posidionos adelantándose.

Enseñó su bolsa a Cástrico.

—Compro su vida.

Hundió su mano en la bolsa, sacó una pieza de oro, luego otra, sin que Cástrico se inmutara.

—Si lo matas, me quejaré ante el tribuno Calvicio Sabinio.

Cástrico retiró su pie y soltó el pelo de Espartaco, cuya cabeza cayó; luego el centurión tomó las monedas que Posidionos le tendía.

—Atacó, hirió a uno de nuestros centinelas -dijo Cástrico-. Merece la muerte. El tribuno debe aplicar la ley.

–Me has vendido su vida -replicó Posidionos. Extrajo de la bolsa otras dos monedas. – Te compro la mujer -añadió señalando a Apolonia, que seguía salmodiando. – Ésa... -empezó Cástrico. Se encogió de hombros.

–Que se la quede quien la quiera. Es una perra. Hizo una mueca de asco.

–Pero eres griego -prosiguió-. Vosotros los griegos, hasta tú, retórico, sois todos unos perros. Quédate pues con la perra.

–Lo que te he comprado es la vida del hombre -repitió Posidionos.

Se agachó junto a Espartaco, cuyo rostro tumefacto, congestionado, hacía muecas de dolor.

–Es una mercancía valiosa y la has maltratado.

Nomio Cástrico se precipitó, soltó con todas sus fuerzas una patada en el costado de Espartaco, que intentó encogerse.

–Te he vendido su vida -dijo Cástrico-, pero el tribuno debe juzgarlo. El será quien decida.

Hizo un gesto y dos legionarios levantaron a Espartaco, que se tambaleó, luego se incorporó y de repente se lanzó de cabeza contra Cástrico, que lo tumbó de un puñetazo. Los legionarios lo golpearon entonces con el asta de sus venablos, y el cuerpo de Espartaco quedó pronto estriado con largas señales rojas.

–Detenlos -dijo Posidionos-. Estás perdiendo una fortuna.

Cástrico ordenó con un gesto de la mano a los legionarios que se alejaran de Espartaco.

–Desertó. Lo has vuelto a coger -siguió Posidionos-. Tienes derechos sobre él. Pero su vida también me pertenece. Si lo matas, tiras monedas de oro al mar.

El centurión miraba a Posidionos sin parecer entenderle.

–Haz que lo juzguen los dioses -dijo el griego-. Que luche en la arena. El tribuno estará de acuerdo. Si el tracio muere, habrá sido castigado. Si vive, será esclavo. No se librará en ninguno de los dos casos.

–¿Y tú?

–Siento curiosidad por el destino de los hombres y por la elección de los dioses -contestó Posidionos-. Como señalaste, soy griego.

Espartaco estaba tumbado, desnudo, con los ojos cerrados, los brazos pegados al cuerpo y las piernas ligeramente separadas.

La sangre se había secado sobre su cuerpo lacerado.

Los legionarios que lo habían metido en esa jaula de madera instalada en medio del campamento de la Séptima Legión lo desataron y colocaron a su lado una escudilla con sopa de trigo y una jarra llena de agua.

Espartaco debía seguir vivo y recuperar su fuerza, ya que el tribuno Calvicio Sabinio había decidido que el tracio se enfrentaría sin armas con Galvix, uno de los bárbaros dacios al que habían perdonado la vida por ser su cuerpo tan gigantesco y su fuerza tan desmesurada que parecían proceder de un acoplamiento entre dioses. Se merecía una muerte particular, no un degüello de animal en el campo de batalla. Así pues, por orden del tribuno, se llevaron a Galvix hasta el campamento y lo encadenaron al pie de la tribuna del foro.

Lo curó Jaír el judío, Jaír el curandero, que acababa de regresar al campamento con su zurrón lleno de hierbas, sus frascos de veneno, sus bolsitas con insectos majados. Y ahora el dacio tiraba de su cadena como un moloso furioso, y los legionarios le lanzaban de lejos pan y trozos de carne, y luego empujaban hacia él, con la punta del asta de un venablo, un recipiente lleno de agua.

Galvix gruñía, intentaba arrancar su cadena, y luego se dormía, hecho un ovillo, con el puño cerrado bajo su mejilla derecha.

—Será un bonito combate —decretó el tribuno cuando le enseñaron a Espartaco.

Pero hacía tres días que Espartaco no se movía y el centurión Nomio Cástrico estaba preocupado.

Dio varias vueltas a la jaula, casi deteniéndose a cada paso para observar, entre las estacas que hacían las veces de barrotes, el cuerpo del tracio.

Espartaco tenía los labios apretados y su pecho permanecía inmóvil.

Con la punta de su espada, Cástrico le pinchó dos veces el flanco sin que se moviera.

En ese mismo instante, un perro soltó un aullido de muerte.

Cástrico vio al animal tumbado ante el altar donde se celebraba el culto a los dioses, donde se leían las señales de su voluntad y se descifraban los augurios.

El perro alzó su hocico, retando a Cástrico, y luego se alejó con un trote oblicuo, aullando por intervalos regulares. Cástrico lo estuvo oyendo incluso una vez hubo desaparecido entre las tiendas.

Entonces el centurión dio sus órdenes.

Que se buscara a Jaír el curandero, y a esa perra supuestamente sacerdotisa de Dionisos y adivina.

Que los llevaran junto al tracio.

Respondían con sus vidas de la de Espartaco. Si el tracio moría antes del combate o durante éste, ambos serían degollados. Si Espartaco sobrevivía, padecerían su suerte: los tres serían vendidos como esclavos.

Dichas estas palabras, Nomio Cástrico mandó sacrificar dos pollos sobre el altar de los dioses. La sangre de color rojo vivo se deslizó en dirección de la jaula donde estaban introduciendo a Jaír el judío y a Apolonia.

Los hígados de los pollos eran consistentes y lisos, y tenían un bonito color vino.

Cástrico se alejó lentamente, rodeó la tienda del tribuno y se dirigió hacia la tribuna del foro.

Vislumbró en la penumbra al dacio Galvix.

Un collar de metal, sujeto por una cadena de gruesos eslabones al pie de la tribuna, le rodeaba el cuello. Estaba atado de muñecas y tobillos. Cástrico se mantuvo alejado, pues el dacio, aunque acucillado, parecía capaz de arrancar su cadena y de romper sus ataduras de un brinco.

Su cuello era tan ancho que rodeaba la mandíbula con una rosca de músculos.

Sería necesaria la ayuda de los dioses para vencer y matar a ese hombre.

Eso fue lo que dijo Posidionos al tribuno cuando éste le enseñó al dacio.

—No estás organizando un combate, Sabinio -protestó-, sino un sacrificio. El tracio está herido. Tus legionarios le han roto las costillas y lacerado la piel. ¿Cómo quieres que resista ante esta bestia monstruosa? Este bárbaro me recuerda a un inmenso pulpo que vi salir del agua no lejos de Sicilia. Sus brazos son largos como tentáculos. Sus manos son tenazas. Le entregas una presa en vez de oponerle un adversario.

Con sus manos ensortijadas enlazadas sobre el vientre, la espalda apoyada sobre unos cojines, las piernas estiradas sobre las alfombras que cubrían el suelo de su tienda, Calvicio Sabinio meneó la cabeza.

—¿Querías el juicio de los dioses? ¡Ahí lo tienes! —replicó.

Abrió sus manos y las tendió hacia Posidionos.

—Eres griego y retórico. Mi razonamiento sólo te puede resultar justo. Si enfrento a dos hombres igualados en fuerzas, ¿cómo saber cuál quieren salvar los dioses? La voluntad de los dioses requiere, para manifestarse, una desigualdad entre los combatientes. Si tu tracio sale vencedor, los dioses se habrán pronunciado de manera inapelable. Y te prometo ante Júpiter que le perdonaré la vida, aunque todos reclamen su muerte. Será vendido como esclavo. ¿No te quedas satisfecho así?

El tribuno se levantó y Posidionos lo siguió fuera de la tienda.

Entonces un perro -quizá el que había visto y oído Cástrico- aulló, engalanando el crepúsculo con funestos colores.

—Te concedo, Posidionos -añadió el tribuno poniendo su mano sobre el hombro del griego-, que los dioses respaldan más a menudo de lo que se dice las decisiones de los hombres, y que dudan a la hora de cambiar lo que los hombres han dispuesto por su cuenta. ¡Y no sé qué guerrero podría matar al bárbaro dacio! ¿Sabes que ha desnucado, uno tras otro, a cinco legionarios con un único puñetazo, y que sólo pudieron capturarlo con una de esas redes que se usan para atrapar a las rieras de gran tamaño? El centurión quería que lo degollaran o lo empalaran. Habría sido como desperdiciar un manjar sabiamente preparado. Lo saborearemos cuando el tracio pueda sostenerse sobre sus piernas.

—No me apetece ese manjar -observó Posidionos.

Salió poco después del campamento, sin haber vuelto a ver a Espartaco.

Empujan con tanta brutalidad a Jaír el curandero y a Apolonia dentro de la jaula, que tropiezan, a la vez que caen las estacas atadas que cierran la entrada.

Jaír retiene a Apolonia, la aparta y se arrodilla ante Espartaco. No toca el cuerpo inmóvil. Primero parece envolverlo con gestos lentos, con las manos abiertas, los dedos tendidos, como si quisiera cubrirlo con ellos. Luego, con un trozo de tela, empieza a lavarlo, haciendo que poco a poco aparezca la piel rasgada bajo las costras de sangre. El agua de la jarra en la que hunde las manos y escurre la tela se tiñe de rojo.

Espartaco, con los músculos rígidos, los labios apretados y los ojos cerrados, sigue sin moverse.

Se oyen los murmullos de Apolonia, que, sentada sobre sus talones, se balancea hacia adelante y hacia atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos asidas a los hombros.

Por fin el cuerpo de Espartaco queda libre de su capa de tierra y de sangre. Jaír se inclina sobre el rostro del tracio. Roza sus labios con la punta de los dedos, los separa, introduce hábilmente sus uñas entre los dientes y acaba abriendo la boca de Espartaco, cuyo cuerpo se estremece.

Entonces, con una mano colocada sobre la frente del coloso y la otra apoyada sobre su pecho, Jaír empieza a insuflarle aire en la boca.

Espartaco se arquea, jadea, su torso se llena y se vacía espasmódicamente. Jaír lo rocía con aceite, con gotas de veneno, con un mejunje verde, y luego, colocando los frascos a su alcance, empieza a masajearle el cuerpo. Le da la vuelta, le presiona la nuca y la espalda. Se monta encima de él, haciendo peso sobre el vientre mientras sus manos se deslizan de abajo arriba, livianas, para no irritar las heridas de las que gotea una sangre impetuosa.

Cae la noche.

Jaír se retira a una de las esquinas de la jaula. Se sienta, cruzado de piernas, la espalda apoyada en los barrotes, esas estacas rugosas.

Invoca al Dios Único y Justo, el que salva, el que juzga. Le ruega que dé un poco de Su fuerza, de Su eternidad, a Espartaco el tracio, que debe enfrentarse a Galvix el dacio, esa conjunción de músculos y de violencia, ese bárbaro capaz de romper el hierro con su puño.

—Sé -musita Jaír el judío- que Espartaco Te conoce, ¡oh Dios!, sin haberte encontrado. ¡Permítele que emprenda el camino que lo llevará hacia el Maestro de Justicia, hacia Ti!

Oye la voz de Apolonia. Está susurrando, tumbada contra Espartaco. Lo lame, lo acaricia. Jaír tiene la impresión de que Espartaco se estremece, intenta levantarse, gime.

La vida regresa con el alba.

Segundo día.

Jaír el curandero sigue masajeando a Espartaco, cubriendo sus llagas con una fina capa de hierbas y de insectos majados.

Espartaco intenta agarrarle la muñeca. Jaír afloja los dedos del tracio, aparta su mano.

—No te dejes seducir por la muerte -masculla-. Aún no ha llegado para ti el tiempo del gran sueño.

Señala a Apolonia, que salmodia, arrodillada a pocos pasos.

—Si mueres, la matarán.

Jaír vacila y luego añade a media voz:

—¡A mí también!

Espartaco vuelve a agarrarle las muñecas, se incorpora, apoya su espalda sobre las estacas. Tiene los ojos abiertos, pero sigue agachando la cabeza, la barbilla pegada al pecho, como si no pudiera todavía hacer el esfuerzo de levantarse y de mirar de frente.

—Nos matarán a todos -murmura.

Jaír niega con la cabeza.

—Debes luchar. Si vences a Galvix el dacio, sobrevivirás. Y nos perdonarán la vida.

—No conozco al dacio.

—Sus manos son mazos, pero también las puede usar como cuchillas. Muele, rompe. Saja. Si te da un cabezazo, te aplasta la mandíbula y la nariz, o te hunde el pecho. Si te atrapa entre sus muslos, te asfixia. El día del combate no dejes que se te acerque, salta a su alrededor, intenta tocarlo en la garganta para que no pueda respirar o golpea sus tobillos para que caiga. Es fuerte pero torpe. Debes pillarlo por sorpresa.

Jaír se levanta.

—Conozco su cuerpo -dijo-. Lo he sanado. Recuerda: como consiga tocarte, agarrarte, te matará. Pero eres tú quien tiene que matarlo.

Espartaco abre los brazos.

—No es mi enemigo, él también es prisionero de los romanos. Es mi aliado. No puedo luchar contra él. ¡No quiero!

Jaír se agacha junto a él y vuelve a masajearlo.

OceanofPDF.com

–Voy a curarte, recuperarás tu fuerza. Lucharás. El tribuno Calvicio Sabinio ha ordenado que levanten gradas en el foro del campamento. Ofrece esos juegos a su legión. Primero se enfrentarán treinta pares de presos dacios. Los que se tengan en pie tras los combates deberán resistir a perros famélicos adiestrados para degollar. No habrá supervivientes. Luego te llevarán al centro de esa arena; estarás desnudo, como Galvix el dacio. Os habrán untado el cuerpo con aceite. Y lucharéis hasta que uno de los dos muera.

Jaír se cruza de brazos.

–¡Mírame! – ordena.

Espartaco levanta la cabeza.

–Tú eliges si quieres morir desnucado, como un cabrito al que se mata de un mazazo y luego se degüella, o si quieres luchar como un hombre libre.

–No quiero matar a un hombre que no es enemigo mío -contesta-. Deja de curarme, Jaír, déjame morir.

–No sólo respondes de tu vida, sino también de la nuestra y de las que protegerás y salvarás si sales vencedor. Dios te ha puesto en mi camino para que te instruya.

Espartaco meneaba la cabeza, se agarraba a los barrotes, se pone de pie, da unos cuantos pasos.

–Creía que tu Dios Único no quería que se matara -objeta-. Eso me dijiste en el pinar. Me hablaste del Maestro de Justicia que juzga a los hombres. ¿Y ahora quieres que mate a ese Galvix, del que desconozco hasta el rostro? Quieres salvar tu vida, Jaír, por eso me incitas a combatir. Pero los romanos no nos perdonarán la vida. Ni a mí ni a ti. Por tanto, más vale elegir la propia muerte.

–Decide solo, Dios te inspirará -contesta Jaír-. Pero todo hombre tiene derecho a defenderse, aunque deba matar para ello.

Espartaco se tambalea. Apolonia acude precipitadamente, lo abraza, lo sostiene.

–Dionisos te dará la victoria -le dice-. Matarás a Galvix el dacio.

Encadenan a Espartaco y ordenan a Jaír el curandero que unte el cuerpo desnudo del tracio con una gruesa capa de aceite. Luego lo encierran en la tienda grande que hace las veces de almacén y taller de la Séptima Legión.

Se encuentra en el extremo del foro, al borde del foso que rodea el campamento.

Conducen a Galvix el dacio a otra tienda, a cuatrocientos pasos de allí.

Espartaco se mantiene de pie en la penumbra.

Oye el griterío de los soldados agrupados en las gradas. Los treinta pares de presos dacios acaban de entrar en el foro, al que han dado forma de arena. Hombres armados, que con sus venablos y escudos forman una muralla y una reja cuyas puntas brillan al sol de la media tarde, circundan hombro contra

hombro ese espacio en cuyo centro los dacios deben enfrentarse desarmados.

El tribuno Calvicio Sabinio y el centurión Nomio Cástrico se sientan en la tribuna que se encuentra frente a la tienda.

Jaír y Apolonia están atados de manos cerca de las gradas.

Suenan las trompetas; Sabinio levanta su espada y luego la baja. Los soldados gritan: «¡Mata, mata, mata!».

Tras titubear un instante, los dacios se lanzan unos contra otros, se revuelcan por el suelo, buscan los ojos, el sexo, el cuello. Sólo se puede matar mutilando, estrangulando. Las uñas, los dientes, las manos, los talones, cada parte del cuerpo se convierte en arma.

Es una barahúnda roja de la que emergen tambaleándose unos hombres mientras otros intentan incorporarse antes de volver a caer.

Entonces sueltan a los molosos de Frigia.

Tienen el hocico alargado, las orejas puntiagudas, el pelo negro. La sangre y esa decena de hombres desnudos, de pie, apretados unos contra otros, los atraen. No ladran. Saltan a la garganta, surcan los pechos con sus afiladas uñas. Desgarran, arrancan. Degüellan. Nada puede hacerles soltar su presa.

«¡Mata, mata, mata!», repiten machaconamente los soldados de pie sobre las gradas a la vez que los repiques de tambor acompañan sus gritos.

Pronto sólo quedan perros negros con sus colmillos clavados en cadáveres ensangrentados.

Aparecen unos soldados que lanzan unas redes sobre ese amasijo de carne humana y de fieras enloquecidas. Golpean a los perros con garrotes, los sacan del foro, arrastran los cuerpos lacerados.

La arena no es ya más que una extensión de hierba pisoteada.

Vuelven a sonar las trompetas cuando aparecen, rodeados por soldados, Espartaco y Galvix.

Les han quitado las cadenas. Aún se encuentran en los extremos opuestos del foro. Los pinchan con venablos para que caminen el uno hacia el otro.

Están desnudos, como animales.

Galvix el dacio sobrepasa de hombros y cabeza a Espartaco. Está inclinado hacia adelante como si lo forzara a encorvarse el peso de sus largos brazos y enormes manos.

Ahora se encuentra a dos pasos de Espartaco. Alza sus dos puños cerrados, que están a punto de abatirse como una mole.

«¡Mata, mata, mata!»

¿Son esos gritos lo que lo sorprenden y le hacen vacilar?

Espartaco salta. Los cantos de sus manos cizallan el aire, golpean la garganta de Galvix el dacio, cuyos ojos quedan en blanco; se tambalea, se desploma, cae de bruces, y Espartaco, con la punta del pie, le vuelve a golpear la garganta, y luego sigue, alcanzándole el estómago, la barbilla. La cabeza de Galvix cae hacia atrás, ofreciendo su garganta.

«¡Mata, mata, mata!»

Espartaco podría saltar sobre esa garganta, apretarla, estrangularla. Ya está adelantando las manos.

«¡Mata, mata, mata!» Pero retrocede unos pasos.

¿Cuánto tiempo transcurre hasta el instante en que el sol, que ha seguido su curso, ciega a Espartaco?

El tracio no ve a Galvix incorporarse y avanzar con paso lento, con los ojos medio cerrados.

Cuando oye la respiración entrecortada, tan cercana, del dacio, es demasiado tarde.

Galvix se abalanza, aplasta a Espartaco con su masa.

Espartaco cae en medio de los gritos: «¡Mata, mata, mata!».

Galvix está encima de él. Sus rodillas clavan los brazos abiertos de Espartaco en la tierra. Su peso comprime el pecho del tracio.

¿Así que la muerte tiene este rostro de ojos grises?

Espartaco no aparta la mirada. Quiere verla en ese silencio que se va extendiendo, que se prolonga, inunda el foro, pero que, de repente, rompe, agudo, un grito de mujer:

—¡Vive, vive, Espartaco! ¡Vive, por Dionisos!

Espartaco vuelve la cabeza en un intento de ver a Apolonia, pero sólo descubre el cielo levemente azulado de su infancia que la muerte va a ennegrecer.

Espartaco no conocerá las cuevas de Judea. No se encontrará con el Maestro de Justicia del que le hablaba Jaír el judío.

De repente, ese aullido que suena por encima de él...

Galvix se levanta, su cuerpo inmenso oculta el cielo.

Está de pie, los puños en alto. Espartaco no se inmuta.

Galvix echa a correr hacia la fila de escudos rematados con venablos.

Los soldados de las gradas se levantan, gesticulan, gritan, mientras Galvix, con los puños alzados, los brazos tendidos hacia adelante, sigue corriendo, cada vez más rápido, como si no viera el caparazón de escudos, las puntas de los venablos, o como si creyera poder apartarlos, derribarlos con su enorme cuerpo.

Grita a su vez, y tal es su determinación que los legionarios contra los cuales va a arremeter retroceden.

Cae sobre ellos. Consigue arrancar uno de los escudos. Varios venablos se hunden en su pecho y sus muslos, pero agarra a uno de los legionarios por el cuello. Cae con él sin aflojar las manos, mientras otros legionarios le sajan brutalmente la espalda con sus espadas. Su cabeza cae rodando, pero sus dedos siguen apretando el cuello del romano cuyas piernas, se quedan súbitamente rígidas.

Espartaco se pone en pie.

Para él, la muerte no ha oscurecido el cielo.

Espartaco camina, cabizbajo.

No mira una sola vez a esos hombres y mujeres que avanzan con él y a los que está atado por una cuerda rugosa que le estrecha el cuello y las muñecas. A su lado van Jaír el judío y Apolonia. El uno o el otro le susurra a ratos:

—Estás vivo, Espartaco.

Apolonia da las gracias a Dionisos, y Jaír invoca al Dios Único que dispone de los hombres y de las cosas, y contiene a la muerte cuando la vida de un hombre puede favorecer Sus propósitos de justicia.

—Ahora, Le perteneces -añade Jaír el judío.

Espartaco no parece estar oyendo.

A veces se le hinchan las venas del cuello y de los brazos. Los músculos de sus muslos y de sus pantorrillas se contraen, como si se dispusiera a saltar. Da

unos cuantos pasos más rápidos, pero de inmediato la cuerda se tensa. Lo estrangula, le desgarran las muñecas, y toda la hilera de esclavos a los que está sujeto gime, gruñe, algunos tropiezan, y Espartaco, que sigue forzando la velocidad, los arrastra unos pasos más allá con la cuerda hiriéndole el cuello.

Los legionarios conductores de este rebaño hacen chascar la correa claveteada de sus látigos.

Espartaco hunde la cabeza en los hombros y aminora la marcha. El látigo le cruza, le corta la espalda. No se sobresalta. No vuelve la cabeza cuando uno de los legionarios se acerca al esclavo que no se ha reincorporado, al que la fila no tiene más remedio que llevar a rastras -y la cuerda estrangula, y otros cuerpos caen.

El romano secciona la cuerda y luego la anuda, hace rodar los cuerpos de los esclavos desvanecidos o muertos y los remata en los lados del camino.

Y el rebaño reemprende su marcha al compás del chasquido de los látigos.

Más abajo se vislumbran, a lo lejos, las casas y el muelle del puerto de Velles. Hay varios barcos amarrados. En ellos meterán a los esclavos y, cuando estén a punto de subir a bordo, les golpearán con dureza la nuca para asegurarse de que se van a tumbar sin protestar unos contra otros en el fondo de la nave.

Echarán por la borda a aquellos que se resistan, atados de pies y manos.

—Nos venderán en el mercado de Delos -susurra Jaír el judío-. El que no sea comprado para trabajar en las minas de Grecia o de España podrá dar gracias a Dios.

—A los dioses no les preocupan los esclavos -observa Espartaco.

Es la primera vez que habla desde que dejaron, hace ya varios días, el campamento de la Séptima Legión.

—Dios ve en el esclavo lo que ve en los hombres libres -dice Jaír subiendo demasiado la voz.

El látigo chasquea, pero Espartaco se coloca delante de Jaír y es a él a quien golpea el cuero, cuyos clavos le desgarran la carne.

–Dijiste que en Sicilia los esclavos quisieron recobrar la libertad y los dioses los abandonaron. Hablaste de más muertos que habitantes tiene Roma.

–Los muertos están vivos -replica Jaír el judío.

Espartaco se da la vuelta tan bruscamente que la cuerda se tensa y permanece apretada. Intenta agarrarla para tirar de ella, pero la que aferra sus muñecas es, lógicamente, demasiado corta.

Jaír hace una señal, Espartaco se inclina y el curandero agarra la cuerda con los dientes y la afloja.

Un legionario grita, amenaza, golpea con el asta de su venablo los hombros y la nuca de Jaír.

La marcha se hace más llevadera, pues la vía sigue una pendiente suave hacia el mar.

–El dacio optó por morir en vez de matarme -murmura Espartaco.

El rebaño se detiene en los muelles, y llevan a los primeros esclavos hacia el espigón. Empiezan a lloverles golpes sobre la nuca. Se tambalean y los hacen caer en la bodega.

–¿Por qué me perdonó la vida aquel dacio? – insiste Espartaco.

No mira a Jaír el judío. No espera respuesta.

–Vi sus ojos grises -prosigue-. Yo ya no podía defenderme. Entonces gritó y me dejó vivir. ¿Por qué?

–El Dios Único conoce el camino -refunfuña Jaír.

Ahora le toca a la fila de Espartaco avanzar hacia una de las naves.

Los látigos, las astas de los venablos golpean a los esclavos. Un legionario retiene a Apolonia y la empuja sobre el puente mientras Jaír y Espartaco, arrojados a la bodega, caen sobre otros cuerpos amontonados.

El aire que respiran es húmedo, espeso. Huele a vómito y a orina.

Espartaco y Jaír quedan pegados uno a otro.

–El Único Dios... -vuelve a decir Jaír el judío.

–El dacio eligió morir como hombre libre -replica Espartaco.

–Así lo quiso el Único Dios -repite Jaír.

–¡Quiero morir como el dacio! – exclama Espartaco.

Espartaco se halla desnudo, de pie, con los puños apretados delante de su sexo.

Una cuerda tensada lo tiene atado por los puños y tobillos.

Otra le ensoga el cuello a una estaca plantada en el centro del estrado sobre el que va y viene Paquio, el tratante de esclavos.

Es un hombre pequeño, gordo y vivaracho. A cada paso alza el brazo, mostrando a Espartaco.

—¡Ciudadanos de Roma -grita con su voz cascada de marino-, mirad lo que he pescado en Delos, en tierra griega!

Suelta una carcajada.

—¿Habéis visto alguna vez un cuerpo más liso, más vigoroso que éste?

Se acerca a Espartaco, tiende la mano, roza el torso y las caderas del tracio, cuyos músculos se contraen.

—¡Esto es carne de gladiador para los juegos grandes de Roma! — prosigue Paquio.

Se adelanta hasta el borde del estrado, mira a la muchedumbre que se apretuja entre las laderas de la colina del Palatino y la ribera del Tíber. Otros estrados se alzan aquí y allá en ese foro Boarium donde se monta a diario el mercado de esclavos.

Los cuerpos proceden de todas las provincias de la República, de los pueblos contra los cuales Roma ha luchado y a los que ha sometido. Para ellos, el precio de la derrota se fija en hombres, en mujeres, en niños que se venden en Delos si proceden de Grecia o de Asia, o aquí, en Roma, porque los precios son mucho más elevados y porque los cuerpos extranjeros son apreciados como las guindillas para estimular unos sentidos hastiados, de vuelta de todo.

—¡Vendo este par con el gladiador! — suelta Paquio.

Señala a Jaír el judío y a Apolonia, acucillados, atados a una estaca.

Apolonia aprieta las rodillas con sus brazos. Jaír mira hacia delante, con el rostro impassible.

Paquio los agarra a ambos por los pelos, los obliga a incorporarse. Levanta la túnica de Apolonia, descubre su sexo, sus pechos, dice que es sacerdotisa de Dionisos, adivina, que su cuerpo es una boca que besa, succiona, lame.

—Y éste, el circunciso, conoce todos los secretos de las curaciones. Seca las llagas, cierra las heridas.

Paquio avanza hasta el borde del estrado y abre los brazos.

—¡Que quien haya visto un lote mejor en este mercado de Roma se atreva a dar un paso adelante! Vendo a los tres por treinta talentos. Un gladiador tracio, Espartaco, cuyo cuerpo es más bello, más musculoso y más suave que si lo hubiera esculpido Praxíteles. Una mujer para él, ésta, Apolonia, pero que abrirá su boca a todos aquellos que se lo pidan. ¡Y Jaír el judío para sanar vuestras indigestiones y eliminar vuestras pústulas! ¡Treinta talentos por los tres!

Mira fijamente al gentío, siempre con los brazos muy abiertos.

—Vienen del mercado de Delos. Los compré a quienes los capturaron. El que se convierta en su amo los adiestrará como le venga en gana. Nadie los ha pervertido todavía. Pero sus dotes son conocidas. Éste venció al guerrero más fuerte del pueblo dacio, ésta anunció una tormenta dos días antes de que se levantara, y así salvó mi nave. Y éste, por último, puso de nuevo en pie a un marinero al que un mástil, al caer, rompió la espalda. ¡Treinta talentos por este lote de tres!

Un hombre se acerca al estrado. Dos jóvenes depilados, con la túnica entreabierta, le abren el paso entre ese gentío revuelto en el que se codean mujeres maquilladas, con el rostro empolvado de blanco, los ojos rodeados de negro, los labios abiertos, el pelo rojo, y adolescentes de cuerpos lisos que presionan con sus musculosas nalgas el vientre de romanos de cejas y cráneo afeitados. Estos no saben si dejarse seducir, pues quieren contemplar esos cuerpos que están desnudando sobre los estrados y que se pueden tocar, de quienes se exige que abran la boca o que tiren del pellejo de su miembro.

Otros, entre la muchedumbre, vienen por esas chicas que exhiben desnudas con el empeño de demostrar que aún no son núbiles, por lo que se las podrá pervertir a placer, enseñarles todos los vicios y luego desecharlas, volver a venderlas o alquilarlas en uno de esos lupanares del barrio de Velabre donde permanecerán de pie, maquilladas, con la túnica abierta, delante de la puerta de sus sórdidas habitaciones, ofreciéndose por una pieza de bronce. Y algunos, incluso entre los más ricos, se deleitarán con el fétido olor de su boca, que degustarán como si fuera *garum*, ese apestoso condimento, mezcla de sangre, despojos, huevo y pescado podrido.

El hombre, escoltado por sus dos jóvenes acompañantes, llega hasta el borde del estrado. Apolonia lo reconoce. Es Posidionos, aquel retórico griego cuyo carruaje asaltó Espartaco, allá en Tracia, en un tiempo que le

resulta tan lejano como aquel en que, siendo libre, ella conoció al tracio en el templo de Dionisos y el oráculo ofició su unión.

Observa a Posidionos. Los dos jóvenes se pegan a él y lo enlazan mientras habla con Paquio sin dejar de clavar su mirada en Espartaco, tendiendo el rostro hacia él, los labios entreabiertos, los rasgos afinados y hasta rejuvenecidos por el deseo.

Apolonia se apoya sobre los muslos de Espartaco. Si no tuviera los brazos atados, los estrecharía para que Posidionos el griego viera que jamás poseería el cuerpo de Espartaco, aunque se adueñara de él.

Ve cómo los jóvenes ríen y se frotan contra Posidionos, le acarician el vientre y el cuello, hacen señales a Espartaco, mimetizan muecas de connivencia, con los párpados medio caídos, esbozando un beso con sus labios.

De repente, un vozarrón domina el rumor de la muchedumbre.

—Me quedo con el lote -dice-. ¡El judío, la mujer y el gladiador tracio!

Apolonia ve primero a dos hombres con el torso embutido en sus chalecos de cuero, un arma al costado, apartando a la gente a puñetazo limpio, y, tras ellos, caminando lentamente, un tercer hombre, fornido, con la cabeza afeitada y un puñal a la cintura.

Se coloca junto a Posidionos, y sus dos guardaespaldas apartan a empellones a los dos jóvenes acompañantes del griego.

Se dirige a Espartaco:

—Conmigo sólo tendrás la obligación de luchar -dice-. Te quedarás con tu mujer y tu curandero. Se te dará la mejor comida, y vino fresco. En mi *ludus* te enseñarán los secretos de la lucha y del manejo de las armas. Podrás ir y venir libremente. Tu única obligación será combatir. Soy Cneo Léntulo Balacio, el lanista de Capua. Organizo los juegos. Mi *ludus* es la mejor escuela de gladiadores de toda la República Romana. Tu vida será tan larga como tú mismo decidas. Si tu mujer no te basta, te proporcionaré todas las que desees. Un gladiador no es un esclavo: es un hombre que lucha por su vida.

Paquio se adelanta.

—Hablas y hablas, Léntulo Balacio, pero ya tengo comprador para el lote.

Señala a Posidionos, tras el cual se resguardan ambos jóvenes.

—Ese retórico griego me ofrece... -prosigue Paquio.

Léntulo Balado lo interrumpe con un gesto y una mueca de desprecio.
Se vuelve hacia el interesado.

—¿Quieres convertir en tu Gitón a un guerrero tracio, a un gladiador?
Estás loco, Posidionos. Éste se adueñará de ti. ¡Hará que te comas su mierda! ¡Pero quizá no te disguste la idea!

Se encoge de hombros.

—Confórmate con tus depilados -prosigue-. Y deja a los gladiadores para nuestros juegos.

Hace una señal para que sus guardaespaldas suban al estrado. Se encaraman sobre él, le tienden las manos, lo aupan.

Léntulo Balacio se dirige hacia Espartaco, se planta ante él; su mirada examina lentamente el cuerpo desnudo del tracio.

—Ese embustero de Paquio no ha mentido. Tienes músculos de gladiador y tu cuerpo es bello como el de las más bellas estatuas de las villas del Palatino.

Señala con la cabeza la colina donde se adivina, entre cipreses y pinos piñoneros, el mármol y las columnas de las moradas de los poderosos de la República, senadores o financieros, cónsules y pretores.

—Te compro a ti, a la mujer y al judío, para mi *ludus* de Capua. ¡Serás el gladiador del lanista Léntulo Balacio!

Se vuelve hacia Paquio.

—Voy a entregarte cincuenta talentos.

Paquio alza los brazos y dice:

—¡El lote es tuyo, Balacio!

Baja la voz y previene:

—No te fíes, es una fiera. Mira sus ojos. Jamás agacha la mirada. No es la de un esclavo.

—Si se consigue domar a leones y tigres -dice Balacio-, también lo domaremos a él.

Tiende la mano, toca el hombro y luego el torso de Espartaco, que aparta la cabeza, ruge como para morder, pero la cuerda que lo retiene a la estaca se tensa, le aprieta el cuello.

Balacio ríe y le acaricia el hombro.

—Cálmate, no soy mal amo. Todos los gladiadores de mi *ludus* te lo dirán.

Se aleja y se une a Paquio.

—Un gladiador rabioso, eso sí que es un buen espectáculo. El cuerpo de ese tracio es el de un hombre que ama la vida. En la arena tendrá que luchar para salvarla. Sabrá, querrá vencer.

Balacio se inclina hacia Paquio.

—¿Sabes por qué los gladiadores más feroces son los mejores y más fieles esclavos? Porque obtienen placer venciendo y matando.

Señala a Espartaco con un gesto de la barbilla.

—Ese tracio está hecho de la misma carne que los demás. Un día alimentaré con él a mis fieras.

Espartaco se incorpora sobresaltado.

Mira a su alrededor como si el sueño le hubiese hecho olvidar esa sala sombría de techo bajo, a esos hombres aparcados a su lado, también trabados, tumbados sobre el suelo o sentados con la espalda apoyada en esa pared de ladrillo cuyo enlucido rojo se está desconchando.

Posa su mano sobre el muslo de Apolonia, acurrucada a su lado.

De repente, respira ruidosamente, como si se estuviera ahogando y no soportara ese olor a pescado podrido, a la vez dulce y agrio, que exhala el barrio de Velabre, donde Cneo Léntulo Balacio los ha llevado tras haberlos comprado en el mercado de esclavos. Da la impresión de que ha sido edificado sobre un montón de carne putrefacta, de fruta pocha, de mierda, sangre y barro mezclados.

Se da la vuelta, en un intento de dejar de jadear, de imitar a Jaír el judío, sentado a su lado con los brazos cruzados, la espalda recta sobre sus piernas dobladas, que parece estar mirando fijamente al horizonte más allá de la tapia baja que cerca la sala y ante la cual pasan una y otra vez esos hombres armados que pertenecen al *ludus* de Balacio.

Fueron ellos quienes ataron unos a otros a los esclavos recién comprados, quienes los escoltaron hasta esta sala, quienes repelieron a la muchedumbre que quería tocar a esos esclavos abocados a ser gladiadores, y también quienes exigieron una moneda a cambio de que tal o cual mujer se restregara contra aquel nómida o aquel celta, que le susurrara que regresaría junto a él por la noche y que podría hacer con ella lo que quisiera -estremecida, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta, anciana de cuerpo ávido y trémulo.

Y ahí están esas mujeres, merodeando al otro lado de la tapia, acercándose a los hombres armados. A veces, uno de ellos se aleja con una

u otra colgada del brazo, que se conforma con ese gladiador que ha dejado de luchar, hoy reconvertido en vigilante, entrenador, servidor del amo del *ludus*, Cneo Léntulo Balacio.

Son hombres a los que la muerte rechazó, a los que el destino perdonó la vida: sus cuerpos están llenos de costurones.

La hoja de la espada se deslizó sobre mi garganta, explica uno de ellos, como si Zeus hubiese retenido el brazo del adversario que creyó haberme cercenado el cuello, una ilusión que le costó la vida.

—Y aquí estoy -prosigue el hombre-, con mi collar.

Y deja que toquen esa hinchazón carnosa que rodea su garganta.

Otro descubre los tres surcos largos y profundos que le cruzan el torso, del cuello a la cintura.

—Zarpa de oso -dice con orgullo.

Luego, haciendo retroceder con su venablo a la veintena de esclavos de la sala, suelta:

—Si un gladiador quiere sobrevivir, debe amar la muerte, dormir cada noche con ella, caminar de día de su brazo. Y, en la arena, ser su esclavo, matar para honrarla. Estar dispuesto a exponer el cuello, cuando estás desarmado y el vencedor alza la espada, en espera de la señal del amo y de las órdenes de la muchedumbre.

Grita:

—¡Vuestro destino es morir, gladiadores! Por eso las mujeres, todas las mujeres, van a querer gozar con vosotros. ¡Nos llaman «infames», pero sueñan con lamernos, con abrírnos su boca y sus muslos!

Se da la vuelta.

—¡Ahí están, las muy perras!

Y Espartaco las ve, maquilladas, los labios entreabiertos, rodeando a los guardianes, suplicándoles que las dejen entrar en la sala o que ellos mismos, que conocieron la lucha en la arena, les insuflen algo de su fuerza.

Espartaco aprieta el muslo de Apolonia.

—He tenido un sueño -le dice.

Entonces ella lo escucha contar cómo esa serpiente se enroscó alrededor de su rostro, le acarició los labios con su lengua hendida.

Ella se pone a temblar, a oscilar, con los ojos desorbitados. Dice que va a poseer un gran y tremendo poder, que un número incontable de gente se

unirá a él, y constituirá un ejército de hombres nuevamente libres de quienes será el príncipe victorioso.

Se balancea cada vez más rápidamente de atrás adelante, invocando a Dionisos, y susurra:

—¡Tú, Espartaco, guerrero de Tracia, al que han encadenado como esclavo, tú, por quien velan los dioses, harás temblar a Roma!

Sus palabras se encabalgan, parece estar perdiendo la razón, meneando la cabeza, con el pelo barriéndole los hombros, aplastándose las orejas con las manos como si quisiera impedirle oír y luego repetir lo que una voz le dicta, recalca, y, por fin, apartando los brazos, acaba clamando y gritando más que enunciando.

Dice que ese terrible poder, ese poderío principesco del que Espartaco va a disponer, le causará un final tan infausto como los mayores triunfos obtenidos.

—Los dioses recuperarán lo que te dieron -añade-. Elevan a los hombres a su altura, y luego los dejan caer en un abismo sin fondo. Se sentirán celosos de ti, Espartaco. Te darán la gloria, pero luego provocarán tu caída...

Grita, se agarra a su cuello, le inmoviliza los hombros, gime y besa a un tiempo su pecho.

Espartaco cierra los ojos, se inclina sobre ella, le besa el pelo, la arrulla. Pasa la noche. Luego amanece.

Los guardianes anuncian a voces que hay que ponerse en marcha, que tres carros los están esperando, que se les va a tratar como a animales valiosos, no como a vulgares esclavos marcados al rojo. Han sido elegidos para ser gladiadores. El amo del *ludus* de Capua, el señor de todos ellos, Cneo Léntulo Balacio, no quiere que sus gladiadores consuman sus fuerzas sobre los adoquines de la vía Appia. Quiere que, nada más llegar, puedan iniciar su entrenamiento en el *ludus* y luego comparecer en la arena para luchar valientemente y plantar cara a la muerte con valor y brío.

—Todas las mujeres se acercarán a vosotros como perras o marranas. Lamerán vuestras heridas. Os ofrecerán el mejor vino, los tordos más rellenos, tórtolas, criadillas de jabalí asadas. Podréis exigirselo todo. Gladiadores, tenemos en nuestras manos la fuerza invencible de la muerte. Vamos...

Los hombres se levantan.

Se rozan, se observan, se retan. Las miradas se cruzan: la del tracio y la del númida, la del celta y la del germano, la del dacio y la del galo.

A algunos de esos hombres, como Espartaco, se les ha permitido llevarse consigo a su mujer. Ellas también están trabadas. Cuando salen de la sala oscura, insultan a las que, fuera, se extasían al ver aparecer a los gladiadores, intentan acercarse a ellos, mendigan una caricia, siguen por las calles enlodadas del barrio de Velabre las tres carretas que acaban de ponerse en marcha y se abren paso con dificultad entre los tenderetes, en medio de ese alborotado gentío.

El sol ciega a Espartaco.

Recuerda aquel momento crucial de la lucha que entabló con Galvix el dacio.

Murmura:

—No lo veía. Podía matarme. Pero prefirió morir antes que yo.

Espartaco se vuelve hacia Jaír el judío, que está sentado a su lado en ese primer carro.

—¿Por qué?

Jaír lo mira de hito en hito, luego dice en voz baja como cuando se cuenta un secreto.

—Todos estamos en manos del Dios Único. El ve. El guía. Olvida al dacio. Olvida las profecías de Apolonia, Espartaco. Actúa y sueña como un hombre libre y justo. Así seguirás el camino de Dios.

Segunda parte

Jaír el judío coloca las palmas de las manos sobre sus orejas.

Se apoya con todas sus fuerzas para que el latido de la sangre en su cabeza ahogue los gritos que invaden las gradas de la arena ubicadas encima de las salas subterráneas donde él mismo está esperando.

Se acurruca, con las piernas dobladas, la frente sobre las rodillas. Agacha la nuca como si lo estuviesen azotando.

«¡Jugula! ¡Jugula! ¡Degüella! ¡Degüella!»

La multitud recalca la palabra con una sola voz que brama y repite:

«¡Jugula! ¡Jugula! ¡Degüella! ¡Degüella!»

Ese fragor entra por los tragaluces, retumba en las bóvedas bajas, alcanza los pasillos que conducen a los edificios del *ludus* pegados al anfiteatro de Capua, en esa orilla del Volturno, el río que encierra la ciudad en uno de sus meandros.

De este modo, bastan unos cientos de pasos para acceder del *ludus* a esos subterráneos donde agrupan a los gladiadores antes de que suban los pocos escalones que conducen a la arena, a esa arena tan a menudo empapada de sangre que está sembrada aquí y allá de grandes manchurrones pardos.

De repente se hace el silencio, tan inesperado, tan brutal, que Jaír el judío levanta la cabeza, mira a su alrededor y luego hacia el tragaluz, al que se acerca. Ve enfrente, al otro lado de la arena, el palco donde están sentados los magistrados y patricios de Capua, y, de pie junto a ellos, apoyado sobre la balaustrada, reconoce la silueta de Cneo Léntulo Balacio, el amo del *ludus*, el dueño de esta escuela de gladiadores, el organizador de los juegos.

Ha llegado el momento.

De pronto una voz aislada, aguda, la de una mujer que aulla:

«¡Jugula! ¡Jugula! ¡Degüella! ¡Degüella!»

Y se reanuda el griterío.

Jaír el judío retrocede, se arrincona en la penumbra.

No quiere ver levantarse el brazo del pretor, puño cerrado, puede que todavía cavilando al escuchar ese fragor: «¡Jugula! ¡Jugula! ¡Degüella! ¡Degüella!», pero no, el pretor va a ceder, a girar su puño, el pulgar hacia abajo, dando así a los vencedores la señal para que maten a aquellos cuyo cuerpo tienen en la punta de su tridente, de su espada, o a quienes están aplastando el pecho con su talón.

Nuevamente el silencio, luego una larga exhalación como de satisfacción y relajación de los cuerpos apretujados unos contra otros sobre las gradas en el momento en que las cuchillas sajan las gargantas y las puntas de hierro se hunden en los pechos.

Un chorro de luz invade repentinamente la sala, haciendo retroceder la penumbra. El portón que da a la arena se acaba de abrir y los gladiadores empiezan a bajar, tambaleándose, por la rampa que conduce a los subterráneos.

Son los supervivientes de la veintena que habían sido comprados en Roma en el mercado de esclavos. Los habían aparcado juntos en el barrio de Velabre, y luego, hombro contra hombro, habían recorrido, sentados en los carros, la vía Appia de Roma a Capua. Algunos habían canturreado en su idioma.

Uno de ellos, un celta, consiguió, durante una parada en Minturno, romper sus ligaduras y correr a campo traviesa entre los olivares. Los guardianes lo persiguieron, lo alcanzaron y apalearon hasta que su cabeza colgó sobre su pecho y no se sabía de qué color era su pelo, con mechones pegados por la sangre negra al secarse.

Léntulo Balacio pidió que lo rociaran con agua. Y el celta se sacudió, levantó un poco la cabeza. Balacio repitió varias veces:

—¡Está vivo, este perro está vivo! ¡Loados sean los dioses!

Lo ataron, lo metieron en un carro, y, una vez llegados a Capua, cuando los nuevos gladiadores hubieron descubierto la ciudad, el meandro del Volturno y, más allá de los cabos, ese monte cónico con su penacho de humo gris adentrándose en el cielo, allá en el horizonte, Balacio se acercó a Jaír el judío.

—Eres curandero, judío, por eso te han vendido, y tú...

Se volvió hacia Apolonia:

—¿Eres sacerdotisa de Dionisos? Pues...

Apuntó al cuerpo del celta:

—Lo quiero de pie mañana mismo. Pide lo que necesites para curarlo. Si muere o no puede caminar...

Miró largamente a Jaír el judío. — Mis leones libios siempre tienen hambre -soltó alejándose.

Jaír untó el cuerpo del celta con aceites y ungüentos. Le masajeó la nuca y los muslos, lavó su pelo rubio y rizado, curó sus heridas.

El celta recobró lentamente una respiración regular. Por fin abrió sus ojos tumefactos, miró a su alrededor y se incorporó, dando a entender a Jaír el curandero que se llamaba Gaelo, que había luchado contra los romanos y los había vencido como un guerrero, y que no aceptaba su condena a esta infame condición de gladiador. Se dirigió a Espartaco, que no entendía su idioma, y fueron un galo, Criso, y un germano, Enomao -ambos también adquiridos en el mercado de Roma-, quienes le contestaron, explicando seguidamente a Espartaco que el celta los estaba exhortando a negarse a luchar, a rebelarse, a huir como él mismo había tratado de hacer. ¿Acaso no comprendían, añadió, que serían más fuertes si actuaban unidos, que podrían usar contra los guardianes las armas que les entregarían para luchar en la arena?

Criso y Enomao hablaron en voz baja. El primero era tan alto como Espartaco, pero más corpulento. Su frente baja y su prominente barbilla conferían a su rostro una expresión dura y porfiada. En cuanto a Enomao, era desmesurado: unos brazos y piernas interminables, un cuello largo, una cabeza que parecía pequeña, envuelta por una tupida cabellera roja.

Espartaco escuchó sin contestar, y, tras haberse expresado por señas, Gaelo el celta se durmió.

A la mañana siguiente, Léntulo Balacio, rodeado de guardias, se acercó a Gaelo, que se hallaba de pie, cruzado de brazos, apoyado en uno de los portones que comunicaban con los pasillos que daban a las salas subterráneas cavadas bajo las gradas del anfiteatro.

—¿Tanta prisa tienes por entrar? —le espetó Balacio-. ¡No te preocupes! Balacio no olvida nada. ¿Has querido huir? ¿Te gusta correr? Pues vas a correr...

Balacio se volvió hacia Curio, un hombre libre que había decidido ser gladiador y que, tras vencer en varios combates, fue nombrado maestro de armas del *ludus*.

—Cuida de que lo alimenten bien -añadió Balacio-. Entrénalo para correr. Quiero que abra los próximos juegos y que la población de Capua quede asombrada con el espectáculo que le voy a ofrecer.

Cuando el lanista abandonó el acuartelamiento, Curio se acercó a Espartaco.

—Te consultan, te escuchan -empezó-. Llevas mujer contigo, y éste, el judío curandero, no se aparta de ti. Balacio ha debido de pagar caro por ti, lo adivino por su manera de mirarte. Te trata como al jefe de la nueva cuadrilla de gladiadores. Pero lo conozco: es cruel y vengativo. El celta lo ha desafiado al intentar huir. Si Balacio ha renunciado a matarlo, es que le tiene reservado un destino peor que la muerte. Aconseja a Criso el galo y a Enomao el germano que se lo expliquen. Confían en ti, te obedecerán.

Puso la mano sobre el hombro de Espartaco.

—Si el celta fuera sensato, se abriría las venas. Así tendría una muerte feliz y dulce, si no...

Pero el celta había recobrado, a la vez que las fuerzas, el gusto por la vida.

Lo alimentaron bien. Balacio llegó a permitir que una de las mujeres que merodeaban por las orillas del Volturno se ofreciera a él. Gaelo se retiró

con ella a una de las *celia* de las que disponían los gladiadores. Y se oyeron los gritos de la mujer.

—¿Morir, morir, por qué morir? — contestó Gaelo a Criso el galo-. Lucharé. Sobreviviré. ¡Y mataré a Léntulo Balacio!

Pero una mañana los guardianes se abalanzaron sobre Gaelo y le encadenaron las muñecas a la espalda, luego lo desnudaron y le echaron encima una jarra de sangre fresca.

Léntulo Balacio vino a examinarlo.

—¿Saliste corriendo? ¡Ahora te van a hacer correr!

Más tarde, las trompetas y los tambores anunciaron la apertura de los juegos de Capua, y Léntulo

Balacio, desde la tribuna, clamó que, para inaugurar con dignidad estos juegos, iba a ofrecer a su fiera más bella, un león de Libia, un hombre desnudo atado de manos que sólo podría correr para evitar ser devorado.

—¡Si sobrevive, le devolveré la libertad!

Dio la orden de abrir los portones, aquel por donde saltaban a la arena los gladiadores y aquel de donde salían las fieras. Gaelo tenía el olor a sangre pegado al cuerpo.

No corrió mucho.

El león, posando sus patas sobre el pecho del hombre, lo despedazó lentamente, destrozando con su mandíbula la cara del celta.

Los esclavos adquiridos en Roma no participaron en estos primeros juegos. Había que adiestrarlos, enseñarles a luchar en la arena, a evitar la red lanzada por el reciario, a repeler el tridente o la espada curva.

Algunos debían combatir sin ver siquiera a su adversario, con el rostro oculto tras un casco rematado por una máscara de metal desprovista de hendidura.

Otros -entre ellos Criso el galo-, cubiertos enteramente por una armadura, iban tan aplastados por el peso del metal que sólo podían dar pasos cortos, con las piernas separadas, y bastaba un empujón para derribarlos, en cuyo caso no podían volver a levantarse.

Espartaco portaba el escudo y la espada curva y dentada de los guerreros tracios, mientras que el germano Enomao iba armado con un hacha de doble filo y mango largo que manejaba con destreza para abatir a cuantos se acercaban.

Todos los componentes de la nueva cuadrilla salieron a la arena durante los segundos juegos de Capua.

Ya era verano. Una espesa capa de niebla yacía estancada sobre el Volturno.

De los subterráneos donde estaban encerradas las fieras subía un olor acre. Los juegos se iniciaban al atardecer, cuando el calor empezaba a disiparse y el largo crepúsculo se estiraba.

Jaír el judío oyó el choque de las armas, los gritos que aclamaban las mejores intervenciones, y luego ese aullido: «¡Jugula! ¡Jugula! ¡Degüella! ¡Degüella!», y ese grito de pasmo cuando el pretor volvió hacia abajo su pulgar, ordenó cercenar los cuellos, hundir venablos y tridentes en los cuerpos.

Y ahora Jaír el judío ve cómo avanzan lentamente los gladiadores supervivientes por la rampa que conduce a las salas subterráneas.

Se tambalean, chorreando sangre por todo el cuerpo.

Jaír el curandero ve correr la sangre sobre el pecho de Espartaco.

Se acerca al tracio, que tiene un corte en el hombro derecho; y un hilillo de sangre dibuja sobre su brazo y su mano un reguero negruzco.

Espartaco titubea y luego se deja caer al suelo. Jaír se inclina. La herida es sólo superficial. El hombre que lo golpeó debió de ser abatido justo cuando la hoja de su arma -espada o hacha- caía sobre Espartaco.

Jaír empieza restañando la sangre, luego cubre la herida con ungüentos.

Espartaco no parece siquiera darse cuenta de que lo están curando. Ha dejado caer su cabeza sobre su pecho, las manos entre los muslos, la espalda encorvada.

No mira a Criso el galo cuando se detiene ante él, y, de repente, se desmorona, como aplastado por

el peso del metal de esa armadura que lo cubre de cuerpo entero. Intenta en vano levantarse. El germano Enomao, cuyo pecho está surcado de rojo, se aplica en desatar las correas de cuero que, en la espalda, en la nuca y la cintura, en los muslos, fijan las piezas de la armadura al cuerpo de Criso. Otros gladiadores se apoyan en la pared, se dejan caer al suelo, cierran los ojos, primero en silencio, y luego reclaman vino.

Jaír los mira. Saltaron unos veinte a la arena: todos los de la nueva cuadrilla de gladiadores compuesta por esclavos comprados en Roma. Ya

sólo quedan siete, rodeados por los gladiadores del *ludus* que han acudido por los corredores e invadido con alboroto las salas subterráneas.

–El dacio -murmura Espartaco-, acuérdate de Galvix el dacio, me perdonó la vida. Optó por morir antes que matarme.

Aprieta la nuca de Jaír con su mano izquierda, obligándolo a inclinarse aún más.

–Cuando vi a ese nómada alzar su hacha -prosigue-, me lancé de cabeza empuñando la espada. Se la hundí en el vientre, hasta la guarnición. Soltó su arma.

Se pone la mano derecha sobre el pecho.

–Su sangre me salpicó, me cubrió. Su sangre se mezcló con la mía. Era mi hermano, Jaír, y lo he matado. No he tenido el valor de Galvix el dacio.

Menea la cabeza. Da la impresión de que solloza, pero sus ojos permanecen secos.

–He matado a mi hermano... -repite.

Un repentino silencio se instala bajo las bóvedas. Los gladiadores se apartan para dejar pasar a Cneo Léntulo Balacio, custodiado por sus guardias. Curio, el maestro de armas, camina a su lado.

–Quiero verlos -dice Balacio alzando la voz-. Vivos, heridos o muertos, son míos. Llévame hasta los heridos, Curio.

–Son vencedores -observa Curio.

–¡Son míos! – repite Balacio-. Y tú también lo eres, por contrato. Has elegido. Jamás olvides que dispongo de ti, aunque seas un hombre libre. Me has vendido tu libertad, Curio. Y puedo soltarte en la arena con las manos atadas a la espalda, como he hecho con ese celta. Ya sabes lo que le ha ocurrido.

Hace una señal a los gladiadores para que se aparten y lo dejen ver a los supervivientes.

Balacio ve a Espartaco y, a su lado, a Jaír el curandero.

–Dime, judío, ¿cuántos días necesita el tracio para volver a combatir?

–Dame una espada -responde Espartaco levantando su brazo ensangrentado.

Balacio sonríe.

–Has peleado bien. Has ensartado a ese nómada, lo has partido en dos. El pretor ha disfrutado con tu talento para matar. ¿Eres tú Espartaco? Curio

me ha dicho que los gladiadores te hacen caso. Aconséjales que se porten conmigo como corderos, y como tigres en la arena.

Da la espalda a Espartaco, mira detenidamente a Criso el galo, luego al hermano Enomao.

—Vosotros tres abriréis los próximos juegos.

Los demás supervivientes de los combates yacen en el suelo, sus cuerpos cubiertos de sangre y de sudor.

—A éstos que les den un arma -ordena Balacio. Agarra del brazo al maestro de armas. — ¿Los oyes?

Señala con un movimiento de la cabeza las gradas de la arena que se distinguen por los tragaluces. La multitud está de pie, grita y gesticula.

—Curio, ¡que vuelvan a luchar!

—Ya han vencido -repite el maestro de armas.

—¿Los estás oyendo? El pretor me ha pagado mucho por estos juegos.

Alza la voz.

—Os atiborro de carne y de vino, os entrego mujeres. Lleváis una vida de patricios, vosotros, infames, que no sois nada. Pero hay que combatir. ¡Es el pago!

Mira de frente a los gladiadores, fijamente, hasta que la mayoría baja los ojos.

—¡Los heridos, a la arena, con tridentes y espadas, ahora mismo! — prosigue-. ¡Haz que los lleven a rastras, déjalos tirados allí si es necesario, Curio! ¡Ahora! ¡Que les echen agua fría! La gente se acordará, en Capua, de los gladiadores del *ludus* de Balacio -añade-. ¡Algún día os haré luchar en Roma!

Se retira lentamente.

—¡A las fieras, a las fieras! — repite-. ¡Que se enfrenten a mis bestias salvajes!

Espartaco se levanta, los gladiadores lo rodean. Son varias decenas, puede que doscientos. Gruñen. Pero Espartaco es el único que alza el puño.

Los rostros de los gladiadores se difuminan en la penumbra de las salas subterráneas.

Sólo se ven hombros, brazos, torsos, caderas. Así recorta los cuerpos esa luz que, cargada de polvo, cae de los tragaluces.

Jaír el judío se halla en el centro de esa masa mutilada que se estremece y echa hacia adelante, mientras él resiste ante el empuje, luego retrocede

bajo las bóvedas, escucha los gritos que fluyen desde las gradas, oye el rugido de las fieras, el martilleo de sus patas dando vueltas en las salas contiguas, esperando que les abran las puertas para saltar a la arena y saciarse de carne humana.

Unos pasos más allá, Jaír ve las puntas de los venablos y de las espadas, los escudos de los hombres armados, esos chacales afectos a Léntulo Balacio.

Bien plantados sobre sus piernas, apuntan con sus espadas y lanzas, conformando un rastrillo de metal que contiene a la masa de gladiadores y los hace retroceder bajo las bóvedas, en las esquinas, hasta donde no se puede permanecer de pie. Y los gladiadores se acucillan.

Jaír siente las pieles aceitosas. En la oscuridad más densa adivina las manoplas, las piezas de armadura, los cueros y las anillas de los chalecos. Se apoya contra la cadera y el hombro de Espartaco, roza el brazo de Criso el galo. Las pesadas manos de Enomao caen sobre sus hombros.

Ve cómo se va acercando Curio, el maestro de armas del *ludus*. Éste detiene con un gesto a sus chacales, que se movilizaban tras él; apenas les queda espacio a los doscientos gladiadores sin arma ni escudo, la garganta y el pecho al desnudo.

—¿Qué queréis? — les grita Curio—. ¿Que os mate como a ratas?

Da un paso más.

Jaír el judío nota cómo tiembla el cuerpo de Espartaco. El tracio siente la tentación de saltar al cuello de Curio; luego seguirían los demás gladiadores. Sin duda vencerían los chacales, pero algunos de ellos, Curio el primero, acabarían con el cuerpo lacerado a dentelladas y zarpazos.

Jaír el judío pone su mano sobre el muslo de Espartaco. Apoya, aprieta hasta que cesa el temblor de Espartaco.

Curio retrocede.

—¿Habéis oído a Léntulo Balacio? Lo que quiere, lo que ordena, es ley para nosotros. Si os alzáis contra él, sois ratas y moriréis como ratas. Sólo sois hombres si combatís para él. Os ha comprado. Os instruye. Os alimenta. Os da una oportunidad de sobrevivir. De tener una buena vida en espera de una muerte de la que nadie escapa. ¿Preferiríais arrastraros por la galería de una mina, o resecaos al sol en un trigal? Gracias a él, vivís y moriréis como guerreros.

Curio se vuelve a adelantar, golpea con su escudo el cuerpo de Espartaco.

–Tú, tracio -susurra-, has alzado el puño. Sabes que Léntulo Balacio no olvida nada. Un día hará que te aten las manos, como ha hecho con Gaelo el celta. O, aún mejor -Curio retrocede-, mandará que te corten las manos y te soltará en la arena. Eso es lo que uno consigue cuando olvida que no es nada, sólo un infame a quien un amo concede un poco de vida.

Curio se encuentra ahora detrás de sus hombres.

–Vuestra vida será todavía más corta si desobedecéis. ¡Moriréis como ratas! – les espeta.

Camina hacia los cuatro gladiadores heridos a los que están ayudando a incorporarse y cuyos cuerpos chorrean agua que les acaban de echar encima. Curio ordena que les entreguen espadas y tridentes.

Dos hombres abren los portones. La luz y el griterío de la muchedumbre invaden atropelladamente las salas subterráneas, cubriendo la masa oscura de los gladiadores que, deslumbrados, intentan distinguir a los heridos que arrastran a empujones hasta la arena.

Jaír oye el rugido de las fieras.

Los chacales de Léntulo Balacio retroceden sin dejar de apuntar con sus venablos y espadas.

Los gladiadores se van incorporando y adelantando a la vez que cierran las puertas, regresa la penumbra y los gritos afluyen por los tragaluces.

El judío sigue a Espartaco, que se acerca a una de las aberturas y se encarama agarrándose a los barrotes. Jaír lo imita.

Observa durante un momento el palco de los patricios y de los magistrados de la ciudad, luego nubes de polvo lo ocultan.

Adivina un cuerpo ensangrentado. Cierra los ojos, se desliza, negándose a ver más. Pero oye cómo se mezclan y se confunden los rugidos de la multitud y los de las fieras.

Jaír permanece de cuclillas, apoyado contra la pared. Espartaco se sienta a su lado en la penumbra mientras la luz grisácea alumbra a los demás gladiadores, a quienes Curio ha mandado repartir ánforas de vino.

Los hombres beben, con la cabeza echada atrás, los ojos medio cerrados, ofreciendo su garganta, y el vino que corre por la comisura de su boca tiene el color de la sangre.

–Nunca más mataré a uno de mis hermanos -musita Espartaco.

Aprieta los puños, los esgrime.

Apolonia se arrodilla ante Espartaco. Le agarra los puños, los besa, lo obliga a extender los dedos, a abrir las manos. Posa sus labios sobre el hueco de sus palmas.

El tracio está sentado sobre el suelo de la *celia* que ocupa en la otra punta de los edificios del *ludus*, allá donde Léntulo Balacio aloja a los gladiadores que ya han luchado y vencido, cuyos nombres empiezan a ser conocidos en Capua y a los que hay que cuidar como animales de lujo para que animen los próximos juegos: entonces los pregoneros se dispersarán por las orillas del Volturno, por las plazas y mercados de Capua anunciando que Criso el galo, Enomao el germano, Vindex el frigio y Espartaco el tracio entrarán juntos en la arena y se enfrentarán a cinco pares de gladiadores para una lucha sin cuartel. Los supervivientes se enfrentarán a las fieras. Los juegos tendrán lugar desde mediodía hasta el anochecer. Y, si fuera necesario, se prolongarán a la luz de las antorchas. Se repartirá pan y vino entre los espectadores, por voluntad del pretor Claudio Glabro, venido desde Roma para asistir a los juegos del mejor lanista de toda la República, Cneo Léntulo Balacio.

Apolonia vuelve a doblar los dedos de Espartaco, obligándolo así a apretar los puños. Los acerca, los aprisiona entre sus manos. Los besa, los lame. Gime. Murmura algo, con la cabeza inclinada y los puños de Espartaco pegados a sus labios.

Cuenta que se coló en la sala donde se reúnen los chacales de Léntulo Balacio. Estaban bebiendo. Bailó para ellos. Oyó a Curio, el maestro de armas, reiterar que Léntulo Balacio le había ordenado cercenar, antes de los próximos juegos, los puños de Espartaco el tracio.

Se interrumpe. Besa los puños de Espartaco, le abre las manos, besa cada dedo.

—¡Tus puños! — gime.

Él los cierra, los blande. El cuerpo entero se le ha tensado, endurecido. Dice que luchará con sus manos, como hombre libre, y que matará a Curio. Que serán necesarios diez chacales para derribarlo. Y que sólo una vez muerto doblará las rodillas.

—¡Mis manos nunca! — dice con los dientes apretados.

Apolonia lo abraza.

—Curio había bebido -prosigue ella-. Dijo que tenía que obedecer a Léntulo Balacio, que aquellos que se rebelaban contra el amo del *ludus* se convertían en un trozo de carne podrida sólo apta para echar a las fieras. ¡No a los leones, sino a las hienas y a los chacales!

Apolonia se acercó a Curio. Lo acarició. Le recordó que era sacerdotisa de Dionisos, adivina. Se la llevó a su *celia*. Allí siguió bebiendo, gritó que un gladiador debía entrar en la arena con sus manos y sus armas. Un maestro de armas no era un carnicero que descuartiza la carne antes de entregarla. Él, Curio, era un hombre libre, encargado de enseñar a los gladiadores a defender su vida como guerreros. Cortar los puños a un hombre antes de que saliera a luchar era tarea de verdugo, no la de él, Curio. Él había cortado brazos, saltado ojos, pero eran los de bárbaros vencidos, porque había que castigar a los que se habían atrevido a desafiar a las legiones, y devolver a los derrotados a sus tribus para que sus cuerpos mutilados mostraran a todo su pueblo la tremenda fuerza de Roma.

—Curio no quiere -susurra Apolonia-, pero tiene miedo. Ha estado bebiendo y vomitando durante toda la noche. Si no te corta las manos, Léntulo Balacio mandará cortar las tuyas. Hay unos cuantos chacales que quieren expulsar a Curio del *ludus*, soltarlo en la arena para ocupar su puesto. Lo sabe, desconfía de un español de piel y de pecho negros como un toro. Lo he visto, Espartaco. Me tocó. Se llama Vacerra. No necesita arma para matar. Tiene manos de estrangulador, sus dedos son varas de hierro. Me apretó el cuello. Sentí cómo sus uñas se hundían en mi nuca. «Si hablas, te arranco la lengua», me dijo.

Se calla por un instante, suspira, luego añade que Dionisos le enseñó a apaciguar a los toros, y que supo calmar a Vacerra.

—Os cortará los puños a ti y a Curio. Será el nuevo maestro de armas y el *ludus* de Léntulo Balacio se convertirá en un matadero.

Espartaco se levanta, intenta desasirse de los brazos de Apolonia. Pero ella le abraza los muslos, la boca pegada a su sexo.

—Voy a matarlos con estos mismos puños -gruñe Espartaco.

Apolonia niega con la cabeza.

—Estarás solo, desarmado, y antes de que te dé tiempo de levantar y abatir tus puños ya te habrán traspasado el vientre y abierto la garganta. Y te echarán a las fieras.

Presiona con sus labios el sexo de Espartaco.

–Dionisos no quiere que mueras -susurra-. No olvides la serpiente que te cubrió el rostro, el poder principesco que ese sueño te anunció.

El cuerpo de Apolonia se pone a temblar.

–Yo soy la voz, la carne de Dionisos. Te proporcionan la fuerza y te señalan el camino.

Espartaco se queda inmóvil, con los dedos hundidos en la cabellera de Apolonia.

–¿Qué dice Dionisos? – pregunta.

Apolonia se mete en la boca el sexo del tracio.

El cuerpo de Espartaco se arquea como si una fuerza irresistible lo asiera por los riñones. Siente cómo la savia de la potencia lo invade, un fuego de oro fundido le corre por las piernas, los muslos, el vientre hasta alcanzar su miembro.

Por fin se incorpora Apolonia.

–Debemos huir esta noche -dice ella.

Sale de la *celia* y Espartaco oye sus pasos corriendo por el pasillo, su voz despertando a los demás gladiadores.

Los gladiadores acaban de entrar en la *celia* de Espartaco y le tienden sus manos abiertas. No llevan armas.

Se apiñan en la pequeña habitación sin dejar de mirar al tracio. Este está de pie, con los brazos cruzados. Jaír el judío se encuentra a su lado. Apenas se adivina, en la penumbra, el cuerpo de Apolonia adosado a la pared del fondo.

Víndex el frigio se adelanta, aparta a Criso el galo y a Enomao el germano. Dice que ha visto al caer la noche que Vacerra el chacal, ojo y oído de Léntulo Balacio, hacía retirar a los esclavos todas las armas almacenadas en el *ludus*.

Víndex se lleva la mano izquierda al cuello a la vez que coloca la derecha sobre su pecho, con los dedos abiertos, como si pretendiera protegerse la garganta y el corazón, o como si ya estuviera sintiendo las heridas que los venablos y espadas iban a infligirle.

–Estamos desnudos -protesta-. ¿Qué quieres que hagamos? Vacerra no ha dejado siquiera las estacas para los entrenamientos ni las redes. Tenemos las manos vacías. Nos matarán cuando quieran, o nos soltarán las fieras. Elegirán entre nosotros al primero que vayan a castigar.

Alza sus manos por encima de la cabeza.

–Curio lo ha dicho, Vacerra lo ha repetido a voces en el *ludus*: empezarán contigo, Espartaco. Te cortarán las manos. Y luego nos tocará a nosotros. ¿Qué quieres que hagamos?

Víndex el frigio se pone de puntillas. De este modo, él, que ya es de gran estatura, domina de cabeza y hombros a los gladiadores que se han aglutinado en el pasillo que da a la *celia* de Espartaco.

Ya son varias decenas cuyos cuerpos y rostros se confunden en la oscuridad, formando un magma negruzco del que se elevan un murmullo y retazos de frases que resuenan repentinamente, devueltas por los tabiques. Son casi quejas, súplicas.

Una de las voces dice que Léntulo Balacio no podrá matarlos a todos. Necesita a sus gladiadores para sus juegos. ¿Qué pensarían los espectadores y los patricios de Capua si Balacio sólo ofreciera combates de mancos? «No tendrá más remedio que dejar que la mayoría conserve las manos y devolvernos las armas si quiere que luchemos. ¡Regresemos a nuestra *celia* y esperemos!»

Otra voz grita que Léntulo Balacio los echará a todos a las fieras cuando haya comprado en el mercado de esclavos de Roma otra cuadrilla de gladiadores.

–Nosotros no conoceremos a esos combatientes. Dejarán que nos echen a las fieras del mismo modo que nosotros dejamos que devoraran a los gladiadores heridos. ¡No tenemos más que una vida! – grita la voz en tono aún más agudo-. Cada cual defiende la suya. ¡Que los otros revienten con tal de que yo sobreviva!

–¡Ninguno de vosotros sobrevivirá! – suelta Apolonia.

Surge de la sombra. Se ha colgado de los cuellos de Criso y de Enomao. Se agarra a sus cuerpos, se encarama sobre sus hombros.

–Dionisos me ha dicho que debemos huir esta misma noche, que los chacales nos degollarán o nos mutilarán al amanecer, pues Léntulo Balacio así lo ha decidido. Ha encomendado a Vacerra la limpieza del *ludus*. Luego arrastrarán nuestros cuerpos hasta la arena y soltarán a las fieras, que rematarán la faena. Así se abrirán los nuevos juegos de Capua. Habrá sangre, será una degollina general. Tras el festín de las fieras, soltarán a Curio y a algunos chacales en la arena. ¡Y no tendrán más remedio que luchar!

Apolonia repite, arqueando el tronco, apoyándose sobre las cabezas de Criso y de Enomao.

—¡Debemos huir esta noche, ahora mismo!

Se deja caer entre los cuerpos de ambos gladiadores. Se hace el silencio durante un momento, y luego, súbitamente, resuena la voz de Vindex el frigio.

—¿Adonde huir? Estamos desnudos. Nos perseguirán como si fuésemos lobos. Nos atraparán. ¡Y afortunados los que mueran entonces! Porque a los demás los despellejarán a latigazos. Los crucificarán.

Espartaco se adelanta un paso, agarra a Vindex por los hombros, lo sacude.

—Que aquellos que quieran dejarse degollar o mutilar se queden aquí - dice-. ¡Y que vengan conmigo los que no teman morir como lobos!

Empuja a Vindex, a Criso y a Enomao.

Los demás gladiadores se apartan, dejan que se adentre por el pasillo. Apolonia y Jaír lo siguen y, tras ellos, se atrepellan unos cuantos con el puño alzado mientras que otros gladiadores se pegan a las paredes, dejan pasar ese flujo de varias decenas de hombres y regresan a su *celia*, cabizbajos, dándose a menudo la vuelta, a veces echándose atrás. Entonces, algunos de ellos se unen al grupo que, encabezado por Espartaco, ha alcanzado las puertas del *ludus* que dan a las orillas del Volturno.

Golpean los batientes con hombros y pies, levantan las vigas que los bloquean, los derriban y por fin los abren, y la brisa blanca de la noche lunar se precipita dentro del *ludus* junto al rumor de las aguas del Volturno que corren más abajo.

De repente, un hombre se planta con los brazos abiertos delante de Espartaco.

Grita que los gladiadores deben regresar al *ludus*, que sólo así salvarán la vida y que él, Curio, no contará nada a Léntulo Balacio de este intento de fuga, de esta rebelión, que aún están a tiempo de echarse atrás, que huir equivale a precipitarse por un abismo: no hay manera de agarrarse a las paredes, uno se estrella, se rompe los huesos y queda convertido en carnaza palpitante apta para alimentar a las rapaces, para deleitar a águilas, buitres y cuervos.

Espartaco agarra a Curio, el maestro de armas, por los antebrazos. A la luz de la luna, sólo distingue su silueta y reconoce su voz.

—¡Déjanos pasar! — le dice echándolo a un lado-. Queremos luchar y morir como hombres libres, y no que nos degüellen como a animales de matadero.

Curio no se resiste; camina junto a Espartaco sin dejar de repetir que él mismo es un hombre libre, un gladiador que ha firmado un contrato con Léntulo Balacio, que no es un verdugo ni un carnicero, que se lo ha dicho y repetido durante toda la noche a Apolonia, y que ha contenido a Vacerra.

—Ven con nosotros -le dice Espartaco-. Si te quedas, Léntulo Balacio te echará a las fieras mañana mismo.

Se detiene, mira fijamente a Curio.

—No eres un chacal -le dice-. ¡Todos seremos libres!

Espartaco sigue caminando a grandes zancadas por ese margen sinuoso que desciende suavemente hacia el Volturno.

La ciudad de Capua es un oscuro montón de volúmenes encajados unos dentro de otros en la orilla izquierda del río.

Espartaco se vuelve sin dejar de avanzar. Recuenta, en la blancura nocturna, entre siete y ocho decenas de gladiadores que caminan hombro con hombro como para infundirse seguridad.

—Léntulo Balacio pedirá a los magistrados que te persiga la milicia de Capua -sigue objetando Curio.

Se encoge de hombros.

—Es cierto que no saben pelear, pero no tenéis armas -prosigue.

—Si es necesario, lucharemos con ramas y piedras afiladas -contesta Espartaco-. ¡No lo haremos con las manos vacías!

Ya han recorrido todo el meandro del Volturno que rodea la ciudad. Cruzan un puente cuyas piedras parecen blancas a la luz de la luna.

Más allá empieza la campiña, se extienden las plantaciones de árboles frutales, los viñedos, los trigales. Aún no ha amanecido y no se ve un solo hombre.

—El pretor Claudio Glabro está en Capua -prosigue Curio-. Si escapas a la milicia, Glabro obtendrá de Roma un ejército para perseguirte. ¿Adonde irás, Espartaco?

El tracio tiende el brazo, muestra el cono negro del Vesubio, parecido a la extremidad de una lanza hundida en la carne blanca del horizonte.

Tercera parte

—¡Esos perros huyeron anoche! — exclama Cneo Léntulo Balacio.

Está sentado en su villa de Capua, con las manos cruzadas sobre el vientre, la cabeza erguida, mirando los frescos de las paredes y techo del peristilo del jardín interior.

Más allá del vestíbulo y de la entrada de la morada se distingue la avenida de pinos piñoneros que conduce hasta el Volturno. Unas barcas permanecen amarradas a unas estacas plantadas en la ribera.

—¿Cuántos son? — pregunta el pretor Claudio Glabro, sentado en un sillón de cuero.

Está apoyado sobre sus brazos esculpidos. Sus dedos aprietan las cabezas de león talladas en la madera, cuyos ojos son piedras azules.

Léntulo Balacio no vuelve la cabeza. Hace girar sus pulgares con un lento movimiento rotatorio.

—Más de setenta, setenta y tres, eso sin contar a algunos sirvientes que se han unido a ellos, y a Curio, un hombre libre, mi maestro de armas. Lo han visto caminando al lado de ese tracio que me vendiste, Paquio.

El tratante de esclavos ha llegado por la mañana de Roma en compañía de Posidionos y de los dos jóvenes que nunca se separan del retórico griego. Ahora se encuentran en el umbral del vestíbulo, de pie el uno frente al otro, piernas y brazos al descubierto, el pelo rizado, sus cuerpos tan bien perfilados que parecen dos estatuas. Se oye su cotorreo desde el peristilo.

—Me vendiste al tracio, a un curandero judío y a una sacerdotisa de Dionisos por cincuenta talentos.

—En efecto, ésa es la cantidad que me ofreciste -refunfuña Paquio.

Está sentado sobre un pequeño asiento de patas cruzadas. Se mantiene encorvado, con los codos apoyados sobre los muslos; bajo su túnica blanca se percibe su abultado abdomen.

—Eras tú, Posidionos -dice Léntulo Balacio inclinando la cabeza hacia el griego-, eras tú el que quería a ese tracio, para meterlo en tu cama. Y vienes hasta aquí...

—Deseaba verlo luchar, hasta iba a proponerte que me lo vendieras.

—¡Pues corre tras él! — masculla Léntulo Balacio. Suelta una risotada.

—Han cruzado el puente -prosigue-. Un esclavo los vio esta madrugada caminando hacia el Vesubio. La sacerdotisa iba en cabeza, y, tras ella, tu Espartaco.

Señala con la barbilla a los dos jóvenes.

–Yo creía que sólo te gustaban los jóvenes de piel tersa y culo depilado. ¿Así que también necesitas arrimarte al cuerno de un gladiador?

Se encoge de hombros.

–Desde luego, tienes la curiosidad y los gustos de un retórico griego, Posidionos. ¡No puedes disimular tus orígenes! Pero que sepas que...

Alza la mano, amenaza con el índice:

–El tribuno de la milicia de Capua los está persiguiendo con su tropa. Conozco a Amilo: los acorralará y nos los traerá de vuelta vivos. Quiero tenerlos aquí -golpea con el pie el suelo enlosado del peristilo-, encadenados y con el miedo en los ojos, el cuerpo cubierto de sudor, como bestias salvajes capturadas, ¡y ya podrías ofrecerme mil talentos, suplicarme como un amante cegado por la pasión, que no te lo entregaría! Pretor...

Se inclina ante Claudio Glabro.

–Organizaré para ti, con esos perros, unos juegos que ni siquiera podrías imaginar. ¿Viste lo que hice con el celta? Corrió con las manos cercenadas como si pudiese huir de mis leones de Libia. Con éstos, con tu Espartaco, Posidionos, quiero un espectáculo que ningún habitante de Capua pueda olvidar. A mis leones les gusta la carne viva. ¡Se la voy a dar! Conozco a mis fieras. Se tomarán su tiempo. Esos juegos serán los más bellos que un lanista haya jamás presentado en una ciudad de la República. ¡Ni siquiera en Roma, pretor, podrás ver lo que aquí te ofreceré!

–Atrápalos primero -dice sobriamente Posidionos.

Se levanta, da unos pasos por el césped del jardín, se acerca a la fuente, pasa sus manos bajo el chorro.

–Ese tracio es como el agua -prosigue-. Se te escurrirá entre los dedos. En Tracia, el tribuno de la Séptima Legión, Calvicio Sabinio, lo mandó enjaular y él mismo eligió a un dacio, un gigante, Galvix, para que le partiera la nuca de un solo puñetazo en una lucha a muerte sin armas. ¿Y sabes qué ocurrió? Que Galvix se negó a matarlo y optó por morir.

Posidionos se vuelve a sentar cerca del pretor Glabro.

–A Espartaco lo protegen los dioses -sigue diciendo-. Estoy seguro de ello. Esa sacerdotisa y ese curandero judío velan por él. Sólo morirá cuando los dioses lo decidan. ¿Querías entregarlo a las fieras? Huyó. ¿Quieres pillarlo vivo? Se te escapará, Balacio, y, si vuelve a ti algún día, sólo tendrás su carne muerta.

—¡Estás divagando, retórico! No eres más que un griego con la cabeza llena de mentiras. Aquí, Roma reina con la espada y la ley. Nadie puede desafiar a Roma, ni un pueblo ni un rey. ¿Crees que ese perro infame, un gladiador tracio, podrá vencer allá donde fracasaron Aníbal y Cartago, o los cientos de miles de esclavos rebelados en Sicilia? ¡Estás soñando, retórico!

Léntulo Balacio da unas palmadas. Los esclavos traen ánforas colmadas de vino fresco, fuentes bien surtidas de champiñones fritos y lechugas, bandejas repletas de tordos regordetes de delicada carne.

—He alimentado a esos perros como patricios -dice Léntulo Balacio con la boca llena, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

Masculla:

—¡Quiero que me devuelvan mi carne y mi vino con su carne y su sangre!

El crepúsculo va extendiendo lentamente su velo púrpura y gris, y los pinos piñoneros de la avenida se desdibujan en la penumbra que parece ascender desde el Volturno.

Encienden lámparas y antorchas. El aceite y la resina chisporrotean. Los jóvenes esclavos de Posidionos están tumbados en el vestíbulo.

Se oye de repente ruido de voces. Unas siluetas avanzan lentamente, otras cruzan a la carrera el atrio, el jardín interior.

Una de ellas se inclina ante Léntulo Balacio:

—Yo estaba con la milicia -susurra el hombre-. El tribuno Amilo está herido.

Léntulo se levanta, agarra al hombre por los hombros, grita:

—Te lo dije, Vacerra: ¡O ellos o tú!

Vacerra muestra sus brazos ensangrentados.

—Están armados -explica-. Algunos esclavos se han unido a ellos, tras haber talado los frutales y sangrado los bueyes. Estaban como locos. Los milicianos han huido. El tribuno Amilo y yo...

Léntulo Balacio empuja a Vacerra.

—Vuelve al *ludus* -gruñe sentándose pesadamente-. Serás mi maestro de armas.

El pretor Claudio Glabro hace una señal a Vacerra para que se acerque.

—Cuéntame -le dice.

Ilustres y venerados senadores:

Yo, Claudio Glabro, pretor de la República, de visita en Capua para impartir justicia en vuestro nombre, doy la señal de alarma.

Desde hace pocos días, un viento infausto sopla por esta provincia. Unos gladiadores han huido del ludus del lanista Cneo Léntulo Balacio. Sólo eran setenta y tres, sin armas, pero las han conseguido y se han unido a ellos esclavos dedicados a labores campestres.

Se dirigen hacia el monte Vesubio y nadie, hasta ahora, ha conseguido detenerlos.

Tras haber abandonado los edificios del ludus, a orillas del Volturno, con la complicidad del maestro de armas, un gladiador libre, asaltaron un asador situado en las inmediaciones del anfiteatro de Capua.

Allí se hicieron con machetes y espetones, y también se avituallaron.

El lanista, Cneo Léntulo Balacio, informado de esa revuelta y fuga, ha conseguido que los magistrados de la ciudad den la orden de persecución, por parte de la milicia de Capua, de esos infames esclavos.

He respaldado esta decisión, tras haber sido consultado por Balacio y los magistrados. Así pues, la milicia, compuesta por unos trescientos hombres a las órdenes del tribuno Amilo, se reunió esa misma noche y salió de Capua al amanecer, con la firme y generalizada convicción de que, antes de que cayera el día, Amilo y sus milicianos traerían de vuelta, encadenados, a los fugitivos.

El lanista Balacio ya tenía pensado celebrar unos juegos para entregar a sus leones a esos gladiadores rebeldes.

Sé demasiado bien lo fieros que son los esclavos para presuponer un final rápido y feliz a lo que se ha convertido, mucho me temo, en un principio de incendio.

Mi familia aún conserva el recuerdo de las guerras serviles que ensangrentaron Sicilia, destruyeron nuestros mejores graneros y bodegas y mataron a muchos de los nuestros.

Un esclavo que rompe su yugo se convierte en una fiera. Peor aún si se trata de un gladiador que sabe pelear y morir.

En apenas unos días, los fugitivos del ludus de Capua han demostrado ser tan funestos como un ejército bárbaro. Y eso que siguen siendo un centenar solamente.

He podido, escuchando los relatos de los que los han perseguido y acosado en vano, reconstruir su itinerario.

Armados con espetos y machetes procedentes del asador, con la panza llena de carne y de vino, se han encaminado hacia el Vesubio, talando aquí y allá frutales, incendiando los graneros, saqueando los trigales.

Parecen haberse ganado a los dioses.

A su cabeza va, cantando y bailando, una sacerdotisa de Dionisos, compañera de uno de los jefes que se han asignado, un guerrero tracio que fue soldado auxiliar de la República y cuyo nombre es Espartaco.

Ha conducido a la banda por uno de los caminos que lleva al puerto de Cumas, atestado de convoyes.

Así, esos gladiadores han podido desvalijar varios carros repletos de armas destinadas al ludus de Capua y fabricadas en Sicilia. Disponen por tanto de tridentes, de redes, de espadas curvas: pertrechos de gladiadores que, en sus manos, son armas temibles.

Los milicianos de Capua lo pudieron comprobar cuando se enfrentaron a los fugitivos.

El tribuno Amilo, al que he visto herido y humillado, me ha relatado aquel combate.

Los milicianos eran tres veces más numerosos que los esclavos, pero éstos hicieron huir, rugiendo como fieras, a la mayoría de los milicianos, que abandonaron allí sus armas. Sólo resistió un puñado de ellos, incluido el tribuno. Amilo me ha contado su sorpresa al ver a esos esclavos obedecer como soldados al tracio Espartaco, y dejar de luchar para llevarse las armas de los milicianos sin demorarse en matar a aquellos que, como él, Amilo, seguían luchando.

Con ojos de espanto, el tribuno de la milicia de Capua me contó que ese Espartaco era un jefe de guerra decidido que había demostrado tener arrestos y había impuesto su autoridad a esta tropa de gladiadores y de esclavos.

He interrogado al lanista Cneo Léntulo Balacio, quien ha tenido que reconocerme que ese Espartaco era efectivamente escuchado y apoyado por su cuadrilla.

Fue la amenaza de un castigo que Balacio había decidido infligir a ese Espartaco lo que empezó provocando las reticencias del maestro de armas del ludus y luego su traición, la rebelión de los esclavos y, por último, la huida del maestro de armas junto con los esclavos.

Un retórico griego, Posidionos, que se halla de paso en Capua, conoció a Espartaco en Tracia y parece sentirse atraído por este hombre cuyo valor pondera. Señala que la fortuna ya lo ha favorecido en varias ocasiones. Así, Espartaco sobrevivió a un combate organizado por el tribuno de la Séptima Legión, que, tal como estaba establecido, sólo podía concluir con su muerte. Pero su adversario renunció a matarlo y prefirió perecer antes que hacerlo.

El tracio es un guerrero orgulloso de su, según él, real estirpe.

La sacerdotisa de Dionisos y el curandero judío que lo acompañan no dejan de repetirle que los dioses lo protegen, y eso también cree Posidionos. Encabezada por un hombre así, esta rebelión de gladiadores puede suponer un gran peligro para la República.

La provincia de Capua es rica. Hay decenas de miles de esclavos trabajando en las villas y posesiones.

Si el rumor de una rebelión exitosa de esclavos se extiende, puede arrasar la provincia como un incendio de verano cuando el viento empuja las llamas y éstas arrasan cosechas, bosques y graneros.

La provincia de Capua está cerca de Roma.

Si no se sofoca, esta rebelión de gladiadores se convertirá en una guerra servil que no podrá acotarse en una isla, como fue el caso de Sicilia, y que amenazará a nuestra capital como antaño lo hicieron los ejércitos bárbaros.

A fecha de hoy, el centenar de fugitivos ha emprendido el ascenso de las laderas del monte Vesubio.

Quizá sea señal de que los dioses los han empezado a obcecar, pues una vez allí arriba resultará fácil rodearlos.

Ciertamente, hoy poseen armas de guerra: lanzas, venablos, espadas, puñales. Disponen de corazas, de cascos, de espinilleras, de escudos robados en los carros o arrebatados a los milicianos de Capua.

Pero, ilustres y venerados senadores, si me confiáis el mando de la persecución y de la batalla, sofocaré esta revuelta antes de que su rumor agite toda la provincia.

Os pido, pues, que me autorizéis a organizar un ejército de tres mil soldados de infantería, cuyo mando asumiré.

Rodearé la cumbre del monte Vesubio con una corona de hierro; luego, paso a paso, la conquistaré, de modo que sólo quedarán en sus laderas los

cadáveres de esas fieras, aunque preservaré la vida de algunas de ellas, en primer lugar la del guerrero tracio Espartaco, para que con su castigo se recuerde por siempre el invencible poder de Roma.

Cuarta parte

Espartaco camina sobre esa tierra grisácea parecida a una capa de ceniza.

Se trata de un polvo fino en el que brillan destellos metálicos, como lejanas estrellas en un cielo tormentoso.

Se detiene, levanta la cabeza.

Cada día, cuando el crepúsculo abrasa el horizonte y el mar adquiere el color de la sangre, la cumbre del monte Vesubio desaparece oculta tras nubes negruzcas.

—Mira -dice Apolonia-. Dionisos se está durmiendo.

Con una mano agarra el brazo de Espartaco, con la otra arranca un racimo raquíptico de esa viña silvestre de sarmientos espesos y nudosos como brazos de gladiador.

—¡Es la tierra de Dionisos! — exclama.

Aplasta las uvas entre sus dedos. Se lleva esa carne verde y viscosa a la boca, se unta con ella los labios.

—¡Es la sangre de Dionisos! — sigue diciendo.

Espartaco retira su brazo, avanza hasta el borde de la planicie, la última antes de las laderas empinadas, casi verticales, que conforman la punta del cono cuya base han subido corriendo, saltando de roca en roca, siempre con el temor de que los alcanzaran esas tropas romanas que, según les dijeron los esclavos que trabajaban en los campos de cebada y de trigo y en los viñedos, habían salido de Capua; la noticia había corrido de una hacienda a otra, de un esclavo a otro: un grito, unos susurros bastaron.

Al pie del monte, un pastor les enseñó la llanura que se extiende hasta Capua:

—Son tres mil infantes -les dijo-. Al mando está el pretor Claudio Glabro. Entre los soldados se encuentran los guardaespaldas del *ludus* de Léntulo Balado. Se dice que el lanista ya ha anunciado que pronto ofrecerá a los ciudadanos de Capua unos juegos que serán lo nunca visto. Obligaré a luchar -dijo- a los gladiadores que, cobardemente, traicionando a su amo, han huido y pronto tendrán que demostrar su valor. A unos les saltará los

ojos, a otros les cortará los miembros; será un combate de fieras, cuando, heridas, el dolor las pone furibundas.

El pastor los condujo por las laderas del monte Vesubio. Allí, les indicó que bajo la morada de los dioses que vivían allí arriba, en la cumbre, y que a veces gruñían hasta hacer temblar la tierra, había una llanura, ancha como la mano de un gigante.

Sólo se podía acceder a esa planicie por un desfiladero, tan estrecho que un hombre apenas podía cruzarlo de frente. Era la planicie de los hombres libres, allí donde los esclavos de la provincia se refugiaban y donde nadie podía ir a buscarlos, pues bastaba con una honda y una piedra bien lanzada para matar a cualquiera que se aventurara por el desfiladero.

—En esta tierra gris crece la viña silvestre. Aquí el esclavo es tan libre como cualquier otro hombre -añadió el pastor.

Les enseñó esa planicie con forma de escalón. Estaba rodeada de acantilados, lo cual la hacía inaccesible. En efecto, el paso que permitía llegar hasta ella apenas tenía la anchura de un hombre.

Se adentraron uno tras otro, siguiendo al pastor.

En primer lugar Apolonia, porque era la sacerdotisa de Dionisos y el monte Vesubio la morada del dios.

Luego Espartaco, porque los gladiadores así lo decidieron, tendiendo los brazos hacia él, repitiendo todos juntos: «Tú, tracio, tú primero».

Después designaron a Criso el galo, luego a Enomao el germano y finalmente a Vínex el frigio.

Titubeaban y uno de ellos señaló a Jaír el curandero. Se escucharon algunos murmullos, pero lo empujaron hacia el desfiladero, que cruzó tras los cuatro jefes.

Luego los gladiadores se volvieron y uno de ellos se acercó a Curio, el maestro de armas del *ludus*: -Tú pasarás el último.

Así alcanzaron esa planicie y Espartaco colocó a cinco hombres a la salida del desfiladero. Debían matar a todo el que intentara cruzarlo.

Luego ordenó que hicieran rodar bloques para que quedara aún más obstruido.

Y empezó la espera.

Tenían hambre. Mordisquearon granos de uva agrios y verdes, hojas de viña silvestre; desenterraron raíces e intentaron capturar por las laderas que se elevaban hacia la cumbre del monte Vesubio pequeños animales grises

como la ceniza que corrían a refugiarse en sus madrigueras. Los desalojaron con estacas, venablos, lanzas; los mataron aplastando su hocico de rata de ojos rojos. Luego se repartieron esa carne correosa que devoraron cruda.

Pues no habían podido encender fuego.

También acecharon a los pájaros que anidaban en las anfractuosidades de los acantilados. Comieron serpientes, arañas grandes.

Algunos -en su mayoría gladiadores italianos- rodearon a Espartaco y le recriminaron que los hubiera llevado hasta aquella planicie, en el flanco del monte Vesubio, que era una montaña maldita; declararon que iban a bajar de nuevo a la llanura, que allí habría fruta, cebada, villas para saquear, carne y mujeres.

Luego se volvieron hacia Apolonia, diciendo que no habían huido del *ludus* de Capua para volver a padecer injusticias, ya que algunos, como Espartaco, tenían mujeres, y ellos no.

Apolonia avanzó. Abrió su túnica y gritó:

—¡El que quiera que me tome!

Pero ninguno de los que habían protestado se atrevió a tocarla. Espartaco señaló el desfiladero y contestó que cada cual era libre de abandonar el campamento, pero que en la llanura lo esperaba una muerte segura. Si por milagro sobreviviera, el que se fuera jamás volvería a ser admitido entre ellos.

Sólo un gladiador, al que llamaban Genua el ligur, se deslizó entre los bloques y desapareció por el desfiladero. Los demás volvieron a las chozas que habían construido con sarmientos y hojas de viña.

Tuvieron sed y se arrodillaron para beber el agua de las charcas fangosas. Cuando el aguacero cayó en tromba del cielo y de las cuevas, intentaron recogerla dentro de telas anudadas como si fueran odres. Al cabo de pocos días, tuvieron que lamerlas, retorcerlas como si de ellas pudiese brotar una fuente de ese maná celeste que, según Apolonia, los dioses les escatimaban para incitarlos a permanecer alerta, de modo que los romanos no pudiesen sorprenderlos.

Sin embargo, un día sin viento, un polvo remolineante ocultó la llanura y la parte baja de las pendientes.

Los gladiadores se acercaron al borde de la planicie y oyeron los tambores y las trompetas del ejército del pretor Claudio Glabro.

Deslumbrados por el destello de las corazas y de las armas, adivinaron las largas filas de infantes que empezaban a subir lentamente el monte Vesubio tras sus estandartes.

Al pretor Claudio Glabro lo rodeaban sus seis lictores, fasces al hombro. Uno de ellos, que se hallaba junto a Glabro, portaba un asta rematada por el águila de Roma desplegando sus alas negras.

Algunos, en la planicie, gritaron que había que lanzarse al encuentro de esas milicias, atacarlas por sorpresa ahora que estaban ascendiendo, sin esperar a que la rodearan.

Ya estaban muertos de hambre y de sed; ¿cómo podrían sobrevivir allí arriba si los romanos los sitiaban?

Cada uno de los presentes sabía de lo que era capaz el ejército romano. Sus hombres se quedarían allá, en la meseta inferior, el tiempo que hiciese falta. Hasta puede que encendieran grandes fuegos para ahumarlos como ratas.

Espartaco convocó en el centro de la planicie a Criso el galo, a Enomao el germano, a Vínindex el frigio, y quiso que Jaír el judío y Curio, el maestro de armas, se sentaran junto a él, cerrando así el círculo.

Apolonia se mantenía de pie, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, las piernas abiertas, las manos sobre las caderas, haciendo girar su cuerpo con una rotación cada vez más amplia y rápida, de modo que al cabo de un momento la punta de sus mechones rubios rozaba la tierra cenicienta.

—¡Los mataremos! — clamó Espartaco con fuerza para que lo oyeran los gladiadores que rodeaban a escasos pasos al grupo sentado.

Y, con el brazo siempre tendido, señaló el desfiladero.

—Tú, Vínindex el frigio, destrozarás las caras con las piedras de tu honda. Y si el soldado al que hayas golpeado se vuelve a levantar, los demás lo despedazarán. Ningún romano, por mucho que su armadura le cubra completamente el cuerpo, debe franquear este desfiladero. Y como no podrán escalar los acantilados ni izar hasta su campamento sus máquinas de guerra, nada cambiará para nosotros. Seguiremos viviendo bajo la protección de Dionisos.

Miró hacia la cumbre del monte Vesubio.

—Moriremos aunque no nos ataquen -observó Criso el galo-. Tenemos hambre y sed. Nuestras fuerzas se agotan. ¿Dónde están la cebada, las

habichuelas, los frutos secos, la carne y el vino del *ludus*? Estábamos abocados a morir, pero nuestro cuerpo sólo padecía durante los combates. Aquí somos libres, pero cada instante nos resulta doloroso.

Espartaco se levantó.

—Aquellos que echen de menos el cautiverio no tienen más que abandonar la planicie, como hizo Genua el ligur.

—¡Sólo digo que no debemos dejar que nuestros cuerpos se pudran aquí, que tenemos que luchar, Espartaco! — recalca Criso.

—Hay que acechar antes de golpear -replica el tracio-. Cuando vamos de cacería, en nuestros bosques, acechamos durante días y noches al oso o al lobo antes de atacarlos.

Así, desde que el pretor Claudio Glabro instaló su campamento más abajo de la planicie, Espartaco va a diario hasta el borde del acantilado para observar a los milicianos de ese ejército de tres mil hombres al que no parece preocupar demasiado el centenar de fugitivos sitiados más arriba.

Primero pretendieron atacarlos, pero varios de ellos cayeron al intentar cruzar el desfiladero y Claudio Glabro decidió detener dichos asaltos inútiles. La muerte segaría por sí sola a esos esclavos sin comida, ni agua, ni fuego.

Basta con esperar.

El olor de los corderos asados, de la sopa de cebada al hervir, asciende hasta la planicie.

Espartaco se tumba.

Tiene la impresión de que, si se queda de pie, se tambaleará y se precipitará al vacío. Arranca hojas y racimos de viña silvestre. Rompe los sarmientos, se llena la boca de granos, de tallos, de fibras.

Mira el corte del acantilado, liso, vertical sobre el campamento romano.

Bastaría con intentar deslizarse de noche por la pared rocosa. Así sorprenderían a esos soldados que, tras haberse hartado de comer, roncan en sus tiendas, que no custodian ni centinelas ni puestos de guardia.

Espartaco empieza a trenzar las fibras que no se puede tragar. Poco a poco ve cómo surge entre sus dedos una cuerda.

Se da la vuelta, tumbado de espalda, y su mirada se pierde por las laderas cubiertas de viña silvestre tan tupida que los sarmientos y hojas ocultan la tierra cenicienta.

Espartaco se levanta, entra en las chozas. Despierta, zarandea a los hombres de mirada velada por la inacción, el hambre y la sed.

—¡Esos sarmientos! — grita-. ¡Todos los sarmientos! ¡Que los arranquen, los corten y los lleven al centro de la planicie!

Un día basta para amontonar los sarmientos. Espartaco coge uno de ellos, lo muerde, arranca las fibras, se dispone a trenzarlas, a anudarlas, cuando Vindex el frigio suelta un grito.

Se unen a él en el borde de la planicie.

Al pie de los acantilados, en el centro del campamento romano, han levantado una cruz. Se distingue la silueta de un hombre con la cabeza inclinada sobre su hombro izquierdo. Tiene el cuerpo ensangrentado. Unos pájaros revolotean alrededor de su rostro.

—¡Genua el ligur! — exclama Criso.

Todos se quedan un largo rato inmóviles, mirando.

Luego Espartaco se da la vuelta, se aleja, y todos lo siguen.

Espartaco levanta la cabeza.

La luna ya no es sino un casco de cerámica que las nubes deslustran y van poco a poco difuminando.

Se asoma por encima del vacío, ese abismo negro en cuyo fondo agonizan las brasas de las fogatas que los romanos dejan apagarse cada noche.

—¡Ahora! — dice el tracio.

Tras él, los gladiadores están desnudos y grises, el cuerpo untado con esa tierra cenizosa que cubre la planicie.

Llevar en los brazos las largas cuerdas que han trenzado con las fibras de los sarmientos.

Han pasado varios días retorciéndolas, anudándolas, probando su resistencia. A menudo se interrumpían y arrojaban lejos los sarmientos cuyas fibras tenían que arrancar.

«¡Esto no es forma de luchar para un gladiador!», protestaban.

Criso el galo se había acercado varias veces a Espartaco, meneando su cabezota, cuyos pelos hirsutos ocultaban la frente y las mejillas.

—Nos romperemos los huesos -objetaba-. Ya sólo les quedará degollarnos.

—Bajaré el primero -se limitaba a contestar Espartaco.

Ha llegado el momento, esta noche no hay luna. Sueltan las cuerdas.

Estas se balancean por el acantilado que domina la parte trasera del campamento romano, sin vigilancia.

¿Qué pretor podía imaginar que unos hombres se deslizarían por allí, desnudos, con el puñal entre los dientes, y que se abalanzarían sobre los legionarios dormidos tras haberse hartado de comer y beber?

—Te sigo -dice Criso.

Enomao el germano baja el último, tras haber soltado las lanzas y los venablos.

Apolonia se coloca entre Espartaco y Criso. También ella está desnuda y cubierta de ceniza. Dice:

—Sé matar. ¡Yo también quiero matar!

Sólo el rumor del viento. Procede del mar y sube por las laderas del monte Vesubio, arrastrando consigo los ruidos: roce de los cuerpos y las cuerdas contra la roca, gritos ahogados de un hombre que ha chocado contra el acantilado, impacto sordo de las armas al aplastar la hierba.

Porque la meseta donde el pretor Claudio Glabro mandó montar las tiendas de su ejército es de buena tierra blanda, y numerosas fuentes brotan entre las rocas. Un torrente fluye al pie de la cruz en la que sólo queda de Genua el ligur un cuerpo descarnado, apergaminado, en el que los pájaros negros clavan sus garras, arrancando con sus picos acerados lo que le queda de carne.

Espartaco está acucillado, con un puñal en la mano izquierda mientras la diestra aprieta el asta de un venablo. Con esta arma señala, en medio del campamento, la tienda grande del pretor Claudio Glabro.

—Para mí -susurra.

—¡Y para mí! — añade Criso el galo.

Víndex el frigio se une a ellos.

Jaír el judío se sienta cruzando las piernas. Menea la cabeza, dice que no mata.

—¡Yo sí mato! — repite Apolonia.

Tiene el pelo cubierto de tierra. Alza ambas manos, cada una apretando un puñal.

—Vamos -ordena Espartaco.

Los lictores duermen, acurrucados en la entrada de la tienda grande del pretor Claudio Glabro.

Mueren a la vez, sin un grito.

El pretor está tumbado, con los brazos abiertos y los puños cerrados. Espartaco le aplasta los labios con la palma de la mano, le hunde la rodilla en el vientre. El espanto invade la mirada de Glabro.

–Soy un hombre libre de Tracia -suelta Espartaco.

Glabro se debate y, súbitamente, se queda rígido.

Espartaco se vuelve. Criso y Vínex han clavado su puñal hasta la guarnición en los costados del pretor. La sangre brota. Espartaco se yergue; quiere hablar pero se oye un grito que va creciendo y cubriendo todo el campamento hasta invadir la tienda:

«¡Jugula! ¡Jugula! ¡Jugula!»

Gladiadores y esclavos profieren esa palabra que han oído aullar en la arena. Pero entonces anunciaba su propia muerte.

Esta noche son ellos los que matan, los que claman «¡Jugula! ¡Jugula!». Los milicianos huyen. Presas del pánico, se arrojan desde lo alto de las rocas.

Vuelcan las tiendas, rompen los cofres, introducen la cabeza en las tinajas llenas de cebada hervida, beben con tanta avidez el vino de las ánforas que éste corre por sus pechos, dibujando surcos en el polvo grisáceo que cubre los cuerpos.

Espartaco recorre el campamento, pasa por encima de los hombres a los que los gladiadores están despojando y rematando de una cuchillada en plena garganta: «¡Jugula! ¡Jugula!».

Se sienta cerca de Jaír el judío, que permanece inmóvil con los ojos cerrados, cabizbajo, con las manos juntas y la barbilla sobre el pecho.

–El olor de la sangre -murmura-. Como en la arena. El hombre igual que las fieras...

–Aquí se vierte la sangre para sobrevivir -replica Espartaco-. Allá, en Capua, la sangre...

Jaír el judío pone su mano sobre el muslo de Espartaco y lo interrumpe:

–La sangre del hombre siempre tiene el color del sufrimiento -dice.

Espartaco aparta brutalmente a Jaír. Se levanta, camina dando grandes zancadas hacia la cruz, grita que debe darse una sepultura decente al cuerpo de Genua el ligur.

Empieza, con la punta de su venablo, a cortar las ligaduras del crucificado y a espantar a los pájaros.

Necesita ayuda. Intenta retener a unos gladiadores que pasan a su lado, pero éstos se escabullen, no parecen oírlo ni comprenderlo.

Y eso que da voces, en este incipiente amanecer, mientras decenas de pájaros sobrevuelan el campamento.

Ve cómo avanza hacia él Jaír el judío. Se sienta al pie de la cruz doblando las piernas, reteniéndolas con sus brazos, la frente sobre las rodillas.

Siente entonces el hombro de Jaír contra el suyo.

—Así son los hombres -dice el curandero-. Ya apenas algunos recuerdan a los muertos y los honran.

Espartaco se da con frecuencia la vuelta sin dejar de avanzar.

Tras él caminan Apolonia y Jaír el judío; luego, unos pasos más atrás, Criso el galo, Enomao el germano, Vindex el frigio, y, más atrás todavía, en la ruidosa columna de los esclavos y gladiadores, avanza Curio, el maestro de armas del *ludus* de Capua.

Espartaco distingue en el horizonte las mesetas y los acantilados del Vesubio, líneas que se perfilan por debajo de la cumbre ya cubierta de niebla.

Aguza la mirada.

Le parece distinguir a las rapaces, esa nube negra que debe disputar a los lobos los cuerpos de los soldados romanos.

Imagina el cadáver del pretor Claudio Glabro, que los esclavos quisieron clavar en la cruz después de que bajaran y sepultaran el cuerpo de Genua el

ligur. Apenas crucificaron al pretor, los pájaros acudieron a reventarle los ojos, a desgarrarle el vientre.

Y fue entonces cuando Espartaco abandonó la meseta, brincando y corriendo por las pendientes hacia la llanura de Campania.

No le preocupó saber si lo seguían. Pero apenas alcanzó las primeras huertas, los viñedos, los campos de cebada y de trigo, hombres, mujeres y hasta niños apartaban las ramas de los naranjos y limoneros, perales y manzanos, se deslizaban por las cepas, corrían entre las espigas y caminaban a su lado, por el borde del camino.

Había pastores y boyeros que decían haber abandonado sus rebaños para unirse al ejército de hombres libres, ese que había vencido -todo el

mundo se había enterado en Campania al ver a los romanos huir en desorden y aterrados hacia Nola y Capua- al ejército del pretor.

Pastores y boyeros afirmaron, esgrimiendo estacas aceradas, que sabían pelear, que cazaban jaurías de lobos, que repelían a los salteadores. Algunos de ellos eran veteranos de las legiones, sí, hombres libres, ciudadanos romanos sojuzgados por la miseria y el hambre a semejanza de los esclavos.

Añadieron que la derrota del ejército del pretor Claudio Glabro era señal de que los dioses otorgaban su protección a los esclavos y a los pobres para que se agruparan y repartieran entre todos las riquezas, las de los campos y las huertas, de las villas repletas de vituallas.

El trigo y la cebada se amontonaban en los graneros, los higos se secaban por miles sobre los cañizos, el vino rebosaba de las ánforas y toneles. Había riqueza por todas partes: bastaba con proponerse apoderarse de ella, con repartirla entre los hombres que, a diario, araban los campos, podaban los árboles y los sarmientos, segaban, recolectaban los frutos y prensaban los racimos, y a quienes daban, como si fueran perros, una escudilla de grano mal cocido, de frutas podridas.

Y a aquel que alzaba la cabeza, y en cuyos ojos sus amos, o los administradores, leían la rebeldía, le laceraban el cuerpo a correazos, o bien lo arrojaban vivo a una pocilga o a una perrera, donde los cerdos o los perros resultaban estar más hambrientos y ser más rabiosos que las fieras.

-

Espartaco los escuchó sin contestar, y dejaron de hablarle, lo dejaron solo.

Tras dar unos pasos, se dio la vuelta y vio cómo esos pobres, esas mujeres, esos niños se mezclaban con los gladiadores y los esclavos de Capua que se habían unido a él, abandonando el campamento romano, bajando las laderas del Vesubio. En primera fila de aquella tropa se hallaban Criso el galo, Enomao el germano, Vindex el frigio, Jaír y Apolonia. Espartaco agachó la cabeza y sonrió.

Más adelante, vio venir a su encuentro a unos cincuenta hombres armados con tridentes y redes, con espadas cortas y puñales.

No se detuvo, obligándolos a apartarse y a caminar a su lado. Le dijeron que eran gladiadores del *ludus* de Nola y del *ludus* de Cumas, y que habían huido para unirse a él, Espartaco, y a los gladiadores del lanista Léntulo Balacio. Hasta en Cumas, un puerto situado al otro lado de la bahía y por

tanto alejado del Vesubio, se habían enterado de que un ejército de tres mil milicianos romanos había sido derrotado por gladiadores y esclavos fugitivos. El pretor Glabro había sido crucificado, y cientos de infantes pasados a cuchillo. Los esclavos vencedores disponían, pues, de armas, de túnicas, de escudos de dicho ejército romano. Se habían apoderado de las enseñas y habían roto con sus espadas las alas del águila romana.

Con un movimiento de la cabeza, Espartaco les enseñó el emblema que un esclavo de la tropa llevaba a rastras.

Luego aceleró el paso para volver a estar solo, dejando que los gladiadores se mezclasen con la tropa.

Y cuando el tracio se daba la vuelta, descubría ese largo y confuso cortejo que no cesaba de engrosar, del que a menudo salían hombres y mujeres para abrazarse en el borde del camino, para acoplarse mientras otros partían una rama de árbol y cogían una fruta que desechaban tras darle apenas un bocado.

Jaír el judío se coloca a la derecha de Espartaco; caminan hombro contra hombro.

—Podría ser un ejército -observa Jaír.

Esos boyeros, esos pastores, esos gladiadores, esos miserables, pero libres, a menudo veteranos de las legiones, saben luchar. Reclaman justicia, añade.

Se da la vuelta.

—Mira, ya son varios miles.

Agarra el brazo de Espartaco.

—Aún no es más que un rebaño. Saquean las huertas, roban y beben.

Necesitan a un pastor, si no, bastará con una centuria romana para dispersarlos, los milicianos los matarán uno tras otro y echarán a los gladiadores a la arena con las manos cortadas. ¡Acuérdate de Gaelo el celta!

Siguen adelante en silencio durante un largo rato.

—Nos acosarán hagamos lo que hagamos -murmura Espartaco-. Querrán borrar nuestra victoria y vengar al pretor.

Se inclina hacia Jaír el judío.

—Yo pensaba entregar al pretor a cambio de nuestra libertad.

—Los galos, los germanos, los celtas, los frigios, los pastores, los gladiadores, los esclavos y los hombres libres sólo piensan en sus deseos -

objeta Jaír-. ¡Permitir que cada cual actúe como le parezca equivale a ofrecer tu garganta o tus muñecas a la espada de Roma!

Apolonia agarra el brazo izquierdo de Espartaco.

–Obedece a Dionisos -dice-. Ha dejado sordos y ciegos a los romanos. Los ha sepultado en el sueño. Nos ha permitido vencer. ¡Te protege!

Espartaco se libera, empuja violentamente a Jaír y a Apolonia hacia el arcén de esa vía pavimentada que cruza Campania.

No han encontrado un solo obstáculo desde que caminan por la llanura. Las villas han quedado abandonadas. Los esclavos cuentan que los amos se han refugiado en las ciudades de Nola, de Nuceria, de Abellinum; algunos se han dirigido al puerto de Cumas.

Los esclavos gritan que también ellos se han convertido en hombres libres, que nunca más volverán a dejarse encadenar, esclavizar, y que quieren luchar.

Algunos traen consigo bueyes y carneros, y dicen: «¡Son nuestros! ¡Todo es nuestro, basta con tomarlo!».

–Son como una manada de bestias salvajes -observa Jaír el judío-. A ti te corresponde convertirlos en un ejército de hombres libres.

Espartaco aminora la marcha como si cediera de pronto ante el cansancio.

–El Único Dios -prosigue Jaír- y el Maestro de Justicia dicen que el hombre debe convertirse en lo que es. Conviértete en lo que eres, Espartaco: el pastor de este rebaño. ¡Condúcelo!

Espartaco mira los cuerpos tumbados como muertos entre los macizos de rosas rojas y las estatuas de mármol.

Está de pie en la terraza de esta villa cuyo jardín y huerto son tan grandes que parecen prolongarse hasta el horizonte, hacia el Vesubio y el mar, apenas separados del monte y la orilla por una línea de cipreses y unos bosquecillos de pinos piñoneros.

Se apoya sobre la balaustrada, baja la cabeza como si le produjera náuseas el espectáculo de esos esclavos y gladiadores repantigados, revueltos, de esas mujeres a menudo desnudas, algunas adosadas a los zócalos de estatuas cuyas cabezas y brazos han sido partidos.

Permanece inmóvil un largo rato, pero acaba irguiéndose y se da la vuelta.

Ve en la terraza, en el vestíbulo de la villa, luego en las habitaciones, los muebles volcados, el vino derramado sobre los mosaicos y confundiéndose con la sangre de algunos guardianes que quisieron oponerse a la irrupción de los esclavos en la villa, y luego a su saqueo.

Murieron antes de enterarse de que nada podía oponerse a esa avalancha, y sus cuerpos fueron desmembrados, pues cada asaltante quería dar su estocada o puñalada, blandir un trozo de carne de esos hombres que se dedicaban a golpear, violar, humillar a los esclavos. Y esa cabeza machacada que había acabado rodando por el jardín entre las de las estatuas demostraba que ya se era libre.

Espartaco entra en la villa, cruza el atrio y luego unas habitaciones más oscuras donde distingue a parejas abrazadas, hombres que siguen bebiendo con los ojos cerrados, ya sin fuerzas para llevar el ánfora a sus labios, y luego caen a un lado en medio de sus vómitos.

Pasa por encima de los cuerpos.

¿Hombres o animales salvajes?

¿Ejército u horda?

Vuelve a salir a la terraza y, repentinamente deslumbrado, sólo ve el Vesubio y el mar.

Más allá, a pocos días de navegación, se encuentran los bosques de Tracia, las jaurías de lobos, las cacerías invernales, el cielo de la infancia.

Siente ganas de esgrimir el puño, de amenazar a esos dioses que lo arrancaron de su tierra, de sus cielos, para dejarlo tirado aquí, en medio de esta manada.

Debería alcanzar la orilla, apoderarse de una nave, obligar a la tripulación a poner rumbo hacia las costas de Tracia, hacia esas calas y esos golfos que había visto desde el templo de Cibeles.

O bien debería encabezar un ejército, vencer a las legiones que Roma enviaría, cruzar ríos y montañas y ver de repente a lo lejos los bosques oscuros de Tracia, oír los cantos, las palabras de su pueblo.

Debería...

Baja los escalones que conducen al jardín.

Hay tantos cuerpos, que casi ocultan la tierra y las losas de las calles.

Aquí y allá hay hombres acucillados alrededor de un fuego. Corderos, cabritos, cuartos de vacunos asándose sobre las brasas.

A cada paso, Espartaco descubre árboles cuyas ramas han sido partidas, viñas arrancadas, pateadas. No hay una estatua que no haya sido mutilada. Han degollado y destripado a los animales por un simple trozo de carne. Sus cadáveres yacen ahí, con las vísceras desparramadas, que los pájaros picotean graznando.

Interpelan a Espartaco. Le tienden un ánfora, carne de cordero aún chisporroteante. ¡Que beba! ¡Que coma!

Se aleja. Puede que esas voces súbitamente gruñonas estén profiriendo insultos. Pero no entiende el idioma. Esos hombres son germanos, puesto que están sentados en torno a Enomao. Más allá, los galos de Criso lo invitan a sentarse a su lado, a beber con ellos. Cruzan sus manos sobre sus panzas hinchadas. Ríen a carcajadas, completamente borrachos.

Ofrecen su garganta.

Bastaría con un puñado de jinetes romanos que surgiesen repentinamente por detrás de esa línea de cipreses o de esos

bosquecillos de pinos piñoneros, seguidos por una centuria de milicianos, para que galos, celtas, tracios, dacios y esos gladiadores huidos del *ludus* de Nola y del *ludus* de Cumas, y esos boyeros, y esos pastores, y esos esclavos que abandonaron sus rebaños, sus campos, su servidumbre, se convirtieran, incluso antes de haber oído el galope de los caballos y el paso de los infantes, en cadáveres entre las estatuas mutiladas, los animales destripados, los árboles desmembrados, las viñas, las frutas y las flores pisoteadas.

Espartaco continúa durante un buen rato recorriendo a zancadas la huerta y el jardín.

Hay allí miles de hombres y mujeres, una inmensa marea crecida como un torrente salido de madre en el que confluyen todos los ríos, y que no tardará en sumergir, en arrastrar árboles y bueyes, en arrollar los muros de las villas, en ahogar a los hombres. Luego se agotará, se reducirá, se desaguará y secará.

¿Acaso alguien sigue recordando su fuerza, su locura?

Espartaco se detiene. Se fija, en medio de ánforas y restos de estatuas, en un tambor romano, puesto de pie, tomado en el campamento del ejército de Claudio Glabro.

Agarra ese cilindro alargado de piel tensada, con la caja ceñida por correas de cuero que retienen dos palillos abultados en una de sus extremidades.

Se lo lleva hasta la terraza.

Jaír el judío está sentado, cruzado de piernas, la espalda apoyada en una pared de color ocre.

Espartaco coloca el tambor delante de él.

—¡Toca -dice a Jaír-, toca!

El tambor empieza a sonar. Los cuerpos se levantan en el jardín y la huerta, algunos caminan hasta la villa y miran a Espartaco, que, con las manos apoyadas sobre la balaustrada, la cabeza erguida, mantiene los ojos clavados en el horizonte, el Vesubio, el mar.

Hace una señal a Jaír el judío para que deje de tocar el tambor.

–¡Sois como bestias salvajes ya muertas! – les grita Espartaco.
Tiende el brazo.

–¡Quiero hombres libres, hombres que sepan combatir, matar y morir!

–¡O sea, que quieres gladiadores! – protesta una voz.
Se producen gritos, rugidos, risas.

–¡Quieres sustituir a Léntulo Balado, convertirte en nuestro lanista, en nuestro amo! – prosigue la voz.

–Sólo eres uno más -grita otro-. ¡Ya no hay amo!

De pronto Apolonia se encarama en lo alto de la balaustrada. Separa y luego levanta los brazos. Muestra sus pechos y sus muslos mientras se balancea de izquierda a derecha. Hace revolotear sus largos mechones alrededor de su cara. Dice que es la sacerdotisa de Dionisos, la que sabe interpretar las señales y los augurios.

Nada de lo que ocurre a los hombres escapa a la voluntad de los dioses, añade.

Extiende el brazo hacia el Vesubio, y todos, boyeros y gladiadores, galos y romanos, celtas y frigios, giran la cabeza hacia el horizonte.

–¿Quién puede creer -suelta Apolonia- que Dionisos, una de cuyas moradas es el monte Vesubio, no ha guiado los pasos de Espartaco? ¿Quién puede imaginar que Dionisos no ha cegado a los romanos, no ha trenzado él mismo esas cuerdas valiéndose de vuestras manos, induciéndoos a lanzarlas por el acantilado? ¡Estamos sometidos a los dioses, y Espartaco el tracio atiende a sus deseos! ¡Espartaco es vuestro príncipe por voluntad de Dionisos!

Apolonia se despoja de su túnica y se exhibe desnuda en medio de un repentino silencio.

Luego unos puños se alzan. Se oyen gruñidos. Algunos blanden venablos, estacas y espadas.

Espartaco se vuelve hacia Jaír el judío.

El tambor vuelve a sonar, ahogando los gritos.

Envuelto por la luz del crepúsculo, el cuerpo de Apolonia parece una estatua drapeada con una túnica roja.

Está apoyada en una de las columnas de pórfido que, livianas, rodean el atrio de la villa.

En cuanto a Jaír el judío, está apoyado en la pared cuyos frescos azulados van paulatinamente desapareciendo en la penumbra. La pequeña hornacina donde deberían hallarse las estatuillas de los dioses protectores y la lámpara de aceite destinada a honrarlos y alumbrarlos ha quedado reducida a un agujero negro y vacío.

Todo ha sido robado o destrozado.

Las voces de Criso el galo, de Enomao el germano, de Vínex el frigio resuenan en el atrio como si estuvieran dentro de un pozo.

—¡Los dioses quieren lo que quieran los hombres! — dice Criso. Mira a Apolonia.

—Tu sacerdotisa expresa tu deseo, Espartaco, y no el de Dionisos. Enseña sus manos.

—¡Con mis dedos y los de los demás galos, con los de los demás gladiadores -señala con la cabeza a Enomao y a Vínex-, hemos trenzado, fibra a fibra, las cuerdas, y somos nosotros quienes nos hemos deslizado por el acantilado, nosotros quienes hemos matado al pretor y a sus milicianos!

Suelta una risotada.

—¡No he visto las manos de Dionisos, no lo he visto matar a ningún romano!

Apunta con el dedo a Espartaco, que está sentado sobre el reborde del impluvio y que, de cuando en cuando, con gesto leve y distraído, roza con sus uñas el agua del estanque cuadrado.

—Tú sólo quieres ser nuestro príncipe, nuestro amo...

Se dirige rápidamente hacia una esquina del atrio, agarra el brazo de Curio. El maestro de armas del *ludus* de Capua se resiste y

repele con el antebrazo la mano de Criso, desenvaina su espada, adelanta un pie, afianza el otro.

—¡Eso es lo que quieres ser, Espartaco -prosigue Criso-: nuestro nuevo amo, igual que éste!

Criso desenvaina con prontitud y, antes de que Curio pueda defenderse, le pone la cuchilla en la garganta.

—¡Voy a matarlo! — suelta Criso.

Desarma a Curio, lo agarra por los pelos, le echa la cabeza hacia atrás. La garganta del maestro de armas resalta al encorvarse.

—Yo te mataré después -adelanta el tracio con voz plácida.

Sigue acariciando con la punta de los dedos el agua del impluvio.

—He jurado no volver a matar a uno de mis hermanos -sigue diciendo-, pero a ti, Criso, si lo degüellas, no te va a dar tiempo de ver su sangre secarse.

Enomao y Vínex retroceden hasta las columnas y cruzan los brazos para dejar claro que no piensan tomar partido y que quieren mantenerse al margen de ese combate.

Jaír el judío se despegas de la pared, sale de la penumbra, entra en la luz ensangrentada del crepúsculo que sigue aureolando a Apolonia.

Avanza hasta situarse entre Espartaco y Criso el galo. Éste no ha soltado el pelo de Curio y mantiene el filo de su espada pegado a la garganta del maestro de armas.

—¿Quién va a gritar «. ¡Jugula! ¡Jugula! ¡Degüella! ¡Degüella!»? — pregunta Jaír el judío-. ¿Quién va a regocijarse con este espectáculo? ¿Curio, muerto; Criso o Espartaco, el uno muerto, el otro herido? ¿Quién va a volver hacia abajo el pulgar? Lo conocéis: será Cneo Léntulo Balacio quien, junto con los pretores romanos, los milicianos de sus centurias, que ya están de camino para vengar al pretor Claudio Glabro, gritará ¡Jugula! ¡Jugula! ¿Y vais a ofrecerles este combate? ¿Vuestros cuerpos?

¿Cómo no se van a alegrar? Ya habían empezado a temeros; erais varios miles, los esclavos, los gladiadores fugitivos acudían para unirse a vosotros. ¡Y os matáis unos a otros! No sé si vuestros dioses os ciegan, si quieren vuestra derrota o si han estimado que no sois dignos de vivir como hombres libres; pero sé que los romanos, vuestros amos, os aplauden de antemano y gritan:

¡Jugula! ¡Jugula!

Jaír regresa a la sombra.

Criso el galo aparta de un empujón a Curio, que tropieza, y cae entre dos columnas.

Criso envaina su espada, vacila y luego se sienta junto a Espartaco.

Espartaco está tumbado, desnudo, con los brazos separados, sobre las baldosas de mármol frío, en la habitación más grande de las que dan al atrio de la villa.

Apolonia está montada encima de él.

El nota su peso sobre el bajo vientre. Ella le aplasta el sexo, aprieta las rodillas y los muslos contra sus costados. Lo agarra por los hombros. Luego se arquea, con los brazos tendidos, y se dobla, cubriéndolo con su pelo, besándole el pecho, lamiéndolo.

No quiere abrazarla, pegarla contra él, tenerla agarrada, para que acabe ese placer que le está dispensando, agudo y desgarrador como un dolor.

Ella le habla mordisqueándole la oreja, tumbada sobre él como si fuera sobre el cuello de un caballo lanzado al galope al que se está animando con un susurro.

—Dionisos te apoya -dice Apolonia-. Déjate llevar, guiar por él. No te resistas a él.

Clava sus uñas en la espalda y la nuca del tracio.

—Si no, te derribará y serás vencido.

Vuelve a arquearse, jadea. Su áspera respiración invade la habitación, se amplía, se acelera.

—Los has oído: galos, celtas, frigios, germanos, gladiadores y esclavos, pastores y boyeros, todos te siguen y te obedecen; Dionisos te ha dado el poder de ser su jefe, el príncipe de los esclavos. ¡El sueño y la predicción se hacen realidad, Espartaco!

Él no se inmuta, no contesta a Apolonia, que ahora lo acosa, repitiéndole que ha llegado el momento de encaminarse hacia las ciudades a la cabeza de esos miles de esclavos. Lo ha dicho Criso el galo y tiene razón: el otoño y el invierno se aproximan, las lluvias están a punto de caer, los árboles se deshojarán, las uvas estarán recogidas o podridas, los trigales segados; hay, pues, que ir adonde se encuentran el vino, el grano, los frutos secos: en las bodegas y en los graneros.

—¡Ordénaselo! Criso está de acuerdo. Todos te obedecerán porque Dionisos y los dioses hablan por boca tuya -añade.

Se mantiene sobre él, lamiéndole el cuello, luego los labios, y las palabras van pasando de boca a boca como lenguas que se mezclan.

—¡Azota, mata a los que se nieguen a obedecerte! — le dice.

Él gira la cabeza para huir de esos labios y esa lengua insistentes.

Le gustaría estar solo bajo los árboles de ramas vencidas por la nieve. Se hundiría hasta la cintura en la espesura blanca y en ese gran silencio que, en invierno, cubre con celestial limpidez el país de Tracia.

—No se rebelarán si tú mismo obedeces a Dionisos -sigue diciendo Apolonia-. ¡Mátalos antes de que se les ocurra huir o actuar por su cuenta!

Cierra los ojos. Siente hastío.

Tuvo ese mismo sentimiento en el atrio, antes de que el aguacero obligara a Criso, a Vínex, a Enomao, a Curio y a Jaír el judío a refugiarse en sus habitaciones.

Habían cedido la mayor de ellas a Espartaco y a Apolonia. Pero, antes de que Espartaco pudiera acostarse, desnudo, en la penumbra, tuvo que escucharlos.

Criso el galo recalcó que le parecía bien ser centurión de una legión de esclavos de la que Espartaco fuera el tribuno.

—¡El cónsul, el cónsul! — rectificó Enomao el germano.

Siempre que, prosiguió Criso, capitaneara él a todos los galos; y Vínex añadió que él quería ser jefe de los frigios, y Enomao reivindicó el mando de los germanos y de los celtas.

Criso volvió a desenvainar y dijo que los celtas debían integrarse en la centuria gala. ¡Que los germanos se juntaran con los frigios, los tracios y los dacios!

Manteniéndose a distancia, sin atreverse a acercarse al estanque como si temiese que Criso lo volviese a agarrar por la cabellera, bajo amenaza de cortarle el cuello, Curio expuso a su vez:

—Los boyeros y los pastores son ágiles. Los pastores corren más que sus perros, los boyeros pueden someter a un buey, pero tienen que aprender a luchar contra una legión, contra las cohortes, las centurias que avanzan escudo contra escudo.

—No lucharemos como las legiones -contestó Espartaco-. Los romanos serán el rebaño y nosotros los lobos. No haremos distinción entre el día y la noche; atacaremos cuando los perros y los pastores del rebaño estén dormidos.

Espartaco se inclinó sobre el estanque y todos se acercaron a él.

Trazó un profundo surco con un gesto lento de la mano enteramente metida en el agua.

—No debemos dejar más rastro que el que deja mi mano -dijo sacándola del agua-. Los romanos deben encontrarse ante sí con una superficie lisa, intacta.

Volvió a hundir la mano en el agua.

—Surgiremos, haremos un agujero en sus filas y luego desapareceremos.

Criso el galo se mantuvo inclinado sobre el impluvio. Al punto subrayó que, tras las victorias, los hombres libres o esclavos, ya fueran gladiadores o boyeros, necesitarían vino, mujeres, botín, alfombras sobre las que tumbarse, fuego para calentarse. Que no podrían carecer, sobre todo si seguían vivos cuando llegara la temporada de lluvias y vientos, y luego la de las heladas y la nieve, de tejados para guarecerse, de graneros y bodegas, de establos donde encontrar con que atiborrarse. Porque un hombre que ha sobrevivido a un combate debe dar gusto a su cuerpo, estarle agradecido por haber sido el más fuerte, por no haberse amilanado ante el enemigo.

—¡Necesitamos ciudades!

Enomao rió.

—Los ciudadanos romanos nos servirán, y organizaremos juegos. ¡Serán nuestros esclavos, nuestros gladiadores, y nosotros sus amos!

Fue en ese instante cuando Espartaco se sintió hastiado y hasta llegó a pensar que acaudillar hombres también era una forma de esclavitud. Que, quizá, sólo se podía ser libre caminando en solitario por el bosque, bajo el cielo de su infancia.

Unos goterones empezaron a estrellarse contra los guijarros que conformaban el suelo del atrio, y luego a crepitar golpeando, cada vez más densos, el agua del impluvio.

Criso, Enomao, Víndez, Curio y Jaír no se movieron. La lluvia fresca se deslizaba por sus rostros y cuerpos.

—¡Necesitamos ciudades! — repitió Criso mirando al cielo.

—Primero tendremos que vencer -murmuró Espartaco irguiéndose.

Apretó el puño, lo levantó.

—Un ejército es como un puño cerrado. Los dedos pegados unos a otros, replegados, listos para golpear juntos.

Dio unos cuantos pasos hacia la galería bordeada de columnas de pórfido. Apolonia estaba apoyada en una de ellas. Las puertas de las habitaciones de la villa daban a esa galería.

–¡Sin dedos, no hay puño! – soltó Criso el galo acercándose a Espartaco-. Ya está lloviendo. Mañana vendrá el frío. Sin ciudades, nos pudriremos.

–Primero habrá que vencer -replicó Espartaco.

Después salió del atrio.

–Quédate con la habitación del amo -le espetó Criso riendo-. ¡Eres nuestro cónsul!

–¡Vencer! – se limitó a repetir Espartaco.

Entró en la habitación y Apolonia lo siguió, agarrándose a él y desvistiéndolo. Se tumbó sobre el mármol y tuvo un escalofrío al sentir las baldosas heladas.

Luego separó los brazos, y, cuando Apolonia lo montó, le murmuró que debía seguir a Dionisos y que, de no cumplir la voluntad de los dioses, sería derribado, vencido; buscó a tientas sus armas deslizando la palma de la mano sobre el mármol.

La espada estaba a su derecha, el venablo a su izquierda.

Los apretó y no los volvió a soltar. Sólo entonces se abandonó a la cabalgada en la que lo iba envolviendo Apolonia.

Esos hombres que, mientras se va extendiendo la noche, contemplan las fogatas que los esclavos rebeldes encienden en la llanura, tienen cuerpo y compostura de poderosos.

Uno de ellos es el pretor Publio Varinio.

De pie, con los brazos cruzados, el torso embutido en su coraza esculpida, se halla tres pasos por delante de los demás, al borde de la muralla de la acrópolis de Cumas que domina todo el paisaje de la desembocadura y del curso del Volturno, por el norte, hasta el monte Vesubio, por el sur.

El pretor levanta de cuando en cuando la cabeza. Sigue el vuelo de esas aves que, procedentes del mar, de las islas donde anidan, se

adentran en la tierra para lacerar con sus picos de color amarillo y negro los cadáveres de los ciudadanos romanos que la horda de bestias salvajes -esos boyeros, esos pastores,

esos gladiadores fugitivos, todos esos infames animales, esa turba de esclavos bárbaros- ha masacrado. Y, entre los muertos, Claudio Glabro, pretor de la República, cuyo cuerpo encontraron crucificado entre lo que quedaba del campamento de su ejército, devastado, cubierto de cientos de soldados degollados mientras dormían.

Varinio tiende el brazo y, con gesto lento, recorre todo el horizonte entre las ciudades de Capua y de Nola, que semejan cubos amontonados y rosáceos a la luz del crepúsculo. Entre ellas, las llamas ya sólo forman una sola hoguera, como si todas las fogatas se hubieran juntado en un instante. Poco a poco, el humo invade el cielo, precediendo y anunciando la noche.

—Queman los campos de cebada y de trigo -constata Publio Varinio. Se da la vuelta.

—¡Hay que reventar las tripas a todas estas ratas!

Echa hacia atrás los faldones de su capa con un gesto de impaciencia.

—Hemos permitido que proliferen -masculla-. Las ratas tienen camadas de diez o veinte crías, paren un día tras otro. Los esclavos son de la misma especie. Cuando se deja vivo a un fugitivo, se le adhiere toda una multitud, y, si no se la aplasta, sigue creciendo. ¿Quién no recuerda las guerras serviles de

Sicilia? Hubo que matar a un millón de esclavos para que las leyes de Roma, el orden de la República, se impusiesen de nuevo en la isla y se volviera a segar el trigo.

Se interrumpe, recobra el aliento. — Roma necesita grano; la plebe, pan. No vamos a permitir que esas ratas desafíen a la República. Da un taconazo.

—Estamos aquí para acabar con esto.

Va dando órdenes mientras camina a lo largo de las murallas, ya mirando hacia el mar, cuyas olas cortas golpean los muelles, las defensas del puerto y la fortaleza de Cumas, ya volviendo la mirada hacia la llanura que la noche invade pero donde persiste, aún más vivo, el resplandor rojo de los incendios.

Quiere que el legado Furio encabece mañana al amanecer un ejército de dos mil hombres, y que ataquen y dispersen a esas ratas.

Furio sale del grupo.

Es un hombre joven de cuerpo algo endeble todavía. Se inclina, se aleja, y, a poco, se oye su voz en la noche desde el pie de la muralla donde está instalado, fuera de la ciudad fortificada, el campamento romano. Suenan las trompetas para que formen los centuriones que deberán disponer la marcha sobre Nola y Capua.

—Quiero que limpien la llanura -repite Publio Varinio.

Ordena al pretor Marcial Cosinio que, mañana al anochecer, siga con un millar de hombres a las centurias de Furio y atrape a todos los que hubiesen escapado del legado.

—Quiero que toda la llanura se convierta en una ratonera, una fosa para los esclavos. Que los acosen y apresen a todos los que no se fueron con sus amos. ¡Que cieguen todos los ojos que vieron la revuelta! ¡Que arranquen todas las lenguas que pudieran contarla!

El pretor Marcial Cosinio, un hombre corpulento con los dedos anillados, se queda atónito.

—Basta con degollarlos -dice-. Qué pretendes exactamente, Varinio: que los maten como ratas o que...

Publio Varinio lo interrumpe, le coge el brazo y tira de él en sus idas y venidas por las murallas.

—Hay que dejar vivos a unos cuantos -contesta-, pero con los ojos muertos, las manos amputadas, la lengua cortada. Sus cuerpos mutilados, Cosinio, serán el único recuerdo de la revuelta.

Señala el incendio que ilumina el horizonte, las ciudades de Nola y de Capua ahora escarlatas.

–No quedará nada de estas llamas, ni siquiera un poco de ceniza. Pero a esas ratas sin patas, sin lengua, sin ojos, a esas ratas errantes, ningún esclavo podrá jamás olvidarlas.

–¿Cuántos quieres, Publio Varinio?

El pretor se encoge de hombros.

–Ponte de acuerdo con el legado. Que Furio se quede con una decena de prisioneros y que te los entregue. Te conozco, Marcial Cosinio, eres hábil, eres pretor, estás familiarizado con la guerra: conseguirás apartarme varios centenares de esas ratas que hayan eludido la celada de Furio. Es joven, apenas ha combatido. Es impulsivo y querrá vencer con brillantez. Harás buena caza. Podrás por tanto elegir entre esas fieras a las más jóvenes y feroces. Esas son las que quiero que dejes vivir y testimoniar.

Publio Varinio se detiene, cubre con su brazo los hombros de Marcial Cosinio.

–Ordena que rompan las piernas a las más vigorosas, pero tienen que sobrevivir, me oyes, que se arrastren durante un tiempo, ciegas, mudas, reptando sobre sus muñones.

Suelta una carcajada.

–¡Haz también que les rompan los dientes para que ni siquiera puedan morder sino sólo sorber su comida como bestias que son!

–Esta noche estás muy inventivo y fantasioso, Varinio -aprueba Marcial Cosinio alejándose.

El viento se levanta de pronto y arrastra hasta las murallas de la acrópolis de Cumas el olor del fuego y de las ramillas aún calientes y rojas.

Posidionos el griego da un paso atrás y agacha la cabeza.

Su rostro, hasta ahora iluminado por las llamas del incendio que devora la noche y abrasa el horizonte, queda así oculto en la penumbra.

–Estos dos son tuyos, ¿verdad? – le pregunta Publio Varinio.

El pretor se detiene frente a Posidionos, que aparta un poco la cabeza hacia la izquierda sin mirar a Varinio.

Escorpo y Alcio, los dos jóvenes esclavos que le hacen compañía desde que los compró en Roma, siguen sentados en el mismo sitio, el uno junto al otro, apoyados en la muralla de la fortaleza de Cumas.

—¿No se habrán convertido tus favoritos en tus amos? — sigue preguntando Varinio.

El pretor pone voz burlona, que de repente se hace bronca y amenazante.

—Tenlos muy pegados a ti, Posidionos. Como los sorprendan fuera del recinto de Cumas...

El tono es brutal y despectivo.

—Incluso en esta orilla...

Varinio se asoma y señala la orilla que, con su amplia curva, roza el pie de la colina rocosa sobre la cual está edificada la acrópolis de Cumas.

—Quizás les hayas prometido libertarlos. ¿Pero no eres tú mismo un liberto? ¡Todos los griegos lo son!

Ríe sarcásticamente.

—¿Has oído lo que les he dicho al legado Furio y al pretor Marcial Cosinio? ¡No se os ocurra a ti y a tus depilados extraviaros por la campiña ni por esta orilla, os arriesgaríais a perder los ojos y las orejas, las manos y las piernas! ¡Qué le vamos a hacer, retórico, es preciso acabar con esas fieras! ¿Estarás de acuerdo conmigo, no?

Pone su mano sobre el hombro de Posidionos.

—¡Mira lo que están haciendo esas ratas! Incendiando las ciudades y las cosechas. ¡Mira!

Posidionos levanta lentamente la cabeza mientras Varinio lo arrastra a lo largo de las murallas.

Caminan así hasta la extremidad de la fortificación.

Se oye, procedente del campamento romano, el choque de las armas, las voces guturales de los centuriones.

—Me han hablado de ti -dice Varinio- en Roma y en Capua. El tribuno de la Séptima Legión, Calvicio Sabinio, asegura que has visitado todas las provincias de la República y que has escrito mucho, ¡incluso enseñado en Roma y hasta en Rodas!

Se mofa:

—¡Un escritor, un filósofo, un retórico griego! Al parecer, lo sabes todo sobre el modo de tratar a los esclavos. En cualquier caso, los amas. El lanista de Capua, Léntulo Balacio, me ha dicho que estabas dispuesto a pagar mucho por ese tracio, ese gladiador que acaudilla, según dicen, a esa horda de ratas. ¿Era de tu agrado?

Varinio se sienta en el borde de la muralla.

—Los dioses me favorecen al tenerte aquí. ¡Vas a hablarme de ese tracio! ¿Qué sabes de él? ¡No me dirás que se trata de un depilado, como tus favoritos! Te escucho.

Posidionos calla, con los ojos clavados en el horizonte rojizo.

—¡Te estoy preguntando, Posidionos! El pretor de Roma espera tu respuesta.

—Se llama Espartaco -empieza el retórico con voz queda-. Me atacó en un camino de Tracia.

Mató a mis esclavos. Los legionarios de la Séptima Legión lo capturaron. Lo he visto defenderse, luchar.

Varinio se encoge de hombros.

—¡Luchar! Las ratas muerden pero no luchan.

—¡Pregúntaselo al tribuno Amilo, que mandaba a la milicia de Capua, y a los infantes de Claudio Glabro!

Varinio se levanta con brusquedad, empuja violentamente a Posidionos, da unos cuantos pasos, luego cambia de parecer y regresa hacia el retórico.

—¡Los milicianos de Amilo! ¡Los infantes de Glabro!

Hace una mueca de desprecio.

—¡Unos cobardes, no soldados de Roma! Huyeron sin resistir. Los hombres de Glabro corrieron desde el Vesubio hasta aquí, Cumas, como corderos perseguidos por lobos. Temblaban. ¡Si no los hubiese detenido a latigazos, habrían seguido corriendo hasta Roma!

—Ese miedo que inspira -murmura Posidionos- ¿no lo estará provocando Dionisos? Lo acompaña una sacerdotisa, una adivina...

—Eres griego, crees todas esas fábulas -constata Varinio-. Balacio y Calvicio Sabinio ya me lo habían comentado. Pero quería oírlas de tu boca. Jamás olvides que los dioses nos concedieron el poder.

Nos eligieron para gobernar a los pueblos. Esta mañana mandé degollar un toro. Su sangre me salpicó. Esas ratas no pueden nada contra mí ni contra los hombres que están bajo mi mando. Furio y Marcial Cosinio van a aplastar a esas fieras. ¡Y te invito a asistir al castigo!

Apunta con el índice al pecho del retórico.

—Quiero a tus dos favoritos, a tus dos depilados, como garantía de tu fidelidad a Roma. Han visto el incendio. Exijo que lo olviden. Juguetea con ellos hasta el regreso victorioso de Furio. ¡Respondes por ellos con tu cabeza, Posidionos!

El pretor se aleja, arropándose en su capa, que levanta un viento cargado del olor acre de las cortezas y hierbas quemadas.

Espartaco camina en medio del humo ardiente y rojo del incendio hacia el hombre arrodillado en la terraza de la villa.

—Es griego -dice Criso el galo-. Asegura conocerte. Desea hablar contigo.

Cabizbajo, el hombre sigue sin moverse. Espartaco va adivinando unos mechones desgredados alrededor de un cráneo calvo. Al hombre le pesa el cuerpo, parece abatido. Criso le da un cintarazo en la nuca con su espada.

–No ha venido solo -prosigue.

Señala a dos jóvenes custodiados por Enomao y Vindex.

–Son suyos. Estaban en Cumas. Han visto el campamento romano. El pretor Publio Varinio ha ordenado a su legado y a otro pretor que nos corten los miembros, las orejas, y nos salten los ojos.

Criso suelta una carcajada, da una patada en las costillas del hombre arrodillado.

–Vamos a devolverles al griego con las manos cortadas.

Los dos jóvenes no dicen una palabra.

Uno es rubio y tiene la piel blanca y tersa como una mujer dacia. El otro tiene la tez de un español, casi de un nómada. Tienen la cabeza afeitada, las cejas depiladas, el cuerpo delgado. El rubio dice llamarse Escorpo; el moreno, Alcio.

Se contonean, intentan acercarse a Espartaco, y, cuando Enomao y Vindex los agarran por la nuca, forzándolos a arrodillarse, gimen y se ponen a parlotear. Son esclavos, pero el griego, su amo Posidionos, les ha prometido libertarlos. Quieren ser hombres libres y combatir; han huido de Cumas con su amo para unirse al ejército de los esclavos, a la cohorte de hombres libres.

–Están asustados. El pretor ha pedido al griego que se los entregue. Pero los griegos aman a sus favoritos.

Con un gesto, Espartaco pide a Enomao y a Vindex que se alejen con los dos esclavos.

Cuando están saliendo de la terraza y el humo ya los está ocultando, Espartaco grita que los entreguen a Curio, el maestro de armas, para que los adiestre.

Luego el tracio agarra la muñeca de Criso, la levanta, aparta la cuchilla de la nuca del hombre arrodillado, que levanta la cabeza. Y Espartaco reconoce el rostro de ese viajero griego de Tracia al que asaltó para robarle y al que volvió a ver en el mercado de esclavos,

en Roma. Allá, el griego quiso comprarlo, pero fue Léntulo Balacio quien se lo llevó por cincuenta talentos.

Espartaco se inclina hacia Posidionos. – ¿Quieres verme, hablar conmigo? Aquí me tienes.

Aparta los ojos. No le gusta la mirada del griego, mansa como la de un perro esperando su hueso.

–Explícate -prosigue con tono brutal, como cuando se repele de una patada a un animal obstinado-. Eres un hombre libre, un ciudadano romano, posees esclavos. ¿Qué haces aquí? ¿Eres el ojo y el oído del pretor? Te quitaremos lo uno y lo otro.

Entran en la villa. El atrio está invadido por una espesa humareda, como si se hubiese concentrado allí, constelada de destellos rojos. Espartaco se inclina, mete la cabeza en el impluvio. Posidionos lo imita.

–El legado Furio, con dos mil hombres, salió ayer del campamento de Cumas para atacarte -dice-. El Senado ha dado instrucciones al pretor Varinio para que no deje un solo esclavo vivo, desde el

Vesubio hasta el Volturno, desde Nola hasta Capua y Cumas.

–Aprecias a tus dos favoritos -observa Espartaco-. Y también has temido por tu vida. Eres ciudadano romano, pero sigues siendo griego: un vencido.

–No quiero que tú seas vencido -murmura Posidionos.

Agacha la vista, como si esa confesión lo incomodara.

–¡Quiero que sigas vivo! – prosigue con voz más firme.

Alza la cabeza.

–Tu victoria será la de todos aquellos a los que los romanos desprecian, la de todos los pueblos que han vencido. Quiero permanecer a tu lado para escribir el relato de tu guerra. He leído el de Diodoro de Sicilia sobre las guerras serviles de su isla. Contaré la tuya.

–¡Ese griego! – gruñe Criso el galo esgrimiendo su puñal-. ¡No te fíes, te enreda con las palabras, Espartaco! Los griegos son así. Hablan, te traban el cuerpo con sus discursos. Pero permanecen en el bando de los amos. Siguen siendo aliados y servidores de los romanos. Desconfía de éste. Te entregará. Déjame matarlo, Espartaco, o arrancarle la lengua.

–¡Quien lo amenace, quien lo toque, quien lo humille se las verá conmigo! – decreta Espartaco-. Posidionos el griego está conmigo. Es libre de ir adonde le parezca.

–Los dioses te están cegando -suelta Criso al alejarse.

Espartaco se sienta sobre el borde del impluvio e invita a Posidionos a sentarse junto a él.

–El incendio perturba a los romanos -empieza diciendo el griego-. Son como animales enloquecidos y aterrados por las llamas. Necesitan cosechas. Los estás arruinando. Saben que hace falta trigo en Roma para la plebe. Temen una revuelta de los ciudadanos más pobres.

Posidionos se interrumpe, mira fijamente a Espartaco, y su mirada es tan tierna, tan insistente, que el tracio aparta los ojos.

–Si hombres libres, los más míseros, se unieran a ti y a los esclavos -vuelve a hablar Posidionos-, entonces toda Roma se tambalearía.

El griego pone la mano sobre el muslo de Espartaco.

–Tienes ese poder en tus manos.

Espartaco se aleja, aparta la vista, hunde su rostro en el agua.

–¿Quién conoce el porvenir? – murmura-. Puede que los dioses, pero están callados. Dime lo que sabes de esos pretores Varinio y Marcial Cosinio, de ese legado Furio.

–Las tropas de este último están de camino -contesta Posidionos-. Vienen hacia ti, hacia el incendio, seguras de vencerte.

Espartaco se levanta y cruza a zancadas el atrio.

Yo, Posidionos, caminé al lado de Espartaco durante todos aquellos días de otoño, los primeros de su guerra, durante los cuales los dioses no dejaron en ningún momento de velar por él.

Por el contrario, se dedicaron a extraviar al legado Furio y a los pretores Varinio y Cosinio, que se habían aventurado por la llanura con la insolente temeridad y el desprecio de los cazadores que acosan a presas menores.

Furio fue el primero en perder la razón y la vida.

Lo acechábamos, agazapados en los trigales que el incendio aún no había consumido, o en los vergeles y viñedos.

Cabalgaba en cabeza de sus centurias, tan numerosas que su columna se estiraba desde Cumas hasta las inmediaciones de Nola. Avanzaba hacia el humo

y las llamas del incendio, convencido de que allí se encontraba nuestro campamento.

Pero Espartaco, tras haberme escuchado contarle lo que sabía de las órdenes que Varinio había dado a su legado, pidió a sus gladiadores que abandonaran el campamento y se ocultaran en los campos y bosques. En cuanto a los hombres heridos, demasiado viejos o endebles, a las mujeres y a los niños, exigió que se desplazaran a las alturas de Campania y lo esperaran allí.

Estábamos al acecho, pues Espartaco estimaba que los romanos eran demasiado numerosos, quizá dos mil -Criso el galo calculaba que tres mil-, para atacarlos.

Debía en todo momento convencer a Criso, a Enomao y a Vindex, a los boyeros y a los pastores, de que no había llegado la hora de atacar. Curio, el maestro de armas, era uno de los escasos gladiadores que le daban la razón. Y yo me inquietaba al notar cómo crecía ese espíritu de rebelión y de división que acaba disolviendo a los ejércitos y pueblos.

Por la noche, acucillados, a veces encorvados bajo los primeros aguaceros, sin encender ningún fuego para no llamar la

atención de los romanos que se hallaban a pocos cientos de pasos, Espartaco me interrogaba acerca de las razones por las cuales tantos pueblos -empezando por el mío, el griego-, cuyas ciudades habían dominado en el mundo y deshecho imperios, habían sido vencidos por los romanos.

Por su voz, por la atención con que escuchaba mis respuestas, yo deducía que quería obtener de ese oscuro pasado unas informaciones útiles para la guerra que estaba iniciando.

Le expliqué que los pueblos y las ciudades, en vez de permanecer unidos, se habían dividido. Los romanos los atacaron y vencieron unos tras otros, aliándose a veces con unos para someter a los más hostiles.

Añadí que los fundadores de Roma, Rómulo y Remo, fueron alimentados por una loba. El pueblo heredero de esos dos hermanos era carnívoros, voraz, implacablemente cruel, pertinaz y astuto; sus miembros cazaban por jaurías, obedeciendo al más poderoso de ellos.

Hablábamos y dormíamos, envueltos en el olor de la fruta que, al no poder ser recogida, se estaba pudriendo, ya que los esclavos habían huido o se habían marchado con sus amos a las ciudades.

Una mañana, cuando tras varios días de aguacero el sol empezaba por fin a secar la tierra, oímos el paso de una tropa. Si el martilleo no llegaba a ser estruendoso, era porque el legado Furio había decidido dividir su ejército de modo que cada centuria ocupara un espacio de llanura.

Aquella mañana comprendí que Dionisos, al que Apolonia no cesaba de invocar, o cualquier otro dios de Grecia o de Tracia, había decidido perder a los romanos y asegurarnos la victoria contra las tropas del legado.

Nos abalanzamos sobre esas centurias aisladas. En todo momento éramos superiores en número a los romanos.

Espartaco me entregó una pequeña rodela y una espada de hoja curvada y dentellada como las que usan los guerreros tracios. Pero ya no era sino un anciano de cuerpo pesado y torpe, por lo que, más que participar en esas breves batallas, me limité a observarlas.

Antes de que finalizaran, boyeros, pastores y campesinos esclavos se precipitaban sobre los cuerpos de los legionarios caídos. Remataban a los que seguían vivos, luego les arrancaban sus corazas, sus cascos, sus armas, sus sandalias, sus bolsas y sus escudos.

Así, los campos de batalla se convertían, una vez acabadas éstas, en terrenos asolados y cubiertos de cuerpos desnudos.

El séptimo día, uno de estos cuerpos acabó siendo el de Furio.

Vi al legado avanzar en cabeza de su última centuria. No podía ignorar que la sangre de todos los demás -ya casi mil hombres- había regado la tierra de esta llanura ubicada entre el Volturno y el monte Vesubio, adonde el pretor Publio Varinio lo había enviado para acosar, matar y mutilar a esos que llamaba ratas.

Pero las ratas habían masacrado a sus hombres. Y Furio sabía que la desgracia cabalgaba junto a él.

Iba muy por delante de la primera línea de legionarios, cuyo paso me pareció más lento, más pesado, como si quisieran retrasar el momento de enfrentarse a la muerte.

Estábamos tumbados a la sombra de los manzanos, sobre una espesa capa de fruta podrida. Yo miraba a los gladiadores, a los boyeros, pastores, esclavos, a los hombres libres de más mísera condición, que se habían unido a nosotros. Todos llevaban armas o cascos, corazas, escudos arrebatados a los romanos muertos el día anterior.

Oía el jadeo de su respiración. Adivinaba su impaciencia.

Espartaco estaba cerca de mí, agazapado, listo para saltar.

Susurró:

—Voy a matar al legado.

Criso se acercó reptando hasta nosotros.

–¿Por qué tú? – preguntó.

–¡Porque soy Espartaco y así lo quiero!

–Deja que los dioses decidan.

–Ya lo han hecho, Criso. Olvídate del legado, mata a los centuriones y a los legionarios.

–¿Para quién será el caballo del legado? – preguntó Criso.

–Mataré primero al caballo -rezongó Espartaco incorporándose.

Los hombres que estaban a su alrededor hicieron lo mismo. Se lanzó gritando, y de los barrancos, de los matorrales, de los huertos y campos surgieron los gladiadores, los boyeros, los pastores, los esclavos y todos los demás, golpeando a los legionarios como una repentina granizada al caer sobre el trigo maduro.

Vi derrumbarse, con un chorro de sangre brotándole de la cruz, el caballo del legado. Este tenía la pierna aplastada por el costado de su cabalgadura. Espartaco puso la punta de su espada en la garganta de Furio, que intentaba ponerse de pie.

El tracio dio un paso atrás para que Furio se levantara, empuñara su espada y le hiciera frente.

Pero, de repente, Criso el galo surgió tras el legado y le gritó:

–¡Date la vuelta, legado!

Furio tropezó al tratar de enfrentarse a ese nuevo agresor, y Criso le hundió la espada en medio del pecho.

Su sangre borbotó, como la del caballo, mientras Furio agarraba con las manos la cuchilla que lo estaba matando.

Me adelanté para interponerme entre Criso y Espartaco, que se desafiaban.

Luego éste dio la espalda al galo y se puso a deambular entre los cadáveres ya despojados y desnudos.

Sus cuerpos, que ya empezaban a desgarrar las rapaces de largo pico amarillo y negro venidas del mar, y que los lobos, cuyos ojos verdes destellaban en la noche, descuartizaban con rabia silenciosa,

eran todo lo que quedaba del ejército de Furio tras siete días de combates.

Por la noche, por vez primera desde el principio de la batalla, los pastores encendieron grandes fogatas cuyas llamas debían de verse desde la acrópolis de Cumas.

Criso el galo iba tambaleándose de un fuego a otro, arrancando jirones de carne de esos cuartos de buey o de esos corderos ensartados cuya grasienta carne chisporroteaba y cuyo olor iba superponiéndose al más dulzón de la fruta pocha.

Llevaba puesta la coraza y esgrimía la espada de Furio, gritando que los romanos no volverían jamás a adueñarse de Campania, que había que marchar sobre Roma como antaño lo hicieron los galos que conquistaron la ciudad.

Gesticulaba y se pavoneaba delante de Espartaco, que, sentado aparte, permanecía callado.

Criso vaciló, luego se alejó, golpeando el aire con su espada, gritando que había matado al legado, que ninguno de esos romanos le haría doblar la rodilla, que los vencería como lo había hecho en la arena, derribando a gigantes, osos y leones, y de pronto su silueta se desmoronó y se durmió con la cabeza en el fango.

Me uní a Espartaco. Apolonia le había traído un trozo de carne de cordero que iba mordisqueando sin prisas, con los ojos entornados.

—He permitido que Criso matara al legado -murmuró-. Me dijiste, Posidionos, que las ciudades griegas se enfrentaron unas a otras, que los pueblos se dividieron y que, por ese motivo, los romanos salieron vencedores.

Se mantuvo en silencio un largo rato antes de añadir:

—No lucharé contra Criso.

Volvió la mirada hacia el mar, hacia Cumas.

—Tras los legados -murmuró-, vendrán los pretores, luego los cónsules y las legiones.

Repitió meneando la cabeza:

–Roma, Roma, ¿qué quieren los dioses?

Se dejó caer hacia atrás y, apoyado sobre los codos, ofreciendo la garganta, sondeó el cielo.

Amaneció y los gritos de nuestros centinelas desgarraron el silencio y la niebla mientras las ascuas seguían destellando entre las cenizas de nuestras fogatas.

Espartaco fue el primero en levantarse y, a medida que los gritos se iban acercando, parecían agudizarse, y conforme las voces se hacían más jadeantes, los hombres se fueron incorporando uno tras otro, acercándose a Espartaco, apretujados hombro contra hombro, Criso el galo en primera fila.

Por fin, corriendo entre viñedos y frutales, aparecieron los centinelas, que se agarraron a los hombros de los gladiadores, a los de Espartaco, para no derrumbarse y recuperar el aliento a la vez que soltaban frases entrecortadas.

Dijeron que un ejército romano había salido de Cumas. Se dirigía hacia nosotros, con paso rápido, el de la venganza. Lo precedían exploradores y lo guiaba un antiguo gladiador del *ludus* de Capua, un hombre que conocía Campania, un toro furioso y negro.

Curio dijo entonces que se trataba de Vacerra, el hombre que Léntulo Balacio había nombrado maestro de armas.

Los exploradores romanos habían sorprendido dormidos a dos de nuestros centinelas. Pudieron oír los chasquidos de los látigos con bolas de hierro y los gritos de aquellos dos jóvenes.

Los exploradores se volvieron hacia mí. Así fue como me enteré de que Escorpo y Alcio, cuya juventud, risas y charlas, cuyos cuerpos delgados y lisos, pieles blanca y morena habían poblado mis noches y mis días, fueron ajusticiados, azotados, clavados aún vivos a las ramas de dos grandes manzanos, entre la fruta que los pájaros gustan de picotear.

–Desollaremos vivo a Vacerra -murmuró cerca de mí Criso el galo.

Alzó su espada, dijo que había que hacer frente a ese ejército, matar a su jefe, ya fuera legado o pretor, y hacerle correr la misma suerte que a las centurias de Furio.

Recordó con un gesto cómo plantó su espada en el pecho del legado.

–¡Voy a hacer lo mismo con ése! – clamó.

–Cada día es distinto de los demás -enunció Espartaco con tono enérgico.

Habló largo y tendido. Les dijo que los romanos habían visto los cuerpos desnudos, mutilados, devorados de sus camaradas; los cegaba el odio y la impaciencia. Había que hacerles creer que nos atenazaba el miedo que inspiraban. Debían pensar que estábamos huyendo.

Se volvió hacia Curio.

–Contigo, Curio, aprendimos a esquivar. Ahora tenemos que escabullimos. Hay que conseguir que el nerviosismo por la infructuosa cacería y por los palos dados a ciegas los deje exhaustos. Entonces, sólo entonces, golpearemos. No atacaremos de frente, sino por los flancos y la retaguardia de esta tropa.

–¡Tú no sabes luchar como un galo! – se enfureció Criso.

–Yo soy tracio -replicó Espartaco mirando fijamente al galo, que oscilaba apoyándose sobre una y otra piernas.

Luego Espartaco se dio la vuelta y se puso en marcha, y todos los hombres lo siguieron.

Regresamos a las laderas del monte Vesubio, apartadas de los caminos que seguía el ejército romano.

A veces, el viento nos traía el sordo redoble de sus tambores, los sonidos agudos de sus flautas.

Adivinábamos los lugares donde se detenían por el polvo que se elevaba por encima de la llanura y por las fogatas que, de noche,

delimitaban las lindes y el centro del campamento.

Aquellas paradas se prolongaban cada vez más, como si, tras apenas unos días de cacería infructuosa, el cansancio y el despecho ganaran terreno a la determinación, al odio y fogosidad de los romanos.

Una noche, nuestros centinelas regresaron trayendo consigo a dos jóvenes soldados que habían encontrado errando por el campo. Los capturaron sin que intentaran resistirse o huir. Sus rostros reflejaban espanto e inocencia.

Me recordaron a Escorpo y Alcio, pero en rudo. Aunque yo habría sabido retinarlos poniendo sus cuerpos en manos de masajistas, y habría disfrutado acariciando el contorno de sus músculos, su pelo corto.

Criso dijo que había que degollarlos, que se trataba de dos espías, y ya se estaban reuniendo los gladiadores, rodeándolos, algunos gritando que había que hacerles luchar entre sí; quizá el vencedor salvara la vida -una posibilidad que provocaba grandes risotadas.

Propuse entonces comprar sus vidas a los pastores que los habían apresado.

Me amenazaron, me acusaron de comportarme como uno de esos amos que todos querían eliminar de la faz de la tierra.

Temí que me lapidaran. Luego intervino Espartaco, miró detenidamente a ambos soldados, atados uno a otro por el cuello, trabados de piernas y brazos.

Empezó a interrogarlos.

Eran campesinos de Cisalpina, y por tanto galos, pero se habían quedado sin tierra y alistado porque hay que llenar el estómago. Pero vieron los cuerpos de sus compañeros que salieron con el legado Furio; asistieron a la flagelación y a la crucifixión de dos jóvenes esclavos que, ya no me quedaba la menor duda, sólo podían ser Escorpo y Alcio.

Se asustaron.

El pretor que los mandaba, Marcial Cosinio, amenazaba con el látigo a todos los hombres de su ejército. Nadie podía sobrevivir al castigo de cien latigazos que infligía.

Por tanto huyeron, aprovechando el desorden provocado por la partida del pretor Cosinio. Éste había decidido abandonar el campamento para tomar los baños en Salinae, en la costa, entre Pompeya y Herculano. Sus legados y centuriones intentaron disuadirlo, pero el pretor ya había seleccionado su escolta, mandado cargar su equipaje en dos carros y emprendido el camino. Los dos jóvenes reclutas pensaron que, con el relajamiento debido a su partida, su huida no sería descubierta antes de su regreso. – ¿Salinae? – repitió Espartaco.

Nuestros centinelas, unos pastores que habían abandonado a sus amos para alistarse en el ejército de Espartaco, conocían cada palmo de terreno, cada matorral de Campania.

–¿Salinae? – volvió a preguntar Espartaco.

Se trataba de unas villas edificadas entre la costa arenosa, rectilínea, y las primeras estribaciones del monte Vesubio. Allí el mar era verde, claro; a escasos pasos de la orilla brotaban fuentes de agua caliente.

–Los amos van allá a bañarse -dijo uno de los pastores-. Las fuentes calientes proceden del fondo de la tierra. Dan fuerzas.

–¡Van a dar muerte! – soltó Espartaco.

Reunió a los gladiadores.

–Vamos a matar al pretor Cosinio -dijo-. Su ejército se quedará como un pollo sin cabeza. Podrá dar unos pasos más, pero ya estará muerto.

Caminamos toda la noche, bajando y subiendo por los valles que, como surcos profundos, abren los flancos del monte Vesubio.

Al amanecer, vimos el mar, su larga orilla recta.

Los carros con el equipaje del pretor Cosinio estaban colocados al lado uno de otro en la playa, donde habían levantado tiendas grandes.

Nos acercamos, ocultos tras los matorrales que cubren las laderas del Vesubio, cuya tierra grisácea desaparece bajo la arena blanca de la orilla.

Luego esperamos.

Cuando el sol estuvo alto, el pretor se dirigió hacia ese mar brillante como una bandeja de plata.

Espartaco y Criso el galo surgieron de pronto, seguidos por centenares de hombres.

Y la arena y el mar se volvieron rojos.

Enomao el germano cortó la cabeza al pretor y la blandió en la punta de su venablo.

En los días que siguieron, cada vez que atacábamos al ejército romano, ya convertido en nuestra presa, se ponía al frente, exhibiéndola como un estandarte, y las primeras filas de centuriones reflúan mientras Enomao repetía el nombre del pretor como si fuera un grito de guerra.

Algunos soldados soltaban sus armas y huían ante esa jauría que portaba los cascos, los escudos, las túnicas de los muertos. Los que resistían sucumbían por inferioridad numérica y al final se arrodiliaban, echaban la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, esperando la cuchillada en su garganta.

Aquellos que morían así eran protegidos de los dioses.

Pero otros eran objeto de saña por parte de esos esclavos que, cada vez en mayor número, surgían de los bosques, de las huertas y de los matorrales y se lanzaban en plena batalla, armados con estacas, despedazando los cuerpos aún vivos.

Así murió Vacerra, reconocido por unos esclavos huidos de la propiedad de Léntulo Balacio, que le hicieron pagar la crueldad de su amo.

Yo me mantenía al margen, a menudo sentado junto a Jaír el judío, cuyo rostro expresaba hastío, resignación, cuando no asco.

—Eres griego, retórico -me dijo una noche tras una batalla-. Conoces la historia de los hombres. Has impartido el saber desde Rodas hasta Roma. Has recorrido las provincias de la República. Te has codeado con los magistrados romanos. Te han honrado. ¿Qué opinas de todo esto?

Los hombres estaban de francachela alrededor de las fogatas. Las llamas alumbraban el terreno donde había tenido lugar la batalla. Hombres y lobos merodeaban por allí, disputándose los cadáveres.

—Soy judío -siguió hablando Jaír-. Sigo la palabra del Dios Único. He acompañado al Maestro de Justicia al desierto. Tú -puso una mano sobre mi pierna-, yo, somos hombres libres, aunque los romanos hayan intentado convertirme en un esclavo, aunque a ti te hayan tratado como a un sirviente y te hayan despreciado como hacen con todos los libertos. Pero ellos...

Delante de nosotros, unos esclavos reñían por un trozo de carne, un ánfora de vino, una túnica de soldado romano.

—... Ellos, Posidionos, siguen siendo animales, por más que crean haberse convertido en hombres libres.

—Hablas como un pretor romano -le contesté.

Le repetí las palabras de Publio Varinio: para él, los esclavos y los gladiadores que habían roto sus cadenas no eran más que ratas.

—Míralos -murmuró Jaír.

En medio de un corro de gritos, unos esclavos rodaban por el suelo intentando estrangularse.

—¿Crees que están actuando como hombres libres? ¿Crees que Espartaco puede hacer de esta horda un ejército?

Contesté que Espartaco ya había vencido a las centurias del pretor Claudio Glabro, del legado Furio y del pretor Marcial Cosinio.

Jaír agachó la cabeza.

–Mañana -susurró- habrá que enfrentarse al ejército de Varinio, volver a vencer y por tanto matar. Ahora bien, un hombre -añadió- no puede ser libre cuando mata.

–¿Entonces hay que someterse a Roma y aceptar el suplicio?
¿Dejarse matar como una rata?

–Dios ve y decide, Posidionos.

Pensé durante aquel otoño, que fue el de las victorias, que el Dios Único de Jaír el judío y todas las demás divinidades se habían aliado para proteger e inspirar a Espartaco.

El tracio iba de un grupo a otro. Escuchaba a Jaír hablarle del Maestro de Justicia y de su Dios. Se juntaba con los germanos y los galos, con los dacios y los celtas, con los frigios y los samnios, que sacrificaban toros y carneros, chivos y pollos, e intentaban adivinar en las entrañas todavía humeantes de esos animales las intenciones de los dioses. Escuchaba a Apolonia cuando le recordaba los oráculos de Cibeles y la voluntad de Dionisos. Y no me contradecía cuando le decía que el monte Vesubio se parecía al Olimpo, donde había sido acogido y aconsejado por los dioses.

Los hombres lo seguían, lo rodeaban, lo observaban mientras participaba en los ritos, bajaba a la fosa sobre la cual degollaban a un toro en honor del dios Mitra, muy estimado por Vínex el frigio.

Hablaba poco, pero hasta los esclavos y gladiadores más rebeldes, aquellos que tenían la mirada fija de las fieras, aquellos que caminaban encorvados, con las manos rozando el suelo y el cuerpo deformado por las labores que los habían tenido aplastados desde la infancia, ejecutaban sus órdenes, aunque fuera a regañadientes, porque los dioses le habían otorgado autoridad y habilidad, porque ya había vencido a los romanos y era el único que podía derrotar al ejército comandado por el pretor Publio Varinio.

Este había salido de Cumas justo cuando llegaban del mar las tormentas de otoño.

Los aguaceros anegaban la tierra de Campania, convertida en un lodazal donde los hombres se hundían, azotados por la lluvia, zarandeados por el viento y los tornados que partían los manzanos y tumbaban las viñas.

El río Volturno estaba crecido y acarreaba árboles arrancados de cuajo; el pretor Varinio había instalado su campamento lejos de la ribera, en espera de que las aguas volviesen a su cauce para cruzarlo.

El ejército de Espartaco también estaba crecido. Afluían esclavos de Samnium y de Apulia, de Brucio y de Calabria, de los montes Abruzzos y hasta de Cisalpina. Algunos habían conseguido cruzar el mar y recordaban las guerras serviles que habían devastado Sicilia, el miedo que había cundido allí entre los amos, los magistrados, los cónsules.

Todos contaban que desde el Rubicón, que bordeaba la provincia de Cisalpina, hasta la extremidad de las tierras, en el Brucio, e incluso allende el mar, se había extendido el rumor de que un dios procedente de Tracia liberaba a los esclavos y que iba a tomar y a saquear Roma. También que los esclavos, antes de huir, habían matado a sus amos, arrasado villas y cosechas, a la vez que soñaban con las riquezas de Roma, esa gran urbe de implacable poder, que iban a saquear.

Pero cuando esa multitud ávida de libertad y de botín vio las fogatas, las empalizadas, las torres de vigilancia del campamento romano del pretor Varinio, se echó atrás.

Y Espartaco gritó a los gladiadores:

—¡Adiestradlos! ¡Convertios en maestros de armas, en centuriones! ¡Que esos hombres os obedezcan! ¡Adiestradlos o Varinio vencerá!

Las astas de los venablos se levantaron y abatieron sobre los lomos de los esclavos que Criso el galo y Enomao el germano, Curio y Vindex el frigio habían obligado a cavar fosos, a fijar estacas, a levantar el campamento del ejército de Espartaco frente al de Varinio, en la otra ribera del Volturno.

—No puedes vencer al ejército romano luchando como él - protestaba Jaír el judío-. Tu campamento, tus cohortes, tus centurias, tus miles de reclutas nunca valdrán tanto como los que Varinio pondrá frente a ti.

Espartaco escuchó y luego replicó:

—¿Quién te ha dicho que quiero combatir como Varinio?

Sin embargo, era lo que aparentaba. Había mandado levantar empalizadas. Las patrullas salían para acosar a las de Varinio y regresaban trayéndose cadáveres que Espartaco ordenaba atar a las estacas que rodeaban el campamento, dando así la impresión de que estaba custodiado por centinelas diligentes.

Cuando las aguas del Volturno empezaron a bajar, mandó encender grandes fogatas en el campamento, redoblar los tambores, tocar las flautas y las trompetas, de modo que parecía que todo el ejército servil se disponía para la batalla justo en el momento en que Espartaco ordenaba abandonar el campamento en silencio, aprovechando la noche tormentosa, y remontar la corriente hasta encontrar un vado río abajo de Capua.

Lo cruzamos a pesar de que las aguas seguían bajando caudalosas y las riberas estaban resbaladizas.

Así alcanzamos, tras una larga marcha, la retaguardia del campamento romano, y vimos nuestro campamento, donde algunos hombres continuaban alimentando las fogatas, tocando tambores, trompetas y flautas para que pareciera que seguíamos allí, tal como lo demostraban esos centinelas a quienes la noche y la distancia devolvían la vida.

Bastaba con esperar que Varinio se dispusiera a cruzar el río para sorprendernos en nuestro campamento. Entonces surgimos por sus flancos y su espalda, como un enorme corrimiento de tierra vociferante, sepultando sus centurias, y el agua enfangada del Volturno, como la arena y el mar de Salinae, se volvió roja.

Vi al pretor Publio Varinio intentando trepar a caballo por la otra ribera, rodeado de sus lictores.

Caían uno tras otro, traspasados por los venablos que lanzaban germanos y frigios.

A poco, Varinio se quedó en la ribera embarrada con sólo unos cuantos soldados que echaban al río los cuerpos de los lictores, abandonaban sus enseñas e intentaban protegerse con sus escudos.

De repente, con un relincho parecido a un inmenso gemido de dolor, el caballo de Varinio se desplomó.

Creí que el pretor iba a correr la misma suerte que su legado Furio. Pero, empapado de barro, se incorporó y salió corriendo sin arma, intentando alcanzar Cumas cuanto antes para encerrarse allí como una rata acosada que se refugia en su agujero.

Quinta parte

Varinio está tumbado solo en el gran estanque de pórfido lleno de agua muy caliente.

Cierra los ojos. La mordedura del calor es intensa y profunda. Separa los brazos, apoya las manos en las paredes del estanque.

El agua no sólo disuelve ese barro adherido a su cuerpo, sino que parece arrancarle la piel, diluir sus carnes. Se clava como las puntas de esas lanzas o de esos venablos que, cuando trepaba por la ribera del Volturno, alcanzaron a los lictores, ninguno de los cuales sobrevivió.

Varinio sigue sintiendo sobre su muslo izquierdo el peso del caballo al derrumbarse. Y eso que, afortunadamente, el barro se abrió. Varinio se hundió en él, se arrastró para liberarse del cadáver

de su cabalgadura, apartando los cadáveres de los lictores, de los soldados, agarrándose a ellos para dar

unos pasos, alcanzar por fin la otra orilla, poder huir con unos pocos hombres, todo lo que quedaba de un ejército, y atrincherarse en la fortaleza de Cumas.

Las ratas se abalanzaron contra las murallas, intentaron escalarlas, forzar sus puertas. Hubo que repelerlas con avalanchas de piedras y de flechas, sin tener siquiera tiempo para limpiarse el cuerpo, para raspar ese barro reseco y enrojecido por la sangre de los lictores.

Varinio abre los ojos.

La gran sala del caldario, que se halla en el centro de las termas, está cubierta por un vaho viscoso y grisáceo.

Apenas adivina la silueta de los esclavos.

Primero oye el chapoteo de sus pies sobre las baldosas de mármol. Con cada paso se va poniendo tieso, hunde la cabeza en los hombros como para proteger su garganta. Sus manos tantean los bordes del estanque. Los dedos se deslizan sobre la piedra húmeda, de pronto enloquecen. Recuerda que ha dejado sus armas donde se desvistió.

Está desnudo, como esos cadáveres de las centurias de Furio y de Marcial Cosinio que descubrió, mutilados, roídos, devorados por esas bestias, esas decenas de miles de ratas.

Se desliza de espaldas por la pared de pórfido del estanque. Siente la tentación de hundir la cabeza bajo el agua, de desaparecer, de escapar así a esos esclavos que se acercan, quizá a su vez convertidos en ratas furiosas dispuestas a degollarlo. Ya no son esos animales dóciles que se arrastran con la mirada muerta. No bajan los ojos cuando se les amenaza con el látigo, con la cruz, sino que se inclinan de mala gana, y su actitud se ve por entero cargada de odio.

El enviado del Senado se lo ha confirmado a Varinio.

Ese tribuno de la Séptima Legión, Calvicio Sabinio, acompañado de su centurión primipilo, Nomio Cástrico, ha contado que, a lo largo de la carretera que une Roma con Cumas, andan merodeando bandas de esclavos que han abandonado sus propiedades, saqueado las villas, matado a sus amos, destripado a las mujeres tras haberlas violado. Ya no hay patricio que se sienta seguro en su casa, todos reclutan milicias para protegerse de sus esclavos, para defender sus vidas antes que sus bienes.

Y el Senado exige que se ponga fin de inmediato a esta guerra humillante para la República.

Y peligrosa: en efecto, Roma necesita las cosechas de Campania y de Lucania. Hay que garantizar el reparto de trigo a la plebe romana so pena de que estalle una guerra social que podría tomar el relevo de la guerra servil.

El tribuno Calvicio Sabinio interrogó a fondo a Varinio sin parecer siquiera percatarse de que el pretor estaba lleno de barro y de sangre, de que cojeaba, de que quizá tenía la pierna izquierda rota, de que el costado le dolía desde el hombro hasta el pie y de que su humillación era aún demasiado candente para poder contestar con serenidad a las preguntas del enviado del Senado.

—Dicen -exclamó caminando hacia el tribuno Sabinio- que fuiste tú quien, en Tracia, perdonó la vida a ese Espartaco que ahora está saqueando Italia. ¿Qué quieres saber? ¡Ya lo conocías! ¡Dicen que lo tuviste enjaulado, y tú mismo le abriste la puerta! Y miles, decenas de miles de esclavos, de gladiadores fugitivos, de desertores, sí, nuestros propios soldados, y el maestro de armas del *ludus* de Capua, y un retórico griego, Posidionos, al que también conoces, se han unido a él. Es hábil. Conoce a la perfección el arte de la guerra. Puede que se lo haya enseñado Posidionos. He visto su obra de cerca: los cadáveres de nuestros soldados, ¡miles de cuerpos desnudos!

Varinio le explicó a gritos que había caído en la celada que Espartaco le había tendido. El tracio se escurrió, abandonando su campamento, que sólo era un señuelo, y luego lo atacó por los flancos y la retaguardia.

—¡Necesitamos legiones, muchas legiones! —recalcó Varinio—. Si no, se apoderará de las ciudades. En Cumas, esas ratas nos han desafiado a voces al pie de nuestras murallas. ¿Por qué no iban a atacar Roma? Bastaría -tendió los brazos hacia Calvicio Sabinio- con que los esclavos, esas decenas de miles de esclavos que duermen en nuestras casas, se volvieran locos como ratas famélicas.

Varinio se alejó cojeando. Cada paso le suponía un sufrimiento. El barro seco le tensaba la piel. El pútrido olor que impregnaba su túnica lo humillaba.

Entró en las termas, ordenando que lo dejaran solo, que todos los demás ciudadanos se fueran de allí.

Apartó a los esclavos que, perfumados, vestidos de blanco, de piel tersa, caminaban con aspecto desafiante -y hasta podía que ocultaran tras su espalda un puñal.

Varinio se desplazó desnudo al caldario; por un instante, cuando se metió en el agua, experimentó por vez primera desde hacía días una sensación de bienestar. Sus músculos se relajaron.

Pero no duró mucho. El calor lo penetraba, lo hería. Y luego distinguió siluetas de esclavos que se acercaban, surgidos de repente, al estanque con los brazos cargados de toallas, o con cestas llenas de frascos de perfume y de aceite, de esponjas y de piedras pómez, pero también, quizás, un cuchillo oculto en el fondo con el propósito de degollarlo.

Espartaco se halla de pie, cruzado de brazos, en el extremo de ese promontorio rocoso que domina la llanura de Campania y las huertas de Lucania, y parece lanzarse hacia el Vesubio, que se yergue en el horizonte.

El tracio mira a su alrededor.

Tras días de lluvia, el cielo ha quedado limpio y el sol brilla como una llama al prender.

Las murallas de las ciudades van poco a poco surgiendo por entre la niebla, ese aliento grisáceo que exhala la tierra y se extiende por los valles del Silaro y del Volturmo antes de ser desgarrado lentamente por la brisa marina.

Entonces queda a la vista la multitud entre los árboles, en las laderas de las colinas, las vertientes de ese promontorio y la meseta que permite acceder a él. Son varias decenas de miles de esclavos que han

abandonado las propiedades, las villas, tras haber matado a los administradores, vigilantes y amos.

Se perciben cuerpos entrelazados, siluetas de hombres y mujeres atareados en torno a las fogatas. Un rumor de oleaje se abate sobre el promontorio, cubre la meseta. Voces cada vez más fuertes se elevan como olas cada vez más altas, coronadas de espuma, gritando: «¡Libres, somos libres!».

Pero pronto callan, ahogadas por el redoble de los tambores.

Espartaco se asoma. En un calvero, animados por los gritos, unos hombres desnudos se retan, saltan, se agarran, caen rodando por la tierra todavía fangosa.

—No saben pelear -dice Curio, el maestro de armas.

Se mantiene unos pasos detrás de Espartaco, junto con Jaír el judío y Posidionos. Se adelanta.

—Son bestias de carga -prosigue-. Dan cornadas, te rompen la cabeza de una coz, pero ignoran la disciplina y las reglas de la lucha. Ni hombres libres ni gladiadores: esclavos.

Espartaco se da la vuelta.

La meseta que asciende suavemente hacia el promontorio se ha convertido en un inmenso campamentó. Han montado allí unos estrados. Unas mujeres bailan con el pecho al aire. Las manos se

tienden hacia ellas. Algunos gritan. Otros saltan sobre la tarima. Se pelean por acariciarlas, por llevárselas.

Más allá, unos hombres acucillados juegan a los dados, intercambian armas, trozos de carne, fruta, ánforas de vino.

—Sólo aspiran a saquear y a matar -sigue diciendo Curio-. Se arrojaron contra las murallas de Cumas y los escasos soldados que le quedaban a Varinio bastaron para repelerlos. Ahora, Roma va a levantar legiones. Los enviados del Senado han llegado a Cumas.

Curio separa los brazos, señala a la muchedumbre y suspira.

—Matan. Beben. Copulan. ¿Qué se puede hacer con esto?

—Quieren matar -le hace eco Jaír el judío caminando hacia él-. Tienes razón, Curio. No saben luchar como gladiadores o soldados de Roma. Y sin embargo han vencido a las centurias de los pretores, a las de un legado. ¿Sabes el motivo? No sólo odian a sus amos, sino también sus propias vidas. Por eso no temen morir.

Espartaco camina dando zancadas por el borde del promontorio.

En el horizonte, el sol alumbra las murallas de Cumas, que se alzan como una roca negra por encima de la orilla. Las ciudades de Nola, de Nuceria, de Abellinium y otras más, medio anegadas en la niebla, son otras tantas islas rodeadas por la llanura repleta de esclavos rebeldes. Todas las villas aisladas y aldeas sin defensa han sido saqueadas, arrasadas, incendiadas.

Espartaco se detiene, agacha la cabeza.

Había intentado impedir, unos días atrás, que los galos de Criso incendiaran Nares, una de esas pequeñas ciudades de Lucania. Se puso ante la puerta de la ciudad. Oía los gritos de espanto de las mujeres y los niños refugiados allí. Sin duda, los hombres ya habían sido masacrados o habían huido, sabiendo la suerte que les reservaban los rebeldes.

Espartaco, apartando los brazos, les dijo que había que apoderarse del trigo, de las reservas de cebada, de la carne, del pescado salado, de las legumbres y de los frutos secos, pero no matar, no destruir. Los galos se quedaron inmóviles durante un momento.

Luego Criso se adelantó. Le señaló a la multitud de hombres que se apretujaban detrás de él, y, dominándola, a un galo que sacaba la cabeza y los hombros al resto.

—Tádix ha venido de Cisalpina con una tropa de más de cien hombres que han matado a sus amos y a los milicianos que los perseguían. Es su jefe. Nada podrá detenerlo. Ni siquiera tú, Espartaco. Quiere las mujeres. Quiere fuego. Quiere muerte. Es libre. Hace lo que quiere. ¡Déjalos pasar! Si no, me matarán y luego te matarán a ti.

Tádix ni siquiera amenazó a Espartaco.

Avanzó, seguido, impulsado por la multitud, y el tracio se vio empujado, arrastrado, ignorado.

Los gritos de las mujeres se hicieron más estridentes y la sangre corrió por los adoquines de las callejuelas. Luego el fuego devoró los cuerpos destripados.

Espartaco cierra los ojos como si quisiera dejar de ver ese inmenso gentío.

Su rostro denota amargura. No parece oír a Apolonia, que se ha acercado a él, que le aprisiona las piernas con sus muslos, que le susurra, mordisqueándole el lóbulo de la oreja, que es el príncipe de todos los esclavos.

—Los dioses te han elegido -le murmura-, eres el que devuelve la libertad.

Desata los brazos de Apolonia, la repele, alza la cabeza y contempla aquella multitud, aquella crecida humana que mezcla y arrastra a gente de todas las razas, venidas de Apulia y de Cisalpina, de Frigia y de España.

Se vuelve hacia Jaír el judío, sentado al lado de Posidionos en el borde del promontorio rocoso.

–Ninguna ciudad, ni siquiera Roma -dice Jaír-, podrá resistir al odio.

–Están atemorizados -añade Posidionos-. Se acuerdan de las guerras serviles de Sicilia.

Señala a la muchedumbre, tan numerosa que ya no se distinguen las rocas de la meseta, la tierra de la llanura, los desprendimientos de las laderas y pendientes.

Espartaco da un paso hacia Curio, lo agarra por los brazos, lo atrae hacia él.

–Eres maestro de armas -le dice-. Has adiestrado a los gladiadores de Capua. Te he visto. ¡Enseña a esos esclavos a luchar como hombres libres!

Curio meneaba la cabeza y escupe con fuerza.

–No quieren otro amo -contesta-. Han dejado de ser perros domésticos. Se han vuelto salvajes, pero jamás los convertirás en lobos.

–¡Quiero un ejército! – replica Espartaco.

Obliga a Curio a darse la vuelta y a mirar de frente a la multitud.

–Elige a los hombres más fuertes, a aquellos a los que los demás temen. Nómbralos centuriones. Promételes en mi nombre la mayor parte del botín.

Manda coser pieles. No quiero ver más hombres desnudos como animales. Entrega a cada uno de ellos un escudo, usa los fondos de las cestas para fabricarlos. Ordena que afilen estacas, que las quemen para endurecerlas. Que nadie luche con las manos. Que aprendan a lanzar estacas como si fueran venablos.

Espartaco se aparta de Curio y esgrime los puños.

–¡Si saben pelear y el odio les infunde el deseo de matar y les hace olvidar la muerte, entonces venceremos a las legiones!

Jaír el judío se levanta, se acerca y musita:

–¿Qué harás de tu victoria, Espartaco?

El tracio vuelve a cruzar los brazos y mira el horizonte.

Espartaco se acucilla lentamente sin dejar de mirar a los hombres que forman un círculo a su alrededor.

Se queda inmóvil durante un momento, con los brazos medio doblados, sus armas posadas de plano sobre sus palmas abiertas como si ofreciera su espada, su venablo, sus puñales a esos hombres que lo rodean, de pie a siete pasos, la mayoría de ellos pertrechados con corazas, escudos, cascos romanos.

Está Tádix, el más alto, con el pelo rubio cayéndole por los hombros. Cerca de él, Criso el galo y Enomao el germano. Más allá, Vínex el frigio y otros, un español, un celta, un galo de la Cisalpina, un tracio, un dacio y, hombro contra hombro, Curio, el maestro de armas del *ludus* de Capua, Jaír el judío y Posidionos el griego. Apolonia va dando vueltas alrededor de esos hombres, saltando, los brazos en

alto, arqueándose, como si quisiera envolverlos en sus sortilegios mediante esa coreografía.

Espartaco cruza las piernas, se sienta y, al inclinarse, coloca delante de él sus armas, luego posa sus manos sobre sus muslos.

Criso el galo es el primero en imitarlo, luego todos los demás hacen lo propio. Tádix en último lugar. La mayoría de ellos colocan sus armas en el hueco de su escudo volcado delante de ellos. Se quitan el casco.

–Somos los pastores de este rebaño -dice Espartaco.

Gira apenas la cabeza hacia la meseta, hacia el gentío y el rumor que sube desde allí.

–Hasta hoy, los dioses han sido benevolentes con nosotros -prosigue.

Se levanta de pronto y se pone a caminar por el interior del círculo, deteniéndose a menudo delante de uno u otro de los

hombres que lo rodean.

—¿Pero quién puede creer que abandonarán a Roma, a la que han dado todo, la tierra de Italia y nuestras tierras, el mar y nuestros pueblos? Los dioses quieren recordar de cuando en cuando a Roma que son los amos. Somos el látigo que están usando para castigar a esa ciudad orgullosa, asustarla, obligarla a respetarlos, a honrarlos, a erigir santuarios y templos en su honor, a celebrar sacrificios para complacerlos.

Espartaco baja la voz, la barbilla pegada al pecho.

—Pero no nos han elegido para que sustituyamos a su ciudad.

—¡Hablas como un retórico griego! — exclama Criso el galo-.
¿Qué quieres decir? ¡Despelleja tus palabras, enséñanos su carne!

Espartaco se dirige hacia Criso el galo y se acucilla ante él.

—Jamás venceremos a Roma: eso es lo que digo. Puede poner en pie decenas de legiones. Tiene maquinaria de asedio y flotas, el trigo de Sicilia y el de África. Sólo somos una espina que los dioses han clavado en la planta de su pie. ¡Se la arrancará, aunque le cueste, aunque convirtamos a esos perros salvajes en un ejército!

Criso atiende, cabizbajo, y de pronto suelta, irguiéndose:

—¿Pero quién quiere vencer a Roma?

Hincha el pecho, mira el cielo con los brazos tendidos y apoyados hacia atrás.

—A mí me basta con vencer a sus legados, a sus pretores, a sus centurias -prosigue Criso-. Con beber el vino y comer el grano, la carne y el pescado almacenados en las bodegas y graneros de esas ciudades cuyas puertas forzamos cuando queremos. Un día, Roma acabará como una fruta podrida; los esclavos que pululan por decenas de miles se encargarán de matar a sus amos y de tomarla. ¿Pero nosotros? Campania, Lucania están repletas de ciudades. Podemos tomar una a diario, Nola, Nuceria, Cumas, Abellinum, Nares... ¡Y todas las demás! Dicen que las que están situadas al otro lado, en Apulia, en Calabria, o las que miran hacia Sicilia, en

Brucio, son todavía más prósperas. Sus graneros rebosan. Los muelles están atestados de barriles de vino. Hay tantas mujeres que cualquiera puede poseer varias, y distintas cada día. ¿Quién está pensando en Roma? Deja que disfrutemos aquí, en estas tierras que ahora son nuestras, ¡y que nos manden a otro legado, a pretores, a cónsules! ¡Ensartaremos sus cabezas en la punta de nuestros venablos, y los legionarios a los que no hayamos matado desertarán!

–Vendrán más legiones -objeta Jaír el judío-. Os sorprenderán cuando estéis durmiendo, borrachos, abrazados a vuestras mujeres. ¡Ellos os matarán a vosotros!

Tádix amenaza a Jaír con el puño, otros lo insultan. No es más que un cobarde, gritan. Nunca lo han visto luchar. ¿A qué amos romanos han matado él y el retórico griego? ¿Quién puede asegurar que no son los ojos y los oídos de Roma?

Tádix quiere levantarse, pero Criso el galo lo retiene apoyándose sobre su hombro. Espartaco regresa a su asiento en el centro del círculo, delante de sus armas.

–¿Qué querías decirnos? – pregunta Criso-. ¿Que algún día seremos vencidos por Roma? Se encoge de hombros.

–¡Todo guerrero muere, y los retóricos griegos también! Has sido gladiador. Has pisado la arena. No eres hombre al que la muerte asuste. Te he visto combatir. ¿Entonces, qué quieres? Cualquier gladiador lo sabe: hay que disfrutar de cada día. Porque puedes morir mañana. Deja que disfrutemos, Espartaco, no nos hables más de Roma. Cuando las legiones lleguen, nos enfrentaremos a ellas como gladiadores frente a las fieras en la arena. Y si morimos...

Aparta y levanta los brazos. – Ese día tiene que venir, ningún gladiador lo teme.

Se inclina, mira a Posidionos y a Jaír.

–Estos dos, a lo mejor...

–Yo quería... -empieza Espartaco.

Se levanta, da nuevamente una vuelta al círculo, pero sin mirar a los hombres sentados.

–... quería hablaros de los ríos -prosigue.

Tiende el brazo hacia la llanura, señala los valles del Volturno y del Silaro, que serpentean, brillantes, hasta alcanzar el mar.

–El agua va hacia el agua. Todo hombre debe ir hacia su país, hacia su propia tierra. Yo quiero regresar a Tracia, caminar libremente por mis bosques. ¿No deseas, galo, volver a ver la sepultura de los tuyos? ¿Tu país?

Alza la voz.

–Cada uno de nosotros tiene un país donde poder vivir libremente. Los romanos nos arrancaron de nuestras tierras, de nuestros bosques, de nuestro cielo. Somos una inmensa multitud de decenas de miles de hombres. Si nos convertimos en un ejército, nadie podrá detenernos. Derrotaremos a las legiones. Caminaremos hacia el norte, hacia esas montañas que separan Italia de nuestros países. Cruzaremos los puertos. Por fin llegaremos a nuestra tierra: unos a Galia, otros a España, Frigia o Tracia. Seremos libres entre los nuestros. Roma se habrá quedado sin fuerzas para perseguirnos. Dejaremos de ser esclavos. Enseñaremos a nuestros pueblos a luchar para seguir siendo libres.

Espartaco vuelve a sentarse en el centro del círculo. Agacha la cabeza y se mantiene un largo rato en silencio como si, de repente, el hastío lo estuviera oprimiendo, persuadido de que no conseguirá convencer a esos hombres que lo observan y parecen estar esperando.

Por fin se incorpora.

–Yo guiaré a ese ejército hacia el norte.

Titubea y añade con tono más serio:

–Pero lo único que garantiza nuestra victoria es permanecer juntos.

Criso el galo se levanta; luego Tádix, Enomao el germano y la mayoría de los demás hombres hacen lo mismo.

–Mi país -empieza diciendo Criso- es aquel donde como, donde bebo, donde echo abajo las puertas de las ciudades cuyas bodegas y graneros están repletos, donde separo los muslos de las mujeres. Ya no conozco ningún otro país. No iré contigo hacia el norte. Cuando hayamos conquistado las ciudades de Campania y de Lucania, nos encaminaremos hacia Apulia.

Señala el horizonte.

–Todos los que vienen de allá y de Calabria nos dicen que basta con seguir la vía pavimentada, que las milicias han huido, que ninguna legión ha plantado sus enseñas en esas provincias. Todo está al alcance de la mano: los puertos de Sipontum y de Barium, y el mayor, el de Brindisi; las ciudades del interior, Canusium, Vuceria, Ausculum, Verusia, no tienen defensas.

Criso se acerca a Espartaco y se inclina hacia él.

–Apenas son unos días de marcha. Los esclavos de Apulia y de Calabria nos están esperando. ¡Camina junto a nosotros, Espartaco! Tú y yo somos hombres libres. Todos los países donde vivimos y donde combatimos son nuestros.

Golpea el suelo con el talón y repite:

–¡Soy del país donde soy libre!

Espartaco se levanta.

–Te pillarán -musita.

–¿Pillarme?

Criso suelta una risotada.

–¡Matarme! Sí, un día la muerte me pillará. ¡Pero nunca los romanos, Espartaco!

Se acerca, abre los brazos como si quisiera abrazar al tracio. Pero éste retrocede.

Cruzado de brazos, con las piernas abiertas, Espartaco está plantado en medio del camino que, desde la meseta, conduce a la

llanura.

Contempla, en el promontorio rocoso, a esos hombres que emergen de la noche a medida que el horizonte se aclara y, a la vez, un resto de oscuridad se agarra a las laderas de los valles, a los árboles de los vergeles.

Ve en primera fila, delante de la multitud que avanza, a Criso el galo; unos pasos atrás, a Enomao el germano, a Vínindex el frigio y, sobrepasando de hombros y cabeza a la tropa, a Tádix, galo de Cisalpina.

Caminan lentamente, con el venablo, la lanza o la estaca sobre el hombro derecho, el escudo colgado del brazo izquierdo.

La muchedumbre de esclavos se ha congregado a ambos lados del camino, las mujeres en el mismo borde y los hombres detrás.

Sólo se oye el pateo de la tropa que se va acercando a Espartaco, y ese sordo martilleo hace aún más denso el silencio que aplasta la meseta.

Criso levanta la mano y la tropa se detiene. Avanza hacia el tracio y se detiene a un paso de él.

—Estos me siguen -dice.

—Los conduces a la muerte, Criso.

—¡Apártate! Déjanos pasar.

—Quiero que cada uno de esos hombres me mire. ¡Quiero verles las caras a todos!

—¿Me estás desafiando, Espartaco?

Criso empuña su espada, empieza a desenvainarla, pero la vuelve a envainar violentamente.

Se da la vuelta, mira de frente a esos hombres que conforman, en el amanecer, un bloque negro erizado por los destellos de sus armas.

—¡Espartaco os saluda! — suelta Criso.

Saca su espada, la esgrime; los hombres levantan sus armas, luego alguien grita, y todos, agitando sus venablos, sus lanzas, sus

estacas, sus espadas, gritan; y esa avalancha arrastra a la multitud, que grita también. Las mujeres bailan. Encaramados sobre las rocas que dominan el camino, los hombres saludan a la tropa.

Se vuelve a poner en marcha tras una señal de Criso, que se ha colocado al lado de Espartaco. Éste, inmóvil, mira hacia adelante a los hombres que se acercan, que vacilan al toparse con él, y luego, como una ola ante un obstáculo, se apartan, partiendo el flujo en dos.

Casi todos agachan la cabeza o desvían la mirada y, a pesar de haber llegado hasta allí gritando y gesticulando, se callan apenas se ven a pocos pasos de Espartaco y de Criso. Poco a poco, el silencio vuelve a hacerse entre la muchedumbre mientras ésta sigue desfilando -varios miles de hombres, unos vestidos con ropa de soldados romanos, otros medio desnudos.

Cuando los últimos han pasado, Criso el galo envaina de nuevo la espada que había mantenido agarrada, con el brazo caído, dispuesto a golpear.

—Ya los has visto -dice-. Vienen conmigo como hombres libres. Se aleja, alcanza las últimas filas de la tropa.

—He visto muertos -murmura Espartaco.

Pero sólo quedan para oírlo Posidionos el griego, Jaír el judío y Curio el maestro de armas.

—Ahora es cuando hay que golpearlos, aplastarlos -dice el pretor Varinio.

Está sentado en el extremo de la larga mesa baja que ocupa el centro de la habitación. Cerca de él, con el pecho apoyado en el borde de la mesa, el tribuno de la Séptima Legión, Calvicio Sabinio, alarga el brazo hacia una de las bandejas que los esclavos acaban de traer. Vacila, sus dedos rozan los tordos rollizos, los muslos de conejo, los pescados cubiertos de plantas aromáticas, las lechugas y las setas.

–Se han dividido -prosigue Varinio-. Una banda camina hacia Apulia, otra se dirige hacia el norte.

Vuelve la cabeza, espera que los esclavos acaben de depositar sobre la mesa otras bandejas llenas de frutos secos y jarras de vino y luego les ordena con una señal que salgan.

Se inclina. En la otra punta de la mesa están sentados los dos cónsules, Gelio Públícola y Cornelio Claudio, y, uno frente a otro, los dos pretores, Cneio Manlio y Quinto Arrio.

–Sé... -prosigue Varinio.

Se interrumpe y, como quien espanta a animales inoportunos, ordena a los dos últimos esclavos que salgan de la habitación.

–... Incluso aquí, en Roma, desconfío -explica-. Nos escuchan. Nos acechan. Mañana, uno de ellos huirá, se unirá a esas bandas, contará lo que ha oído. Deberías, cónsul, entregar a un par de ellos al verdugo. Para que los otros no olviden que no son nada. ¡Menos que nuestros perros!

–¿Qué dices saber? – le pregunta Gelio Públícola.

El cónsul ha hablado con voz agotada de anciano. Se limpia lentamente los labios con el dorso de la mano, y ese simple gesto parece dejarlo extenuado. Cierra los ojos. Susurra.

–¿Qué sabes pues?

–Es el gladiador tracio, ese Espartaco que ha matado a todos mis lictores, quien conduce a la banda que se dirige hacia el norte -contesta Varinio.

Bebe, tiende su copa al tribuno Sabinio, que bebe a su vez.

–Espartaco ha prometido a quienes lo siguen que les hará cruzar los Alpes y los llevará de vuelta allá donde los capturamos, a Tracia, a Galia, a Germania.

–¡Deja ya de creerte esos disparates! – suelta el pretor Quinto Arrio.

Se irrita, dice que resulta ridículo temblar ante unos cuantos miles de esclavos que sólo son fuertes y amenazadores por la

debilidad o impotencia de quienes se han enfrentado a ellos.

Se inclina hacia Varinio.

—No hablo por ti, Varinio. Pero los demás, el pretor Glabro, el legado Furio y ese pretor, Cosinio, ¿crees que han conducido a sus legiones, a sus centurias, como debían? Los soldados se desbandaron, desertaron. Sus jefes no supieron hacerse respetar y obedecer. El Senado acaba de disponer el levantamiento de seis legiones. Créeme, Varinio, Públicola y yo, Claudio y Manlio estamos decididos.

Levanta su copa, la tiende a Sabinio y luego a Varinio.

—Unios a nosotros. Vamos a atrapar a esas bestias para alimentar a las fieras de nuestras arenas. ¿Cuál cazarías primero, Varinio?

—La banda que está saqueando Apulia -contesta Varinio tras un titubeo-. Unos diez mil. Son en su mayoría galos y celtas, acompañados por algunos germanos y frigios, y sobre todo por un rebaño de mujeres. Atacan como animales enloquecidos, pero tienen la cabeza vacía y no persiguen la victoria, sólo el saqueo. Entre combate y combate se emborrachan, duermen, digieren, se pelean entre sí por las mujeres.

—No dejaremos uno solo vivo -dice Quinto Arrio.

—¿Y ese Espartaco? — pregunta el cónsul Claudio.

—Ese sí sabe pelear -refunfuña Varinio.

—¡Seis legiones, seis legiones! ¿Crees de verdad que se nos pueden escapar? — exclama Quinto Arrio.

Varinio agarra su copa con ambas manos y bebe despacio, echando la cabeza hacia atrás.

Públio Varinio camina lentamente entre los cadáveres.

Son tan numerosos que cubren toda la orilla arenosa de la llanura de Apulia.

Las olas arrastran y devuelven algunos de ellos.

Otros están amontonados por las laderas del monte Gargan, donde tuvieron lugar los últimos combates.

Allí murieron los galos.

Varinio se detiene y contempla la cumbre del monte.

Recuerda a ese gigante que hacía girar su espada sobre su cabeza, que rugía, que de un tajo hacía volar la cabeza de uno de los soldados que lo tenían rodeado, lanzando sus venablos, intentando evitar su espada.

Varinio gritó: «¡Lo quiero vivo!».

Se imaginó a esa fiera ofrecida a los senadores, arrojada a una arena, sacrificada a los dioses para agradecerles la victoria.

Pero el gigante desapareció de pronto. Varinio se acercó, preguntó a los soldados que se curaban las heridas y se asían al asta de su venablo para no desplomarse.

Hacía treinta días que habían dejado Roma, caminando por la vía Appia hasta Capua, y luego por los senderos que llevan a Apulia por los macizos que dominan los valles del Volturno y del Silano.

Ante ellos, saqueando e incendiando propiedades y viviendas, vergeles y ciudades, huía el rebaño conducido por Criso el galo, Enomao el germano, Tádix el gigante y Vínindex el frigio.

Los exploradores de las legiones habían conseguido capturar a algunos hombres que iban a la zaga de esa cohorte. Tras haber sido azotados, mutilados, facilitaron esos nombres de manera desafiante, para que los degollaran antes. Pero no se les concedió esa gracia, dejándolos agonizar a merced de los lobos y las rapaces.

Y empezaron los combates.

Hubo que matar a todas y cada una de esas bestias, machos o hembras, ninguna pidió perdón; algunas se atravesaron el pecho con sus espadas antes de caer abatidas, la mayoría se arrojaron sobre las lanzas, los venablos, las espadas de los soldados, intentando arrancárselos, buscando ellos mismos la muerte.

El cónsul Gelio Públícola había dado orden de degollar a todos los supervivientes, varones, hembras, niños -porque había niños en ese rebaño que las legiones habían perseguido por Apulia y por fin acorralado en esa península dominada, a mil pasos de altura, por el monte Gargan.

En la cumbre, Varinio siguió buscando el cuerpo del gigante aun después de que los soldados se fuesen, asustados por la bandada blanca y negra de volátiles de alas inmensas que ocultaban el cielo y cuyos picos afilados y zarpas aceradas empezaban a despedazar los cuerpos.

Varinio no encontró al gigante, quizá sepultado bajo otros cadáveres o despeñado por el acantilado que caía verticalmente al mar.

A menos que un pájaro se lo hubiera llevado, o hubiera saltado, acogido por Neptuno.

¿Quién puede conocer el designio de los dioses?

Varinio baja por la ladera del monte Gargan. Se inmoviliza cada vez que un cadáver tiene el rostro oculto.

Varinio se agacha. Con la punta de su espada aparta el brazo doblado sobre los ojos del muerto. O, con el pie derecho, afianzando bien la pierna izquierda, da la vuelta al cuerpo, lo hace rodar para colocarlo de espaldas. A veces, para conseguirlo, se acucilla, empuja el cuerpo con sus manos y, cuando lo ha conseguido, mira detenidamente los rasgos del finado.

Esas fieras, esos esclavos, tienen rostro humano.

Se incorpora, da unos pasos, se detiene otra vez, repite la operación con una especie de rabia, con brusquedad.

Ninguno de esos rostros petrificados, algunos mutilados, otros cubiertos de sangre seca, está deformado por la mueca del miedo, ese terror pánico que sabe que lo desfiguró a él cuando trepaba por la ribera del Volturmo con sus lictores, perseguido por los esclavos, y el flanco de su caballo lo aplastó, llegando a creer por un segundo

que no conseguiría liberarse, huir -y ese miedo se le había quedado adherido mientras alcanzaba Cumas.

Cada vez que un esclavo se le había acercado, en el caldario de las termas o incluso en la villa palatina del cónsul Gelio Públícola, había temido que uno de los sirvientes, varón o hembra, se abalanzara sobre él armado con un puñal.

Varinio camina ahora por la orilla del mar. Las olas han lavado los cadáveres, y las heridas ya no son sino líneas oscuras que les sajan la piel.

Se inclina.

Los rostros humanos de esas fieras se han apaciguado, como si hubieran acogido la muerte con el valor y la sabiduría de un retórico que se somete a la voluntad de los dioses.

Varinio agarra su espada con ambas manos, la levanta por encima de su cabeza y empieza a golpear con rabia ciega esos cadáveres.

La sangre mana, la espuma se torna de nuevo un hervidero rojo, pero algunas olas bastan para borrarlo todo, y los rostros, aun hendidos por los tajos, siguen expresando esa quietud retadora.

Camina a zancadas sobre la arena húmeda, golpea a diestra y siniestra. Las aves de pico amarillo y negro y anchas alas parecen animarle con sus desgarrados graznidos.

Sentado sobre una roca en la linde del pinar que corona el macizo donde los esclavos que lo siguieron se han reunido, Espartaco mira cómo se encienden las fogatas a lo lejos, en la llanura de Apulia, hacia la masa negra del monte Gargan erguida al borde del mar.

Se inclina hacia delante. Con los brazos doblados, los codos sobre los muslos, los puños sosteniendo la barbilla, los ojos fruncidos, tenso, parece pretender adivinar, entre esas hogueras que centellean en la penumbra crepuscular, las tiendas alineadas, las

calles y las empalizadas, las torres de vigilancia de los campamentos romanos.

Se imagina el camino de ronda que va de una fogata a otra, dibujando un cuadrado en cuyo centro arde un quinto fuego, el más vivo, ante las tiendas del tribuno, del pretor, del legado y del cónsul.

Cerca de ese primer cuadrilátero, unas fogatas dibujan otros dos.

–Tres campamentos -murmura Espartaco volviéndose hacia Jaír el judío, de pie junto al griego Posidionos y Curio, el maestro de armas del *ludus* de Capua-. Tres legiones -añade-. Encienden sus fogatas. Están seguras de sí mismas. Ya han vencido a Criso.

Agacha la cabeza. Sus puños le aplastan las mejillas.

–¡Mira! – exclama Curio.

Tiende el brazo, señala otras fogatas que brillan en la llanura de Campania, al otro lado del macizo, hacia Capua, Cumas, Nola, Abellium y Nuceria.

–¡Otras tres legiones! – concluye Curio.

–Esos ejércitos son como las mandíbulas de Roma -constata Jaír-. Se van a ir apretando hasta aplastarnos. Se han tomado su tiempo para derrotar a la tropa de Criso. Ahora se aprestan a cerrarse sobre nosotros.

Espartaco se levanta y camina hacia el lindero del bosque.

El campamento de los esclavos se encuentra unos pocos cientos de pasos más abajo, sobre una meseta. Se van distinguiendo, cubiertas por la noche, chozas hechas con unas cuantas ramas, tiendas de piel.

Espartaco ha prohibido que se cante o se grite, que se enciendan fuegos.

Algunos hombres protestaron, dijeron que cuando Criso el galo, Enomao el germano y Vínex el frigio estaban con ellos, nadie se ocultaba; incendiaban los trigales, las huertas, las propiedades, las

ciudades y hasta los bosques. Por entonces, todo el horizonte llameaba.

Un hombre se adelantó, acusando a Espartaco de no querer y hasta de no saber pelear, de estar pensando sólo en huir en vez de enfrentarse y de vencer a los romanos. En cambio, con Criso habían matado a un pretor y a un legado, se habían apoderado de sus pertrechos y sus estandartes, habían saqueado las ciudades.

Espartaco se abalanzó, agarró al hombre por el cuello, lo obligó a agachar la cabeza, pero no lo soltó, y dijo a la multitud que lo rodeaba que quienes quisiesen reunirse con Criso, Enomao y su tropa eran libres de hacerlo, pero que sólo hallarían la muerte al final de su camino. El, Espartaco, lo sabía. Los dioses lo habían puesto sobre aviso.

Aflojó la mano y el hombre se quedó un largo rato doblado en dos, intentando recuperar el aliento, tambaleándose.

—Aquellos que me sigan sobrevivirán -prosiguió Espartaco-. Pero deberán obedecer mis órdenes.

Repitió que mataría a quienes intentaran encender una fogata, pues la única fuerza que los romanos temían era la que proporcionaba la sorpresa. Y si renunciaban a ella, si revelaban a los romanos el lugar donde se encontraban, el camino que seguían, más valía dejar las armas, arrodillarse y ofrecer su garganta a la espada de los soldados.

—¡Que quienes quieran dejarme se vayan! —añadió.

Nadie se movió. Entonces señaló la meseta y el bosque, dijo que pasarían unos cuantos días en ese macizo, y luego se encaminarían hacia el norte y atacarían a los romanos por sorpresa.

—Esas mandíbulas... -dice Jaír señalando las fogatas.

—Saldremos mañana antes de que se hayan cerrado -contesta Espartaco.

—¡Seis legiones! —prosigue Jaír.

—¡Dos cónsules, dos pretores! —pondera Curio.

–Y el tribuno de la Séptima Legión, Sabinio, y Publio Varinio -añade Posidionos-. Roma jamás acepta que nadie se niegue a someterse a sus leyes. Debe matar a aquellos que la retan o la han vencido. Tú lo has hecho, Espartaco. Los desertores dicen que el Senado ha ordenado a los cónsules que masacren a todos tus seguidores, y hasta a quienes sepan de tu existencia y se hayan enterado de que has matado a dos pretores y a un legado. Temen que tu actitud induzca a pensar que se puede vivir al margen de Roma, fuera del alcance de su poder, rechazando sus leyes. No pueden dejarnos vivos.

Apolonia sale de repente del bosque y se acerca. Al principio sólo se discierne su silueta. Se da la vuelta, abre los brazos y dice:

–Los dioses quieren que los hombres se acuerden.

Se aparta y, entre los troncos, en la oscuridad, se adivina a un hombre de gran estatura al que tiende la mano y lleva hasta Espartaco.

El hombre sale de la penumbra y se adentra en la precaria claridad del crepúsculo.

Entonces todos reconocen a Tádix el gigante.

Pone sus manos sobre los hombros de Espartaco, al que le saca la cabeza.

Se aprecian sus heridas: una larga cuchillada le cruza el pecho desde el vientre hasta la garganta; otras le estrían los muslos. Su ojo izquierdo es una gran bola negra.

–Éramos veinte mil -dice-. Lo sabes. Enomao fue de los primeros en caer. Criso nos señaló el monte Gargan y nos precipitamos por sus laderas hacia la cumbre. Criso repetía que el monte sería nuestro Vesubio. Decía que haría lo que tú habías hecho. Los que habían estado contigo escalaban a la carrera, en busca del estrecho pasaje por donde colarse y que luego resultaría fácil defender.

Tádix retira sus manos de los hombros de Espartaco y se le desploman los brazos.

—La mayoría murieron en las laderas antes de alcanzar la cumbre. Vi a Criso luchar como un galo, agarrando su espada con ambas manos. Siguió defendiéndose incluso de rodillas, con un venablo clavado en el muslo. Eran diez, veinte contra él. Convirtieron su cuerpo en un tronco sin ramas ni cabeza. Soy el último de aquellos veinte mil hombres que viste partir. Recuerda todos aquellos rostros que te empeñaste en mirar uno por uno en el camino, ¿los recuerdas, Espartaco? Retrocedí hasta el borde del acantilado y salté para morir por mí mismo. Pero los fondos marinos no me retuvieron y las corrientes me arrastraron. Luego alcancé la orilla y caminé. Sólo vi muertos que los lobos y los pájaros se disputaban. Me dirigí hacia el norte, saliéndome de la llanura, siguiendo las crestas. He visto a Apolonia en este bosque. Ella está donde tú estás.

Se tambalea. Espartaco lo retiene, lo agarra por los puños, lo atrae hacia él para que encuentre apoyo. Pero Tádix el gigante se yergue y aparta.

—¡Estoy contigo, Espartaco! Tengo la fuerza de Enomao, de Vínex, de Criso y de los veinte mil que murieron.

Aprieta y alza el puño.

—Dame un arma.

Espartaco le tiende su propia espada.

Con la espada medio alzada, Tádix el gigante camina lentamente entre los romanos arrodillados, apretujados hombro contra hombro.

La punta y el filo de su cuchilla rozan sus rostros.

Aparta de una patada los cuerpos desnudos, se abre paso entre ellos y, a menudo, asesta a un prisionero un puñetazo en la sien. El hombre se tambalea, a veces se derrumba, pero, las más de las veces, se vuelve a incorporar, sostenido por quienes lo rodean.

Todos agachan la testuz como si esperasen que la espada les partiera la nuca, les cercenara el cuello. Pero, siempre con la zurda, Tádix los agarra por el pelo y los obliga a levantar la cabeza.

Se inclina, escruta sus rasgos, luego los aparta de una violenta bofetada, y a menudo la sangre mana de sus labios reventados, de su nariz partida.

Entonces se oye un griterío procedente de la multitud de esclavos que rodean el campamento donde los romanos supervivientes han sido agrupados después de la batalla por orden de Espartaco.

—¡Mantenedlos vivos! — lanza el tracio al ver a los prisioneros, soldados de la Séptima Legión a los que los gladiadores ya están degollando tras haberlos despojado de sus armas, de su casco y de su túnica.

Algunos esclavos no parecen oírlo y siguen asestando estocadas y puñaladas.

Llevábamos más de dos semanas temiendo tener que arrodillarnos algún día, que ofrecer nuestras propias garganta y nuca a los romanos.

Ellos siguieron a Espartaco pero sin creer en lo que prometía: la victoria sobre esas seis legiones que atacarían por sorpresa una tras otra.

Tuvimos la sensación de estar huyendo, bordeando las crestas de noche, ocultándonos de día en los bosques o en las cuevas, remontando los torrentes, hundiéndonos en el barro mientras que, a escasos cientos de pasos, redoblaban los tambores de las legiones que caminaban hacia el norte, convencidas de que Espartaco había tomado esa dirección.

¿Pero adónde íbamos?

La manada lo seguía, pensando, al mirar las estrellas, que efectivamente nos dirigíamos hacia Cisalpina, pero la noche siguiente volvíamos hacia Campania, hacia Capua y Cumas.

Entrábamos en Apulia. Regresábamos a los bosques que habíamos abandonado días atrás.

Las llanuras de Campania y de Apulia estaban desiertas, las legiones se habían ido al norte, donde imaginaban que se encontraba el rebaño de Espartaco. Y, ahora, podíamos ver los carros de las retaguardias de las legiones cuyos cónsules, pretores, legados y tribunos creían estar persiguiéndonos. Obligaban a sus tropas a forzar la marcha, dejando sus carros sin protección.

Y era entonces cuando, en medio de la noche, Espartaco daba la señal de ataque.

Derrotamos a las legiones comandadas por el cónsul Claudio y su pretor Manlio. Los supervivientes huyeron y los escasos prisioneros fueron lapidados por las mujeres.

Luego nos volvimos a adentrar en los bosques, caminando por las crestas, al mismo paso que las legiones del cónsul Públicola, de los pretores Quinto Arrio y Publio Varinio, que lo hacían por la llanura, seguras de que los esclavos de Espartaco estaban huyendo, cuando en realidad éstos estaban esperando el momento propicio en que los romanos descuidaran la defensa de sus flancos y su retaguardia.

Y aquella noche ocurrió. Varios cientos de soldados no pudieron huir ni morir, y Espartaco gritó: -¡Los quiero vivos!

Hombres armados impiden a la muchedumbre de esclavos entrar en el campamento donde Tádix el gigante se pasea entre los presos arrodillados.

Cada vez que golpea a uno de ellos, la multitud aulla:

—¡Mátalos! ¡Jugula! ¡Jugula! ¡Degüella! ¡Degüella!

Algunas mujeres empiezan a tirar piedras, otras intentan penetrar en el campamento. De repente, la voz de Espartaco impone el silencio:

—¡Mataré a quien mate a uno de esos romanos! — clama.

Alza las manos con los dedos separados por encima de su cabeza.

—¡Son nuestros! — replica una voz.

—¡No olvides a Criso, véngalo, venga a Enomao! ¡La venganza es justicia! — grita otro-. Los hombres libres y los dioses se vengán. ¡Nosotros somos libres, deja que nos vengüemos!

El tropel de esclavos vuelve a repetir a coro: «¡Jugula! ¡Jugula! ¡Degüella! ¡Degüella!».

Espartaco se interna en el campamento, pasa entre los prisioneros sin tocarlos. Se dirige hacia Tádix el gigante, que acaba de agarrar por la nuca, con su mano izquierda, a uno de los romanos y lo mantiene así de pie.

Tádix se vuelve hacia Espartaco.

—Lo vi en el monte Gargan -dice Tádix-. Llevaba la coraza dorada de los pretores. Caminaba sobre los muertos. Lo reconozco. Lo vi avanzar mientras luchaba en la cumbre del monte. Supe que si caía entre sus manos me mandaría desollar vivo.

El hombre no se resiste, mantiene la cabeza gacha.

—Es el pretor Varinio -dice Posidionos el griego, que se ha ido acercando.

Algunos de los presos arrodillados levantan la cabeza. Uno de ellos grita que el tribuno Calvicio Sabinio y el centurión Nomio Cástrico se encuentran entre los presos, que son ellos y los cónsules quienes los han obligado a luchar, pero que ellos, los soldados, respetan a los gladiadores. Además, son a menudo quienes les enseñan a combatir.

—¡Te ofrecemos nuestra vida, Espartaco! ¡Permite que nos vengüemos de los que nos han estado tratando como si fuésemos sus esclavos!

Espartaco permanece en silencio. Parece vacilar, luego se acerca de Varinio, al que Tádix sigue agarrando por el pescuezo.

—Pretor... -murmura Espartaco.

Repite esa palabra como si estuviera profiriendo un insulto, poniendo cara de asco, con la boca surcada de arrugas.

OceanofPDF.com

**-¡Pretor, padecerás lo que has hecho
padecer!**

OceanofPDF.com

Éramos más de cuatrocientos, desarmados, arrodillados, desnudos.

La muerte que había estado buscando en el campo de batalla se me había escurrido. Tenía la esperanza de que me degollaran de inmediato esos animales salvajes que nos habían capturado vivos y me habían arrancado la espada antes de que pudiera clavármela en el costado.

Tendí el cuello.

Pero había olvidado que los esclavos no son hombres, que no luchan como los soldados de nuestras legiones. No nos mataron.

Nos golpearon, insultaron, humillaron.

Entregaron algunos de nosotros a sus aulladoras hembras. Estas clavaron sus colmillos y sus uñas en los cuerpos que les adjudicaron. Vacieron ojos, cortaron sexos, despellejaron.

Convirtieron a unos ciudadanos romanos en un montón de picadillo escarlata.

Y después sus bocas ávidas de sangre siguieron vociferando.

Nos llevaron y reunieron en un campo.

Sentí vergüenza al tener que desnudarme, arrodillarme, adoptando la postura del vencido.

Un gigante galo avanzó y empezó a romper caras con sus puños. La jauría contenida por hombres armados gritaba, reclamando nuestros cuerpos para crucificarlos y descuartizarlos.

«¡Son nuestros, somos los amos! – repetían acompasadamente esos animales parlantes-. ¡Somos libres!»

El gigante reconoció al pretor Publio Varinio, que estaba arrodillado a mi lado. Creí que iba a partirle la nuca con el puño.

Pero ese gladiador tracio llamado Espartaco, que acaudilla a los esclavos, dio la orden de que no nos mataran.

El gigante dejó caer a Varinio, que se derrumbó contra mí.

Luego Espartaco se acercó y el gigante, echándome la cabeza hacia atrás, me obligó a enseñar mi rostro.

–Eres Nomio Cástrico, el centurión de la Séptima Legión -dijo el jefe de los esclavos-. Te conozco. Estabas en Tracia. Tú fuiste el que me enjauló.

Creí que iba a cortarme el cuello. Lo deseé, y cerré los ojos en espera de que la cuchilla se hundiera.

–¡Más adelante! – decidió Espartaco.

Se alejó y reconoció a Calvicio Sabinio, el tribuno.

Lo empujó hacia mí y Varinio.

Y así es como acabamos juntos, arrodillados, mientras el tracio recorría el campamento, deteniéndose ante cada prisionero y obligándolo a levantarse.

Cuando vi a Espartaco agrupando a los hombres por parejas, adiviné sus intenciones. Recordé las palabras que había pronunciado cuando se dirigió a Publio Varinio: «¡Padecerás lo que has hecho padecer!».

Susurré a Sabinio y a Varinio:

–Ese gladiador quiere vernos morir como gladiadores.

Ambos me miraron con espanto.

–Vamos a matarnos entre nosotros para ellos -proseguí.

También lo había comprendido la muchedumbre. Pataleaba de impaciencia. Gritaba: «¡Jugula! ¡Jugula!».

Reconocí a Curio, el maestro de armas del *ludus* de Capua que huyó en su día con Espartaco. Estaba apartando al gentío para despejar el terreno reservado para los combates. Dio orden de que sacaran del campamento, bajo escolta, a parte de los presos, dejando allí sólo a una decena de parejas. Luego ordenó que amontonaran espadas, estacas, lanzas y puñales en una esquina del terreno.

La multitud reía, rugía, aullaba.

De pronto se oyó la voz de Espartaco, reclamando silencio.

–Van a luchar y morir. Ellos que nos llevaron a rastras y maniatados a la arena, que nos entregaron a las fieras, ellos para quienes sólo éramos animales, van a matarse entre sí. ¡Su sangre correrá en memoria de Criso el galo, de Enomao el germano, de Vindex el frigio, de los veinte mil nuestros a los que han masacrado y de todos los gladiadores a los que han forzado a combatir para su placer! Hoy ese placer nos corresponde a nosotros. Dedicamos estas luchas a los manes de nuestros hermanos muertos, gladiadores y esclavos de Roma, convertidos en hombres libres. Estos van a morir por ellos y por nosotros. ¡Es el *munus*, el regalo que yo, Espartaco, ofrezco para conmemorar a los muertos y que os ofrezco a vosotros que os habéis unido a mí y me habéis seguido!

Miré a Espartaco. Llevaba la coraza dorada del tribuno Sabinio y una capa corta de color rojo. A su alrededor se encontraban ese retórico griego, Posidionos, que conocí en Tracia y que había vivido unos días en el campamento de la Séptima Legión. Vi, sentada a los pies de Espartaco, a

esa sacerdotisa de Dionisos cuyo cabello rubio le cubre los hombros y que también había sido capturada en Tracia a la vez que Espartaco, así como el curandero judío, que se hallaba unos pasos atrás.

Curio se acercó a nosotros.

—Los veréis luchar y morir. Veinte veces veinte pares. Seréis los últimos.

—No lucharé -replicó Sabinio.

—Entonces te entregaremos a las mujeres. Tienen dientes y uñas más afilados que los de las leonas.

—¿Quién sobrevivirá? — preguntó Varinio. Curio se burló.

—¿Nunca has asistido a un *munus* de gladiadores? ¿Nunca has ofrecido uno, pretor, que has visitado tantas veces Capua? ¿No conoces a Cneo Léntulo Balacio? Te vi, la víspera de los *munus*, cuando estaban seleccionando a los gladiadores que iban a enfrentarse a las fieras. ¡Bien sabes que quien decide sobre la vida y la muerte no es el que lucha, sino los que levantan o bajan el pulgar! ¡Aquí será Espartaco quien decida! Es nuestro pretor, nuestro tribuno, nuestro cónsul, el príncipe de los esclavos. ¡El decidirá tu vida o tu muerte, Varinio! Dije:

—Nadie sobrevivirá.

—Eso lo decidirán los dioses y Espartaco -contestó Curio.

Sobreviví a esa jornada y a esa noche teñidas de la sangre de cuatrocientos romanos.

Primero se pelearon para coger una de las armas amontonadas en la esquina del terreno, y muchos murieron en ese mismo instante al caer sus cuerpos sobre las espadas, las lanzas, las estacas y los puñales, al empujarlos otros para hacerse con las armas que quedaban.

En ningún momento llegó a ser una lucha regulada de gladiadores, sino una refriega encarnizada a imagen de los esclavos, tal como éstos deseaban.

La multitud aullaba, apedreaba a los combatientes, que ya olvidaban que eran hombres y se convertían en bestias.

Cada cual intentaba matar sin preocuparse de saber si golpeaba al adversario designado por Curio. Se ensañaban entre varios con el mismo hombre, luego se giraban y luchaban contra quienes los habían ayudado a matar.

Cuando sólo quedaba un hombre en pie, la masa gritaba para que hiciesen entrar de inmediato a los veinte pares siguientes. Y el

superviviente de la primera serie, ensangrentado, agotado y herido, era el primero en caer. Luego se reanudaba la carnicería.

Cuando los combatientes quedaron envueltos por la penumbra del crepúsculo, Espartaco mandó encender en los lindes del terreno grandes fogatas. Entre el gentío se alzaron algunas antorchas; a veces las lanzaron contra los grupos de combatientes.

Algunos de éstos intentaron huir, abrirse camino entre los esclavos. Sólo pudieron dar unos pasos, sus cuerpos traspasados pronto quedaron sepultados bajo los de los esclavos que se encarnizaban con ellos, devolviendo sus despojos al terreno.

En su lucha, que a veces se convertía en huida, algunos combatientes eran lanzados a las llamas y se les veía gesticular, se les oía gritar durante unos instantes.

Por fin, cuando el alba empezó a azular el cielo, sólo quedaba un hombre entre los cadáveres. Espartaco se acercó a nosotros y empujó a Sabinio hacia el superviviente.

—¡Ahora tú, Sabinio, que veamos lo valiente que es un tribuno!

Calvicio Sabinio -que los dioses hagan la vista gorda y no lo abrumen, que los ciudadanos de Roma olviden a ese tribuno que tantas veces vi lanzarse el primero a la batalla al mando de la Séptima Legión- se portó aquella mañana como un cordero aterrado, corriendo por el terreno lleno de muertos, envuelto en ese olor insípido de la sangre vertida; los hombres armados que contenían a la multitud de los esclavos lo repelían con la punta de sus venablos o de sus espadas.

¿Estaba ya muerto cuando las hembras furiosas consiguieron apoderarse de su cuerpo, arrojarlo sobre él, desollarlo, descuartizarlo, lanzar por el aire sus miembros, su cabeza y su tronco?

Luego, volviéndose hacia Espartaco, empezaron a gritar: «¡El pretor! ¡El pretor!».

Varinio recogió una espada y caminó hacia el hombre que se hallaba de pie en el centro del terreno.

Se detuvo a escasos pasos y, aferrando su arma con ambas manos, se atravesó el pecho y cayó de rodillas.

Se produjo un prolongado silencio, y el superviviente de aquel día y noche de lucha se acercó al pretor Varinio y, un momento después, se

suicidó asimismo, desplomándose frente a Varinio, cayendo contra él como si ambos hombres hubiesen querido sostenerse y abrazarse.

Me quedé solo en medio de ese silencio mortal, esperando que me degollaran.

Entonces Espartaco gritó que mataría con sus manos a quien me golpeara.

Las alzó.

Luego se giró hacia mí, pidiéndome que me alejara cuanto antes, y añadió:

–Contarás lo que has visto.

Me fui, hendiendo a la muchedumbre de esclavos que me fue abriendo paso.

La crucé en medio de los rugidos de las fieras. Luego caminé durante varios días y por fin me topé con hombres, ciudadanos romanos.

–Debimos matar al centurión Cástrico -dice Curio-. Ha visto lo que somos.

Curio se da la vuelta, tiende el brazo, enseña a Espartaco, que camina a su lado, esa multitud cuyos contornos, excepto las primeras filas, se pierden en la niebla; pero se oye el rumor, el martilleo de los pasos y algún que otro grito.

–Una manada de esclavos -sigue diciendo Curio.

Escupe con fuerza a la vez que separa los diez dedos en señal de impotencia.

–Cien mil bestias, puede que más. ¿Pero cuántos hombres capaces de combatir en línea, de resistir la carga de una centuria, cuántas columnas que puedan lanzarse contra el enemigo como si fueran venablos?

Se encoge de hombros.

–Ya te lo he dicho, Espartaco; Posidionos y hasta Jaír el judío no paran de repetírtelo: si no castigas a esos perros errantes que sólo ansian vino, carne y botín, jamás podremos combatir realmente contra un ejército como un ejército.

Agarra el brazo de Espartaco.

–Eso lo ha comprendido el centurión Nomio Cástrico, se lo ha contado a los senadores, a los cónsules, a los legados. Por tanto, las ciudades resisten. Ni una nos ha abierto sus puertas desde que entramos en Cisalpina. Ni un

soldado de las dos legiones del procónsul Casio Longino se ha unido a nosotros. ¡Somos el desorden, y sólo se vence con orden y en orden!

Obliga a Espartaco a detenerse, se planta frente a él.

—¡Castiga a esos perros a los que la libertad ha enloquecido! Los hombres sólo obedecen cuando el miedo a los que mandan les retuerce las tripas.

Espartaco se zafa y sigue caminando, cabizbajo.

—¿Quieres que esos hombres libres vuelvan a ser esclavos? ¿Se han unido a mí y quieres que sea yo el que los trate como los trataban sus amos?

—Es necesario, si quieres vencer. Pero tu mano vacila, Espartaco. No quisiste matar a Cástrico. Ya te ha apuñalado. Cada palabra que ha pronunciado te ha debilitado.

—Los dioses han querido que sobreviva -musita Espartaco-. ¿Pero estás seguro de que le han hecho caso? No habrá tenido más remedio que hablar de la derrota y de la humillación de los cónsules y de sus legiones, de los soldados que se han arrodillado, a los que hemos tratado como a esclavos, como a infames gladiadores.

Espartaco apunta con el dedo a Curio.

—Hasta puede que lo hayan matado para que calle.

—Pero mientras tanto nosotros -dice Curio tras un largo silencio- andamos vagando por Cisalpina. Ya no queda fruta en los vergeles, trigo en los campos. El ganado ha vuelto a sus establos, el trigo se encuentra en los graneros protegidos por las murallas de las ciudades. ¿Cómo quieres conquistarlas con esta jauría de perros ebrios que te niegas a obligar a obedecer?

—Son libres -dice Espartaco.

—¿Quieres que mueran? La sangre de un esclavo es igual de roja que la de un ciudadano romano.

Curio vuelve a escupir.

—No cruzaremos los puertos de los Alpes, y, si nos quedamos en Cisalpina, morirán de hambre por miles, y los demás a manos de los romanos.

Espartaco se detiene, cruza los brazos.

—Roma es hija de los dioses. ¿Quién podría vencerla hoy?

Cierra los ojos como si quisiera recordar mejor.

—Los ciudadanos de Roma saben morir -prosigue-. Por un tribuno que flaquea, ¿cuántos pretores hay que prefieran la muerte a la derrota y a la humillación? ¿Viste al pretor Varinio? ¿Y a aquel soldado que sobrevivió a todos los combates? Ambos optaron por matarse antes que enfrentarse entre sí.

—¡Hombres libres, pero gente de orden! — replica Curio.

Espartaco reanuda la marcha. Se gira a menudo para observar a ese gentío que lo sigue y cuya inmensidad, cuando el viento deshilacha la niebla, puede a veces medir.

—Ahí están, Curio -dice-. Han tenido la fuerza, el valor de huir. No les pidas lo que aún no pueden hacer. Apenas están empezando a ser libres. Si los dioses y los hombres venideros los recuerdan, entonces habrán vencido a Roma, aunque ésta los masacre; y sus hijos aprenderán a luchar.

—Estaremos muertos -refunfuña Curio.

—¡Y vivos! — protesta Espartaco.

El nombre de Espartaco resuena en aquella sala de ventanas estrechas, cercana al anfiteatro del Senado de Roma.

Las columnas y las estatuas de los dioses aplastan con su sombra a los magistrados, cuyas togas, en la penumbra, parecen grises.

Esos senadores, esos pretores, esos legados están sentados sobre asientos con elevado respaldo de cuero dispuestos en torno a un escenario en cuyo centro se hallan dos hombres de pie.

Uno, corpulento, es el procónsul de Cisalpina, Casio Longino. El otro, Manlio, estaba al mando de una legión en Picenum, al este de Roma, al borde del mar, entre Ancona y Ausculum. Es pequeño y delgado, y sin embargo no para de secarse la frente como si fuera uno de esos magistrados mofletudos y de cuerpo grasiento que lo interrogan con voz jadeante.

—Manlio, debías impedir que Espartaco se adentrara en Picenum -dice uno de ellos, cuyo rostro queda oculto-. Y ahora se está acercando a Roma con su horda, como un nuevo Aníbal.

Manlio no contesta, levanta los brazos. El procónsul de Cisalpina da un paso adelante. Habla con voz sorda e irritada.

—Roma venció al cartaginés y aplastaremos a Espartaco -dice-. ¿Pero qué podíamos hacer? Yo tenía dos legiones en Cisalpina. Me atacó con más de cien mil hombres. Era una crecida de barro que nos sumergía. Nos encerramos en las ciudades. De este modo le impedí que las asaltara, que

saqueara los graneros. Y es una victoria, pues se ha replegado, renunciando a cruzar los Alpes. Ha vuelto a dirigirse hacia el sur.

—¡Hacia Roma! — suelta una voz-. Y si nos ataca, si los esclavos, que se cuentan por decenas de miles en nuestra ciudad, se rebelan y se unen a ellos, ¿no te parece, Longino, que será peor que un ejército cartaginés? Manlio debía detenerlo.

Se oye un rumor de voces.

—Estás aquí, Manlio, ante nosotros, dándonos explicaciones -prosigue el alto magistrado-. Y, mientras tanto, cien mil bandidos, cien mil asesinos, cien mil fieras están devastando Picenum, y de nuevo Apulia, Campania, Lucania. ¿Con qué trigo, con qué cebada alimentaremos a la plebe? ¿Qué será de Roma si dejamos en manos de los saqueadores las tierras más ricas, nuestras propiedades, las ciudades? Si ya ninguna de nuestras vías, la vía Appia, la vía Latina, la vía Valeria, es segura, si ningún viajero, ningún carro, ni siquiera una legión puede adentrarse en ellas sin ser atacado de inmediato, ¿qué será de nuestra riqueza, de nuestro poder? ¿También se convertirá Roma en presa de los saqueadores? ¡Hay que aplastarlos, son alimañas, peores que las langostas de África o España que lo arrasaban todo a su paso! ¿Cómo puede ser que un gladiador tracio ponga en peligro a Roma? Todos recordamos las guerras serviles de Sicilia. Nuestros antepasados las padecieron, pero vencieron. Pero hoy estos esclavos nos están humillando, están saqueando nuestras riquezas. Esta revuelta es una enfermedad que se extiende más rápidamente que una plaga. ¿Qué contestáis? ¡Eres pretor, Manlio, y tú, Casio Longino, procónsul!

—Dos legiones -refunfuña Longino-, y esa multitud furiosa de cien mil hombres cayéndoles encima...

—Cuando los ven avanzar gritando, los soldados se echan a temblar -añade Manlio-; las primeras filas de las cohortes ceden, algunos legionarios huyen, sueltan sus armas para correr mejor.

—¡Vergüenza para estos hombres! — repiten varias voces-. ¡Que el castigo de Roma los alcance sin piedad!

—Necesitamos nuevos jefes -declara uno de los magistrados-. Los que han conocido la derrota no pueden volver a mandar las legiones. ¿Qué soldado los seguiría?

—Los hombres temen a esas fieras -prosigue Manlio-. Saben lo que hacen los esclavos a quienes capturan. No quieren morir como gladiadores

forzados a luchar entre sí, ni que los entreguen a la furia de esas hembras.

Un joven se adentra en el círculo.

–Soy Gayo Fusco Salinator, el legado de Licinio Craso -dice-. Conocéis a Craso. Hablo en su nombre. ¡Craso jura, si lo honráis con vuestra confianza, matar a Espartaco y a todos aquellos que se han unido a él!

Sexta parte

–Licinio Craso es un chacal -susurra el hombre sentado frente a Espartaco.

Vuelve lentamente la cabeza y mira a Curio, a Posidionos el griego, a Jaír el judío y a Tádix el gigante, todos apoyados en la pared de esa habitación devastada en cuyo centro arden restos de muebles directamente sobre el mosaico ocre y azulado.

Apolonia está acucillada delante del fuego, con las palmas de las manos abiertas sobre las llamas.

–¿Y quién eres tú? – le pregunta al hombre sin mirarlo-. Vienes aquí, afirmas haber huido de la casa de Craso, dices que eres esclavo. ¿Y si no fueras más que una serpiente, un perro, una hiena de Craso, cuya misión es traerle un trozo de nuestra carne?

Se incorpora, camina hacia el hombre y se inclina, lo agarra por los hombros, lo sacude.

–Como mientas, te desollaré vivo -le dice-. Que sepas que Dionisos me ilumina, que sé lo que piensas, lo que sientes. Y tienes miedo, intentas no temblar, pero ya lamentas haber venido hasta aquí. ¿Por qué? ¡Porque voy a arrancar tu máscara, tus mentiras, como se arranca una piel!

El hombre se zafa enérgicamente de los brazos de Apolonia.

–Soy Pitias, ateniense, arquitecto, esclavo del pretor Licinio Craso, y he venido hasta aquí para avisaros de que el Senado le ha conferido poderes de procónsul para que levante legiones; se ha rodeado de todos los jóvenes ambiciosos de Roma que quieren encaramarse sobre vuestros cadáveres: su legado, Gayo Fusco Salinator, el tribuno militar Cayo Julio César, y todos los que Craso puede comprar si le apetece, porque es el hombre más rico de Roma.

–Estás hablando de un chacal -lo interrumpe Espartaco-, ¿pero acaso hay hombres que no sean rapaces?

Pitias meneaba la cabeza.

—No conoces a Licinio Craso. Se alimenta de las entrañas de los carroñeros. La muerte es su sustento. Nada puede aplacar su avidez. Está dispuesto a cometer los peores crímenes con tal de seguir acopiando riquezas. ¿Sabes cuál es mi papel? Reconstruir las casas que manda incendiar y cuyas ruinas o terreno compra. A veces arden decenas de romanos en esos incendios, y a los demás los desahucian las llamas. Yo espero con mis albañiles, y, aún calientes las cenizas, antes de que se haya acabado de retirar los cuerpos de entre los escombros, nos ponemos a reedificar. Licinio Craso nos acosa, nos amenaza, nos golpea. Huele a muerte. Ha hecho su fortuna con la sangre y los cadáveres de aquellos que denunció durante la guerra civil. Sirvió a Sila, entregó al dictador a cientos de ciudadanos para apoderarse de sus bienes. Es un chacal, un carroñero. Quien ha cruzado su mirada no puede olvidarla. Sus ojos se hunden en uno como si fueran puntas de venablos. Pero lo que más espanta en él es su rostro de carnicero. Sí, temo a Licinio Craso. No tiene labios. Dos arrugas profundas le surcan las mejillas. Le gusta castigar y se deleita con las torturas que inflige. Mandó cortar las manos a esclavos que habían encontrado, entre las ruinas de una casa incendiada por orden suya, unas monedas, unos frascos de perfume, y se habían quedado con ellos. Ordenó que los marcaran con fuego en la mejilla y los vendió al lanista de Capua para sus fieras en la inauguración de uno de sus *munus*.

Pitias se interrumpe, deja caer su cabeza sobre el pecho como si lo abrumara lo que acababa de contar o se arrepintiera de haber hablado, quizás hasta de haber huido.

—Ha jurado mataros, a ti, Espartaco, y a todos tus seguidores -prosigue-. Has saqueado sus tierras y varias propiedades suyas. Has atentado contra su fortuna y sus ganancias. Se convierte en una fiera cuando se rebelan contra él o cuando se atenta contra lo que le pertenece. Además, quiere valerse de esta guerra contra ti para acaparar aún más poder en Roma. Ya no se conforma con su fortuna, quiere la gloria, los honores supremos. Está celoso de Pompeyo, al que los senadores han concedido el título de *imperator* por sus victorias en España. Aspira a ser como él.

—¡Todavía no nos ha vencido! — exclama Espartaco levantándose.

—Licinio Craso jamás ha sido derrotado -prosigue Pitias-. Obstinado, encarnizado, no teme nada ni a nadie. Lo he visto entrar en una casa

ardiendo para expulsar a sus últimos inquilinos, empeñados en apagar el incendio.

–Cuando fui soldado -interviene Curio-, en España, en África, se ponderaba el valor de Craso.

–Si va a vencernos -dice Espartaco-, ¿por qué has venido, Pitias? Si te descubre...

–... me arrancará la piel a tiras y me echará a las murenas o a los perros tras cerciorarse de que sigo siendo un trozo de carne viva capaz de sufrir.

Espartaco se acerca a Pitias, que a su vez se levanta.

–¿Por qué has venido, Pitias? – repite Espartaco con voz velada, como teñida de tristeza.

–Desde que huiste del *ludus* de Capua, que tu ejército de esclavos venció a pretores, legados, cónsules, quemó cosechas, propiedades, ciudades, y te fuiste acercando a Roma, el miedo consume a los amos. Sacan sus puñales cuando los esclavos nos acercamos a ellos. Les entra pánico si entramos varios a la vez en su habitación. Hasta temen beber y comer lo que sus sirvientes les preparan. Ese miedo nos produce a nosotros alegría y orgullo. Es para agradecerte, Espartaco, lo que me has hecho vivir, por el recuerdo de mi libertad y de mi orgullo de ateniense, que has reavivado, por lo que estoy aquí y te aviso de la amenaza y promesa de Craso. Va a levantar legiones. Te va a acosar. ¡Ten cuidado, nada lo detendrá! Quiere verte muerto porque es un noble romano y tú un simple esclavo extranjero. Porque lo haces temblar y necesita tu muerte.

Espartaco pone una mano sobre el hombro de Pitias.

–Todos los hombres mueren -musita-. Craso también morirá, aunque me mate. ¿Sabrás morir tú, Pitias?

Pitias agacha la cabeza. Se acerca Jaír el judío.

–Quien sabe morir sabe dejar de ser esclavo -suelta.

–¡Quiero que mueran todos! – clama Licinio Craso.

Encorvado y con las manos juntas a su espalda, el procónsul camina lentamente por la columnata que rodea el estanque en el que las murenas trazan surcos plateados.

Se detiene, espera que se le acerquen Cayo Julio César y los legados Mummio y Gayo Fusco Salinator.

–Sólo debe recordarse su suplicio -añade, apretando las mandíbulas; una arruga central le cruza la frente hasta la base de la nariz.

—Quienes han luchado contra ellos -dice César- afirman que no temen la muerte. Ningún animal teme la muerte.

Craso se encoge de hombros y esboza una mueca de desprecio.

—Se olvidará que no la temían -replica-. Pero quiero que se recuerde cómo murieron. El recuerdo de los suplicios que voy a infligirles producirá pavor. Así el miedo anidará en todo esclavo hasta el final de los tiempos. Ni uno se atreverá a rebelarse.

Sigue con la mirada los surcos plateados que estrían el agua del estanque de su villa.

—Algunos de ellos serán pasto de mis murenas.

Suelta una risotada.

—A ese centurión, Nomio Cástrico, lo atiborré de carne y de vino fresco. No paraba de contarme ese *munus*, esa ignominia: centuriones, ciudadanos romanos obligados por esos esclavos a luchar como esclavos, como animales. Ese Espartaco le perdonó la vida para que nos describiera dicho espectáculo y nos sintiéramos aterrados. ¿Sabéis qué ha sido de ese parlanchín que no cesaba de repetirme: «me perdonaron la vida»? Cuando por fin se durmió, ordené que lo echaran ahí dentro.

Señala el estanque con la cabeza.

—Las murenas se precipitaron. Hubo un gran burbujeo, el agua se puso roja. Mis esclavos temblaban. Se echaron a mis pies como perros.

Sigue andando.

Comenta que también ha ordenado que degüellen a todos los esclavos que trabajaban con Pitias, un arquitecto griego.

—Ése se ha fugado. Nunca me gustó su manera de rehuir la mirada. Ha debido de unirse a Espartaco. Pero daré con él y le sobrará tiempo para arrepentirse de haberme traicionado. ¿Sabes, Julio, que quería libertarlo?

Titubea, refunfuña.

—Lo compré en Delos. Me ponderaron su talento. Es capaz de construir en pocos días una ínsula de siete pisos. Luego corrió ese rumor que llegó hasta aquí, a mi villa, en el Palatino, según el cual Espartaco era el príncipe de los esclavos, un nuevo Aníbal, ¡y que iba a conquistar Roma!

Grita:

—¡Lo habéis oído: conquistar Roma! ¡Un gladiador, un infame, un esclavo tracio! ¡Pero sólo lo fortalece la debilidad de nuestros cónsules, de nuestros pretores y de nuestros legados!

Agarra el brazo de Cayo Julio César.

–Eres tribuno militar, César. Has combatido en Asia, has vencido y castigado a los piratas. Te quiero junto a mí en esta cacería mayor que vamos a iniciar. ¡Me lo debes, y se lo debes a Roma!

Sonríe.

–Te he prestado mucho dinero, César. Me debes mucho. Cuando regresemos vencedores, tendremos Roma a nuestros pies. Tendremos la gloria, el poder y por tanto riquezas. ¡Serás rico, César! Me devolverás lo que me debes y ofreceremos a la plebe unos juegos que la dejarán asombrada. ¡La embaucaremos!

Se aleja de César, se acerca a los legados.

–Voy a levantar seis legiones con mi dinero. El Senado pagará otras cuatro. Con diez legiones no se nos escapará un solo esclavo.

Apunta con el dedo a Mummio.

–Tú, Mummio, tendrás el mando de una vanguardia de dos legiones. Impedirás que esa horda de saqueadores y asesinos entre en Lucania.

Se vuelve hacia César.

–Ese tracio es taimado y hábil. Quiere apoderarse de los puertos, intentar pasar a Sicilia con la complicidad de los piratas cilicios. Sabe que en la isla los esclavos siguen recordando las guerras serviles. Espera reavivar la hoguera.

Craso levanta la cabeza, los ojos entreabiertos.

–Nuestros antepasados aplastaron la revuelta de Sicilia pero no consiguieron borrar su recuerdo. Esa fue su debilidad. ¡Yo sólo dejaré en las memorias el terror, el sufrimiento y la sangre!

–Esta sangre es nuestra sangre -susurra Apolonia.

Está arrodillada ante una piedra plana, una especie de mesa maciza sobre la cual yace un cordero degollado y destripado.

Apolonia retira lentamente sus manos hundidas en las entrañas del animal.

Las esgrime y la sangre se desliza por sus brazos mientras la que brota de la garganta del cordero se derrama sobre la piedra.

Unos pájaros de pico amarillo y negro ya van dibujando, alrededor de los restos del animal, círculos en el cielo rojo del crepúsculo.

Apolonia se vuelve hacia Espartaco, que se encuentra sentado a pocos pasos, al lado de Jaír el judío y de Posidionos el griego. Detrás de ellos,

sobre

aquella cresta rocosa que domina toda la llanura de Lucania, se hallan de pie Tádix el gigante, Pitias y Curio. Más abajo, en las laderas y terrazas que conducen escalonadamente hasta la llanura, se aglutina la muchedumbre de esclavos.

–Los dioses han elegido -dice Apolonia.

Oculto su rostro con sus manos y, al retirarlas, le quedan manchas de sangre en la frente, en las mejillas y la boca.

–Nos avisan -añade.

Siempre de rodillas, empieza a oscilar, rozando la tierra con sus largos cabellos rubios, trazando un círculo, reflejo del que hacen los pájaros que vuelan cada vez más bajo.

–Los dioses han enmudecido -constata Espartaco levantándose.

Camina hasta la piedra y, con la espada, empuja el cadáver del cordero, que cae al suelo; luego se encarama sobre la losa.

–Sangre -dice con fuerza-, es nuestra sangre la que hay que verter para vencer. Los dioses asisten a las luchas entre los hombres y consagran a los vencedores.

Señala el horizonte.

–Dos legiones vienen hacia aquí. Pitias ha reconocido a quien las manda, uno de los legados del procónsul Licinio Craso. Caminan por la vía Appia.

Se sienten orgullosas de sí mismas. El legado Mummio cabalga como si estuviera desfilando. Es necesario que la confianza ciegue a los romanos. ¡Padecerán lo que Glabro, Cosinio, Varinio, los legados, los pretores, los cónsules ya padecieron: la derrota! Nos apoderaremos de sus carros, del equipaje del legado. Repartiremos el botín a partes iguales entre todos los que hayan luchado. ¡Que lo sepan todos! Pero, primero, es necesario que Mummio se imagine que estamos huyendo. Debemos atraerlo allá donde podamos atacarlo por todas partes antes de que haya levantado su campamento. Tiene que creerse que la victoria le resultará fácil. Para él, como para Craso, no somos más que animales. Quieren olvidar lo que hemos infligido a sus cohortes. Vamos a vencerlos, a derrotar a las legiones de Mummio y a las de Craso. Entonces seremos libres: reemprenderemos camino hacia el norte o cruzaremos el mar. Baja de la piedra.

–Pero nuestra sangre va a correr -añade-. Es el precio de nuestra libertad.

Espartaco mira a Pitias, a Tádix y a Curio, que se alejan para unirse a sus hombres armados agrupados en una de las terrazas.

**Oye la voz de Curio dando órdenes,
gritando:**

OceanofPDF.com

—¡Vamos a vencer! ¡Nos repartiremos el botín de dos legiones a partes iguales!

Lo aclaman. Grita aún más fuerte:

—¡Tomaremos las ciudades, sus graneros, sus bodegas, sus mujeres! ¡Y ese botín también nos lo repartiremos a partes iguales! ¡Así lo quiere Espartaco, porque somos hombres libres!

El tracio se vuelve a sentar al lado de Jaír el judío y de Posidionos el griego, que no se han movido de su sitio.

Apolonia está tumbada sobre la tierra pedregosa, con los brazos en cruz y el pelo configurando alrededor de su cabeza una aureola rubia.

—El procónsul Licinio Craso, Pitias te lo ha dicho y yo lo sé, como también lo sabe Curio, es un hombre enconado -empieza diciendo Posidionos-. Puedes vencer a las dos legiones de su legado Mummio. Hasta puedes infligirle una derrota. Pero no cederá. Dispone de diez legiones. Y el Senado le ha otorgado todos los poderes. Tendrías que matarlo. Pero entonces designarían a otro procónsul. Los dioses no se equivocaron, Espartaco; Apolonia entendió perfectamente lo que dijeron: nuestra sangre es la que va a correr. ¡Nosotros seremos los vencidos y ajusticiados!

Espartaco agacha la cabeza.

—¿Y eso es lo que habrías querido que dijera? — pregunta.

—El porvenir del hombre nunca está escrito -enuncia Jaír el judío-. Has dicho lo que debías. El Dios de Justicia nos observa y nos juzga. Vence quien es justo, quien Le obedece. Estamos de parte del Dios de Justicia. Por mucho que corra nuestra sangre, Dios nos salvará.

Posidionos se levanta, recorre la cresta, mira durante un largo rato cómo se hunde el sol púrpura en la bruma violácea. Luego regresa hacia Espartaco.

—Si quisieras, unos cuantos podríamos alcanzar la costa, embarcar en una nave pirata. Los cilicios sólo buscan el dinero. Tenemos oro. Tendremos todavía más si derrotamos a las legiones de Mummio. Entonces podríamos llegar a Cilicia, a Grecia o a Tracia, y perdernos en esos países lejanos. Los conozco. ¿Quién podría encontrarnos allá?

Apolonia se incorpora, rodea con sus brazos las piernas de Espartaco.

—Los dioses nos han avisado -añade-. ¡Escucha a Posidionos!

Espartaco la aparta.

—¿Y éstos? — pregunta señalando la muchedumbre de esclavos.

–No eres como ellos -dice Apolonia-. Eres su príncipe.

–Entonces soy uno de ellos -contesta Espartaco.

–¿Has visto a Espartaco? – pregunta el procónsul Licinio Craso.

Se encuentra en lo alto de un cerro, con los brazos cruzados. Su capa roja aletea al viento. Su coraza de oro y plata parece moldear los músculos de su torso.

Al pie del cerro, el legado Mummio permanece inmóvil, cabizbajo. Viste una simple túnica. Tiene ante él su casco, su coraza, su cinturón y su espada.

Un centenar de pasos más atrás están concentrados quinientos soldados, con la cabeza descubierta, desarmados. También ellos, como el legado, agachan la nuca. Sus brazos pegados al cuerpo parecen atraerlos hacia el suelo. Están enteramente cubiertos de polvo y de barro.

Rodean a estos hombres desarmados unos legionarios, y las puntas de sus venablos, espadas, cascos y corazas brillan al sol en este final de la mañana.

–Espartaco se encontraba entre los que te atacaron y vencieron - prosigue Licinio Craso-. ¡Estoy seguro de que lo has visto!

A su lado se encuentran el legado Gayo Fusco Salinator y el tribuno militar Cayo Julio César.

–¡Te escucho, legado! – grita el procónsul dando un paso adelante.

Queda así colocado al borde del cerro, dominando a Mummio y la llanura.

Las legiones están alineadas, delimitando un escenario semicircular en cuyo centro se halla el cerro, el legado Mummio y los quinientos hombres desarmados.

–Lo he visto -contesta el legado alzando la cabeza un breve instante y volviéndola de inmediato a agachar como si no pudiese sostener la mirada de Licinio Craso, ni siquiera discernir su silueta, deslumbrado por un reflejo del sol sobre su coraza y su casco-. Iba a caballo, rodeado de un pequeño grupo de hombres -prosigue-. Creí...

Se interrumpe.

–¡Sigue, legado! – grita Licinio Craso.

Vuelve a oírse su voz, repercutida por el eco, como si los miles de hombres de las seis legiones repitiesen sus palabras.

–Creí que lo habíamos sorprendido. Porque huyó y me lancé en su persecución.

Licinio Craso ríe sarcásticamente, se vuelve hacia el tribuno Julio César y luego hacia el legado Fusco Salinator.

–Se ofreció como cebo y luego se escabulló.

Craso se inclina hacia el legado Mummio.

–Y tú, cegado por tu avidez, por tu ansia de gloria, te precipitaste sin sospechar la trampa ni el engaño. Imaginaste que ibas a capturar a ese astuto animal, traerlo a mis pies, ante el Senado, encadenado, y que los comicios te elegirían pretor o, por qué no, cónsul: ¡Mummio el imperator, el victorioso!

El procónsul escupe hacia el legado vencido, que retrocede.

–¡No te muevas! – aulla Licinio Craso. El otro vuelve a su sitio.

–¡Sigue, Mummio! ¡Cuéntanos cómo permitiste que tus primeras líneas tiraran sus armas, huyeran como corderos, como esclavos! ¡Y cómo perdiste así a las dos legiones cuyo mando te confié! ¡Cuéntanos cómo has fracasado, legado!

Craso da unos pasos por el borde del cerro, luego vuelve a detenerse frente a Mummio.

–¡Te escucho!

–Eran decenas de miles -cuenta el legado-. Estaban tumbados en las depresiones del terreno, agachados detrás de cada matorral, ocultos en los bosques. Algunos estaban encaramados en la copa de los árboles.

El legado alza la cabeza.

–Era una multitud vociferante. Nos rodearon por todas partes. Una lluvia de piedras lanzadas por los honderos desde los árboles nos alcanzó a la vez que quedamos rodeados, sepultados bajo los cuerpos. Cada uno de nosotros tenía que enfrentarse a varias de esas fieras.

–¿Y éstos? – vocifera el procónsul Licinio Craso señalando con el brazo a los quinientos hombres desarmados-. ¿Pretendes que me crea que lucharon como deben hacerlo soldados de Roma, soldados de las legiones que he puesto en pie, pagado con mis denarios, legiones cuyo procónsul soy yo, Licinio Craso, y que deben vencer? ¿De verdad crees que éstos han luchado solos contra varias de esas fieras? ¡Sólo pensaron en salvar su pellejo!

El legado vuelve a agachar la cabeza.

—Esas fieras iban desnudas -prosigue-, con el cuerpo embadurnado de barro, de aceite, a veces de sangre. Tenían el rostro pintado de negro. Sus gritos no eran humanos, sino bestiales. No sentían los golpes que les asestábamos. Herí a varios, pero seguían luchando a pesar de tener el cuerpo sajado por mi espada, el brazo cortado, y se agarraban a mí, intentaban degollarme con sus dientes. También había mujeres con ellos, desnudas, aún más enfurecidas...

—¡Te sigue temblando la voz, Mummio! No has dado ejemplo de valor, sino de cobardía. Tus soldados sólo han pensado en salvar su vida y han soltado las armas. Han huido, igual de cobardes, igual de estúpidos que corderos. Y no detuvieron su carrera hasta que se toparon con mis legiones. Al verlos sin cascos, sin armas, sin escudos, me faltó poco para vomitar de asco. ¡Valen menos que el más vil de los esclavos!

El legado da un paso adelante.

—¡Mátame, Licinio Craso! — dice.

El procónsul lo mira. El desprecio inunda su rostro. Grita recalcando cada palabra, tendiendo el brazo hacia los hombres desarmados:

—Centuriones, reunid a esos desertores, a esos cobardes en grupos de diez, y que el azar designe a uno de cada decena.

Uno tras otro -un hombre de cada diez-, aquellos que el azar y los dioses han designado, se alinean al lado uno de otro ante las legiones armadas.

Son cincuenta, con la nuca gacha, como si estuviesen esperando el hachazo.

No vuelven la cabeza para ver a los que el azar y los dioses han indultado, esos cuatrocientos cincuenta que huyeron como ellos, que soltaron sus armas, como ellos, pero que se van a librar de morir.

Apretujados unos contra otros, los supervivientes miran a los sacrificados a los que ahora están desnudando porque deben morir desnudos, como animales, como cobardes que son.

Craso alza el brazo.

Los soldados empiezan a golpear los escudos con sus espadas. Es un redoble sordo y lento que va en-

volviendo lentamente la llanura, como si se tratase de la cadencia de un corazón inmenso preso de angustia.

—¡El castigo devuelve el valor! — grita Licinio Craso-. ¡Diezmaré a toda cohorte, a toda centuria, a toda legión que retroceda ante esa horda de

esclavos!

Los cincuenta hombres están ahora desnudos.

Craso hace una nueva señal.

Unos soldados empiezan a azotar a los sacrificados con largas varas emplomadas que empuñan con ambas manos.

Les cruzan todas las partes del cuerpo, los hombros y la espalda, los muslos y las pantorrillas, los costados y el pecho.

Los cincuenta cuerpos pronto quedan estriados, cubiertos de sangre, lacerados.

Mientras tanto, los tambores mantienen su ritmo.

Se adelantan unos soldados con el hacha al hombro.

A empujones, obligan a los sacrificados a tumbarse en el suelo.

Algunos se desploman primero sobre sus rodillas, otros se dejan caer hacia adelante.

Los verdugos miran a Licinio Craso. Está cruzado de brazos. Se vuelve hacia los que han salvado la vida. Los mira de frente. Las arrugas

que surcan sus mejillas alrededor de la boca delatan la medida de su desprecio.

—El azar os ha absuelto -empieza diciendo-. Pero vuestra cobardía ha marcado vuestra vida con el sello de la infamia. Dormiréis fuera del campamento. Seréis los esclavos de los soldados. Nada de trigo, nada de honores para vosotros. Sólo cebada y tareas serviles. Removeréis la mierda y la tierra. No volveréis a llevar armas a menos que prestéis juramento de no separaros nunca más de ellas. Tendréis que pagarlas con vuestra soldada. Y si volvéis a abandonarlas, no habrá dios ni sorteo que os libre del suplicio y de la muerte.

Muestra los cincuenta cuerpos tumbados.

—Mirad a los que el azar ha elegido, pero no por haber sido más cobardes que vosotros. ¡Pagan por vosotros!

Craso desenvaina su espada, la blande y, bruscamente, con un gesto rápido, la abate.

Las hachas caen a su vez, cortando nuca y cuellos.

Luego unos soldados agarran los cuerpos decapitados y las cabezas valiéndose de ganchos.

Los tiran delante de las legiones, delante de los cuatrocientos cincuenta fugitivos absueltos, del legado Mummio, que sigue con la cabeza gacha.

—De aquí en adelante, estas legiones preferirán el sacrificio a la huida -suelta Craso a Julio César-. El miedo libera del miedo. ¡Es necesario que todos estos soldados me teman más a mí que a Espartaco!

Los tambores callan. Los cincuenta cuerpos y las cincuenta cabezas forman dos pirámides alrededor de las cuales empiezan a afanarse los fugitivos que se han librado del castigo.

A la vez que los insultan y golpean, los centuriones les ordenan cavar fosos, levantar hogueras. Luego agarran los cadáveres por sus miembros y los colocan sobre las pilas de madera.

Las legiones permanecen alineadas y, sobre el cerro, Licinio Craso, Julio César y Fusco Salinator, así como centuriones primipilos que se han unido a ellos, esperan que crepiten las primeras llamas.

De repente, se oye una voz aguda y fuerte:

—¡Licinio Craso, tu legado Mummio te saluda antes de morir!

Mummio está arrodillado al pie del cerro. Agarra su espada con ambas manos y se la clava violentamente en el pecho, cayendo acto seguido hacia adelante.

En ese instante, las hogueras empiezan a llamear y se extiende por encima de las legiones un humo que despide un olor acre a carne quemada.

Se reanuda el golpeteo de espadas sobre escudos, más rápido, hasta convertirse en un redoble sordo.

Licinio Craso se inclina, examina el cuerpo de Mummio.

—¡Que lo quemen con los demás! — suelta. Luego musita, volviéndose hacia César y Salinator:

—Vengaremos a estos romanos. No voy a dar un solo día de respiro a Espartaco y su horda.

Alza su espada mirando de frente a las legiones.

Vi el humo de las hogueras encendidas por los romanos -escribe Posidionos el griego.

Seguíamos reunidos en las alturas de Campania. Hacía una mañana límpida, tras varios días de lluvia. El azul celeste era tan claro que casi parecía blanco en el horizonte. Y, repentinamente, la humareda que el viento acarreaba hasta nosotros traía olor a carne quemada y producía náuseas.

Al rato, echaron a mis pies a un joven soldado de Roma recién capturado. Temblaba y sus ojos expresaban espanto. Era de origen griego.

Nacido no lejos de Atenas, esclavo y luego liberto, lo habían alistado en una de las legiones que Craso acababa de levantar.

Cuando pronunciaba el nombre del procónsul, miraba a su alrededor como si temiera que lo oyesen. No tardó, señalando la humareda que maculaba

el horizonte, en contar cómo Craso había ordenado diezmar a las dos legiones que habíamos vencido, y cómo el legado Mummio se había suicidado, ofrendando su muerte a Craso.

Al joven soldado se le atragantaba la voz, y añadió que el procónsul había recalcado que el destino de un soldado de Roma era vencer o morir. No había vida posible para los vencidos ni para aquellos que apresara el enemigo. Si éste se la perdonaba, Roma se encargaría de ajusticiarlos.

Aparté la mirada de aquel soldado. No quise saber lo que iba a ser de él. Debieron de encadenarlo con los demás cautivos a los que la muchedumbre de esclavos humillaba y martirizaba antes de azotarlos hasta la muerte o de obligarlos a matarse entre sí.

Fui a ver a Espartaco. Le di las noticias.

La crueldad de Craso, que recuperaba un castigo abandonado desde hacía lustros, y el suicidio del legado Mummio -y, anteriormente, el del pretor Publio Varinio- eran señal de que los dioses habían ahuyentado la vacilación y el miedo de la mente de los romanos. Por tanto, iban a poder desplegar todo su poderío. Para ellos empezaba el tiempo de la despiadada e ineluctable venganza.

Repetí a Espartaco que no podía esperar salvar a la inmensa horda que se había unido en torno a él y de la que sólo una pequeña parte aceptaba la disciplina necesaria para hacer la guerra.

Había que separar el trigo de la paja y, con ese pequeño ejército liberado del resto de la manada, intentar colarse entre las legiones de Craso, alcanzar Lucania y, de ahí, un puerto donde podríamos -una idea que ya había adelantado yo en repetidas ocasiones- pagar a unos piratas cilicios y alcanzar las tierras allende el mar.

Espartaco se alejó, dando la impresión de no haberme oído, pero, al caer la noche, llamó a su lado a Tádix el gigante y a Curio.

Había decidido confiarles a ambos el mando de aquellos que quisieran seguirlo, con el encargo de organizados, para que se dirigieran hacia el sur,

hacia Lucania, Brucio, Calabria, hacia los puertos de Brindisi, de Metaponte, de Petelia, de Rhegium.

Él llegaría a Lucania con lo que quedara de la muchedumbre de esclavos, que intentaría convertir en ejército.

Tádix el gigante vaciló: ¿por qué dividir a esa multitud capaz de sumergir legiones romanas? ¿Acaso no habían vencido así a las dos legiones de Mummio?

—Mummio se ha suicidado -contestó Espartaco-. Ese Licinio Craso es de otra pasta.

Espartaco convenció a Tádix de que sólo podíamos obrar con astucia y huir separadamente, por pequeños grupos de pocos miles de hombres que podrían sorprender a los romanos, apoderarse de sus carros, de su trigo y cebada. Porque el hambre nos tenía atenazados. Los graneros de las ciudades de Campania habían sido saqueados, las bodegas estaban vacías, los huertos y los campos devastados, el ganado sacrificado y devorado hacía ya bastante tiempo. Por ello, Tádix el gigante y Curio debían buscar una oportunidad.

Vi alejarse una tras otra sus bandas de escasos miles de hombres.

La que Curio encabezó parecía un ejército. Componían las primeras filas antiguos gladiadores con corazas, armas y cascos romanos. Luego seguían esclavos con estacas al hombro, afiladas y endurecidas al fuego. Unos honderos cubrían los flancos, y, en las últimas filas, mujeres desmelenadas y hombres con cara de brutos y grandes manos armadas con machetes.

La tropa de Tádix el gigante era una muchedumbre disparatada de galos y germanos con sus mujeres. Más que caminar, corrían con el hacha alzada.

Espartaco vio desfilar ambas columnas sin esbozar el menor gesto, con el rostro impasible, la mirada fija, como si no estuviera viendo a los hombres levantar sus armas para saludarlo.

Cuando los últimos esclavos desaparecieron, Espartaco murmuró:

—Los envío a la muerte.

—Todo hombre tiene una cita con ella -dijo Jaír el judío.

—Debí ser el primero en arrostrarla.

—Tú tienes que seguir vivo hasta el último combate -prosiguió Jaír-. Es el destino del rey.

—No elegí serlo.

–Lo eres, el Dios Único te ha elegido. Es a la vez tu tarea, tu gloria y tu sacrificio.

Apolonia apartó a Jaír. Me empujó para luego colgarse del cuello de Espartaco, pegándose a él, mordisqueándole la oreja, susurrándole frases de las que yo sólo oía fragmentos.

Comprendí que lo estaba previniendo en contra del Dios Único del judío. Había que honrar a los dioses del Olimpo -recalcó-, y no a ese Maestro de Justicia del que no se sabía si era hombre o dios. Vivía en el desierto sin dar jamás señales de vida, y no conocía ella a ningún sacerdote que hubiese dado noticia de sus oráculos.

Espartaco debía permanecer fiel y sumiso a Dionisos.

El dios, añadió con fuerza, la había visitado la noche pasada, asegurándole que el tracio debía abandonar a las tropas de esclavos con algunos de sus compañeros más cercanos.

Apolonia se volvió hacia nosotros, invitándonos a acercarnos a ella y a Espartaco.

Había que huir, acatar la orden terminante y el consejo de Dionisos, dijo.

–¿Acaso no lo sugeriste tú mismo, Posidionos? – dijo poniéndome la mano sobre el pecho.

En efecto, yo había insinuado la posibilidad de alcanzar los puertos con un pequeño ejército y embarcar en las naves piratas.

–Dionisos sólo quiere salvar a un puñado de hombres. Ya no quiere una tropa -prosiguió Apolonia.

Desgranó unos cuantos nombres, entre ellos el mío, el de Pitias y, casi a regañadientes, el de Jaír el judío.

–Jaír ha dicho hasta el último combate -murmuró Espartaco-. Ésa es mi elección.

–Puedes cruzar el estrecho de Sicilia -le dije- y reavivar en la isla las brasas de las guerras serviles.

Espartaco me miró un largo rato sin contestar.

Cierto que el mar quedaba lejos.

Nosotros, por nuestra parte, habíamos salido de Campania y nos habíamos internado en Lucania. Caminábamos de noche por los bosques, oyendo los tambores de las legiones romanas. Craso en persona debía de encabezar la cacería sin dar tregua a sus legiones.

De camino, nos encontramos primero con los siete supervivientes de la tropa de Tádix el gigante. Iban despavoridos, ensangrentados. Se habían visto rodeados por tres legiones. Vieron al procónsul cabalgar en cabeza de las primeras líneas de sus soldados y golpear con un frenesí que hacía retroceder hasta a los más valientes. Al final, su caballo tenía sangre hasta en el pecho y debía escalar los cuerpos. Tádix era uno de ellos.

En cuanto a Curio, sobrevivió con una decena de gladiadores y consiguió huir de las legiones comandadas por el tribuno militar Julio César y el legado Fusco Salinator.

Así fueron masacrados varios miles de hombres y mujeres. También oímos gritar a los esclavos a los que los romanos habían conseguido capturar. Eran cerca del millar y podía imaginarse su suplicio. ¿Crucificados? ¿Arrojados vivos a una hoguera? ¿Entregados a perros famélicos? ¿Obligados a matarse entre sí con las manos? ¿Mutilados y abandonados, con sus muñones ensangrentados, en pleno bosque, a merced de los lobos y de las rapaces?

Espartaco escuchó el relato de los supervivientes.

Apretó contra él a Curio, en tan inesperado gesto amistoso que el antiguo maestro de armas se tambaleó de la emoción.

—¡Vamos a sorprender a Roma y a los dioses! — le dijo.

No me sorprendieron las palabras ni las decisiones de Espartaco, contó más adelante Jaír el judío. El tracio era uno de esos escasos hombres a los que el Dios Único elige para que cumpla su destino hasta el final.

El de Espartaco era luchar contra Roma a la cabeza de un ejército de esclavos que querían vivir como hombres libres.

Espartaco ya sabía con toda certeza que Roma era implacable, que el procónsul Licinio Craso era tan obstinado como cruel; un chacal, así lo llamaba Pitias, el esclavo al que el tracio no paraba de hacer preguntas. Espartaco quería conocer a fondo el carácter y la perversidad de ese adversario, el hombre más rico de Roma, que había ordenado masacrar y torturar a prácticamente todos los que habían seguido a Curio y a Tádix.

Puesto que había optado por hacer frente a las legiones de Craso, debía - así lo había decidido - ser tan despiadado como el propio procónsul.

Noté cómo cambiaba a medida que caminábamos hacia el mar, sobre esa tierra seca y pedregosa de Lucania cubierta de olivares.

El, que las más de las veces había caminado en medio de la manada de esclavos para dejar claro que era uno más de ellos, cabalgaba ahora en cabeza, rodeado de una guardia mandada por Curio.

A menudo remontaba la columna, siempre dispuesta a dispersarse, empujaba a los hombres con el pecho de su caballo, los golpeaba en los hombros con el asta de su venablo. Los amenazaba con su espada para que se apresuraran a reintegrarse en la fila.

Yo leía en sus ojos el asombro y el temor, y a veces también un fulgor de ira y hasta de rabia. Algunos proferían amenazas, mascullaban que no se habían unido al ejército de los esclavos y enfrentado a las legiones para que los zarandearan como si fueran ganado.

Cuando nos deteníamos, ya bien adelantada la noche, Espartaco recorría el campamento, rodeado por hombres de su guardia.

Exigía que se dispusieran centinelas, que se destacaran exploradores. Mandaba azotar a los borrachos y separaba con su espada a las parejas que se unían.

Actuaba sin pronunciar una palabra, apretando los dientes, a veces dedicándome una mirada. Pero yo apartaba los ojos.

No podía aprobar la dureza -cada día mayor- con que trataba a quienes habían sido sus compañeros, en algunos casos desde nuestra huida del *ludus* de Capua.

Aquellos hombres se habían deslizado por las laderas del Vesubio y habían vencido al pretor Claudio Glabro. Creyeron que nunca más los volverían a azotar ni a imponerles obligaciones. Y ahora resultaba que el hombre al que habían venerado, el protegido de Dionisos, el príncipe de los esclavos, los golpeaba como si fuesen nuevamente esclavos.

Los guardias de Espartaco, animados por Curio, hacían remolinos con sus venablos, gritaban que iban a convertir a esa manada en cohorte romana. Y que sólo entonces podrían vencer, cruzar el estrecho de Sicilia, apoderarse de los trigales de la isla y matar de hambre a Roma, de la que Espartaco sería rey.

Un día vi el mar, las costas del golfo de Tarento y, no lejos de la orilla, las murallas de la ciudad de Turi, dominada por una alta torre.

Ninguna legión había establecido su campamento cerca de aquella ciudad, que por tanto parecía quedar a nuestra merced.

La manada de animales ávidos, sedientos, hambrientos, husmeó de inmediato el olor del botín, del trigo y la cebada, del pescado seco, los efluvios femeninos. Se sobresaltó, gruñó, aceleró el paso, deteniéndose a la altura de Espartaco y su guardia.

El tracio tiró de las riendas de su caballo, que se encabritó; levantó su espada, gritó a sus guardias que contuvieran a esos animales humanos y los hicieran volver a sus filas.

Se produjo un amago de espantada, gritos de protesta.

Oí a Espartaco decir a Curio:

–Tienen que obedecer. Prefiero matar a unos cuantos antes de que Craso los masacre a todos.

Retuve a Curio cuando iba a lanzarse con sus hombres, que ya habían desenvainado su espada.

–Habíales -grité a Espartaco-. Si pronuncias palabras justas, te escucharán.

Vaciló.

Delante de nosotros, la manada se iba dispersando, y algunos esclavos se salían de la vía donde nos encontrábamos, lanzándose a campo traviesa hacia la ciudad. Vociferaban.

Espartaco los persiguió con los hombres de Curio y, a estocada limpia, pinchando espaldas y piernas con la punta de sus lanzas y venablos, obligaron a los esclavos a reagruparse.

El rebaño gruñía. Espartaco se me acercó.

–En la guerra, cuando se quiere vencer, los que hablan son los cuerpos ensangrentados. Quiero que esta tropa sea tan disciplinada como una legión romana. Y si hay que castigarla, la diezmaré como hizo Craso con los supervivientes y los fugitivos de sus legiones.

–¿Quién serás entonces?

–Los dioses decidirán mi nombre.

Luego se volvió hacia la manada.

–Ordeno que no se saquee esta ciudad -dijo-. Ordeno que acampemos fuera de estas murallas mientras algunos de nosotros van a pedir que nos abran las puertas, que nos entreguen trigo y carne, pescado, así como el oro con que pagaremos a los piratas. Nos permitirán cruzar el mar hasta Sicilia. Allá, en la isla del trigo, estableceremos la República de los hombres libres, ¡y ay de Roma como se le ocurra atacarnos!

La manada escuchó en silencio.

Algunos esclavos esgrimieron sus estacas, sus lanzas, sus espadas, y gritaron que aprobaban a Espartaco.

Pero la mayoría de ellos refunfuñaba. Una voz soltó de pronto:

—¡Tomemos lo que podamos tomar hoy! ¡Tomémoslo todo! Quememos lo que no podamos llevarnos. ¡No hay futuro!

La manada aclamó a aquel hombre de voz fuerte y firme.

—¿Quién eres tú, que hablas como si mandarás? — preguntó Espartaco.

—Aquí no manda nadie -replicó la voz-. Somos hombres libres. Nadie, ni siquiera tú, Espartaco, nos va a imponer su ley. No hemos matado a ciudadanos de Roma para que un gladiador tracio nos pida que le obedezcamos. Si hubiésemos querido ser esclavos, no habríamos huido ni luchado. También pudimos esperar a que nuestros amos nos libertaran. Lo habríamos conseguido agachando la cabeza. Pero hemos elegido caminar con la cabeza erguida y recta. ¡Déjanos pasar, Espartaco, vamos a tomar esa ciudad y atiborrarnos de lo que sus graneros, sus bodegas y sus alcobas contengan!

La multitud se abalanzó, empujando, atrepellando a los hombres de Curio, rodeando el caballo de Espartaco, corriendo hacia la ciudad mientras el tracio, espada en ristre, se quedaba con sus guardias en medio de la vía abandonada por la manada.

Vi arder la ciudad de Turi.

Anduve por las calles atestadas de cadáveres de sus moradores.

Oí los gritos de las mujeres a las que estaban violando.

Seguí a un hombre que llevaba dos sacos que imaginé llenos de oro.

Subió a lo alto de la torre.

Espartaco estaba sentado sobre el bordillo, mirando el mar a lo lejos.

—¿Querías saber quién soy? — dijo el hombre tirando los sacos a los pies de Espartaco-. Soy Calixto, un galo. Con este oro -tocó los sacos con la punta del pie- podrás pagar a los piratas, como dijiste.

Espartaco no se inmutó. El galo salió de la torre caminando hacia atrás, como si desconfiara.

Me acerqué a Espartaco. Se volvió hacia mí.

—No me hables de tu Dios, de tu Maestro de Justicia -dijo levantándose-. Yo quería conquistar esta ciudad sin destruirla, sin matar. Pensaba acoger en ella a los jefes de los piratas. Habríamos resistido a las legiones de Craso.

Habríamos podido coaligarnos con otras ciudades. Y así habríamos podido preparar nuestro traslado a Sicilia. Sin duda tenemos oro, pero también ruinas y cadáveres por toda la ciudad.

Se le contrae el rostro y una mueca de desprecio le tuerce la boca.

–No son hombres libres -murmuró-. Siguen siendo animales. Hay que tratarlos como tales, domarlos como se hace con los caballos y hasta con las fieras.

–Entonces dejarás de ser Espartaco -le dije.

–Espartaco sobrevivirá si combato y sigo venciendo. Los vencidos caen en el olvido. Se recuerda a quienes resisten como hombres libres y no luchan como animales.

Apretó la empuñadura de su espada.

Habría preferido no oír las palabras que pronunció.

–Tengo que matar a ese galo -dijo-. Puede que, por miedo, esos animales acaben luchando como hombres.

Espartaco reunió a su manada al pie de las murallas de la ciudad muerta.

Los hombres dormitaban de pie, ahitos, apoyados en sus armas.

Avanzó hasta las primeras filas.

–Habéis incendiado y saqueado esta ciudad -gritó-. Habéis matado, bebido, violado. Yo no quería eso.

Los hombres de la manada se fueron irguiendo como si cada palabra pronunciada por Espartaco los azotara.

–Soy vuestro príncipe, y sin embargo os habéis negado a escucharme. Seguisteis a Calixto el galo como si fuera vuestro jefe. ¡Calixto, ven aquí!

Las filas se apartaron. El galo se aproximó lentamente. Se detuvo a pocos pasos de Espartaco y exclamó:

–Te he dado el oro que tú querías, y nosotros hemos tomado lo que queríamos. ¡Es lo justo! – Dijiste: No hay futuro.

–Te dije que había que tomar lo que se pudiera tomar.

–Lo tomaste.

Espartaco dio dos pasos hacia adelante.

Me deslumbró el brillo de la hoja repentinamente desenvainada.

La cabeza del galo rodó.

Espartaco gritó al mismo tiempo:

–No hay futuro para quien no obedece a Espartaco.

El cuerpo del galo y su cabeza cortada se secaron sobre la tierra pedregosa que se extiende desde las murallas de la ciudad de Turi hasta la orilla del golfo de Tarento.

No vi -prosigue Jaír el judío-, a ningún esclavo intentar dar sepultura los restos de este hombre al que habían aclamado y seguido.

Los estuve observando.

Yo estaba sentado delante de la tienda que Espartaco había mandado levantar sobre una altura desde la que se veía a la vez la ciudad, sus alrededores y toda la extensión del golfo.

El esperaba la llegada de las naves de los piratas cilicios.

No podía ocultar su impaciencia, dando grandes zancadas por la cumbre de esa colina de arena a la

que se agarraban algunas matas de hierbas encorvadas por el viento.

Se detenía delante de mí, me miraba de frente como si estuviera a punto de decirme algo, luego volvía la cabeza y miraba las siluetas de los esclavos que montaban guardia en torno al cuerpo del galo.

Dichos hombres a menudo gesticulaban, lanzaban piedras con sus hondas, gritaban, blandían sus armas, todo ello para alejar del cadáver a las rapaces que revoloteaban sobre él y a veces se abalanzaban en grupo, intentando despedazarlo.

Los esclavos ya habían matado a varios de esos pájaros y luego los habían lanzado lejos, en dirección a la tienda de Espartaco.

Yacían a un centenar de pasos, manchas blancas y negras sobre la tierra ocre.

—No olvidarán -dije un día a Espartaco.

Se alejó, sin parecer haberme oído, hablando en voz alta con Curio, haciéndole preguntas sobre lo que los exploradores sabían de los movimientos de las legiones de Craso, que se iban acercando procedentes de Campania y Lucania, y de las respuestas dadas por los piratas cilicios a sus propios enviados, Pitias y Posidionos.

Los hombres de Curio habían escoltado a ambos griegos hasta la extremidad de Brucio, esa punta de la bota itálica que parece estar empujando a Sicilia mar adentro. Allí se encontraban las naves de los piratas.

Pitias y Posidionos hicieron varios viajes entre tierra y los barcos. Luego indicaron a los hombres de Curio que embarcarían con los piratas y

que irían al golfo de Tarento para tratar directamente con Espartaco.

Ahora los estaban esperando.

Espartaco había ordenado que su rebaño de esclavos aprendiese a formar, a marcar el paso, a luchar alineado, a tener así una apariencia de auténtico ejército.

Pues los piratas sólo aceptaban transportar a varios miles de enemigos de Roma si tenían la certeza de que esa tropa de esclavos, que debían de despreciar, podía poner en jaque a las legiones de Craso y a las de Verres, el propretor de Sicilia, que había empezado a fortificar las costas del estrecho para hacer frente a cualquier desembarco.

Así pues, yo asistía a diario a los entrenamientos que Curio y sus hombres imponían a los esclavos.

La mayoría de ellos se sometían, enfrentándose entre sí, atacando sin dejar de formar un muro continuo de escudos y un infranqueable rastrillo de venablos.

Pero algunos se mantenían al margen, montando guardia junto a los restos del galo decapitado, impidiendo que las rapaces se aproximaran, aunque sin atreverse a elevar un túmulo, sin duda por temor a ofender a Espartaco.

Porque ahora sí lo temían.

Obedecían a los hombres de Curio, agachaban la cabeza cuando se cruzaban con el tracio. Quienes tenían que servirle, retirando la arena que se acumulaba delante de su tienda, trayéndole ánforas de agua o de vino o asándole la carne y el pescado, habían vuelto a adoptar la actitud servil previa a su huida y rebelión.

Ellos, que hasta la muerte del galo tenían una mirada henchida de orgullo, de hosquedad y hasta de locura, volvían la cabeza para que no les vieran los ojos.

Repetí a Espartaco que esos hombres que habían optado por ser libres jamás olvidarían que había tratado a uno de ellos con la despiadada crueldad de un amo romano.

Que se anduviera con cuidado: había castigado al galo como se hace con un esclavo, ¿pero qué amo puede fiarse de un esclavo?

El miedo hace sucumbir a los animales, pero los esclavos -y Espartaco lo sabía, porque había sido uno de ellos-, aunque los romanos los

considerasen bestias de carga o fieras, eran hombres; y los hombres se acaban rebelando contra quienes los oprimen.

Aquellos hombres, aquel galo, y Espartaco el primero, lo habían hecho.

Que estuviera pues sobre aviso: las fieras obedecen, parecen sumisas y, un buen día, aplastan de un zarpazo la cabeza de su domador o escapan.

–No olvidarán que cortaste la cabeza a uno de los suyos.

Espartaco se inclinó hacia mí.

–Nadie olvida -contestó con voz bronca, apretando las mandíbulas-. Yo tampoco olvido. ¡Pero míralos!

Se volvió a erguir.

Ante las murallas de Turi luchaban, jaleados por los hombres de Curio, unos esclavos protegidos por sus escudos y armados con palos.

–Ahora obedecen -constató Espartaco.

De pronto, unos gritos. Los exploradores habían avistado las velas de los piratas cilicios que doblaban el cabo y se adentraban en el golfo de Tarento.

–Cruzaremos hasta Sicilia -dijo Espartaco-. Y, con esta tropa, conquistaré la isla. Liberaré a todos los esclavos. Controlaremos el trigo y tendremos a Roma doblegada por el hambre. La plebe, los ciudadanos pobres, se unirán en todas partes a los esclavos. La revuelta sacudirá Roma y todas las provincias de la República. ¿No crees que esto merecía la cabeza de un galo?

Recordé la enseñanza del Maestro de Justicia: «Nada merece la vida de un hombre».

Pero me callé.

Espartaco se acabaría dando cuenta por sí mismo de que debería pagar, sometido a tormento, por la vida que había segado.

Esa es la ley del Dios de Justicia.

–No había vuelto a ver a Espartaco desde que dejé la ciudad de Turi con Pitias, ese antiguo esclavo de Craso, griego como yo -cuenta Posidionos.

Caminamos, escoltados por los hombres de Curio, durante varios días por los bosques que cubren el monte Silas. Sus cimas escarpadas son como una gruesa arista que parte en dos la península de Brucio, ese extremo de Italia separado de Sicilia por un estrecho ventoso.

Espartaco nos había encomendado la tarea de encontrarnos con los piratas cilicios, cuyas naves a veces hacen escala en la ensenada y el puerto

de Rhegium. Esperaba que uno de sus jefes, un griego llamado Axios, aceptara, a cambio de oro, cruzar el estrecho con varios miles de esclavos.

Vi los sacos llenos de monedas y de objetos valiosos.

Espartaco me insistió en que debíamos hablar a los piratas de un ejército y no de esclavos.

—Pronto habré acabado de convertir a esos animales en soldados - añadió.

Nada más llegar a Rhegium, pedimos a unos pescadores que nos condujeran hasta la nave cilicia más grande.

Pitias y yo intentábamos disimular nuestros temores.

Los piratas, con los torsos llenos de costurones y los rostros acuchillados, nos acogieron con risotadas, riéndose de nuestra pretensión. ¿Acaso pretendíamos, decían, vencer a las legiones romanas a pesar de no ser más que una manada de esclavos? Comprendían por qué intentábamos huir a Sicilia. ¿Pero sabíamos que Verres, el propretor romano de la isla, había concentrado a sus legiones en las costas del estrecho? Había mandado construir fortificaciones, un muro, torres de vigilancia. Uno de aquellos piratas llegó a decir: «¡Volved con vuestros amos romanos, implorad su perdón! Quizá se conformen con azotaros, pero sobreviviréis. ¿Por qué íbamos a correr el riesgo de una alianza con los esclavos? Nosotros siempre hemos sido libres, y Roma nos teme».

No contesté, exigiendo sólo entrevistarme con su jefe, Axios.

Por fin nos llevaron junto a él.

Estaba lloviendo. Axios se resguardaba del aguacero bajo un velo púrpura que el viento hacía chasquear.

Parecía un felino. Tenía el cuerpo envuelto en una túnica roja bordada con un sinfín de hilos de oro. Sus ojos no eran más que dos hendiduras en un rostro surcado de profundas arrugas. El surco de una cicatriz partía por la mitad su cráneo afeitado.

Le dije que era retórico, hombre libre, que había enseñado filosofía en Rodas, vivido como patricio en Roma, que había recorrido todas las provincias de la República y visitado la mayoría de las islas del Mediterráneo.

—¿Y él? — preguntó señalando a Pitias con un movimiento de la barbilla.

—Griego, arquitecto. He servido al pretor Craso, hoy procónsul, el hombre más rico de Roma.

Axios entreabrió los párpados durante un breve instante.

—¿Qué hacéis con esos animales que queman las ciudades, destruyen y matan en vez de sacar provecho de sus conquistas?

—Ya sabes cómo son los hombres de guerra -contesté-. Espartaco ha convertido esa manada en un ejército. Ha vencido a pretores, a legados, a cónsules y a sus legiones. Estamos con él porque somos griegos y despreciamos a los romanos.

—Roma se acuerda siempre de sus enemigos. Se venga.

—Tenemos oro, mucho oro. Abrió del todo los ojos. — ¿Qué queréis?

—Pasar a Sicilia. Tendrás oro, y todo nuestro botín.

Se reconvirtió en ese felino recogido sobre sí mismo, con las patorras cruzadas sobre el pecho.

Hizo un gesto para indicarnos que con eso había oído bastante.

Cuando dejábamos la nave, un pirata nos gritó que Axios nos esperaba al día siguiente.

Lo estuvimos viendo varios días seguidos. Quería que yo le hablara del oro. ¿Cuántas monedas, jarrones, joyas? ¿Los había visto? Tras mis respuestas, se encerraba en su mutismo y parecía dormir. Y, tras un largo rato, nos invitaba a regresar.

Imaginé que había enviado a unos cuantos hombres a tierra para recopilar información y que estaba esperando su regreso. Quería, sin duda, saber de nuestras fuerzas y de las del procónsul Craso, evaluar las posibilidades que tenía de escapar a la venganza de Roma en caso de que nos ayudara, y si el oro y el botín que le proponíamos se merecían el riesgo de provocar su ira.

Por fin, un día nos dijo que zarparía con sus naves a la mañana siguiente y que se dirigiría al golfo de Tarento. Nos invitó a permanecer a bordo.

Avisamos a los hombres de Curio y, tras unos días de navegación, vimos las murallas y la torre de la ciudad de Turi y, en una altura que dominaba la orilla, la tienda de Espartaco.

Axios mandó arriar las velas y las cinco naves de su pequeña flota echaron anclas al amparo del cabo que, por el sur, cierra el golfo de Tarento.

Nos condujo hasta la proa, nos enseñó una nube de polvo que se elevaba y ocultaba el horizonte, a lo lejos, más allá de Turi, tierra adentro.

—Son las legiones de Craso -dijo-. Hay que darse prisa. Di a Espartaco que aceptaré en mis naves a dos mil hombres suyos y los llevaré a Sicilia.

Ni uno más.

—¿Quieres ver a Espartaco?

—Lo sé todo sobre él.

Puso su mano sobre mi hombro.

—¡El oro, las joyas son lo que quiero ver!

Captó mi indecisión.

—Me comprometo ante los dioses -prosiguió- a llevaros, juro que dos mil hombres desembarcarán en Sicilia en una costa segura. Pero espero que Espartaco confíe en mí. Quiero que el oro esté a bordo antes que los hombres.

Se dio la vuelta, llamó a uno de sus piratas.

—Le dejo como garantía a Kolaaios, mi mejor contramaestre.

Vaciló, y se dirigió a Pitias.

—Y tú te quedarás en la nave con el oro. Juramento por juramento. Confianza por confianza. Soy pirata, pero Espartaco es esclavo. Hombre por hombre. ¡Oro por travesía!

Señaló el horizonte, ahora gris.

—Las legiones de Craso no andan lejos.

Regresamos a tierra, acompañados por Kolaaios, y volví a ver a Espartaco.

Sólo habían pasado unos días y lo encontré avejentado, encorvado, pero su rostro y su cuerpo enflaquecidos desprendían un halo de fuerza. En cambio, tenía la mirada perdida y apagada.

—Quiere el oro -repitió varias veces mirando a Kolaaios, que se había sentado delante de la tienda, mordisqueando un tallo de hierba.

Luego el tracio miró largamente a Pitias.

—Se mata a un hombre por una moneda de oro -dijo-. ¿Crees, Pitias, que un pirata te va a dejar vivo por dos sacos de monedas, joyas, jarras valiosas?

Se quedará con el oro sin correr el riesgo de embarcarnos. Si puede obtener oro a cambio de tu vida y la de éste -señaló a Kolaaios-, ¿crees que se lo pensará?

—Invocó a los dioses -susurró Pitias-. Lo juró.

—¡Juramentos, dioses! — se carcajeó Espartaco.

Salió de su tienda y se puso a caminar de un lado a otro por la cumbre de la colina, mirando las naves, a los esclavos agrupados al pie de las

murallas de Turi y, a lo lejos, el polvo que levantaban las legiones de Craso.

Se oía cada vez mejor, llevado por el viento, el redoble de los tambores de las legiones.

Espartaco regresó a su tienda.

—Toma el oro -dijo a Pitias-. Di a Axios que, si me traiciona, iré hasta el infierno a buscarlo. Que se acerque a la orilla. Quiero que embarquemos antes del anochecer.

Apolonia gimió.

—Los dioses decidirán -añadió Espartaco.

Curio se adelantó, mascullando que no se podía confiar en esos piratas capaces de matar a sus madres para robarles una moneda de bronce.

—¡Y les ofreces todo nuestro botín!

—Escucha el tambor -dijo Espartaco-. ¿Crees que tenemos elección?

Se acercó a Jaír el judío.

—¿Tu que dices, Jaír?

Este abrió las manos.

—Dios sabe, Dios juzga -musitó.

Apolonia se puso a gritar, agitando los brazos como si fueran serpientes sobre su cabeza, hundiendo las manos en su cabellera.

—¡Sube a bordo con el oro, Espartaco! — aullaba.

Y de repente se derrumbó, con la cabeza entre los muslos, el pelo cubriéndole como un velo rubio los hombros y la espalda.

Las velas púrpuras de las naves piratas fueron izadas apenas Pitias subió con sus sacos la escalerilla del barco de Axios.

Y, como el viento soplaba con fuerza, en apenas unos instantes la flotilla desapareció tras el cabo.

Y no volvimos a ver a Pitias.

Y Curio degolló al pirata Kolaivos.

—¡Ese viento, que tan poco tardó en sustraer de nuestra vista las naves de velamen púrpura era el aliento del Dios Único!

Así se expresa Jaír el judío.

Recuerda los momentos y los días que sucedieron a la traición de Axios el pirata.

Espartaco, prosigue, contempló durante un largo rato, en silencio, el mar vacío.

Yo estaba sentado en el umbral de la tienda. Veía y oía.

Kolaios gritó y se resistió cuando Curio lo agarró por los pelos y le echó la cabeza hacia atrás, y el contramaestre maldijo al capitán que lo había sacrificado. Juró que acosaría a Axios con su odio, que iría tras él hasta los golfos más retirados, hasta las columnas de Hércules, que sería un valioso aliado, pues conocía todos los fondeaderos de los piratas.

Pero su voz quedó ahogada por el gorgoteo de la sangre al brotar de su garganta sajada. Espartaco no se volvió.

Su encorvada espalda parecía soportar el peso de una losa enorme.

Supuse que sabía que moriría sin haber cruzado el mar ni vuelto a ver Tracia.

No parecía oír los gemidos de Apolonia. Acucillada, con la cabeza sobre la arena, se erguía cada vez que el redoble de tambores de las legiones de Craso llegaba hasta nosotros. Entonces invocaba a Dionisos. Su exaltada voz casi parecía alegre cuando el redoble se atenuaba y apenas se oía un rumor, una pizca de ruido que el viento llegaba incluso a borrar.

Entonces Apolonia gritaba que Dionisos no había abandonado a Espartaco, que iban a escapar de los romanos y quizás hasta vencerlos.

Luego el viento volvía a traer, más fuerte, el redoble de tambores y Apolonia invocaba con voz chillona el nombre de Dionisos.

Espartaco no se movía.

Y eso que otros gritos subían de la llanura, de las inmediaciones de las murallas de Turi. Los esclavos estaban agrupados, pero el tumulto iba alcanzando sus filas. Miraban, tierra adentro, hacia esa nube de polvo que iba oscureciéndose; se volvían, buscando esas naves en las cuales, según les dijeron los hombres de Curio, debían embarcar para llegar a Sicilia y fundar allí con los esclavos de la isla una invencible República de hombres libres.

Vi las siluetas de los hombres de Curio. Los esclavos los rodeaban y empezaban a zarandearlos.

Otros esclavos se agruparon en torno al cadáver del galo Calixto. Se iban pasando bloques de piedra y vi cómo lentamente iban elevando un túmulo. Ninguno de los hombres de Curio se atrevió a impedirles celebrar así el recuerdo de aquel a quien Espartaco había castigado.

—Como te calles dejarán de obedecer -gritó Curio, acercándose a Espartaco, que se encontraba con Posidionos.

El retórico griego asintió. Había que dar órdenes, abandonar cuanto antes los lugares que las legiones romanas iban a ocupar. Estaban ya muy

cerca. ¿Acaso no estaba Espartaco oyendo sus tambores? ¿No veía el polvo que levantaban los soldados y la caballería? No era posible hacerles frente con una tropa de esclavos. Había que encaminarse hacia Rhegium, donde las naves piratas harían escala. Podrían apoderarse por sorpresa de una de ellas y cruzar el estrecho.

Posidionos y Curio conocían los caminos que conducían a Rhegium; serpenteaban por los bosques de pinos y hayas de los montes Silas. Las laderas eran tan escarpadas que ni los caballos de las legiones ni la infantería pesada podrían trepar por ellas. Se ocultarían en los montes altos, en las cuevas, en las mesetas, al pie de los acantilados, en espera de apoderarse de un barco o de comprar a su capitán.

Luego Posidionos evocó con voz lúgubre el destino de Pitias.

—Lo enviaste a la muerte, Espartaco -dijo.

Espartaco se dio la vuelta, con la mano crispada sobre la empuñadura de su espada, y temí que matara a Posidionos el griego como había matado a Calixto, haciendo volar muy lejos su cabeza con la espada.

Pero se limitó a apartar violentamente a Posidionos con el brazo izquierdo. Y Curio retrocedió.

Espartaco se me acercó.

Su andar era presto, y su voz, que daba órdenes a Curio, firme. Haciendo suyas las sugerencias de Posidionos, dijo que había que encaminarse hacia Rhegium y establecer el campamento en los bosques de los montes Silas.

—Esos montes serán nuestro nuevo Vesubio y mataremos a Craso como hicimos con Glabro, los legados y los pretores.

Curio echó a correr hacia las murallas de Turi, gritando a sus hombres que se pusieran en marcha.

Vi cómo la manada se ordenaba poco a poco, se dirigía hacia esos montes Silas cuyas cumbres se vislumbraban, desde el cerro donde nos encontrábamos, medio cubiertas por las nubes.

Porque el cielo se había cubierto.

Espartaco se quedó inmóvil delante de mí y me levanté.

Entonces descubrí su mirada, que desmentía la energía y la fuerza de su cuerpo, la firmeza de su voz.

Tenía los ojos velados, la mirada huidiza, como embrujada por el horizonte o el cielo bajo.

Sin embargo, me miró fijamente y, sin que me hubiera hecho ninguna pregunta, musité lo que ya le había dicho.

–Dios sabe, Dios juzga.

–Yo no quería saquear esta ciudad -dijo-. No quería robar ese oro. Quería una alianza con los habitantes de Turi. Pero ese galo...

–Mataste al galo. Cogiste el oro. Y el pirata te lo quitó.

Repetí:

–Dios sabe, Dios juzga.

Vi cómo sus dedos se crispaban sobre la empuñadura de su espada y la hoja empezaba a deslizarse fuera de su vaina. Pero la guardó con un golpe seco.

–¿Así que para tu Dios, para ti, el pirata es un hombre más justo que yo? ¿Me puede quitar el oro y matar a Pitias? – masculló, agarrándome por los hombros y empezando a zarandearme.

–Nadie conoce el juicio de Dios. Vagamos por un laberinto -dije.

Me empujó con fuerza.

–¡Eres esclavo de tu Dios! – gritó-. Yo quiero ser un hombre libre.

Se alejó, con su capa aleteando al viento y golpeándole las pantorrillas. Montó a caballo, levantó su espada y nos pusimos en marcha hacia Rhegium.

Al volverme, vi al pie de las murallas el alto túmulo que los esclavos habían elevado para honrar al galo.

Y me pareció que la sangre seguía manando de aquel cuerpo, reclamando al Dios Único justicia y venganza.

Séptima parte

El procónsul Licinio Craso me ordenó registrar y destruir aquel túmulo erigido al pie de las murallas de Turi.

Yo era su legado. Acababa de recorrer las calles de Turi con una decena de hombres mientras las legiones esperaban, alineadas en la llanura.

Sólo descubrí en la ciudad cadáveres despedazados, casas saqueadas y luego incendiadas. Unos perros y ratas ahitos de carne humana ni siquiera huyeron al aproximarnos, y siguieron desmenuzando los cuerpos o chillando mientras hundían su hocico en las entrañas.

El olor a muerte me oprimió la garganta.

Algunos cuerpos se habían secado, pero otros, en la sombra de las callejuelas, eran amasijos de carne purulenta y hormigueante que perros y

ratas se disputaban, acechados por las rapaces que anidaban en los repechos de las ventanas y graznaban tomando el vuelo con pesadez cuando nos acercábamos.

Ninguno de esos cadáveres era de algún esclavo de la horda de Espartaco, como si los habitantes de Turi hubiesen renunciado a defenderse o hubiesen sido aplastados por el número, por esa marea vociferante que llevábamos persiguiendo desde Campania y que ya había arrollado a las legiones del legado Mummio. Vi cómo se diezmó a los fugitivos y oí las últimas palabras de Mummio, de rodillas, ofreciendo su muerte al procónsul.

Así, pude medir la implacable voluntad de Craso, la indiferencia con que había ordenado la muerte y asistido a la flagelación y luego a la decapitación de esos cincuenta romanos. Su desprecio y sus palabras despiadadas abocaron a Mummio al suicidio. Y miró el cuerpo del legado como si se tratara del de un esclavo.

Fue entonces cuando comprendí que no tenía más remedio que acatar las órdenes de Craso, que cumplir inexorablemente sus exigencias.

Le conté lo que había visto en las calles de Turi.

Sentí su mirada sobre mí; intuí su cólera.

Nuestras legiones no habían llegado a tiempo de salvar a Turi y a sus habitantes, de los que apenas quedaba un puñado de supervivientes. Éstos consiguieron huir y ocultarse en los pantanos de aguas salobres que se extendían a lo largo de la orilla.

Nos rodeaban, hambrientos, y nos contaron que habían visto, desde su escondrijo, las velas de color púrpura de varias naves piratas, unas que a menudo hostigaban la ciudad.

También habían asistido a enfrentamientos entre esclavos. Espartaco había llegado a matar a un galo al que los suyos parecían venerar como un jefe.

Velaron su cuerpo día y noche, y sólo lo enterraron cuando se fueron.

Señalaban el túmulo, y luego los montes Silas, hacia los cuales se había dirigido la horda de esclavos.

Apenas vacilé un instante antes de ordenar a los soldados que registraran y destruyeran el túmulo, como Craso me acababa de ordenar. Pero bastó para sentir contra mí el pecho del caballo de Craso.

Oí su voz burlona decir al tribuno militar Julio César que yo temía que un dios se escapara de esa tumba y me arrastrara consigo.

—¡Y bien, Gayo Fusco Salinator, estoy esperando! — gritó.

Se inclinó sobre el cuello de su cabalgadura, cuyo pecho me empujaba hacia el túmulo.

Salté a un lado. Di las órdenes y los soldados empezaron a retirar las piedras.

Apareció un cuerpo con la piel seca y negra como el cuero.

Los dedos, que eran ya los de un esqueleto, agarraban la cabeza, que había sido colocada sobre el pecho.

Los supervivientes dijeron que Espartaco lo había decapitado con la espada. Craso se agachó.

—Quémalo con los demás -dijo.

Volví junto a Craso después de que las hogueras levantadas al pie de las murallas de Turi se hubiesen apagado y los cuerpos convertido en esa ceniza gris que el viento dispersaba y mezclaba con la arena blanca.

El procónsul estaba sentado en su sillón de madera y cuero, instalado en lo alto de una colina que dominaba la orilla, el golfo de Tarento y permitía así abarcar el horizonte marítimo y terrestre.

Allí había mandado montar su amplia tienda, dentro de la cual andaban atareados sus esclavos. Unos soldados habían levantado una empalizada para proteger el lugar del viento. Pero la tela de la tienda chasqueaba.

Al escalar la colina, vi a dos soldados enterrando un cuerpo cuyo cadáver había sido hallado en la cumbre.

El hombre había sido degollado. Y, a pesar de que lo habían hecho trizas, se adivinaban sus rasgos, el color negruzco de su piel. Pensé de inmediato que debía de ser uno de esos piratas cuyas naves habían visto en el golfo los supervivientes.

César se hallaba junto a Craso, que hablaba a solas sin dejar de echarme miradas. Incliné la cabeza para que supiera que había cumplido la tarea que me había encomendado.

—¿Sabías, Fusco, que ese perro de Espartaco levantó aquí mismo su tienda?

Craso golpeó el suelo con el pie.

—Juega a ser cónsul de los esclavos. ¡Se imagina que va a convertir su manada en ejército porque ha decapitado a un galo! ¡Pero convertir a

esclavos en soldados no es cosa de unos días! ¡Se necesitan lustros y lustros! Es como coger una pieza de hierro, ponerla al fuego, martillarla, doblarla y afilarla hasta convertirla en una cuchilla cortante. ¡No le daremos tiempo a forjarla!

Se levantó y caminó más allá de la empalizada, y César y yo lo seguimos.

—Supongo que intentó que los piratas cilicios los llevaran, a él y a su horda, hasta Sicilia. ¿Viste al muerto, Fusco Salinator? Es un pirata. Los cilicios han debido de engañar a Espartaco. Conozco a Axios y sus felonías. No es hombre que ayude a un vencido. Seguramente caló a Espartaco, le tendió una trampa, lo despojó y luego levó anclas. Axios me teme. En otros tiempos cerramos tratos. Y también nos hemos enfrentado. Axios ha sabido siempre detenerse antes de que los romanos resolvieran limpiar el mar. A veces nos ayuda, como un perro errante cazador de lobos.

El viento se levantó, soplando por ráfagas. Una tormenta negra recorría el horizonte y se distinguían las rayas de la lluvia que tejían entre cielo y mar una oscura cortina.

—Espartaco se dirige a Rhegium -dijo Craso entrando en la tienda-. Mantiene la esperanza de llegar a Sicilia; si no, ¿por qué iba a meterse en esa ratonera, esa punta de tierra donde lo vamos a encerrar, anudando el saco que ya simplemente nos limitaremos a golpear repetidamente?

Craso dibujó con la punta de su sandalia tres líneas paralelas. La del medio representaba los montes Silas. Era el camino que habían tomado los esclavos.

—Allí nieva y hace frío. Se están agotando -comentó Craso.

Las legiones avanzarían por las costas, representadas por las otras dos líneas.

—Vamos a ir repeliéndolo hasta el extremo de Brucio, hasta el fondo del saco. Luego...

Craso se agachó y, con un gesto rápido de la mano, trazó un surco que cruzaba las tres líneas paralelas.

—... cavaremos un foso. Levantaremos una empalizada. Y quedará atrapado, encerrado. Y, si podemos, los cogeremos a todos vivos.

Se incorporó.

—Ya os lo he dicho, quiero que sólo se recuerde su muerte.

Yo era su legado, pero el tono de su voz, la expresión de su rostro, me estremecieron.

Ese legado se llamaba Gayo Fusco Salinator.

Los hombres de Curio lo capturaron cuando iba cabalgando, escoltado por dos centuriones, a lo largo de la empalizada y del foso que el procónsul Licinio Craso había mandado levantar y cavar, del mar Jónico al mar Tirreno, para encerrar a Espartaco y a los suyos en la península de Brucio. Así, lo que habría podido constituir nuestro refugio se convirtió en una ratonera en la que íbamos a morir de hambre y de frío incluso antes de que las legiones viniesen a masacrarnos.

Curio soltó al legado como se hace con un saco, junto a la fogata alrededor de la cual estábamos sentados Posidionos el griego, Espartaco, Apolonia y yo, Jaír el judío, intentando calentarnos, pues la borrasca arreciaba y, de vez en cuando, nos azotaba una tormenta de nieve.

Espartaco hizo un gesto para que Curio y sus hombres se alejaran, y nos quedamos solos en esa meseta dominada por un acantilado.

Por debajo de nosotros se extendían los hayedos y pinares que cubrían los montes Silas. Nos habíamos desplazado por las crestas desde que dejamos Turi, en dirección al puerto y la ensenada de Rhegium, en el extremo de la península.

Pero vimos, a lo largo de la costa hacia la que nos disponíamos a bajar, las fogatas que los romanos habían encendido. Las legiones se nos habían adelantado caminando por ambas laderas de los montes Silas.

Así murió la esperanza de Espartaco de apoderarse de un barco pirata y llegar a Sicilia.

Me pareció exaltado por aquello que lo sentenciaba.

Habló con grandilocuencia de su cercana muerte, de la derrota ineluctable. Y como Apolonia se lamentaba y repetía que iba a vencer a las legiones de Craso, que Dionisos se lo había asegurado, que adivinaba las intenciones del dios de la que era sacerdotisa, él le recordó aquel sueño ya tan antiguo, cuando no era más que un esclavo puesto en venta en Roma: ella le predijo entonces que sería el príncipe de los esclavos, pero que a su victoria y su gloria sucederían la derrota, la desgracia y la muerte.

Ella gimió y no se le ocurrió ninguna respuesta, bebió y bailó, intentando embriagarse, con el vino chorreándole desde la boca hasta el pecho.

Luego Curio y sus hombres tiraron el cuerpo del legado a nuestros pies y nos contaron cómo habían matado a los centinelas romanos que custodiaban el foso y la empalizada, así como a los dos centuriones que escoltaban a Gayo Fusco Salinator.

Cuando Curio y sus hombres se fueron, Espartaco se acercó al legado. Desenvainó su espada y, con la punta de la hoja, pinchó la garganta del romano.

El legado, un hombre joven, le sostuvo la mirada, retando al tracio. Daba prueba de valor, pero sé leer el rostro y la mirada de los hombres. El legado intentaba ocultar el miedo que lo embargaba. Permanecía quieto y con los ojos muy abiertos, como si temiera que el menor movimiento incitara a Espartaco a degollarlo.

Yo también lo temía. Había visto, en Turi, volar la cabeza del galo Calixto sajada por la espada de Espartaco.

—Mira a Espartaco antes de morir -le dijo.

Pero se apartó bruscamente y, envainando la espada, se puso a dar vueltas en torno a la fogata, deteniéndose a ratos ante el legado, interrogándolo; el romano le contestó en tono muy despectivo que se llamaba Gayo Fusco Salinator, que procedía de una familia aristocrática española, los Pediano, ciudadanos romanos, que habían luchado por Roma y ocupado los más altos cargos de la República.

Espartaco se agachó, cogió un puñado de tierra y la dejó deslizarse lentamente entre sus dedos.

—Tú, tus antepasados y tu vida valéis menos que esto -le dijo-. Un poco de arena y de gravilla.

Me extrañó el tono sereno y desapegado de Espartaco.

Ya no era el hombre que había visto en Turi, decidido a convertir a su manada en ejército, y luego arriesgándose a ser traicionado por los piratas, tan grande era su deseo de ir a Sicilia y reavivar allí la llama de la guerra servil.

Se volvió hacia Posidionos, Apolonia y yo, y dijo con voz tranquila:

—Craso vencerá mañana o dentro de unos días. Los dioses han querido el poderío de Roma. Así lo han decidido. Y yo voy a morir. Los dioses han sido generosos conmigo. He unido a los esclavos. Se han sentido orgullosos de luchar y morir como hombres libres. Los dioses reclaman ahora mi vida. Se la debo.

Me fijé en la mirada de sorpresa del legado Fusco Salinator, que nos contempló largamente cuando Espartaco le precisó que Posidionos el griego era un retórico que había enseñado en Rodas y en Roma, había leído las historias de Herodoto y de Tucídides, y que yo era Jaír, un judío de Judea que conocía el Libro que compilaba toda la historia de mi pueblo. En cuanto a Apolonia, entendía las señales que envían los dioses, era sacerdotisa de Dionisos y adivina, hija del pueblo de Tracia del que él mismo, Espartaco, era oriundo.

El legado titubeó un instante, luego se incorporó y soltó con voz supuestamente firme, pero cuyo temblor yo percibía:

—Griegos, judíos, tracios..., Roma ha vencido a todos esos pueblos. Y tú lo has dicho, Espartaco, lo sabes: no puedes vencer a las legiones de Craso, tú y los tuyos habéis caído en su celada. Vas a morir aquí sin poder cruzar ese foso ni esa empalizada.

Apolonia gritó de rabia y luego se abalanzó sobre el legado, arañándole el rostro.

Espartaco la apartó con violencia y luego anudó sus manos alrededor del cuello del legado.

Aparté la mirada, pensando que iba a estrangularlo, pero se puso a hablar, proponiendo a Fusco Salinator perdonarle la vida si prometía salvar las de Posidionos, Apolonia y la mía:

—Los centinelas romanos te reconocerán -dijo-. Les explicarás que estos tres te han ayudado a escapar y que yo los tenía cautivos. Los liberaste y te ayudaron a huir. Los romanos te creerán.

Se interrumpió. Oí la tos ahogada del legado. Espartaco había empezado a apretarle el cuello.

—Decídate pronto, legado. Quiero que Posidionos, Jaír y Apolonia te cuenten un día mi vida, las luchas que he emprendido, que te hablen de los miles de esclavos que se unieron a mí y de cómo hice temblar a Roma. Si eliges vivir, serás tú quien contará lo sucedido. Así seremos algo más que los cuerpos que Craso va a ajusticiar.

Me miró. Tuve la certeza de que se dirigía ante todo a mí.

—Aquellos que son recordados no mueren -añadió.

Esas palabras me resultaron familiares. El Maestro de Justicia, en mi país de Judea, habría podido pronunciarlas, y me extrañaba y emocionaba que Espartaco las hubiera elegido.

Aquella noche me pareció renovado de energías. Se le veía resuelto, sólo preocupado por lo que quedaría de esta revuelta, de esta guerra servil jalonada de éxitos que, no dejaba de repetirlo, ahora estaba perdida.

–Si quieres vivir -repitió al legado-, debes jurar ante los dioses que Jaír, Apolonia y Posidionos vivirán. En cuanto a mí y a los míos, seguiremos vivos gracias a las historias que ellos te cuenten.

Se inclinó hacia el legado, que aún dudaba.

De repente, Espartaco gruñó:

–Se te acaba el tiempo, legado.

Y apretó el cuello del romano con tanta fuerza que su cuerpo empezó a moverse espasmódicamente, como un pez al echarlo sobre la arena.

Me levanté.

Dije:

–Va a optar por vivir.

Espartaco aflojó sus manos y el legado respiró ruidosamente, mirando hacia el cielo, con la boca muy abierta. Y cuando Espartaco se volvió a inclinar, con las manos aproximándose a su cuello, y le susurró: «voy a arrancarte la cabeza», aceptó el trato.

Hubo que convencer a Apolonia.

Se revolcaba por el suelo, retorció los brazos, esgrimía un puñal diciendo que iba a ofrendar su cuerpo a los dioses para que salvaran a Espartaco, del que no se quería separar.

Sólo se calmó cuando éste le objetó que se limitaba a obedecer a los dioses. Había visto a Dionisos en sueños. El le había enviado a este romano para ayudarlo a cruzar el río que separa la vida de la muerte y conducirlo hasta el país donde los hombres siguen existiendo en la memoria de los vivos.

Pero, para ello, Apolonia, Posidionos y yo teníamos que dejarlo e irnos con el legado. Eramos los depositarios de lo acontecido. Conservábamos el gran botín de la vida de Espartaco, el recuerdo de aquellos esclavos procedentes de todas partes que se habían unido en torno a él.

–Debes obedecer a Dionisos -repitió.

Apolonia se acercó al legado, en cuyo rostro se advertía la huella de los arañazos que le había infligido.

–Si engañas a Espartaco -le dijo-, si faltas a tu juramento, si nos entregas, te atormentaré y los dioses perseguirán a tus descendientes hasta

que no quede uno solo vivo.

Poco después, cuando volvió a nevar, nos deslizamos entre las fogatas encendidas por los esclavos, hasta alcanzar el foso y la empalizada.

Espartaco abrazó a Apolonia y luego nos estrechó uno tras otro contra su pecho.

—Que mi vida y nuestra revuelta figuren en un libro como ha ocurrido con la vida del pueblo judío y la del pueblo griego —dijo.

—Así será —contesté.

Pues estaba tan seguro de ello como de mi fe en el Dios Único.

Fusco Salinator se dio a conocer ante los centinelas romanos y, con su ayuda, cuando la tormenta de nieve arreciaba, conseguimos cruzar el foso y la empalizada.

El legado nos puso en manos de sus soldados y abandonamos la península de Brucio bajo su custodia mientras él se reunía con el procónsul Licinio Craso.

Tras varios días de marcha, vi cómo se elevaba por el horizonte el cono inmenso y gris del Vesubio, que destacaba en un cielo azul intenso por vez primera desde que nos separamos de Espartaco.

El campo estaba apacible, aún preso de la modorra invernal.

Se veían siluetas de esclavos encorvados entre los árboles de los vergeles y en los campos.

El orden había sido restablecido. Los animales parlantes habían vuelto a ocupar su puesto.

Cuando llegamos a Capua, donde el legado Fusco Salinator tenía una propiedad, vimos al gentío dirigirse con alboroto y alegría hacia la arena donde el lanista Léntulo Balacio, tal como voceaban sus heraldos, ofrecía al pueblo, para celebrar las victorias del procónsul Craso, un combate de cuarenta pares de gladiadores cuyos supervivientes deberían enfrentarse a las fieras de Libia.

No miré a Posidionos el griego ni a Apolonia. Agaché la cabeza.

¿Acaso Espartaco había sucumbido ya?

Sólo después supe que no era así, y Curio, uno de los escasos supervivientes de nuestra gran manada, me relató los últimos combates del tracio.

Fui asimismo testigo del castigo que el procónsul Craso decidió infligir a sus esclavos vencidos y apresados.

«Aquellos que son recordados no mueren», dijo Espartaco.

Así pues, escribí en Capua, no lejos del *ludus* del que habíamos huido, el relato de los últimos combates de la guerra que había emprendido.

—Estaba decidido a matar a Espartaco -me confesó Curio, al que había acogido y ocultado en la villa del legado Fusco Salinator, en Capua.

Temía que lo reconocieran si se aventuraba por las calles de esa ciudad cuyo hombre más poderoso seguía siendo aquel lanista, Léntulo Balacio, del que Curio había sido maestro de armas en el *ludus* de los gladiadores.

Por tanto, permanecía encerrado en una cabana donde los esclavos guardaban sus herramientas que se encontraba en el fondo de la propiedad, medio oculta por setos, matorrales y maleza.

Allí me presentaba por la noche y él me contaba lo que había ocurrido después de que nos fuéramos del campamento de los esclavos en los montes Silas, en la península de Brucio.

—Vi cómo os dirigíais con el legado hacia el foso y la empalizada y creí que Espartaco nos abandonaba, que iba a hacer un trato con los romanos, a entregarnos a su vindicta a cambio de salvar la vida junto con sus allegados, de los que yo había sido excluido.

«Entonces la ira y la rabia me cegaron y os seguí, pero, al despediros, comprendí que Espartaco se quedaría con nosotros. ¿Pero por qué había organizado vuestra huida y la del legado?

»Me arrojé sobre él y le puse la punta de mi espada en el pecho. No parecía temerme. Y esa actitud me desarmó.

»Me rodeó el hombro con el brazo.

»-Curio -empezó diciendo-, esos tres no son ni soldados ni gladiadores. No lucharán. Aquí ya no hay cabida para los que no saben o no quieren combatir. Craso es más cruel que una fiera. Un chacal, decía Pitias que era, ¿lo recuerdas?

«Caminamos bajo la nieve, yendo y viniendo por aquella meseta, por aquellas laderas arboladas donde se había agrupado lo que quedaba de nuestra gran manada: un muñón de ejército, a pesar de ser unos cuantos miles de hombres. ¿Pero quién podía saber con exactitud cuántos?

»-El legado -me explicó Espartaco- se ha comprometido a protegerlos a cambio de su vida.

»Solté una risotada. Espartaco ya se había fiado de Axios el pirata, al que había entregado nuestro oro, nuestro botín, y también a Pitias.

»-Creí que querías a Apolonia, a Jaír y a Posidionos, y los has puesto en manos del legado de Craso.

»Agachó la cabeza.

»-Confío en los dioses. No me traicionarán. No les pido la victoria sino sólo que los hombres recuerden lo que hemos hecho, esperado, soñado. Posidionos, Jaír y Apolonia lo contarán. El legado sabe que si cuenta nuestra historia, será como los griegos. Se acordarán de él.

»Se detuvo, me miró de frente.

»-Exijo poco de los dioses. Y les devuelvo mi vida sin el menor pesar.

»Se dio cuenta de mi desconcierto.

»-¡Pero se la haré pagar cara a los romanos! Y quiero que algunos de nosotros, puede que tú, Curio, se libren de la muerte. Para ello, es necesario que escapemos de esta ratonera, que salgamos de la península, cruzando el foso y la empalizada.

»Tú los cruzaste, Jaír -me dijo Curio prosiguiendo con su relato-. Vi cómo los centinelas romanos os lanzaban escalas y cuerdas para auparos. Pero nosotros debíamos pasar sin que nos vieran. Y la empalizada era más elevada que dos hombres altos; en cuanto al foso, tenía más de cinco pasos de ancho y tres de profundidad...

Curio hablaba caminando encorvado en aquella cabana de techo bajo del que pendían sacos y cordajes.

-Las legiones de Craso estaban emboscadas. Esperaban que intentáramos forzar la salida. Y los esclavos acosaban a diario a Espartaco, reprochándole que no ordenara un asalto. Había que sortear el foso, volcar la empalizada como lo hubiese hecho una avalancha. Gritaban: «Es preferible morir empuñando las armas, en un combate cuyo lugar y día hayamos elegido, que reventar aquí, hambrientos, helados, incapaces de defendernos cuando las legiones nos ataquen. Porque no les costará nada matarnos. Ni siquiera nos quedarán fuerzas para arrodillarnos. Patearán nuestros cuerpos. Hasta puede que nos quemen vivos».

«Espartaco los escuchaba. Parecía haber renunciado a imponerles orden y disciplina. Nuestra cohorte, que había parecido un ejército durante un breve periodo de tiempo, había vuelto a convertirse en una manada.

»El tracio intentaba contenerlos, explicando que había que esperar una noche en que las borrascas de nieve impidieran ver más allá de un paso. Entonces rellenarían el foso. Algunos escalarían la empalizada,

sorprenderían a los centinelas y los matarían; sólo entonces el grueso de la tropa pasaría y bajaríamos hacia la orilla, donde tendríamos un clima más clemente y víveres, pues ninguno de aquellos pequeños puertos había llegado a ser saqueado.

»Eso era lo que él aconsejaba y ellos aceptaban, tras unos instantes de silencio, con murmullos, rechazos, gritos de impaciencia.

»Una mañana de cielo despejado y sol endurecido por la helada, varios miles de ellos se precipitaron, saltando el foso y escalando la empalizada.

»Quise unirme a ellos, pero Espartaco me retuvo. Estaba seguro de que las legiones iban a aplastar a esa masa confusa a estocada limpia y de que todos morirían.

»-Conserva a tus hombres -me dijo-. No los dejes actuar como corderos. Vamos a tener que librar auténticas batallas y quiero que estés allí con los tuyos.

»Me senté a su lado, delante de una de las fogatas que seguían ardiendo en la meseta, y mis hombres se unieron a nosotros.

»Oímos gritos, redobles de tambor, y luego se hizo el silencio, justo cuando el sol desaparecía repentinamente, cubierto por nubes negras y bajas que se agarraban a las cumbres y a las laderas, a las copas de los pinos y hayas. La noche cayó deprisa sin que viéramos regresar a uno solo de aquellos que se habían lanzado al asalto. Luego la meseta quedó barrida por las borrascas de nieve.

»Espartaco se incorporó.

»-Esta misma noche vamos a sortear la celada de Craso -dijo-. Los romanos ni se imaginan que, tras esta masacre, vamos a intentar pasar. Pero la nieve está ahí, es una señal de los dioses.

i

»La noche era tan densa que nos agarrábamos por los hombros para no extraviarnos.

Degollamos a los escasos animales de carga que nos quedaban y los tiramos a los fosos, ya en parte llenos con los cuerpos de los combatientes de la mañana. También matamos a los presos, luego cubrimos los cadáveres con ramas, y de ese modo cruzamos el foso unos tras otros, franqueando la empalizada tras haber degollado a los centinelas, exhaustos tras los combates y acurrucados bajo la nieve.

»Espartaco pasó el primero, pero permaneció al pie de la empalizada hasta que el último de los nuestros la hubo escalado.

»La nieve, ese regalo de los dioses, cubría con un espeso silencio nuestra marcha hacia la costa y ocultaba nuestros cuerpos en la espesura de la noche.

Yo era el legado Gayo Fusco Salinator.

Me correspondía anunciar la mala noticia al procónsul Licinio Craso.

Los centuriones que habían cabalgado conmigo desde las cumbres de los montes Silas -buscamos en vano las huellas de Espartaco y sus secuaces- se apartaron y entré solo en la tienda del procónsul.

Estaba adormecido, con la barbilla sobre el pecho, pero su rostro yerto resultaba más cruel todavía. Las arrugas alrededor de su boca formaban un rictus agrio, vengativo. Un surco profundo le partía la frente en dos. Sus manos rollizas, ensortijadas, yacían sobre sus muslos.

La espada estaba sobre una mesa baja, a la derecha del asiento de cuero en el que Craso estaba desplomado, envuelto en una larga y ancha capa de bordes rojos.

Yo era el legado, y pensé en la suerte del legado Mummio, que, de rodillas, el día en que se diezmó a su tropa, ofrendó su vida al procónsul que lo había humillado.

Carraspeé varias veces.

Craso se incorporó, agarrando de inmediato la empuñadura de su espada, pero sus dedos se relajaron al reconocirme. Me miró con una extrañeza poco benevolente, buscando mi mirada con la suya, hundiéndose en ella.

—¿Qué me dices, Fusco Salinator?

Empecé evocando la nieve, que caía con tanta abundancia, en las cumbres de los montes Silas, que no se veía a un paso.

Se levantó, caminó hacia mí; su rostro parecía una serpiente de la que sólo se ve la cabeza erecta, lanzándose sobre su presa tan velozmente como una flecha, la lengua repleta de veneno.

—¿Qué me dices, legado? —repitió el procónsul.

—Sorprendieron y degollaron a los centinelas. Espartaco y sus secuaces...

Levantó la mano.

—¿Me estás diciendo, legado, me anuncias, Fusco Salinator, que Espartaco y sus perros han conseguido cruzar el foso y la empalizada esta noche? ¿Que las centurias los han dejado pasar porque nevaba, y que nuestra victoria de ayer mismo ha quedado pateada, sepultada, abolida? ¿Que Espartaco ha sorteado nuestra trampa?

Me dio la espalda y se alejó, caminando de una punta a otra de la tienda, gritando al centurión de guardia que fueran en busca del tribuno militar Cayo Julio César.

Regresó hacia mí.

—¿Han cruzado el foso y la empalizada? —repitió—. ¿Por dónde andan? ¿Sabes al menos eso, legado?

Negué con la cabeza, mascullé que lo había estado buscando con varios jinetes por las laderas, a pesar de la nieve y la noche, en vano.

Craso se acercó, la mano asida a la empuñadura de su espada, mirándome con tal desprecio y odio que no pude sostener su mirada, algo que ni siquiera con Espartaco me había ocurrido.

Supe en aquel instante que el gladiador tracio era menos cruel que el procónsul romano. Y me alegré de haber aceptado el trato que Espartaco me había propuesto, de haber salvado mi propia vida y las de ese griego, ese judío y esa mujer tracia. Un día, si conseguía sobrevivir, escribiría la historia de esta guerra de la que había sido testigo y protagonista.

El tribuno militar Cayo Julio César entró en la tienda. Levanté la cabeza. César me interrogaba con la mirada.

—Explícale, legado —dijo el procónsul dejándose caer en un sillón. Rió y prosiguió:

—Cuando ayer saliste de esta tienda, Julio César, celebrábamos una victoria. Regresas a ella esta mañana con una derrota. ¡Espartaco y sus perros han cruzado el foso!

Se irguió y añadió, impidiéndome así hablar:

—Ya sólo quedan unos cuantos miles, pero seguramente los más aguerridos. Quienes han sobrevivido hasta hoy saben combatir. Habrá que matarlos uno tras otro hasta el último. No volverán a caer en una trampa. ¡Se acabaron los fosos y las empalizadas!

Se volvió hacia mí.

—Ordeno, legado, que todas las legiones desplegadas a lo largo del foso se agrupen mientras nos enteramos del paradero de esos perros.

–Puede que se dirijan al norte, hacia Lucania -sugirió Julio César.

–¡Hacia Roma! – exclamó Craso.

Ahora su rostro revelaba inquietud.

–Todas las legiones están aquí conmigo. No hay tropas entre Brucio y Roma. Si Espartaco, que es astuto, alcanza el norte, Lucania, Campania, podrá entrar sin problema en el Lacio y, por qué no, atacar Roma y tomarla. Hay una turbamulta de esclavos que se sublevarían en caso de que se acercara.

–No lo hizo cuando lo acompañaban decenas de miles de esclavos - observó César-. Y ahora no son más...

–Ya lo he dicho -interrumpió Craso-, éstos son guerreros. No sólo saqueadores, sino fieras indómitas. Como se dirijan hacia Roma...

Licinio Craso se puso a reflexionar en voz alta.

El Senado le había confiado la tarea de poner fin a la guerra de Espartaco, de limpiar Italia de esas bandas de asesinos. Pensó que estaba a punto de conseguirlo, pero la huida del tracio, que supo desbaratar la trampa, lo obligaba a replanteárselo todo.

Debía avisar al Senado de los peligros que se cernían sobre Roma y, por tanto, sobre la República. Era necesario que las legiones de Pompeyo, que habían vencido en España a los ejércitos rebeldes de Sertorio y que regresaban en aquel momento, acosaran a Espartaco. Resultaría peligrosísimo consentir que esas bandas de perros rabiosos aterrorizaran las provincias de Italia durante unos meses más, destrozando las cosechas, arruinando las propiedades.

También era necesario que el procónsul de Tracia, Marco Varro Lúculo, desembarcara con sus legiones en Calabria, en Brindisi, y participara en la cacería para acabar de una vez con todo esto.

Cayó Julio César aprobó a Licinio Craso.

Dijo que los mensajeros tenían que partir de inmediato hacia Roma para que el Senado recurriera a Pompeyo y a Varro Lúculo.

Me callé.

Sólo era el legado del procónsul Craso. Pero, por la satisfacción que leí en el rostro de César, supuse que le encantaba verlo obligado a recurrir a Pompeyo y a Lúculo.

Craso había soñado con una victoria en solitario sobre Espartaco. Se había imaginado regresando triunfalmente a Roma. Pero ya no sería el

único vencedor. Otros -Pompeyo el primero- reclamarían su parte de gloria.

Craso había esperado arramblar con todo. Pero la partida seguía abierta. Y César deseaba ardientemente -bastaba con observarlo- ser uno de los jugadores y uno de los ganadores.

Yo sólo era el legado Gayo Fusco Salinator, al que el procónsul ordenaba ponerse al mando de dos legiones y encontrar a Espartaco y su banda.

Cabalgué delante de las legiones, rodeado de mis lictores y de mis centuriones.

La nieve había dejado de caer desde hacía varios días. El viento soplaba del sur. Barría el cielo, haciendo brotar los árboles de los vergeles y florecer los campos que cruzábamos.

Lo que perseguíamos no eran sino jaurías encarnizadas que actuaban por su cuenta sin cuidar de las demás. Una se dirigía hacia el puerto de Petelia, otra hacia Brindisi y una tercera hacia Lucania.

Atacamos a esta última al borde de un lago, en cuyas riberas había levantado su campamento.

Jamás había visto una lucha tan feroz.

Los venablos atravesaban las patas de esos perros, las espadas les sajaban las orejas, las lanzas les saltaban los ojos, y seguían mordiendo, matando a nuestros legionarios, luchando de rodillas y luego tiran-

dose al lago para ahogarse antes de que los apresaran. La orilla estaba cubierta de cuerpos golpeados por las olas enrojecidas.

Mandé contar los cadáveres y envié un mensajero al procónsul Licinio Craso notificándole que habíamos matado a doce mil trescientos esclavos y que sólo dos tenían heridas en la espalda, pues los demás en ningún momento intentaron huir y, por el contrario, lucharon con estacas contra nuestros escudos, nuestros venablos, nuestras lanzas, nuestras espadas y nuestros puñales.

Cuando ya había decidido detenerme durante varios días antes de reemprender nuestra cacería, apenas iniciadas las obras de instalación del campamento, se presentó el procónsul con su escolta, sus enseñas y sus estandartes.

Quiso ver el campo de batalla, sus cadáveres despedazados, las aguas rojas del lago. Me preguntó. Repetí lo que ya le había escrito: que esos esclavos, tal como por otra parte él mismo había previsto, eran aguerridos,

implacables, que eran necesarios varios romanos para acabar con uno solo de ellos. Pero que ya no quedaba gran manada, horda, ejército de Espartaco, sólo bandas dispersas. Se necesitaría tiempo para reducirlas, pero jamás podrían amenazar a Roma ni poner en peligro la República.

—¡Sólo dispongo de unos días para conseguirlo! — exclamó Licinio Craso.

Me agarró el brazo y se puso a andar con rapidez por la orilla, empujando con el pie o pisando los cadáveres.

—Quiero, ¿me oyes, legado?, acabar con Espartaco antes de que las legiones de Pompeyo y las procedentes de Tracia al mando de Marco Varro Lúculo se impliquen en esta guerra. Yo la inicié. ¡Yo he hecho trizas el ejército de Espartaco! Quiero recoger el fruto de lo que ya he cumplido.

Se detuvo y me miró de frente.

—Lo que has hecho aquí, Fusco Salinator -señalaba la orilla, los cuerpos-, me demuestra que podemos aplastar con rapidez a esas bandas. Creí que Espartaco estaba capacitado para amenazar a Roma...

Se encogió de hombros.

—Cuando me despertaste aquel amanecer para anunciarme su huida, para mí fue como una pesadilla. Creí que jamás podría cazarlo solo.

Dio una fuerte patada a uno de los cadáveres.

—Y, por supuesto, Cayo Julio César me aconsejó que escribiera al Senado, que solicitara el envío de las legiones de Pompeyo y de Varro Lúculo. Le conviene poner coto a mi gloria. Pero tu suerte, Fusco Salinator, depende de la mía. ¡Así que reemprende la cacería de inmediato! Los soldados son como el hierro que hay que batir al rojo. ¡Nada de descanso ni de acampada tras una victoria que no ha puesto fin a la guerra, Fusco! Di a centuriones y soldados que les daré tierras cuando hayan matado o capturado a Espartaco.

Me apretó el brazo.

—¡Ve, legado, otra victoria como ésta y caminarás a mi lado cuando triunfe en Roma!

Obedecí al procónsul Licinio Craso.

Ordené a las legiones que se pusieran en marcha, y ni un solo soldado rechistó, a pesar del cansancio que llevaban encima. Todos, en cambio, recordaban a los diezmados. Y yo tampoco olvidaba la suerte del legado Mummio.

Por tanto, quería agarrar por los pelos otra victoria y arrojarla a los pies de Craso como si le estuviera regalando una esclava recién capturada.

En varias ocasiones, creí que me bastaba con tender la mano, con mandar apurar el paso de las cohortes y de las centurias, con lanzar a la caballería al galope. Cabalgaba en cabeza, intentando dar alcance a esos perros que se dirigían hacia Brindisi, sin duda para intentar embarcar, cruzar el Adriático y llegar a Tracia.

Veía el polvo que se elevaba hacia el cielo limpio y delataba su posición.

Adelanté unos exploradores.

Regresaron con las manos vacías: la jauría había desaparecido, dispersándose por las huertas y los bosques, y, a poco, nos topamos con la vanguardia de las legiones del procónsul de Tracia, Marco Varro Lúculo, recién desembarcadas en Brindisi.

Por tanto, esa ruta había quedado vedada a los esclavos de Espartaco.

Mandé informar a Craso. Sus respuestas fueron imperiosas: debía adelantarme sin demora a las legiones de Lúculo. La victoria le correspondía a él, Craso. Debía dirigirme con mis legiones al puerto de Petelia, en el mar Jónico, donde Espartaco había agrupado a sus huestes.

Hay que ir a por ellos, escribía el procónsul. Y sólo dejar vivo a Espartaco. Quiero enjaularlo y mostrarlo a los senadores y al pueblo de Roma el día de mi triunfo.

¡Legado, di a tus legiones que sólo aceptaré su victoria o su muerte!

Así pues, nos encaminamos hacia Petelia y ese mar que a veces contemplaba desde lo alto de las colinas, azul como el cielo.

Luego la vía que estábamos siguiendo se hundió entre dos laderas escarpadas y el mar desapareció. Nos encontrábamos en las gargantas de Brucio.

Vi, a unos cientos de pasos delante de nosotros, las últimas filas de la tropa de esclavos, y ordené ir a paso de carga. Los centuriones mandaron redoblar los tambores a ritmo rápido. Las trompetas sonaron con brío. Los perros parecían estar al alcance de nuestros venablos.

Pero sólo me encontré con el vacío.

Los fugitivos habían desaparecido. Quizás hubieran escalado las laderas de las gargantas y buscado cobijo en las alturas.

El calor era agobiante y el aire estaba viciado en aquel desfiladero rocoso. Oía la respiración jadeante de mis soldados, que, tras la carrera, se arrastraban cabizbajos. Y veía a mi lado los rostros encendidos de mis lictores.

Contuve a mi caballo para que caminara al paso.

Y, de repente, surgiendo como una ola de barro, la marea de esclavos se abalanzó sobre nosotros, comandada por ese jinete cuya capa volaba y que reconocí como Espartaco.

Los ladridos de esos perros rabiosos nos dejaron suspensos. El eco de sus gritos nos pilló de revés, como el reflujo de una ola. Cayeron bloques por las laderas a la vez que nos llovían las piedras de los honderos, una mortífera granizada que rebotaba sobre los cascos, las corazas de los centuriones, derribando a los hombres, que ya en su mayoría estaban ensangrentados.

Mis lictores ya no eran sino cuerpos tirados alrededor de mi caballo y vi cómo se arrojaban sobre mí decenas de perros aullando: «¡El legado! ¡El legado!».

Mi caballo se derrumbó. Conseguí ponerme de pie, repeler con mi espada a esos perros que no temían la muerte y a los que iba matando a medida que otros surgían para sustituirlos.

Recibí un estacazo en el hombro y sentí el calor de la sangre correr bajo mi coraza, por mi pecho.

Retrocedí. Centuriones y soldados refluían. Una estocada me sajó el muslo y caí.

Había llegado la hora de morir.

Vi una sombra inmensa ocultar el cielo.

El caballo estaba sobre mí, encabritado. Inclinado sobre su cuello, Espartaco me apuntaba con su venablo.

—Esta es la segunda vez que te salvo la vida -gritó Espartaco-. ¡Respetar tu juramento!

Empujó con el pecho de su cabalgadura a los esclavos que se disponían a matarme.

Uno de ellos lanzó su venablo y sentí cómo su punta me rasgaba la base del cuello. La sangre tibia volvió a correr por mi piel.

Espartaco atizó una estocada al hombre.

Sentí cómo me agarraban unas manos. Reconocí la voz de los centuriones que me levantaban y me llevaban.

Los gritos y el choque de las armas se fueron difuminando y dejé de ver el cielo.

—Vi cómo Espartaco salvaba por segunda vez la vida del legado - murmuró Curio.

Hablaba lentamente, con voz apagada, el busto echado hacia adelante, la cabeza gacha, y daba la impresión de estar a punto de desmoronarse, tales eran su abatimiento y su cansancio.

Alargué en repetidas ocasiones la mano hacia su hombro, pero se ponía tenso antes de que llegara a rozarlo, como para manifestar su desconfianza, cuando no el desprecio que sentía por mí.

Y eso a pesar de que yo lo había acogido y ocultado en ese almacén de herramientas, dentro de la propiedad de ese mismo Gayo Fusco Salinator del que me estaba hablando.

—A ese legado -dijo- lo reconocí, era el que yo había capturado con mis hombres, cerca del foso

y de la empalizada, en la meseta de los montes Silas, y cuya fuga contigo, Jaír, con Posidionos y Apolonia había organizado Espartaco. ¡Y fue con él, en quien había depositado su confianza, con el que nos volvimos a topar al mando de las legiones, en aquellas gargantas de Brucio! ¡Y justo cuando uno de los nuestros estaba a punto de matarlo, Espartaco lo volvió a salvar, impidiendo que persiguieran a los centuriones que se lo llevaban herido!

Me miró con ira, adelantando la barbilla y soltando chispas por los ojos.

—¡Y Espartaco golpeó con su espada al que lanzó su venablo contra el legado!

Curio se volvió a acurrucar, con los brazos caídos a lo largo de sus muslos como si los atrajera la tierra.

—Y estás viviendo aquí, Jaír, en casa de ese legado, con Posidionos y Apolonia, cuando Espartaco ha muerto y los nuestros también. En cuanto a los supervivientes, varios miles, Craso ha dispuesto su ajusticiamiento. Lo sé, lo he visto.

—Cuéntame -le pedí.

Yo, Jaír, asistí al regreso del legado. Estaba tumbado en un carro, con los muslos abiertos, el hombro traspasado, la base del cuello cercenada.

Había perdido tanta sangre durante el recorrido entre las gargantas de Brucio y su propiedad de Capua que ni siquiera le quedaban fuerzas para abrir los ojos. Los soldados que lo escoltaban lo depositaron sobre una mesa situada en el centro del *tablinum*, como si ya sólo se tratara de un cadáver al que había que honrar.

Una de las libertas de Gayo Fusco Salinator, a quien él estimaba mucho, vino a buscarme.

Sabía que me conocían por Jaír el curandero.

Me suplicó y me llevó junto al cuerpo. Yo tampoco quería que muriese. El era quien debía recoger la memoria de esta guerra, pues hasta la fecha había cumplido su juramento. Nos puso bajo su custodia a pesar de que habría podido entregarnos al procónsul. Posidionos, Apolonia y yo vivíamos en su villa.

Lavé su cuerpo, arranqué las costras de sangre seca, cubrí con ungüentos las heridas plagadas de esos gusanos repelentes pero útiles, que se alimentan de la carne putrefacta, de los humores amarillos que fluyen de ella.

Un día, Fusco Salinator levantó la mano y la dejó caer.

Vi su gesto y supe que viviría, que podría cumplir el juramento hecho a Espartaco ante sus dioses.

El Dios Único, mi Dios, me había permitido librar a Gayo Fusco Salinator de la muerte. Por tanto, quería que se cumpliera el deseo de Espartaco. Que la guerra servil se mantuviera viva en la memoria de los hombres.

Pero Espartaco había muerto, y pedí a Curio que me relatara su última batalla.

—En las gargantas de Brucio, no lejos del puerto de Petelia, derrotamos a las legiones comandadas por el legado Gayo Fusco Salinator -prosiguió Curio.

»Era nuestra primera victoria después de muchas semanas. Recordaba a aquellas que ganamos al principio de nuestra guerra en las laderas del Vesubio, en la llanura de Campania y en Lucania.

»Los centuriones huyeron al vernos llegar.

»Matamos a los lictores, nos apoderamos de los estandartes, de los emblemas, de las fasces.

»Los esclavos parecían ebrios.

»Iban de un cuerpo romano a otro. Los despojaban, blandían los cascos, las espadas, los venablos, las corazas, los escudos.

»Vaciaban las alforjas, se anegaban en vino, engullían las galletas de trigo y el pescado seco.

»Querían perseguir a los romanos. Empezaban a murmurar, a apartarse de Espartaco, y algunos, al enterarse de que había herido a uno de los suyos, permitiendo así que los centuriones se llevaran al legado, alzaban el puño en su dirección.

»Pero cuando Espartaco se acercaba a ellos, agachaban la cabeza y lo seguían escuchando.

»Estuve observando a Espartaco. Les hablaba con desapego, y les contaba que otras legiones, las de Craso, quizás ocho, se disponían a atacar. Había que intentar esquivar sus asaltos refugiándose en el bosque. A las legiones les costaría desemboscarnos. Algún día podríamos llegar a Sicilia.

»Se negaron a gritos.

»Acababan de obtener una victoria. Se habían atracado de bebida y de comida. Decían que no querían huir, que querían regresar a las huertas, a las cosechas, a las propiedades de Campania, darse un hartazgo de saqueo y de botín. Uno gritó:

»-Las legiones están aquí, todas las legiones de la República, hasta las de Tracia. ¡Roma está desprotegida! ¡Roma está desnuda! Los esclavos, los pobres se rebelarán cuando lleguemos ante sus muros. ¡Entonces entraremos en la ciudad, estaremos en Roma, hermanos!

»No oyeron a Espartaco, que los exhortaba a no dirigirse hacia el norte, hacia Lucania, Campania y Roma. Las legiones los perseguirían y masacrarían.

Nunca podrían apoderarse de la ciudad. Él mismo había renunciado a hacerlo incluso en la época en que aún eran una multitud.»Otro soltó:

»-¡Ya nos estabas traicionando, Espartaco!

»Yo estaba de pie a su lado. Murmuró:

»-Salva tu vida, Curio, abandónalos. Los dioses han optado por cegarlos.

»Me tendió un saco lleno de monedas de oro.

»-Irás a Rhegium. Comprarás un barco y te embarcarás con algunos hombres. Quizá sólo se pueda ser libre siendo pirata.

»-¿Y tú? Han dejado de obedecerte, Espartaco. Saben que has salvado la vida al legado. Ya te están acusando. Te matarán.

»-Estoy con ellos -se limitó a contestar.

»Y yo, Curio, estaba con él.

»Nos encaminamos, pues, hacia Lucania. Ya no seguíamos a hombres, sino a una manada que se esparcía por los campos, degollaba al ganado, incendiaba las villas, talaba los frutales, robaba y mataba a todos aquellos que no eran esclavos o que, siéndolo, se negaban a unirse a ella.

»Así alcanzamos las orillas del Silaro, ese río impetuoso de Lucania.

»Hacía buen tiempo. Bosques de encinillas y de olivos cubrían las laderas de los macizos que dominaban aquel valle y aquella llanura.

«Espartaco intentó una vez más poner sobre aviso a los hombres. Les explicó que estaban a descubierto, a merced de un ataque de las legiones. Había que acampar en las laderas del monte Alburno, de mil setecientos pasos de altura, donde, según nos dijo un esclavo, podríamos ocultarnos en su robledal o en sus cuevas y alimentarnos de caza.

«Algunos volvieron a acusar a Espartaco de traición.

«Le reprocharon querer impedir que venciéramos a las legiones y que atacáramos Roma. Se había negado a matar al legado. No quería que nos apoderáramos de la capital.

«Pero Roma era como una mujer. Se abría de piernas. Bastaba con conquistarla, con penetrarla. «Eso era lo que decían, lo que soñaban.

«Una mañana oímos el redoble de los tambores de las legiones. Luego los vimos formar una línea negra en el horizonte.

«Y los hombres, en vez de escuchar a Espartaco, gritaron de alegría esgrimiendo sus armas. Ahora tenían buenas espadas romanas, cascos, escudos. Decían que iban a destripar, a degollar a esas centurias, y que los romanos huirían. Matarían a los legados, a los pretores, a los cónsules. Dejarían vivos a unos cientos de prisioneros para llevarlos a rastras hasta Roma, obligarlos a combatir en la arena y ofrecer esos juegos a la plebe y a los esclavos de la ciudad.

»Espartaco intentó impedir que se lanzaran al asalto.

»Se puso delante de ellos, abrió los brazos. ¿Pero quién podía contener tal marea?

»La manada entera se lanzó al ataque.»Los dioses la habían embriagado.

»Espartaco regresó a mi lado.

»-¡Ve hacia el bosque, Curio, sálvate! – me dijo.

»Luego se acercó a su caballo y lo mató de una fuerte estocada en el pecho.

»La sangre del animal salió brotando y nos salpicó el cuerpo.

»-Ya no necesito cabalgadura -musitó-. Los dioses me llevarán.

»Lo seguí.

»Se dirigía hacia los combates que habían empezado a librarse en las orillas del Silaro.

»De repente, echó a correr, espada en alto, gritando:»-¡Lucha, Craso!

»Vi delante de él, rodeado de centuriones, de lictores, de portaestandartes, la silueta de un romano de dorada y esculpida coraza.

»Pero Espartaco nunca pudo acercarse al procónsul.

»Mató a varios soldados, así como a dos centuriones de la escolta de Craso que se interpusieron en su camino.

»Luego lo vi caer de rodillas, probablemente herido en el muslo por uno de los venablos o una de las flechas que los romanos le estaban lanzando.

»Nadie, salvo un dios, habría podido salvarlo.

«Empecé a retroceder lentamente.

»Veía a Espartaco combatiendo de rodillas, solo en medio de ese enjambre que se abalanzaba sobre él y luego se apartaba. A su alrededor, los soldados levantaban sus espadas ensangrentadas.

«Corrí hasta las laderas del monte Alburno.

»Me adentré en los bosques de encinillas y de olivos. Alcancé los riscos de la cumbre.

»Vi la llanura cubierta de muertos y el Silaro acarreando cientos de cuerpos.

»Vi a esa manada de hombres que no habían conseguido morir y a los que los romanos habían atado unos a otros y empujaban como si fueran ganado, a latigazos o con la hoja de su espada.

» Ahora que había finalizado la guerra de Espartaco, volvían a ser animales.

Curio se encogió. Se mantuvo un largo rato en silencio y posteriormente se irguió:

–Jaír -murmuró-, debe recordarse que hemos sido libres, ¡vencidos pero libres!

Permitió que pusiera mi mano sobre su hombro.

Epílogo

Primavera del año 71 antes de Cristo

Dios Único, Maestro de Justicia, has querido que vea y que recuerde el suplicio infligido a los esclavos rebeldes, vencidos y capturados -más de seis mil- por el procónsul Licinio Craso, y tratados, bajo un cielo profundamente azul, a la luz intensa de estos claros días de primavera, como nunca se hace con los animales.

En la cabana para herramientas situada al fondo de la propiedad del legado Fusco Salinator, Curio me había dicho que los romanos, en vez de matar o mutilar a sus presos en el campo de batalla, los habían atado unos a otros.

Había visto desde la cumbre del monte Alburno a esa manada dócil encaminándose, azuzada por látigos y espadas, hacia la vía Appia y Capua.

Después, tras haber abandonado los bosques de enanillas y de olivos de las vertientes y caminado por

el campo, Curio se mantuvo alejado de la vía Appia y evitó la ciudad de Capua, dirigiéndose directamente a la propiedad de Gayo Fusco Salinator, donde pensaba dar conmigo.

Pero vio por todos los caminos que llevaban a Capua a esclavos talando árboles, cortando troncos hasta obtener unas planchas largas y empezando a ajustar algunas de ellas en forma de cruz.

Vio a herreros con sacos llenos de largos clavos puntiagudos. Sabía cuál era el castigo infamante que se daba a los esclavos que huían de sus amos.

No revelé a Apolonia ni a Posidionos la presencia de Curio ni lo que me había contado. Vivían encerrados en los edificios de la propiedad reservados a los libertos.

Posidionos leía, escribía, enseñaba a algunos libertos como un apacible retórico griego.

Apolonia honraba a los dioses y a Dionisos.

Yo había curado al legado Fusco Salinator, y sus primeras palabras fueron para decirme que me libertaba y me convertía en su curandero particular, que era por tanto libre de ir y venir a mi antojo, de desplazarme si me apetecía hasta Capua, donde podría comprar las plantas, los jugos y venenos que iba a necesitar para mis mixturas y elixires.

Quedé bajo su protección. Y me regaló un anillo cuyo engaste llevaba la letra «S».

Una mañana de aquel mes de primavera me dirigí a Capua por caminos de tierra que vienen a ser como las ramas de un árbol cuyo tronco sería la vía Appia.

Vi las cruces levantadas a ambos lados de la vía.

Oí los martillazos y los gritos.

Vi a los soldados azotar a los presos para que se tumbaran sin resistirse sobre el larguero de la cruz y abrieran los brazos.

Entonces les clavaban los tobillos y las muñecas.

Luego, con ayuda de cuerdas, izaban y enderezaban las cruces al lado unas de otras, formando una doble hilera de un extremo a otro de la vía Appia, que se perdía en el horizonte, hacia Roma.

La manada caminaba, atada, trabada tras sus verdugos.

Cada día crucificaban a las primeras filas -quizás unos cientos de esclavos-, mientras los demás esperaban su turno, al día siguiente o al cabo de unos más.

Supe posteriormente que algunos intentaban colarse en las primeras filas, que suplicaban a los soldados que los degollaran tras haberlos clavado para abreviar así su agonía, a la vez que otros retrocedían para retrasar el momento en que los soldados los agarraran y tumbaran sobre la cruz.

Puede que creyeran que el procónsul Licinio Craso renunciaría a su proyecto de ajusticiar a todos los presos, de levantar cruces desde Capua hasta Roma para convertirlas en su paseo triunfal.

Por boca de Pitias, que se había codeado con él, ya había escuchado que aquel hombre era un chacal empecinado y que nada lo haría retroceder. Quería a toda costa manifestar, oír y sentir su triunfo frente a su rival Pompeyo, que había perseguido y masacrado a un grupo rezagado de esclavos y que no dejaba de repetir: «¡Craso venció el mal; yo, Pompeyo, lo he extirpado de raíz!».

Las cruces bordeaban la vía Appia, apresándola en un doloroso abrazo.

Los gritos no cesaban, pues los que se apagaban eran sustituidos por otros, y así se extendía, de Capua a Roma, un largo lamento.

Sólo lo superaban los chillidos de las rapaces que volaban en círculo sobre las cruces o los ladridos de los perros errantes que brincaban intentando alcanzar los cuerpos, esa carne sanguinolenta de la que brotaban

humores que los atraían. También los lobos bajaban de los montes cercanos, desquiciados, excitados por ese olor a muerte que se expandía de las miles de cruces.

Tenía la impresión de que esas cruces pesaban tanto sobre mí que caminaba encorvado como un anciano. Hasta me pareció, aquella primavera, que los hombres se dividían entre los que se encorvaban y los que seguían caminando alegremente y muy erguidos.

Ni un solo esclavo, ni siquiera un liberto, era capaz de caminar sin mirar al suelo.

Pero eso no bastaba para ahorrarles los puyazos, insultos y golpes que les propinaban los ciudadanos de Roma, en primer lugar los soldados, orgullosos y por fin seguros de su poderío.

No he regresado a Capua. No he vuelto a pisar aquellos caminos de tierra desde los que se veía, a lo largo de la vía Appia, ese bosque de cruces.

Me encerré en la pequeña celda que me habían adjudicado, en la entrada del edificio reservado a los libertos.

Estaba rodeado de silencio, cuando antes solía estar atento a los rumores de la vida, a los cantos, a las risas y a las broncas.

Pero cada cual sentía que la sombra de las cruces oscurecía su propia vida, que cada martillazo en el cuerpo de un ajusticiado era también una herida propia.

El miedo atenazaba las gargantas con un regusto anticipado a rebelión.

Quería, debía contar lo ocurrido.

Para que los hombres no sólo recordaran los gritos de dolor, las cruces, la guerra perdida de Espartaco, sino también el gozo de ser libre, de sortear el destino de la bestia para conocer la esperanza, por vaga que sea, de los hombres.

¡Oh Dios Único, oh Maestro de Justicia, Tú que sabes y ves, convierte la cruz del sufrimiento en la de la esperanza!

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

19/01/2010

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com